3 1761 08831812 6

RECUERDOS

E184r

JOSÉ ECHEGARAY

RECUERDOS

III

152418
27/9/19

MADRID
RUIZ HERMANOS, EDITORES
Plaza de Santa Ana, 13

1917

MADRID.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.—Teléf.° J. 430

LVIII

Empecé hace ya dos o tres artículos con el tema de los empleados, que ya es tema en España, y aun sospecho que fuera de España también.

Tema de sufrimientos, de angustias, de luchas, en que sufren todos: los cesantes; los que, al fin, llegan a ser empleados, adquiriendo el derecho de ser en breve plazo cesantes; los ministros, que por la facultad de hacer nombramientos y declarar cesantías sufren martirios de que no todo el mundo tiene idea; los diputados y senadores, a quienes todo el mundo asalta, obligándoles a que pidan y pidan destinos; las personas de posición social en quienes se supone influencia; los caciques y los amigos de los caciques; la sociedad entera, que con clamoreo diabólico pide puestos y destinos, y la misma sociedad, que, al fin y a la postre, tiene que pagarlos.

Es una forma, que yo supongo que no es nueva, de la lucha por la existencia: es una fórmula, más o menos disfrazada, del principio socialista, que, en otro tiempo, se llamaba «el derecho al trabajo», y que también pudiera llamarse «el derecho al presupuesto». Es un síntoma que se agrava cuando en un país escasean las industrias libres y cada nueva generación no encuentra dónde ganarse la vida.

Yo creo que siempre ha sido un formidable problema, que más y más se agrava cuanto más se extienden

las funciones del Estado y más se limita la actividad individual.

En un Estado socialista, bajo cualquiera de sus formas, sobre todo bajo la forma del colectivismo, esta enfermedad, que ha sido siempre grave, que hoy continúa siéndolo, aunque en menor grado, llegaría a su período agudo.

Desde el momento en queel Estado lo hiciera todo, como los ciudadanos no se prestan, por lo regular, a hacer lo que deben o lo que el Estado les ordena, que no es siempre lo que ellos debieran hacer, el número de funcionarios públicos crecería sin límites, porque en la realidad de la vida, a mayor complicación en las funciones, mayor número de empleados.

Realmente, todos los ciudadanos tendrían que ser empleados públicos; la mitad, para vigilar a la otra mitad, y esta última, para vigilar a la primera.

Junto a cada ciudadano, un funcionario obligándole a marchar a cada instante por el carril que para aquel instante hubiera determinado la ley.

En fin: lo inconcebible, lo absurdo, la ruina y la tiranía.

Pero cuestiones son éstas que trataré en otra ocasión, y que no son nuevas: son de hoy, pero fueron también de mi tiempo, y forman parte de mis recuerdos, y de mis recuerdos más desagradables; por eso, y en el concepto de recuerdos, tengo derecho a tratarlas ampliamente.

*
* *

Pero hasta ahora, no como teorías o disertaciones, sino en forma de viejas memorias, las voy tratando a manera de ejemplos, que serán insignificantes, prosaicos, triviales, insípidos, todos estos nombres les he dado, pero que así y todo, y aun como meros ejemplos, son indicios y aun síntomas de una enfermedad muy honda.

Nada más prosaico ni más insignificante que una ligera mancha en la piel, y, sin embargo, quién sabe si

aquella mancha será el precursor de un cáncer, andando el tiempo. Voy señalando manchitas pequeñas; todos los que han sido ministros de España, directores generales y altos funcionarios públicos pudieran señalar otras muchas, y, sumando o multiplicando, sospecho que el cuerpo social, si a la vez viéramos todas estas manchas, resultaría cubierto de lamparones.

Continuemos, pues, con los ejemplos. Casos y sucedidos de que doy fe, en los que nada invento; que si a inventar fuera, aunque ya soy muy viejo, aun tengo bastante inventiva para combinar cosas más interesantes.

Continuaré citando ejemplos de cuando fuí ministro la primera vez, sin perjuicio de volver a mi posición de director general de Obras públicas cuando trate de otros asuntos; y ya lo he dicho muchas veces: escribo sin orden ni plan, cediendo a los caprichos de la imaginación o del recuerdo, y andando y desandando el camino, a imitación de los perros, que son animales superiores, y que cuando tanto andan y desandan, su razón y su instinto tendrán para ello.

¡Quién sabe! Acaso es una aspiración a hacerse superior al espacio y al tiempo, recogiendo el que pasó y uniéndolo en rápida carrera al presente; aspiración a la unidad del espacio y el tiempo; aspiración a la inmortalidad también.

Por eso voy a hablar de cuando era ministro, y cuando me parezca volveré á la Dirección general de Obras públicas, y quién sabe si cuando me parezca, dando un salto, no volveré a mi infancia o a mi juventud: al callejón del Gato, en Murcia, donde aprendí las primeras letras, o a la antigua calle del Turco, a mi Escuela de Caminos.

Por hoy me planto en el antiguo ministerio de Fomento, en el antiguo, y revolviendo apolillados recuerdos, encuentro siempre, a propósito de esta cuestión de empleados, el que voy a referir.

*
* *

Lo recuerdo bien, como si me hubiera ocurrido, lo que me ocurrió, esta misma mañana; no ya el año 69 ó 70, es decir, hace treinta y seis años, sino el año de gracia de 1906, y en uno de sus hermosos días de otoño.

Todo lo veo: mi despacho del ministerio, mi mesa con mi sillón, y sobre él un hermoso cuadro de escuela holandesa; según los inteligentes, de extraordinario mérito, y yo me inclino respetuoso ante los inteligentes.

Muchas personas en mi despacho, y cerca de una de las ventanas un diputado liberal de gran consecuencia, de perfecta lealtad y de gran respeto en la Cámara, no por ser orador ni por crear conflictos al Gobierno, sino por su posición independiente, su limpia historia y su gran honradez.

Era algo corto de vista, y para verme bien me había ido llevando poco a poco a la ventana, y a la ventana llegamos, y en ella reñimos estrepitosamente a voz en cuello y con ademanes descompuestos.

Los que estaban en el despacho se fueron retirando poco a poco, y, al fin, quedamos solos el diputado y yo.

Pero esta escena fué la última de un drama, y le doy este nombre porque, si no en la forma, en el fondo el asunto era dramático; uno de los mayores dramas de familia, cuando se trata de la familia de un empleado, es el drama de la cesantía.

Pero referiré el drama empezando por el principio; que si por el principio no empezase, perdería todo su efecto el final.

Y, en efecto, el efecto ha sido, es y será, pese a impotentes o a cándidos, una de las cualidades de un buen drama.

Sobre esto ya hablaré en otra ocasión; pero ahora no se trata de dramas, sino de empleados, aunque quizá cada uno de ellos sea el protagonista de un drama sombrío.

*
* *

Cinco o seis meses antes de la escena a que acabo de

referirme, me recomendó con encarecimiento, el diputado en cuestión, a un sobrino suyo para una plaza de catorce o diez y seis mil reales.

Yo tenía interés en complacerle, porque era persona simpática; pero tropezaba con las dificultades de siempre: no había vacante.

El diputado, que era una persona muy digna, pero hombre político hasta la medula de los huesos, viejo progresista perseguido como perro rabioso en la ominosa endécada y en el último período del moderantismo, rechazó de plano mi disculpa.

—Si no hay vacante, se hace—me dijo—; todas son consideraciones para los empleados que nombraron nuestros enemigos, quitando los nuestros, y esto ni es justo ni es político, ni así se estrechan los lazos de un partido.

Siempre me ha causado admiración lo elástica que es la moral y lo complicado que es el ser humano.

Mi amigo era persona dignísima, incapaz de cometer una infamia en las relaciones ordinarias de la vida: no hubiera sacado del bolsillo de nadie una peseta para dársela a sus sobrinos: esto le hubiera parecido un robo, como en efecto lo es; pero en cambio encontraba natural y hasta meritorio dejar cesante a cualquiera, es decir, quitarle catorce o diez y seis mil reales al año para dárselos a su pariente.

Acto semejante le parecía una reparación política de alta moralidad. A mí seguía pareciéndome una soberana picardía.

Este asalto y esta defensa duró muchos días, pero con circustancias agravantes.

Mi buen amigo no se contentaba con una vacante cualquiera, que alguna ocurrió sin que yo la produjera, y ésta le ofrecí, creyendo que realizaba sus deseos; pero es que el diputado en cuestión quería el nombramiento para la capital de la provincia que él representaba, y me señaló el puesto y el nombre de la víctima.

—Ha de quitar usted a Fulano de Tal, y para esa plaza ha de nombrar usted a mi sobrino.

—¡Pero, mi querido amigo, si ese Fulano de Tal es persona excelente, según informes que he tomado, y tiene mujer, tiene hijos!

—Mi sobrino también es persona excelente y también tiene mujer y también tiene hijos, y además es y ha sido siempre liberal, muy liberal.

—Circunstancia muy recomendable y muy simpática; pero el empleado que quiere usted sacrificar tiene diez y seis años de servicio.

—Precisamente por eso. Diez y seis años por obra y gracia del moderantismo ha estado viviendo del presupuesto, y mi sobrino nunca obtuvo la plaza más insignificante. A cada cual su turno. Ahora le toca descansar.

—Pero, mi queridísimo amigo, si le repito a usted que es un empleado modelo, de práctica y de experiencia... (Aquí me interrumpió casi furioso.)

—Si los liberales no colocamos a los nuestros, nunca tendrán ni práctica ni experiencia. Coloque usted a mi sobrino, y dentro de diez y seis años podrán decir de él lo que dice usted de ese moderado.

Moderado no lo es, y jamás ha mostrado ideas políticas; ha cumplido bien con su destino, y nada más.

—Mucho se interesa usted por él.

—Ni le conozco, ni le he visto jamás, ni sabía cómo se llamaba hasta que usted me ha dicho su nombre, ni nadie me lo ha recomendado; circunstancia que me lo hace recomendable.

—Muchas gracias. Quiere decir que mi recomendación hace antipático a mi sobrino.

—No tiene usted derecho para decir eso, porque sabe usted que yo le aprecio a usted y que he querido colocar a ese joven; pero colocarle precisamente donde usted me indica es difícil.

—Porque no quiere usted hacer una vacante.

—No se lo niego a usted. Me repugna.

*
* *

Y como la conferencia anterior tuvimos muchas.

Todos los jefes de los partidos imperantes se me vinieron encima.

—No tiene usted espíritu político—me decían—; no quiere usted complacer a una persona tan digna como don Zutano: nos va usted a crear un conflicto, porque don Zutano forma parte de tal y cual Comisión, y es persona de influencia y de respetabilidad en el partido.

Y así un día y otro día.

Yo, después de todo, no soy un santo ni soy un héroe. Mi resistencia tiene un límite, y al fin, en parte, cedí.

Hice mal, lo reconozco y lo confieso: fué un acto de debilidad con sus ribetes de injusticia; pero los que han vivido en la vida política disculparán mi flaqueza.

¡Quién sabe!—pensaba yo—; acaso tienen razón; yo no seré nunca un hombre político; la política tiene también sus leyes, buenas o malas, y ya que en ella estoy metido, a sus leyes debo someterme.

Argucias, sofismas con que pretendía encubrir mi propia debilidad.

Busqué un término medio, una combinación absurda, un subterfugio, de resultas del cual, quien salía perdiendo era el Estado; pero, en fin, diré lo que hice.

Llamé a mi amigo, y hablé con él de este modo:

—Voy a complacer a usted; voy a nombrar a su sobrino para el puesto que desea.

—¡Gracias a Dios! Se decide usted a hacer la vacante.

—No, señor; eso es superior a mis fuerzas.

—De más bríos le suponía a usted.

—Para casos como éste soy muy débil.

—¿Traslada usted a su protegido a otra provincia?

—Ni es protegido mío, ni puedo trasladarle, porque sería causarle gran perjuicio, y un puesto de su clase no se encuentra fácilmente.

—¡Cómo le mima usted!

—Pues él no lo sospecha.

—En suma, ¿qué va usted a hacer?

— Oigame usted en calma.

— Según parece, en la oficina de que se trata hay mucho trabajo. Crear otra plaza no es realmente un abuso; tengo crédito, aunque no completo; voy a rebajarle a ese señor provisionalmente dos mil reales, con los que completaré el sueldo de su sobrino de usted, cuyo nombramiento es ya cosa hecha.

— Bueno, bueno—dijo mi amigo—; y me dió las gracias, aunque fríamente.

La combinación no le satisfizo del todo; pero se hicieron las cosas como yo había indicado.

Pasaron unos cuantos meses, y mi amigo el diputado progresista, que, como he tenido ya ocasión de decir, era muy buena persona, pero que a veces tenía muy mal carácter, volvió a la carga con más furor, con más empeño y con exigencias más irritantes que nunca.

Era hombre político hasta la medula de los huesos. Liberal consecuente, incapaz de una traición, incapaz de pedir nada a ningún ministro moderado, pero creyéndose con derecho propio para pedirlo todo a un ministro liberal o demócrata.

Era hombre de fortuna, independiente, jamás buscó medro en la política; pero sus peticiones las consideraba como leyes inquebrantables, y tratándose de un sobrino suyo sus exigencias habían de ser mucho más enérgicas.

Esta clase de recomendaciones las consideraba como de amor propio: no acceder a lo que pedía era faltar al partido, a la política y a su propia persona.

En cualquier pequeñez de este género empeñaba él toda su dignidad; de modo que la situación de un ministro amigo, pero que también tenía dignidad y conciencia, era muy difícil.

¿Pero qué pretendía?

¿No había colocado ya a su sobrino?

¿No le había colocado en la provincia que él quiso y en el puesto que él designó?

¿No había tenido la debilidad, de que todavía me

avergüenzo, de rebajar, aunque transitoriamente, dos mil reales al sueldo del empleado que él quería convertir en cesante, para completar el sueldo de su protegido?

¿No había sido todo esto para mí, y él lo sabía, no ya una molestia, sino una humillación casi, y un cargo de conciencia de todas maneras?

Pues ¿qué pretendía el buen hombre? Me lo dijo claramente, y desde el principio, y sin morderse la lengua.

Era corto de vista; no veía en mi cara la impresión que su absurda exigencia producía, y por eso sin duda, contando con mi mansedumbre y con su importancia política, formuló su irritante pretensión en términos claros y casi brutales.

Era para él ya cuestión de dignidad.

¡Válgame Dios, y para qué cosas sirve a veces la dignidad!

El empleado antiguo y su sobrino, por razón de sus cargos respectivos, vivían en la misma casa, y las mujeres y los hijos en continua guerra.

—Esto—decía mi amigo—es hacer escarnio de mí. Suponer que yo no tengo influencia, negarme toda importancia política y demostrar que no tengo ninguna simpatía, ni como político ni como amigo, con usted. Planteo, pues, la cuestión en términos precisos.

No le pido a usted que emplee a mi sobrino, porque ya le empleó.

Ni que le suba el sueldo, porque tiene el sueldo que yo deseaba.

Ni que le mande usted a otra provincia, porque está bien donde está, y a mí me conviene que donde está continúe.

No le digo a usted que a ese otro señor, con quien usted se muestra tan compasivo, le mande a otra provincia, porque esto sería un término medio, que mi dignidad—vuelta con la dignidad—no me permitiría aceptar.

Lo que yo deseo clara y terminantemente, lo que yo

exijo de usted, como amigo y como ministro de mi partido, es que deje usted cesante a ese señor: sólo así quedo yo bien.

— Pero él ¿cómo queda?—dije yo, tragando saliva y contestando a la última frase para no contestar a las anteriores.

— Como debió quedar hace mucho tiempo, si usted tuviera espíritu político y si los hombres de mi partido recordaran todo lo que por el partido he sacrificado.

Y así seguimos largo rato.

Yo procuraba contenerme, endulzaba cada vez más mis frases. Hablaba en voz baja para que no se enteraran de aquella escena vergonzosa las personas que estaban en mi despacho; multiplicaba las frases cariñosas y las sonrisas; procuraba aplazar la cuestión, pero por dentro la tempestad empezaba a rugir: mi dignidad, ésta sí que era verdadera dignidad, se sublevaba iracunda, mi voz se iba poniendo ronca y la sangre me iba subiendo a la cabeza.

Él no comprendía nada de esto, y, envalentonado con mi blandura, apretaba cada vez más y me recriminaba en tono agrio y en voz alta.

Que yo no tenía espíritu político, ¡dale con el espíritu político!; que así no se hace política; que no sirviendo a los amigos del partido, los partidos se deshacen; que a él se le humillaba y se le escarnecía, y que no estaba dispuesto a tolerarlo por más tiempo.

Y llegó un momento en que ya no pude contenerme más.

Antes debió ser, pero al fin fué; y a fe que me cobré capital e intereses.

Me separé de la ventana, y gritando más que él, con asombro y espanto de todos los presentes, le dije que si los partidos habían de perderse porque sus ministros no hicieran indignidades, bien perdidos estaban; que hacía mucho tiempo que le estaba sufriendo y que no estaba dispuesto a sufrirle más; que había confundido la prudencia con la mansedumbre, pero que le iba a

desengañar de una vez para todas; que a mí nadie se me imponía con exigencias absurdas, infames, irritantes; y aquí agoté los adjetivos.

Que yo no era ministro para convertirme en instrumento de rencores mezquinos, ni para mediar en chismes de vecindad y de familia; que lo entendiera bien: que no pensaba dejar cesante al empleado en cuestión, y que al que dejaría cesante si seguía molestándome era a su sobrino.

Que, en todo caso, él era diputado, y el Parlamento estaba abierto, y yo en el banco azul; de modo que podía interpelarme cuando quisiera y como quisiera, y que yo le contestaría y ya vería lo que era bueno.

En substancia, esto fué lo que le dije; pero mucho más, y en términos más brutales, y a gritos, y con puñetazos en la mesa; en fin, olvidándome de todo, y hasta de la buena educación.

Es una de las pocas veces que me he descompuesto; pero me descompuse de veras.

Cuando se me acabó la voz, y recobré el dominio sobre mí mismo, miré a mi alrededor y no vi a nadie.

Ni los oficiales que estaban para el despacho, ni los diputados que habían venido para diversos asuntos, ni los amigos que solían visitarme.

Todos habían desfilado.

Y estábamos solos mi contrincante y yo.

Él, aterrado y sin pronunciar palabra; porque yo, sin querer, había relatado en voz alta la historia y le había puesto a la vergüenza, y la razón puede mucho.

Además, por mi actitud, comprendía que estaba dispuesto a todo.

Su sorpresa debió, en efecto, ser grande; debí ser a sus ojos un corderito que de repente se convierte en un tigre de Bengala.

Seguimos siendo buenos amigos, al menos al parecer; yo siempre le tuve afecto.

Pero él ya no me trató ni con el cariño ni con la franqueza de antes.

Váyase lo uno por lo otro.

¡Pobre señor! Luego sentía el mal rato que le había dado y lo mucho que me había descompuesto.

Pero ¿qué remedio? No siempre es uno dueño de sus nervios.

Pasemos a otro caso, o tal vez a otro asunto, porque este de los empleados va siendo enojoso.

Pero si lo es en forma de recuerdos, lo es mucho más en forma de realidades presentes.

Consumir los nervios, la calma y la energía en cosas grandes y que valgan la pena, es natural: para eso se vive, y para eso se tienen deberes que cumplir; pero consumir nervios, y calma, y virutas chiquititas de conciencia en miserias y mezquindades, es intolerable y es triste.

LIX

Cada vez que empiezo a dictar uno de estos artículos me asaltan dudas, temores y hasta remordimientos.

¡Qué cosas tan insulsas, tan pálidas, tan insustanciales, tan vulgares, en fin, estoy publicando!

Lo que se publica debe tener algún objeto, procurar alguna enseñanza o excitar el interés, o despertar la emoción.

Pero todos estos recuerdos míos, sobre todo los que se refieren a la cuestión de empleados, ¿qué interés pueden despertar, ni qué emoción, ni qué enseñanza tampoco, podrá decir algún crítico, si todo eso y mucho más sabemos nosotros?

Cuando se publican recuerdos, deben ser recuerdos que se relacionen con algo interesante y no con minucias prosaicas, de la prosa más vulgar.

Pero la consecuencia de este razonamiento sería que yo no debo publicar estos recuerdos, porque mi vida no ha sido un drama de grandes emociones ni de sorprendentes peripecias: no ha sido ni siquiera un drama como los que yo he escrito.

Pero ahí está el *quid*, y de aquí puede desprenderse alguna enseñanza.

Que mis dramas son una pura mentira, o una mentira impura, en concepto de algunos, y, sin embargo, más de una vez, con razón o sin ella, han interesado al público.

Y en cambio estos recuerdos son la verdad, la verdad exacta de mi vida, sin ficciones, sin adornos, sin procurar siquiera que el estilo sea más o menos literario.

Son fotografías insustanciales, como las que ahora se estilan para los billetes kilométricos.

Más verdad no es posible, y, sin embargo, a nadie interesarán; yo seré el único a quien interesen algo, porque me recuerdan lo pasado.

Luego de aquí se desprende cierta enseñanza práctica. Que la verdad material, el realismo, o el naturalismo, si es completamente real y completamente verdadero, de cien casos no puede interesar más que en uno; y en cien millones, y aun la cifra me parece pequeña, podrá brotar un chispazo artístico o un estremecimiento conmovedor.

De suerte, que en cuanto a la enseñanza, alguna creo yo que proporcionan, siquiera sea a costa del mucho aburrimiento.

Y por lo demás, como he dicho otras veces, acaso reflejen en modesta esfera toda una época con sus vicios y sus virtudes, con sus intereses y sus luchas, grandes o pequeñas.

Tomad un grano de arena en cualquier momento, dadle una inteligencia tan pequeñita que en él quepa, proporcionadle el medio de que escriba sus recuerdos, y ¡qué mezquinos serán!

Y, sin embargo, en ese grano de arena influye el universo entero: una inteligencia soberana, por lo que en el granillo de arena pasa en cada momento, podría deducir algo de lo que está pasando en todo el universo sideral.

Y por su historia mínima, por su historia microscópica y pulverulenta, podrá deducir la historia del Cosmos.

Luego el estudio de lo infinitamente pequeño no es tan inútil como parece; en él se refleja lo grande, aunque se refleje en forma invisible.

Lo grande, lo bello y lo terrible, todo debe tener su representación en la historia del granillo de arena.

Él, con decir la verdad, hizo lo que pudo; la impotencia o la torpeza estará en el lector de aquella historia, que no sepa, como vulgarmente se dice, «leer entre líneas».

Yo, pues, me lavo las manos; y pues requerimientos de la amistad me obligan a escribir estos recuerdos, los escribo a conciencia, quiero decir, con verdad absoluta, olvidándome por completo de que soy autor dramático, sin acudir a efectismos, que son buenos cuando son buenos y cuando son conducentes a un fin, pero que en el caso actual caerían en el abismo de lo cursi.

Entre lo insustancial y lo cursi prefiero lo primero; y continúo escribiendo mis recuerdos con la misma impasibilidad, pero con la misma fidelidad que hasta aquí.

Y tan impenitente y tan recalcitrante soy, que todavía voy a presentar algunos ejemplos más sobre los empleados de la Administración pública y sobre sus nombramientos y cesantías, por obra y gracia de la voluntad ministerial.

*
* *

Tuve un compañero cuando estudiaba Matemáticas con don Angel Riquelme, al cual compañero llamaré Cañizales, aunque no se llamaba así; mas para entenderme, necesito ponerle algún nombre. Ya lo he dicho en otra ocasión o en otras varias: un autor dramático no se entiende si no pone nombre a los personajes, ni un matemático si no designa las cosas por letras, ni el género humano si no las designa por palabras.

Imperfecciones del sistema humano actual, hasta que no progrese tanto la telepatía, que las inteligencias se entiendan directamente por comunicación inmediata.

Era Cañizales un buen chico: yo he tropezado en mi vida con gente bastante buena.

Buena era también su inteligencia, aunque tímida, y

tímida fué siempre su persona; por eso, hasta que le perdí de vista, no hizo carrera en la vida.

Ignoro si más tarde llegó a curarse de este defecto, porque la vida no es de los tímidos, sino de los osados, y más adelante presentaré algunos ejemplos de osados imbéciles que, a pesar de ser imbéciles, han llegado a imponerse a fuerza de osadía.

¡Qué remedio! La vida es lucha, y la lucha es conflicto de fuerzas, y las fuerzas son de muchas clases; desde el mandoble que descarga un aventurero en los revueltos siglos de la Edad Media, hasta el insulto o la desvergüenza que estampa en un periódico un aventurero a la moderna.

Por eso, y porque al fin y al cabo la osadía es una fuerza, una fuerza del orden moral o inmoral, que también puede tener sus ramificaciones en el orden material, no debe extrañar a nadie, ni a mí me extraña, que de los osados sea el reino del triunfo.

Pues Cañizales ero todo lo contrario: si valía como uno, aparentaba valer como medio.

Si quería pedir una cosa, dejaba pasar la oportunidad, y seis meses después la pedía, cuando ya no había modo de concederla.

Si se examinaba, era aprobado, no por la suficiencia que en el examen demostraba, sino porque durante el curso se había portado muy bien, y el profesor le conocía de antemano.

Hizo varias oposiciones, y apenas por méritos de antigüedad ganó una, porque trataba al contrincante con tal cortesía y con tal respeto, que era como decirle al tribunal; «yo sé que este señor vale mucho más que yo»; con lo cual los jueces se daban por convencidos. En vez de proclamar a voz en cuello que era su contrincante un mentecato y un ignorante indigno de ocupar la atención de personas sensatas.

Cañizales quiso seguir la carrera de Caminos, que entonces pasaba por ser la más difícil; mas su timidez se interpuso, y se convenció a sí mismo de que no tenía

talento para seguirla, lo cual no era cierto, porque tenía tanto talento como otros muchos.

Vaciló, dudó, perdió algunos años en estas vacilaciones, y al fin se hizo ingeniero industrial, que era en aquellos tiempos carrera mucho más rápida, aunque al terminarla y al obtener el título era de porvenir incierto. Esto, como otras muchas cosas, ha cambiado, por fortuna, en España.

La Industria, en general, la Química, la Mecánica y la Electricidad han abierto brillantes horizontes a la juventud.

Ese, ese es el camino, y no el de buscar caciques y diputados que recomienden y pidan destinos y me obliguen a escribir estos soñolientos recuerdos.

Pero volvamos a mi amigo y compañero.

Aunque habíamos seguido carreras distintas, habíamos conservado buena amistad. Fué uno de los primeros en darme la enhorabuena, y con mucha frecuencia venía a visitarme a Fomento.

Después comprendí que el motivo de sus frecuentes visitas era el deseo de obtener un destino.

Mas cómo era tan tímido, o tan prudente, o las dos cosas a la vez, jamás me dijo nada.

Entraba en mi despacho casi todos los días, y allí estaba unas cuantas horas.

Cuando yo no estaba ocupado, hablábamos de cosas mil; pero jamás de destinos ni cosa parecida.

Yo soy por naturaleza distraído, y jamás adiviné sus intenciones. Ni conocía su posición, ni si había conseguido o no en qué ocuparse. Es más: creía haber oído decir que había obtenido una plaza de ingeniero en no sé qué fábrica, y que, además, gozaba de una renta por su casa, con lo cual llegué a convencerme que tenía una posición desahogada y que no pertenecía a la turbamulta de los pretendientes.

Y yo, en esta creencia, sin ofrecerle nada, y él, con su timidez, sin pedirme cosa alguna, pasaron unos cuantos meses.

Al fin, un día el pobre no pudo más, y se espontaneó, con gran asombro mío y con gran apuro, porque los destinos hacía muchos meses que se habían acabado, y nada podía ofrecerle digno de sus condiciones. Al fin y al cabo era hombre de carrera, era inteligente y en la miseria tampoco estaba: de modo que no era del caso ofrecerle una plaza de cinco o seis mil reales.

Así se lo dije, expresando mi sentimiento porque hubiera dejado pasar más de medio año y, en este período, varias ocasiones en que hubiera podido servirle.

Prometí hacerlo, y prometí de buena fe, porque yo estimaba a Cañizales y le consideraba digno de protección. Pero un ministro no puede hacer todo lo que quiere.

Tiene interés en servir a una persona, se propone servirla, se hace a sí mismo la recomendación, y no puede conseguir lo que desea.

Un ministro es un pordiosero de sí mismo; siempre se está tendiendo la mano derecha, y la izquierda siempre la rechaza.

Son innumerables los disgustos que un ministro se da a sí mismo. Acaba por romper muchas amistades, y aun la última amistad con su propia persona.

Todo esto explica cómo, a pesar de mis buenos propósitos, pasaron tres meses, y Cañizales continuaba, no diré cesante, porque nunca había sido empleado, sino en espera de colocación.

El me lo dijo muchas veces:

— Esta carrera de ingeniero industrial, hoy por hoy, es poco socorrida: estudiamos bastante, obtenemos un título, y, una vez el título en nuestro poder, como las niñas bonitas nos quedamos: a ver quién nos quiere. Vuestra carrera tiene otras ventajas: al salir de la Escuela, tenéis una posición segura; muy modesta, porque los ingenieros segundos no tienen más de nueve mil reales, pero segura y decorosa; y con la esperanza de tener, cinco o seis años más tarde, doce mil reales, sin perjuicio de poder conseguir una Empresa particular.

Pues pasaron tres meses, y yo nada hice por mi amigo Cañizales; mejor dicho, nada pude hacer.

Lo procuraba; afirmo, bajo palabra de hombre honrado, que lo procuraba de buena fe, pero no lo conseguía. Se necesitaba una víctima, y yo no he nacido para sacrificador.

Ya lo sabía él; ya me conocía y conocía el estado del personal, y no se enfadaba conmigo y tenía paciencia, y entre su timidez como pretendiente y la mía como ministro, los meses pasaban, y Cañizales seguía visitándome casi a diario, y yo casi a diario le daba esperanzas; pero en aquel larguísimo período fué lo único que pude darle.

— Descuida—le decía—; en este presupuesto próximo presento aumentos en las plantillas, y una de las nuevas plazas será para ti, no lo dudes.

En aquella época, haré constar que estas promesas tenían fuerza; porque los ministros no pasaban por el banco azul con la rapidez con que hoy pasan, a pesar de lo revuelto de los tiempos y del ardor de las pasiones.

Yo, en esta primera etapa de mi vida política, fuí ministro de Fomento casi dos años seguidos; de manera que, al hablarle a Cañizales como le hablé, no era, en verdad, con el pensamiento de que una crisis repentina me librase del compromiso.

*
* *

Estábamos un día hablando amistosamente, y me dijo de pronto Cañizales:

— Oye, Pepe; te voy a hacer una pregunta.

— Pregunta lo que quieras.

— Dime la verdad: ¿eres masón?

Me eché a reír, porque la pregunta me hizo gracia.

— Hombre, no; ni he sido masón, ni lo soy, ni espero serlo, ni se me ha ocurrido jamás esa idea.

Y él me contestó, acercándose y hablándome con cierto misterio:

— Háblame con franqueza, porque conmigo ya sabes que puedes tenerla.

Y, además—agregó—, te diré en confianza que yo soy masón; de modo que hablarías desde luego con un amigo y, además, con un hermano.

Yo me eché a reír, porque me hacía muchísima gracia que Cañizales pudiera ser masón; todo me lo hubiera figurado de él, tan tímido, tan retraído, menos el que pudiera pertenecer a la francmasonería.

— Pero ¿es verdad? Pero ¿tú eres masón? Entonces eres un ser formidable.

— No te rías, que esto de ser masón tiene muchas ventajas.

— No lo dudo; pero como no estoy en interioridades, no las conozco.

— Pues las tiene, y haces mal en desdeñarlas.

— Si no las desdeño; yo no desdeño nada de lo que no conozco; lo que hay es que las desconozco por completo.

—Pues mira—siguió diciendo—, muchos de los hombres políticos con quienes tratas, los de más valer, los de más importancia, los que más influencia tienen en la política, a la francmasonería pertenecen y en ella tienen altos cargos. (No sé si me dijo cargos o grados.)

— Supongo que tendrán esa elevada posición dentro de la sociedad masónica por la importancia política que tienen fuera, y que no habrán adquirido esa importancia por el grado que tengan dentro. Lo que tú consideras causa, yo considero que es efecto.

En suma, me parece que tú exageras la importancia de la francmasonería. Los tiempos cambian, las instituciones más poderosas decaen; lo que ayer era factor importantísimo en la marcha de un país, pasa con los años a ser accidente insignificante.

— Pues estás en un error; hoy el masonismo, o la masonería, o la francmasonería, como quieras llamar a nuestra asociación, tiene extraordinaria influencia en toda clase de asuntos, y sobre todo en los asuntos públicos,

o sea en la vida política. Y para la vida individual, no se diga: el ser masón es encontrar apoyo en todas partes, porque en todas partes y en todas las esferas contamos con *hermanos* de gran poder.

— Bueno; pues tanto mejor para vosotros.

— ¡Vamos! ¿Por qué no te haces masón? Yo les hablaría, y te recibirían con los brazos abiertos, porque saben que eres un espíritu avanzado.

— Yo agradezco la buena intención; pero te repito lo que antes te dije. Ni soy masón ni lo seré. Respeto a todo el mundo y a toda clase de agrupaciones humanas que, por medios lícitos, procuren fines provechosos: pero no son para mí las sociedades secretas; mis actos han de ser públicos: el misterio y la sombra me son repulsivos por naturaleza. En la Historia hay épocas en que el misterio y la sombra se imponen; pero esas épocas pasaron: en la vida democrática moderna, todo se hace a la luz del día. Esta es mi opinión, respetando la tuya.

— Pero si es que proporciona ventajas indiscutibles el pertenecer a la masonería; si es una fuerza, una gran fuerza, mayor que la que tú supones.

Empiezas tu carrera política. Tendrás ambición, y, créeme, no estará de más que aproveches fuerzas que de buen grado se pondrán a tu disposición. Si te decides, yo te aseguro que en pocos años llegas a venerable. (Me parece que me dijo venerable.)

Yo me eché a reír.

— Querido Cañizales, no soy joven, pero no soy viejo, y han de pasar muchos años para que yo me crea digno de ser venerable, dado que sea venerable alguna vez.

***

Y así siguió nuestra conversación largo rato, medio en broma, medio en serio.

En serio, por su parte; en broma, por la mía: que yo

no podía tomar en serio que Cañizales fuera masón, ser formidable, misterioso, algo siniestro.

— Vamos—concluí por decirle—, el ser masón no pasa de ser un entretenimiento. El ser masón no sirve para nada.

— ¿Que no sirve? Pregúntaselo a tus compañeros.

— Te digo que no sirve, y lo demuestro.

— ¿Cómo lo demuestras?

— Con tu ejemplo.

— ¿Con mi ejemplo?—replicó con cierto asombro.

— Sí, y, además, matemáticamente.

— Pues a ver la demostración, que tengo curiosidad por conocerla.

— Querido Cañizales, tú deseas un destino. Entre unas cosas y otras, ha pasado más de un año sin que haya podido dártelo, bien contra mi voluntad; pero, en fin, continúas sin colocacción.

— Es verdad.

— Por otra parte, tú eres masón, y con cierta antigüedad. Como masón, debes tener muchos amigos poderosos en todas las esferas, y, por lo tanto, en las esferas políticas. Los masones os debéis amparo y protección. ¿Cómo tus amigos, tus *hermanos*, no te han proporcionado ya ese destino que deseas? La empresa es bien modesta para sociedad tan poderosa; sin embargo, no has conseguido que te coloquen. Nadie me ha hablado en tu favor, y si al cabo consigues un puesto, será por mí, que no soy masón. Desengáñate: no tenéis influencia, ni poca ni mucha—y agregué en broma y riéndome de buena gana—: el último socio de la tertulia progresista tiene más influencia política que todos vuestros venerables presentes, pasados y futuros.

Cañizales se quedó silencioso y triste: no tomó a broma la que yo le había dado. Mi demostración parecióle, sin duda, demasiado buena como demostración, pero amarga y cruel, dadas las circunstancias en que se encontraba.

Yo casi me arrepentí de todo aquello que le había di-

cho, que sin intención lo dije, y sin duda hirió alguna llaga oculta de mi pobre amigo.

De pronto, se levantó excitadísimo, dió unos paseos por el despacho, y de pronto se paró delante de mí.

— Tienes razón, razón completa: soy un iluso, soy un iluso, soy un mentecato; a mí nadie me ampara ni me protege; el ser masón no me sirve de nada. Sólo me sirve para que mi madre, que se ha enterado del caso, se tome grandes pesadumbres y me dé grandes disgustos, porque dice que soy un hereje, que estoy excomulgado, y que de seguro voy a condenarme si continúo con los de la *secta nefanda*, como ella nos llama. Doy una pena a mi madre, ella me da muchas, y los masones no me colocan: pues ¿de qué me sirve la fraternidad?

Adiós; voy a dar una gran alegría a mi madre: voy a decirle que ya no soy masón. Espero que tú no me trates como ellos.

Fué la frase de más apremio que me dijo el pobre Cañizales.

Y, en efecto, yo creo que le coloqué; pero no estoy muy seguro.

Ahora que me acuerdo, pienso con pena que quizá no pude colocarle, y esto me proporciona un disgusto retrospectivo.

Pero, no; le coloqué, le coloqué. ¡Pobre amigo mío! Era bien digno de protección.

Yo tengo cierta memoria pictórica, como tengo memoria fonética: de las figuras y de las palabras me acuerdo.

Han pasado casi cuarenta años, y le veo ante mí, alto, delgado, la mirada pálida y dulce, la voz modesta, y oigo sus palabras:

— Adiós; voy a dar un alegrón a mi madre: voy a decirle que ya no soy masón.

LX

Muchos me quedan todavía de mis sufrimientos, luchas, humillaciones y honradas rebeldías, en estos perpetuos asedios de la turba infinita que quiere vivir del presupuesto.

Pero la cuestión de empleados me va pareciendo ya pesada y enojosa, y por terminada la doy para subir a esferas más puras: las de las ideas y los principios.

Dirá la Historia lo que quiera de aquellos revueltos tiempos que siguieron a la revolución triunfante de septiembre.

Los hombres no han sido nunca ángeles, ni es de esperar que de pronto les nazcan alas, ni siquiera cuando se descubra la navegación aérea o se resuelva el problema de los aeroplanos.

El hombre siempre ha sido y será hombre, con las miserias, apetitos, egoísmos y ambiciones propios de la raza de Adán. Pero, así y todo, épocas hay en que el idealismo domina más que en otras, y en aquellos tiempos a que me refiero no puede negarse que éramos muchos los que nos agitábamos en la política animados por grandes ilusiones y por espléndidas esperanzas.

Muchos éramos, y yo me cuento entre ellos, los que creíamos que con el librecambio, la libertad religiosa y todos los derechos individuales, y, en suma, con un individualismo tan absoluto como permitiera la realidad

de la vida, España iba a despertar del sueño de muchos siglos, iba a levantarse regenerada y pujante, iba a progresar moral y materialmente, y por la riqueza material, la ciencia moderna, y una amplísima libertad en todas las esferas, iba a tomar puesto de honor en el gran concierto de los pueblos de Europa.

Ni más ni menos: la voz de la democracia individualista iba a ser para España, guardada la debida proporción, el *fiat lux* del Creador y el *levántate* de la resurrección de Lázaro.

Yo no he decir ahora si todo aquello fracasó o si se realizó en buena parte: yo en estas páginas ni juzgo, ni defiendo, ni combato; no hago más que recordar. Yo sí que le digo al recuerdo: levántate y habla, o, mejor dicho: levántate y dicta.

***

Pertenecía yo al grupo de la democracia, escaso en número, pero activo y batallador.

Y dentro de la democracia, al subgrupo de los economistas; y entre los economistas, a los de individualismo más puro, más exagerado, dirán los que como nosotros no piensen. Y sigo lo mismo.

Y observo que unas veces hablo en tiempo pasado, que es lo que al recuerdo corresponde, y otras veces en tiempo presente; pero es que, a decir verdad, para haber vivido tanto, yo no he variado mucho.

Se me han ensanchado los horizontes, he reconocido lealmente obstáculos que antes no veía, he suavizado asperezas de una doctrina rígida; pero mirando alrededor, me veo casi en el mismo punto en que hace treinta años estaba.

¿Qué es esto? Consecuencia, dirán algunos; y yo contestaré: «Muchas gracias.»

Terquedad de pensamiento, dirán otros, y acaso lo sea; pero es que hace treinta años demostraba yo que la suma de los tres ángulos de un triángulo vale dos rectos, y hoy defiendo lo mismo.

A no dudarlo, ésta debe ser otra terquedad del pensamiento.

Sin embargo, aun en esto mi pensamiento es elástico, porque hoy sé que, además de la Geometría clásica de Euclides, hay otra Geometría no euclidiana.

En suma: no faltará quien diga que esta invariabilidad es la de las momias, que se acartonan, o la de ciertas formaciones geológicas, que se petrifican.

Sobre todo esto, vuelvo a repetirlo, no discuto: evoco un pasado que ya no existe; porque, hay que reconocerlo, las ideas políticas, desde los tiempos de la revolución de septiembre hasta la fecha, han variado bastante. Y, sobre todo, van tomando otras orientaciones, como demostraré en este nuevo paréntesis dedicado al orden político de aquella fecha, que hoy abro en esta serie de artículos y que no sé cuando cerraré; probablemente cuando me canse y me apetezca otro tema.

*
* *

Resulta, pues, que cuando yo entré en la Dirección de Obras públicas del Ministerio de Fomento, y cuando poco después fuí ministro del ramo, ni fuí director ni fuí ministro por serlo, sino con el noble propósito, y no digo que lo realizara, digo que lo tenía, de ir dando vida a mis ideales en la esfera de las leyes y del gobierno.

Mas para marcar estos ideales, necesito hacer un recuento de las fuerzas políticas de aquella época, y debo señalar los ideales y las aspiraciones de los grupos, de los partidos, de las fuerzas políticas que entraron en conjunción para realizar aquel movimiento revolucionario.

En rigor, eran tres los partidos que formaron una coalición poderosa, que vencieron primero en Alcolea, y luego en toda España, y que al cabo de tres años se dividieron y lucharon entre sí, y murieron como muere toda situación política en nuestra patria: por el suicidio.

Ningún partido muere aquí porque el partido contra-

rio le dé muerte en lucha más o menos heroica, sino porque él le ahorra ese trabajo a su adversario, dándose muerte a sí mismo; y el adversario no tiene que hacer otra cosa que recoger el cadáver, echarlo a un lado, ocupar él su puesto y quedarse con la eterna herencia del suicidio, para ejercitarlo cuando llegue la ocasión, y morir de la misma muerte que murió su rival.

Y así sucesivamente, en serie indefinida, como se dice en Matemáticas.

Pero vamos a los partidos de entonces.

*
* *

Los partidos de coalición revolucionaria eran tres:

El viejo partido progresista.

El partido de la Unión liberal.

Y la democracia.

Verdad es que la democracia se había dividido después del triunfo, y la mitad del Estado Mayor, comprendiendo a Castelar, a Figueras, a Pí, al marqués de Albaida y a otros muchos, procuraron formar, y formaron, el poderoso partido, por entonces, de la República federal, con una variante, escasíma en número, de republicanos unitarios, como García Ruiz y el joven Ruano.

La otra mitad del partido democrático, con Rivero y Martos a la cabeza y otros ilustres demócratas, formaron parte de la coalición revolucionaria, que desde el primer momento se llamó monárquica.

¿Tenían estos tres partidos el mismo credo, las mismas aspiraciones, el mismo ideal?

No los tenían.

En el orden político eran muchos sus puntos de contacto; tantos, que con ellos, y aprovechándolos, llegaron a formar la Constitución del 69 como lazo de unión y legalidad común de todos ellos, y aun legalidad común, por entonces, de todos los republicanos y aun de muchos que después han formado en las huestes conservadoras.

Pero, en fin, es un hecho que la Constitución del 69 la aceptaron como obra suya directa los unionistas, los progresistas y los demócratas.

Era una fórmula política, era una fórmula práctica, era una gran transacción entre todos los elementos revolucionarios; y si era transacción, claro es que no expresaba con entera pureza los ideales de todos ellos; es decir: de los tres grupos políticos que habían trabajado en la obra común.

¿Cuáles eran los ideales del antiguo partido progresista?

¿Cuáles los de aquellos hombres políticos, que procedían de la Unión liberal, y que la representaban en su totalidad casi, porque O'Donnell ya no existía?

¿Cuál era el ideal, en fin, del partido democrático monárquico, y, dentro de éste, del grupo economista, y aun dentro del mismo partido democrático, el de algunos hombres ilustres que procedían de la escuela filosófica de Krause?

Fijar todos estos ideales, deslindarlos, ver lo que en ellos había de común y lo que pudiera marcar disidencias, sería un trabajo por todo extremo interesante; mas para desarrollarlo con desarrollo adecuado a su importancia, sería preciso escribir un libro consultando muchas colecciones de periódicos, muchas discusiones del Ateneo, muchos discursos parlamentarios, mucha labor legislativa.

Y yo no tengo tiempo para este trabajo, ni la índole de estos artículos lo consiente; debo limitarme a mis recuerdos, casi siempre claros y precisos, aunque acaso serán en alguna ocasión algo confusos, porque, al fin y al cabo, mi modesto cerebro no es un fonógrafo.

Diré, pues, lo que recuerde, y lo que diga de mí será exacto, y en lo que diga de los demás no creo que he de separarme mucho de la fidelidad histórica, y en todo caso será por deficiencias de mi memoria o de mi entendimiento.

*
* *

De los tres partidos que hicieron la revolución, aunque la revolución, como en estos casos sucede, la hizo todo el mundo, aun los mismos contra quienes iba dirigida, el más antiguo era el partido progresista.

El viejo, el venerable, el simpático partido progresista.

El que, arrancando de las Cortes de Cádiz, y tomando diferentes nombres en su dolorosa peregrinación, con el nombre de partido progresista había llegado al año 68.

En más de dos tercios de un siglo, ¡qué pocos años había ocupado el Poder!, siempre en circunstancias extraordinarias, entre profundas agitaciones, por la fuerza a veces, compartiendo el Poder, otras, con partidos diversos, que a él se aliaban casi siempre con el propósito de derribarle en cuanto pudieran.

El partido progresista había sido, durante muchos años, el predilecto de las masas populares; no existían entonces ni socialistas, ni colectivistas, ni partidos obreros, ni radicales, a no ser como excepción singularísima.

Todo el que en las masas inferiores de la sociedad sentía ardores políticos, prescindiendo, por de contado, de las masas carlistas, en el partido progresista se afiliaba.

El partido progresista, que muchas veces era el esparterista. Porque el héroe de Luchana fué por aquellos tiempos el símbolo de la libertad.

En Murcia, que es donde yo pasé los primeros años de mi vida, se adoraba a Espartero desde lejos, como los muslines adoran a Alá; y su representante en la tierra murciana era el marqués de Camacho, con su ejército de manta y trabuco y sus fieles de Aljezares y Alguazas.

El partido progresista no era un partido de base científica ni de base filosófica, sin que esto quiera decir que no hubiese en él hombres de gran cultura y de verdadero mérito en la elocuencia, en el derecho, en la economía social, en la cátedra, en todas partes.

Pero lo que en el partido dominaba, aun en su Estado Mayor, era el sentimiento.

El partido progresista amaba la libertad con delirio; por la libertad había sacrificado muchos mártires, y odiaba con toda su alma a los moderados, que más de veinte años, y más de treinta años, habían sido sus verdugos.

Pero amaba la libertad sin definirla científicamente: no eran aquellos tiempos ni de filosofías ni de lucubraciones de economía política, ni habían llegado los de la sociología tampoco.

Las luchas; las persecuciones; las conspiraciones y los pronunciamientos; la acción, en suma, no daba tiempo ni reposo para ejercitarse en idealismos.

Por eso los adversarios acusaban a los progresistas, en general, de atraso, de ignorancia y de poca cultura, y de bullangueros los tildaban, declarándose ellos los hombres de la suprema inteligencia y del orden supremo. Verdad es que aquella suprema inteligencia no pasaba, por regla general, y salvando hombres de verdadero mérito, de ser muy mediana; y, en cuanto al orden, venía demasiado rojo en sangre.

Y natural es que el nivel de la cultura fuese el mismo para todos los españoles en cada una de las clases sociales.

En el orden político, los progresistas tenían unos cuantos principios, unas cuantas libertades concretas; pero con limitaciones doctrinarias.

La libertad de imprenta, sí; pero sin exageración.

La asociación está bien; pero bajo la vigilancia de la autoridad.

Las persecuciones religiosas están mal; pero el año 54 los más avanzados apenas pasaban de la tolerancia religiosa.

Eran antidinásticos; pero era porque Palacio les rechazaba, que, si les hubiese llamado alguna vez espontáneamente, hubieran llenado de flores el camino de la reina, según fórmulas que empleaban los periódicos más

ardientes del partido. En suma: eran monárquicos, aunque habían sido bien castigados por la Monarquía de aquellos tiempos.

He dicho que, en cuanto al problema religioso, no pasaban de la tolerancia. La libertad de conciencia, la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y el Estado, imaginaban que eran soluciones peligrosísimas y casi desesperadas, porque el partido progresista era católico, sinceramente católico, y los restos de aquel partido lo han sido siempre; pero eran, en cambio, anticlericales, rabiosamente anticlericales, si se me permite la palabra.

Eran más anticlericales que los más ardientes demócratas; éstos, sin asombro ni terror, llegaban hasta la separación de la Iglesia y el Estado, pasando por la libertad de cultos; pero no sentían los enojos casi feroces del partido progresista contra todo lo clerical.

Miraban los demócratas con cierta altivez desdeñosa, con cierta filosofía compasiva con que se mira a los seres inferiores, a los defensores de comunidades y congregaciones religiosas, y más de una vez en el Parlamento, en los años de la revolución, votaron demócratas y radicales, unidos a los que entonces se llamaban los neos, contra grandes fracciones del antiguo partido progresista, en cuestiones de libertad, y de libertad igual para todos: recuérdese la caída del Ministerio Malcampo.

Eran muy curiosos estos matices de los antiguos partidos revolucionarios, que tal vez no han desaparecido por completo.

Otros dos principios afirmaron siempre los progresistas, que, más bien que principios, eran problemas concretos, ya del orden económico, ya del orden social.

Los progresistas querían la supresión de la contribución de consumos, y proclamaban la descentralización administrativa.

Finalmente: los progresistas, en dos momentos solemnes y supremos, en tiempo de Mendizábal primero, como arma poderosa contra el partido carlista, y en el año 54

después, para movilizar grandes capitales, realizaron la desamortización civil y eclesiástica, gracias a la cual la Unión liberal gozó cinco años de abundancia, en los que se hicieron grandes obras públicas y una gran parte de la actual red de ferrocarriles.

En el orden político, el partido progresista tuvo siempre la tendencia a cercenar las facultades del monarca, aproximándose todo lo posible al parlamentarismo inglés, y así el grito supremo del partido fué siempre este: «Cúmplase la voluntad nacional.»

Había sido la fórmula de Espartero.

En todos los momentos difíciles, el invicto y simpático general, acudía a esta fórmula: «¡Cúmplase la voluntad nacional!»

Fórmula irreprochable, y que sólo una dificultad ofrece: que no siempre es fácil averiguar cuál sea la voluntad de la nación.

Porque, al fin y al cabo, es la voluntad de un ser colectivo, compuesto de muchos millones de seres; y si aun tratándose de uno solo, como sea de carácter débil e indeciso, no es fácil averiguar lo que quiera en cada momento, y aun es posible que él mismo no lo sepa, tratándose de una masa enorme de voluntades e inteligencias, masa en la que, una buena parte, ni piensa ni quiere, la empresa ha sido insuperable mucho tiempo, y hoy mismo es dificilísima, a pesar de los adelantos de la política, del Parlamento, de la Prensa, de los mítines y de todos los medios que poseemos para expresar en cada momento nuestro pensar y nuestro sentir.

En resumen: el partido progresista no tenía un programa filosófico-científico; y si esto no parece propio de los partidos militantes, agreguemos que tampoco tenía un programa político bien definido.

Era un partido histórico, que ese nombre se le puede dar, aunque su historia no pasase de setenta años; bien es cierto que sus prohombres, en arranques de entusiasmo, a veces sublimes, a veces infantiles, querían arrancar su historia, cuando menos, de los tiempos de Padi-

lla, Bravo y Maldonado, y por eso se extasiaban ante el cuadro de *Los Comuneros*, de Gisbert, que consideraban casi como cuadro de familia.

¡Cuántas veces el marqués de Perales, que me distinguía con su amistad, me llevó ante el cuadro de Gisbert, diciéndome: «Mire usted, mire usted, y aprenda usted historia!»

***

No aportaba, pues, el partido progresista un programa inspirado en la Ciencia ni en la Filosofía.

Su programa era un programa práctico: se había ido formando al contacto de la realidad, y estaba formado por un conjunto de problemas, que el partido resolvía siempre con espíritu liberal, pero sin gran unidad ni armonía entre las soluciones, de donde resultaban contradicciones a veces.

Por ejemplo: en la cuestión del librecambio, no puede decirse que el partido fuese librecambista.

Verdad es que este problema del libre-cambio no formaba parte integrante del credo de ningún partido.

Así, por ejemplo, el presidente de la Junta librecambista para la reforma de los Aranceles, hasta reducirlos a la función puramente fiscal, era un moderado de la antigua cepa: don Luis María Pastor.

Y era librecambista ardiente Alcalá Galiano, que tuvo los últimos destellos de su maravillosa elocuencia en los mítines de la Bolsa; todos celebrados contra el proteccionismo, y en defensa del librecambio.

Y en la Bolsa oí yo, compitiendo en ideas económicas radicales, y en elocuencia también, con Alcalá Galiano, nada menos que a González Brabo.

Muchos moderados eran, pues, librecambistas, y aun de primera línea.

En cambio, en el partido progresista había de todo; que si Figuerola era de los nuestros en materias económicas, en cambio otro prohombre del partido, don Pascual Madoz, era proteccionista rabioso. Y la única vez

en que pudo haber peligro para don Juan Prim en el banco azul fué por salir a la defensa de algo que se rozaba con el proteccionismo catalán.

Y tan revueltas andaban las opiniones en esta cuestión económica, que el insigne Pí y Margall, uno de los hombres más avanzados del grupo republicano, más de una vez defendió el proteccionismo desde los bancos del Congreso.

En cambio, los partidos que defendían la libertad democrática, ó en su pureza individualista, o con acento individualista al menos, tenían que ser librecambistas, a menos de inconsecuencia patente, desde el punto de vista de las doctrinas filosóficas o científicas.

Sin embargo, no todos los demócratas de grupo democrático eran tan radicales en materia de libertad comercial como el subgrupo economista.

Y es que estas divisiones y subdivisiones de la política, que muchos achacan a instintos egoístas y personales, y que en alguna ocasión podrán obedecer a móviles poco nobles, en las grandes masas y en las grandes líneas obedecen a mandatos de las ideas, que al fin se imponen a intereses ruines y pasiones bastardas. Y por eso estas divergencias y disidencias de los partidos siempre han existido; no son hoy, de seguro, una novedad, y siempre, ahondando, las que parecían luchas entre las personas, han resultado luchas entre las ideas.

Claro es que en otros tiempos la disciplina de las ideas y de las personas era mayor que en estos tiempos que atravesamos, que son tiempos de transición; es difícil hoy la formación de grandes partidos: tan difícil, que, por ejemplo, no existen en Francia, donde la política se desarrolla por grandes coaliciones con unas cuantas ideas prácticas como lazo de unión.

Pero estas son consideraciones que ahora indico de pasada, aunque es posible que de estos problemas trate en otra ocasión.

En suma: el partido progresista tenía pocas fórmulas generales, no muy concretas, pero sí muy sugestivas,

que, después de todo, son las que conmueven y arrastran a las masas.

El partido progresista proclamaba el progreso, una amplia libertad, la descentralización, una Monarquía como la de Inglaterra, la tolerancia religiosa, y, al mismo tiempo, la guerra al clericalismo, y, abarcándolo tado, la fórmula suprema: la voluntad nacional.

A todo esto se unía el antidinastismo.

Pero el partido progresista aportaba a la revolución de Septiembre, no sólo los prestigios de su historia, una simpatía popular como no la ha tenido ninguno de los partidos españoles, un espíritu noble y honrado, que hasta sus mayores adversarios reconocían en él, sino otras dos cosas importantísimas que no tenían ni el partido democrático ni el partido de la Unión liberal.

El partido progresista traía masas populares, reclutadas en el pueblo y en la clase media; es decir: el ejército civil de todo gran partido, y perdóneseme la palabra, y, además, un jefe militar y un hombre de Estado, todo en una pieza: don Juan Prim.

He dicho que los otros dos partidos no tenían masas populares, y así es la verdad; porque las masas que hubieran podido traer los demócratas se habían ido casi en su totalidad con los republicanos federales; esto es lo cierto, aunque nosotros nos hiciéramos ilusiones en aquella época.

Los demócratas habían quedado reducidos a un Estado Mayor.

El grueso del ejército civil — y seguiré dándole este nombre — había abandonado a Rivero y Martos, y se había marchado con Castelar, Figueras y Pí; pero esto merece capítulo aparte.

LXI

Pasando de recuerdos insustanciales, como eran los que se referían a la cuestión de empleados, que fué en mi tiempo y para mí, como habrá sido para otros muchos ministros, la cuestión de las cuestiones, a pesar de su insustancialidad; pasando, digo, a otros recuerdos, aunque de más sustancia, áridos y enojosos ante mis lectores, empecé en el capítulo precedente a hacer el recuento y la clasificación de las fuerzas revolucionarias allá por los años de 68, 69 y 70.

Como sucede siempre, tras un gran movimiento político, cuando éste termina por una revolución, las huestes vencedoras se habían dividido, como dijimos, en dos partes.

Las unas se apoderaron del Poder; las otras pasaron a la oposición.

Estas últimas se componían casi en su totalidad de republicanos, y de éstos, casi todos, los unos por sus ideas antiguas, los otros por haber vivido durante la emigración en Suiza, trajeron la idea de la República federal.

Los federales se llevaron, pues, casi todas las masas populares, y no porque en las capas inferiores de la sociedad se supiera a punto fijo lo que la República federal significase.

Los jefes lo sabían, aunque no todos con claridad

perfecta; los soldados del partido, no creo equivocarme al asegurar que lo ignoraban: ni las predicaciones de los primeros eran para ilustrar mucho a los segundos.

— ¿Qué preferís — preguntaba un propagandista a su auditorio, compuesto de gente pobre —: comer perdices, o comer patatas?

Y todos contestaban a una voz:

— Las perdices.

Y el orador clamaba:

— Pues esa es la República federal.

— ¿Qué preferís — continuaba preguntando —: vivir en una miserable casucha, o vivir en un palacio y tener coche?

— El palacio y el coche — vociferaba el coro de esta tragedia política.

Y el orador afirmaba:

— Pues esa es la República federal.

— ¿Qué preferís: que se queden con vosotros vuestros hijos, o que se vayan a servir al Rey?

— Nuestros hijos con nosotros — gritaba una sola voz, que brotaba de miles de corazones.

— Pues esa es la República federal.

Con lo cual, no hay que decir si la República federal tendría prosélitos entre las clases humildes y desamparadas.

En muchas provincias ya se daban definiciones más concretas de esta organización política, que, como digo, habían recogido sus partidarios de los Estados Unidos y de Suiza.

Por ejemplo, en Sevilla.

En Sevilla era muy popular don Federico Rubio, el sabio ilustre y humanitario, que tanta gloria alcanzó más tarde, aunque por otros derroteros.

Y preguntaba un federal a otro:

— ¿Tú sabes lo que quiere decir República federal y por qué le dan ese nombre?

Y el interrogado, frotándose la frente para que a ella acudiesen las ideas, contestaba:

— Pues claro está: es República porque es República.

— Esto ya lo entiendo — decía el otro —: es República para que mandemos nosotros; pero ¿por qué la llaman federal?

Y el compañero, haciendo alarde de ingenio, decía:

— ¿Quién es nuestro jefe?

— Don Federico Rubio, el gran republicano — le contestaba el otro.

— ¿Y cómo se llama de nombre?

— Mira qué pregunta: don Federico.

— ¿Y no es republicano como nosotros?

— Sí que lo es, y de los buenos.

— Pues entonces nuestra República es la República de don Federico. Y ello lo está diciendo: la República de don Federico es la República federal: *Federico*, pues *federal*.

Yo no sé si este individuo acabó por mandar papeletas sobre etimologías a la Academia Española; pero algunas andan por el mundo que no son más desatinadas.

***

De este gran partido de oposición, en que había hombres tan ilustres como Castelar, Pí, Figueras y otros muchos, entre los cuales se contaba el venerable marqués de Albaida, algo diré más tarde.

Pero no puedo pasar más adelante sin consignar un recuerdo de este último.

Su oratoria era sencilla y humorística.

Le agradaban los chistes y juegos de palabras, y, siempre que podía, regocijaba a la Cámara con sus ocurrencias.

Por ejemplo, y valga una de ellas:

No podía sufrir que un diputado se declarase independiente; esto de que se llamaran independientes algunos le crispaba los nervios, porque decía que los independientes eran unos egoístas que iban a lo suyo, y que no pensaban en los intereses de los grandes partidos

Todavía en aquella época se hablaba y se creía en los grandes partidos.

— Sea usted progresista — decía el marqués de Albaida, que lo había sido antes de ser republicano —; sea usted demócrata; sea usted federal — nunca dijo unionista, porque a la Unión liberal le tenía ojeriza —; sea usted lo que usted quiera, hasta moderado; pero no diga usted que es independiente, porque en los independientes no creo.

Y hacía en plena Cámara el análisis de la palabra y de los diputados que la tomaban por mote.

— Quite usted al independiente — decía — el *in*, que es la tapadera, y quedará reducido el independiente a ser un diputado *dependiente*.

»¿Dependiente de qué?

»De que el Poder le halague, de que el Gobierno le dé el turrón, de que el ministro A o el ministro B coloque a sus hijos o a sus sobrinos, a los del ex independiente — agregaba —, que a los suyos ya habrá tenido buen cuidado de colocarlos.

»Pues en cuanto el *dependiente*, una vez satisfecho por las propinas ministeriales, pierde el *de*, que se le cae al mismo tiempo que se le cae la vergüenza, queda pendiente de la voluntad ministerial; es decir, de la voluntad del amo; que estos independientes lo que buscan es un amo que les dé de comer.»

Todo esto lo decía entre las carcajadas de la Cámara.

—Pero hay más, hay más — continuaba el buen marqués —. El *dependiente* se va deshaciendo como el azucarillo en el agua; y, como había perdido las anteriores sílabas, pierde otra más: la sílaba *pen*, y queda reducido a lo que constituye su propia naturaleza: el *diente*.

»Yo creo que el independiente nunca fué otra cosa que diente. Diente que antes pedía algo que mascar, y que, al fin, masca, gracias a su independencia.

»Pero el turrón es malo para la dentadura; los dientes se desgatan, y, al fin, pierde el *di*, y, al fin, queda reducido a ser un *ente*, ente miserable, digno de desprecio.

y por eso, para mí, siempre todo diputado independiente no es, en realidad, más que un *ente.*»

A este análisis le tenía el marqués de Albaida gran afición, y se lo he oído en público y en privado muchas veces.

Y como éste tenía otros varios en su repertorio, que aplicaba, impasible, cuando llegaba el caso, sin cuidarse de nadie ni de nada.

***

Pero sigamos nuestra enumeración.

De las fuerzas revolucionarias habían llegado al poder, como en el capítulo anterior decía, tres grandes partidos.

El progresista.

El de la Unión liberal.

Y los demócratas.

De los primeros algo dije como primer esbozo.

Vamos a los últimos, a los demócratas.

¿Eran un partido?

Por las ideas, sí.

Era el partido de más ideas. Traían sus hombres el programa de la Revolución de Septiembre; las líneas generales de la Constitución del 69; todos los gérmenes de libertad que se han desarrollado por manera más o menos perfecta, o con mayores o menores imperfecciones, desde aquella época hasta el momento presente.

Los demócratas en aquellos tiempos eran sospechosos, por lo avanzado de sus ideas y por lo revolucionario de su credo, hasta para los mismos progresistas.

Hoy todo el mundo se llama demócrata, aunque más adelante estableceré algunas diferencias entre la democracia de hoy y la de entonces.

Diferencias doctrinales, entiéndase bien.

De modo que el grupo o el partido democrático era un gran partido por las ideas.

Era también un gran partido por los hombres: estaba

Rivero, el gran Rivero; estaba Martos, el gran demócrata y el prodigioso orador; estaba Gabriel Rodríguez, estaba Moret, estaba Romero Girón, estaba Becerra, estaba Sanromá, estaban muchos krausistas, estaba Paco Canalejas, de inteligencia poderosa, de palabra formidable, aunque por azares del período electoral no formó parte de aquellas Cortes Constituyentes.

Como dicto rápidamente y de memoria, claro es que no puedo irlos enumerando todos.

En suma: era un Estado Mayor; pero hay que reconocer que, si el partido democrático tenía ideas y tenía jefes que formaban un espléndido grupo, no tenía ejército. El ejército se lo habían llevado los federales.

El ejército se lo prestaron más tarde los progresistas. Quiero decir el ejército del partido, los soldados rasos de la democracia. Se lo prestaron para formar, al fin, el partido radical; se lo prestaron por la atracción de las ideas; más que por la atracción, por la imposición de las ideas.

Una gran parte de los antiguos progresistas, con Zorrilla y con Figuerola, vinieron a fundirse, al fin y al cabo, con los jefes de la democracia monárquica y con algunos demócratas de provincias.

Queda el tercer partido, el de Unión liberal. Este partido era una gran fuerza, no por las ideas científicas, que de ellas no hacían alarde sus prohombres, aunque tenía hombres de mucha ciencia y de mucho mérito; pero no era ésta su nota característica.

La Unión liberal trajo a la revolución el ejército, trajo al ilustre duque de la Torre y a multitud de generales de gran valía; trajo hombres de administración, de aquella administración que se había formado en los cinco años, de otra multitud de personas, algunas de origen progresista, con valor propio y grandes prestigios. No citaré más que tres: Lorenzana, el formidable periodista; Ayala y Núñez de Arce: dos grandes poetas y dos glorias literarias.

Pero como fuerzas políticas, sólo dos: el ejército y los generales.

Por ellos la revolución triunfó de hecho y rápidamente.

Las ideas siempre triunfan cuando son ideas de progreso.

La masa popular siempre triunfa.

Pero a la larga; para un momento dado, para una victoria rápida, para la lucha material, sin el ejército no hay revolución triunfante.

Ya tome parte activa, ya permanezca neutral, como algunas veces en Francia.

De modo que, en síntesis, podemos decir que trajeron a la Revolución de Septiembre:

La democracia, las ideas y un Estado Mayor intelectual.

Los progresistas, la masa popular, la tradición de la libertad y el general Prim.

La Unión liberal, el ejército, los generales; entre ellos, y a la cabeza, el simpático duque de la Torre, y otro gran elemento: la confianza de las fuerzas conservadoras del país, que, a decir verdad, no confiaban mucho ni en los demócratas ni en los progresistas.

*
* *

Fuerzas y elementos poderosísimos traían, pues, los partidos revolucionarios.

Tal exuberancia de vida y de energía, que aun después de divididos para constituir una situación de gobierno y otra de oposición, la oposición y el Gobierno resultaban formidables.

En el Gobierno, o si se quiere en el Poder, estaban unionistas, progresistas y demócratas agrupados por el lazo de la revolución, y constituyendo una coalición o una concentración, o désele el nombre que se quiera.

Representaban los progresistas, como hemos dicho, la tradición liberal de casi un siglo, con sus glorias y sus martirios, sus caídas y sus triunfos, rica en sacrificios y en sangre vertida, toda una historia; estaba el

ejército y casi todos sus generales, y la gran fuerza administrativa de la Unión liberal, que también es una historia, o forma parte de ella: lazo de la revolución con los elementos conservadores; estaba, por último, la democracia con los ideales y el porvenir.

¿Qué más puede pedirse? El pasado, el presente y el porvenir.

Claro es que todas estas fuerzas y elementos no formaban todavía una masa compacta: el hecho revolucionario, el instinto de vida, y gran número de ideas de las que flotaban en la atmósfera, y en que todos los partidos respiraban, hacía de los partidos revolucionarios algo más que una coalición; pero no ha de olvidarse que al principio había luchas intestinas, desconfianzas mutuas, antiguos odios tal vez.

Todo esto fué poco a poco desapareciendo entre rozamientos y conflictos transitorios, hasta llegar a la constitución definitiva de grandes partidos.

Por el pronto, el Gobierno representaba siempre los tres elementos. Siempre había ministros demócratas; yo fuí el primero con Becerra; mejor dicho, Becerra y yo fuimos los primeros que entramos en representación de la democracia; Prim, Zorrilla, Sagasta y Figuerola, representaron en diferentes períodos al partido progresista. Topete, por ejemplo, representó durante mucho tiempo a la Unión liberal.

De suerte que eran, como he dicho antes, Gobiernos mixtos, en que no siempre dominaba una unidad absoluta.

Sin embargo, en el primer año hubo un objetivo; que cuando muchas fuerzas políticas tienen un objetivo, y el objetivo es grande y trascendental, hasta que se realiza, se conserva la unidad. El objetivo era formar una Constitución, la que llegó a ser del 69.

Una Constitución que expresase el máximo de libertad y progreso de aquella época.

Una Constitución que fuese algo así como una legalidad común de todos los partidos de España.

Que como legalidad común la aceptasen, no sólo los progresistas, los demócratas y los unionistas, sino los mismos republicanos federales, y hasta los tradicionalistas, y hasta los alfonsinos.

Una Constitución tan amplia, tan elástica, por decirlo así, que en sí misma llevara la fórmula y la posibilidad de su propia reforma, por lo cual todos los partidos y todas las parcialidades podían lógicamente aceptarla sin hacer traición a sus principios.

La aceptaban como terreno neutral y porque era reformable, y la aceptaban con el propósito de reformarla pacíficamente, empleando los mismos medios que la Constitución les daba.

La palabra es la que acabamos de escribir: *pacíficamente.*

Era una Constitución que pretendía cerrar la era de los pronunciamientos y de las revoluciones.

Idea noble y generosa, para la cual todos trabajaban de buena fe.

Y que al fin realizaron aquellas Cortes como mejor pudieron, creando la Constitución del 69, que yo no he de juzgar, pero que hoy, aun los mismos que la combatieron, la respetan como página histórica de las que hacen honor a un pueblo.

*
* *

¿Cuáles eran las ideas dominantes?

Porque para juzgar de una época, no hay que atender sólo a las luchas de los hombres, a sus intereses o a sus pasiones, sino a las ideas directoras.

Sí; yo he creído siempre y creo que las ideas son las que se imponen y dominan cuando son claras y fuertes, y se apoderan de las conciencias después de haberse apoderado de los cerebros, concluyendo por dominar, tras luchas más o menos largas, las mismas voluntades.

¡Ah! Cuando las ideas faltan, cuando son vagas y confusas, cuando por su vaguedad y su confusión pue-

den interpretarse de muchos modos, entonces la política no tiene rumbo fijo y las pasiones pueden imponerse.

Y de esto citaré ejemplos más adelante, ejemplos nobles de hombres ilustres; citaré uno solo por el momento, sin hacer otra cosa que citarlo: cuando Rivero se sometió a la jefatura de don Manuel Ruiz Zorrilla. Y no es que uno y otro no estuvieran dotados de altas cualidades políticas; es que Rivero representaba el programa democrático, y, sin embargo, acató como jefe al jefe progresista, porque altas razones de política aconsejaban este sacrificio del amor propio.

Entre las ambiciones nobles y legítimas de uno y otro, el interés supremo de la idea, consultando a la realidad del momento, decidió lo que ambos aceptaron. El demócrata, aceptando la jefatura del progresista; el progresista, aceptando el credo democrático.

Pero yo voy alterando las fechas, voy mezclando los acontecimientos; no soy yo quien va recogiendo recuerdos; son los recuerdos los que me llevan a mí tras su enredada maraña y su caprichosa resurrección.

Voy dictando lo que me va ocurriendo, y así sale todo, revuelto y confuso.

Volvamos a recoger el hilo.

Todavía no era yo ministro; era director de Obras públicas.

Zorrilla traía gran espíritu reformista, su actividad pasmosa, su energía de carácter, su deseo de hacer muchas cosas, y todas muy *liberales*.

Porque cada época tiene su palabra propia.

Los progresistas eran aficionados a la palabra «libertad». Los decretos, las leyes, todo había de ser muy liberal.

Liberal había de ser todo ciudadano.

Un honrado liberal era el hombre más simpático de la creación.

Hoy se ha cambiado la palabra: hoy es preciso ser demócrata, muy demócrata.

Tanto, que los que entonces lo eran se encuentran algo distanciados.

En aquellos tiempos, para las personas de orden los demócratas éramos por lo menos sospechosos.

Hoy la palabra demócrata es ya de uso universal: sólo que a veces se insinúa un adjetivo a su lado, y resulta el demócrata socialista, y a veces el socialista a secas.

Porque en esto de los nombres hay también sus modas.

En mi tiempo, muchos moderados decían, hablando con un hombre de la revolución: «Pero si yo soy más demócrata que usted.»

Y muchos proteccionistas nos decían: «Pero si yo soy más librecambista que usted pueda serlo».

Era la moda ser librecambista y demócrata.

Hoy la moda está del lado del socialismo; todo el que pretende alardear de ideas avanzadas, dice con profunda convicción: «Pero si yo soy socialista; si soy más socialista que usted.»

Pero, dejémonos de palabras, y vamos al fondo de las cosas.

Claro es que la política no es la aplicación inmediata de ninguna ciencia abstracta, ni de ninguna filosofía determinada, ni de ningún sistema social preconcebido, como la Industria no es tampoco la Física Matemática, ni las altas teorías de la Química en acción.

Las ideas no encarnan directamente: flotan en la atmósfera como las nubes; pero es necesario que se condensen en lluvia, que abandonen las regiones elevadas, que batan contra la costra sólida del globo, que impregnen los terrenos, que formen manantiales y fuentes, y que corran por los ríos, y desde ellos, por canales, a los terrenos de cultivo.

Otro tanto hacen las Ciencias Morales y Políticas antes de encarnar en la realidad, antes de impregnar la masa social y de tomar forma tangible en los partidos y en los gobiernos.

Pero si con las ciencias no se gobierna directamente, mal andan los gobernantes si no tienen ideales y en ellos no se inspiran.

Partidos, situaciones, gobiernos sin ideas, vagan al azar, viven en pleno empirismo, y mueren, no de muerte natural, sino por accidentes inesperados.

Y entonces sí que, como en cuerpo que se descompone, imperan y dominan los hombres, y en ellos sus pasiones y sus intereses.

Podrá decirse lo que se quiera de la Revolución de Septiembre: yo aquí no la discuto; podrá juzgarse con espíritu benévolo o con espíritu hostil a la democracia de aquella época; pero lo que no puede negarse es que trajo ideas, y que estas ideas estaban sujetas a principios y estaban encerradas en una gran unidad.

¿Cuáles eran estas ideas, estos principios y esta unidad?

Reuniendo mis recuerdos, y si otros recuerdos no se me cruzan en el camino, procurando coordinarlos, los expondré en el próximo capítulo; pero conste que no respondo de cumplir esta palabra, porque cuando de nuevo me ponga a dictar, yo no sé por dónde irá mi imaginación, ni qué nuevos caprichos de la memoria me marcarán rumbo, y al volver la vista atrás, qué viejos horizontes de lo pasado aclararán sus nieblas ante mis ojos.

LXII

Continúo recordando, no sucesos, no hechos más o menos interesantes, sin interés alguno si a mi persona se refieren, pero dignos de memoria si a aquella época, tan agitada y tan poderosa, de la Revolución de Septiembre, pudieran referirse. No; hoy recuerdo ideas, principios, doctrinas sociales y políticas: las doctrinas y los principios de los años del 68 al 74, y que, a decir verdad, eran principios bien diferentes de los que hoy dominan y tienden a seguir dominando en casi todas las naciones. Afirmación que acaso pueda parecer aventurada, y que, sin embargo, no lo es, y bien pudiera servir para explicar cosas singulares de la civilización moderna o modernísima.

Acaso alguno pregunte: «Pues qué, ¿no eran aquellos tiempos eminentemente democráticos, y no alardean hoy de liberales y de demócratas desde los socialistas hasta los mismos conservadores?»

A lo cual yo contesto: que las palabras son muy elásticas, que cada palabra es un arco iris con infinitos matices, y que de las palabras se abusa mucho: unas veces sin saber que se abusa; otras, con plena conciencia del escamoteo.

La palabra *democracia* puede tener muchas significaciones, aun dentro de la significación general y del sentido etimológico: gobierno del pueblo por el pueblo, o en que la masa popular tiene gran influencia.

Porque no basta saber *quién gobierna*, sino bajo qué principios gobierna.

Una Monarquía puede ser liberal y democrática, y gobernar con principios democráticos y liberales; y una democracia puede ser tiránica, jacobina y absolutista, en el sentido absoluto de la palabra.

Por eso decía que, para orientarnos, no basta decir que en los tiempos de la Revolución de Septiembre la mayor parte de los gobiernos de ambos mundos eran democráticos, y que los de hoy lo son también.

Es preciso fijar el concepto de democracia en uno y otro caso; porque varía, desde la *democracia individualista*, cuya izquierda extrema es el anarquismo científico, y al pronunciar la palabra *anarquía* no nos referimos a la del crimen, el delirio y la locura, sino a la que pretende, como ideal supremo, *anular el Estado;* desde esta democracia, repetimos, hasta la *democracia socialista*, cuyo ideal está en el colectivismo absoluto y en la supresión absoluta de la propiedad individual; es decir, en la *absorción del individuo por el Estado.*

Y esta clasificación, cuyos términos extremos son *anarquía* y *colectivismo*, pasando por todos los términos medios de los diferentes partidos militantes y de las diferentes escuelas en Europa, en América y aun en Oceanía; esta clasificación, repetimos, no es nueva, ni se refiere a cosas modernísimas que constituyan un nuevo ambiente, como algunos suponen.

Todas estas ideas y estos problemas los discutíamos hace cuarenta años *del mismo modo* que hoy pudieran discutirse si se discutiesen. Lo que hay es que la nueva generación ignora en gran parte aquel estado de los espíritus y aquellas luchas, que sólo por referencias y por ecos lejanos conoce; y cree que son descubrimientos de esta mañana, y que ella es la que ha hecho tales descubrimientos. Como un niño de cuatro años, a quien llevaran por primera vez a pasear al Retiro, pudiera imaginar que *él había descubierto el estanque.* Y para él,

en efecto, él lo ha descubierto, y puede estar satisfecho del descubrimiento.

***

Pero conste que de cuarenta años acá no hay nada nuevo en este orden de ideas, absolutamente nada sustancial, que no se conociera y se discutiese por entonces en las Cámaras, en los mítines, en la prensa, en los libros; y en cuanto a España, más de cincuenta años hace que se discutía todo esto en el Ateneo.

Pues lo que decimos de España pudiéramos decir de Francia y aun de toda Europa: los problemas son hoy los mismos y se plantean del mismo modo, y los mismos son los argumentos que unas y otras escuelas emplean o pudieran emplear.

¡Qué digo los argumentos: hasta *las frases* de combate; que muchas frases de hoy parecen ecos de otras que yo oí hace medio siglo!

Lo que sí ha variado es la orientación dominante; lo que sí varían son los vencedores y los vencidos, que han cambiado de puesto; y, en suma, los que se han transformado por completo son *los ideales*.

Digamos, en forma sintética, que en unas y en otras escuelas dominaba por entonces la nota filosófica e idealista, y hoy domina la tendencia positivista, utilitaria y práctica. A cada cual, lo suyo.

Bien comprendo que todo esto es muy vago; pero ya iré precisando mis ideas y mis recuerdos; que en unos cuantos artículos he de mostrarme severo en los asuntos que trate, lo cual quiere decir que seré aún más árido y enojoso que he sido hasta hoy; pero pronto pasará este tono gris de la política, y ya volveremos a los tonos alegres de la vida del Arte, y del arte dramático en particular.

***

Dominaba por aquellos tiempos la tendencia democrática, pero *democrática individualista*, no sólo en Es-

paña, sino en casi toda Europa, y en América por añadidura.

Mas dejémonos de lo que en extrañas tierras pudiera pasar, y vengamos a lo que pasaba en nuestra España, o, al menos, a lo que yo recuerdo que pasaba.

Conste una vez más que éstos no son otra cosa que recuerdos.

El supremo ideal de nuestra democracia era la *libertad individual* y la *iniciativa individual;* desde la libertad de conciencia y, por lo tanto, la libertad de cultos en su forma más absoluta, hasta la libertad del trabajo y la libertad de asociación, con todas las manifestaciones libres de todas las energías del individuo, así de las energías del pensamiento como de las energías musculares.

El hombre, según nuestro programa, debía ser libre, absolutamente libre, para pensar, para sentir, para creer, para negar, *para llevar su actividad en cualquier instante y a cualquier punto del espacio adonde la actividad de otro ser libre como él no hubiera llegado.*

El hombre libre, absolutamente libre y emancipado de toda fuerza exterior y, en lo posible, de toda coacción gubernamental; sin que le esclavizase *un monarca ni una turba*, ni la autoridad de un individuo ni la autoridad de un tropel humano, ejerciérase la violencia por derecho divino, o ejerciérase en nombre del Estado, o invocárase el interés egoísta de tal o cual masa humana.

Y estas ideas y estos sentimientos se traducían en aforismos más o menos exagerados; ideas y sentimientos de los que la mayor parte de los hombres de la revolución participaban, aunque en grados distintos, como iremos explicando.

¡Cuántas veces en aquella época proclamamos este principio!

«Ante el *derecho de un hombre, el* INTERÉS *de la Humanidad entera nada vale.*».

Y siempre el público aplaudía.

Supongo que hoy no habría de suceder lo mismo, y

que el que a tal punto llevase la fuerza del derecho individual, sería considerado como un loco o como un idealista frenético. «¡Al manicomio con él!», gritarían los modernos demócratas.

Con profunda convicción repetíamos una y cien veces: «el hombre tiene derecho al error», lo cual significaba que las opiniones de todos los individuos son libres, y deben ser respetadas, aun cuando la mayoría, ¿qué digo la mayoría?, la totalidad de los ciudadanos, las consideren erróneas. Y al que se hubiera atrevido a negarnos esta que para nosotros era verdad inconcusa, le hubiéramos considerado como un digno descendiente de Torquemada.

Hoy, aquella proposición, muchos demócratas la limitan en nombre del interés del Estado y en nombre del progreso. «¿Qué progreso?», preguntábamos; «¿el de la sociedad convertida en mecanismo?» Pero sigamos recordando.

Por aquel entonces considerábamos «que toda asociación de hombres libres era una consecuencia lógica e ineludible de la libertad de cada uno de ellos, y nacía y tenía fuerza legal sólo por la fuerza de aquella suma de voluntades y no por la concesión graciosa del Estado: sin más limitaciones desde luego que las de la moral».

Consecuentes con estos principios, nosotros, que éramos en la región de las ideas enemigos del socialismo, fuimos los primeros en defender *las huelgas* y *la Internacional* en sesiones memorables y de gran trascendencia política. Sí, nosotros, los economistas sobre todo: véanse los discursos de Rodríguez, por ejemplo.

Siempre consecuentes, no poníamos trabas a la asociación religiosa, aunque entre los nuestros había muchos librepensadores, porque argumentábamos de este modo: ¿Qué más da decir «has de ser católico, o te quemo», o decir «has de ser librepensador, o te suprimo»?

«Hay que tener fe, fe ciega en el triunfo de la verdad»; así es que no nos asustaba el error, y le concedíamos la misma amplitud y los mismos derechos que a la verdad para nosotros más evidente: el error, en una sociedad libre, tiene derecho de beligerancia.

¡Campo abierto, sol por igual, lucha franca por encarnizada que sea, que la verdad triunfará! Nunca decíamos: «Estado, ayúdame a aplastar al enemigo.» Así pensábamos; quizá éramos unos inocentes.

Eramos enemigos, por lo tanto, de todos los procedimientos preventivos que caracterizaron años antes al *partido moderado* y que son propios de los partidos conservadores en general.

Para nosotros, *gobernar no era prevenir*, sino mantener a cada cual en la esfera de su derecho y restablecer el derecho perturbado.

En suma: nuestras doctrinas, buenas o malas, justas o exageradas, ahora no las defiendo ni aun las juzgo; eran lógicas y consecuentes consigo mismas, desde las más elevadas regiones del pensamiento y de la conciencia hasta el último artículo de las Ordenanzas municipales.

Todo problema social tenía para nosotros una solución, una solución única, científica, inquebrantable: la de entonces. Hoy son otras, lo reconozco.

***

Claro es que no todos los hombres políticos de aquella época profesaban estos principios con la crudeza que acabo de mostrar. Muchos de ellos ni siquiera pensaban en los principios ni les preocupaban gran cosa; pero aceptaban *las consecuencias en el terreno práctico de la política;* aunque claro es que al llegar a la realidad todos los idealismos se modifican. Y en este punto, ni aun los más exaltados se mostraban ni nos mostrábamos intransigentes.

Por ejemplo: la mayor parte de los demócratas y de

los progresistas, muchos de la Unión liberal y muchísimos federales eran librecambistas, y el grupo de los economistas lo era en alto grado; sin embargo, jamás pretendimos establecer el librecambio de una manera violenta, sino gradual, para que los intereses creados y comprometidos, en empresas sensatas o absurdas, por la protección, tuvieran tiempo de prepararse o liquidar.

Así dictó el ilustre Figuerola sus célebres aranceles librecambistas, que por hábiles escamoteos de las valoraciones, sin que nadie pudiera evitarlo, resultaron proteccionistas al fin.

Pero nuestra intención era sana y leal.

Entre los hombres políticos de aquella época, como consecuencia de las ideas imperantes, por influjo del medio ambiente, según ahora se dice, dominaba este principio supremo: *Reducir cada vez más las funciones del Estado y ensanchar cada vez más la iniciativa individual, librándola de trabas y obstáculos.*

El Estado era para todos nosotros sospechoso, más que sospechoso, funesto: una calamidad necesaria; por eso, a los más exaltados nos llamaban anarquistas, o la denominación equivalente de aquellos tiempos.

Porque esto de anarquistas, socialistas, comunistas y colectivistas, son cosas muy antiguas, aunque la nueva generación, con una candidez infantil, que ella supone que es superioridad intelectual, crea que las ha inventado para su uso. ¡Demonio! ¡El niño descubrió el estanque del Retiro! Sea enhorabuena.

Considerábamos al Estado como una necesidad ineludible, repito, como un elemento de la organización social, que es necesario, que siempre será necesario, hasta que los hombres resulten ángeles, y que, encerrado en sus naturales límites, por nada podría suplirse; pero nuestro ideal era reducir cada vez más estos límites, ensanchando, en cambio, sin límite alguno, los de la actividad individual y los de la asociación libre.

En esto nos fijábamos mucho, protestando contra

todos aquellos que nos pintaban a los individualistas como destructores sistemáticos de todo lazo social. «Al salvajismo, al aislamiento, al desierto vais», nos decían.

Acusación injusta: nosotros defendíamos la *máxima asociación*; pero cada asociación, para nosotros, en primer lugar, nacía no por virtud de la ley, sino por la libre voluntad de los individuos que la constituían; y en segundo lugar, no era una cárcel en que se entraba por voluntad ajena, sino un recinto lleno de vida en que se penetraba por voluntad propia y del cual se podía salir cuando se quisiera: ni más ni menos que en una sociedad anónima se entra o se sale comprando o vendiendo las acciones.

En esto diferenciábamos la asociación libre de la asociación que el Estado representa, que es fatal y necesaria, que está impuesta por fuerzas históricas y geográficas, por la tradición de siglos, por la raza, por el recuerdo, por amores y odios infinitos.

Pues bien: de esta tendencia a disminuir las funciones del Estado, participaba la opinión general en España y fuera de España: no digo la totalidad de los pensadores y de los hombres políticos; pero sí la mayor parte.

El siglo pasado no fué individualista en absoluto, porque el absolutismo de las ideas nunca encarna totalmente en la realidad; pero no puede negarse que en el siglo XIX dominó la *nota individualista*.

El siglo XX empieza con la tendencia contraria: empieza haciendo sonar el clarín de guerra socialista, ¡y con qué fuerza!

Hoy todo el mundo cree en la eficacia del Estado, con este o con otro nombre, que, por lo demás, los socialistas abominan del *Estado burgués;* todo el mundo, o la mayor parte, supone que como el Estado tenga una buena representación en el Gobierno, o sea en los hombres que dirigen, nos podrá hacer a todos sabios, a todos ricos, a todos virtuosos y a todos felices: todo con-

siste en unas cuantas leyes bien escogidas y en un buen Gobierno.

Nosotros creíamos, por el contrario, que en el inmenso océano de la sociedad hay corrientes poderosas, fuerzas internas, leyes naturales, que son las que determinan los destinos de la humanidad, de las razas y de los pueblos; pero además creíamos en el *libre albedrío*, que actualmente está muy en baja. Hoy se cree que el oleaje político de la superficie, bien dirigido por buenos ventiladores gubernamentales que soplen con ritmo, puede penetrar en la masa y transformarla. ¡Unas cuantas olas revolviendo la inmensidad! Eso sucede en los pantanos, no en el Atlántico!

A cada cual sus creencias: hay que respetarlas. Quien defiende *el derecho al error*, tiene que respetar a los socialistas puros y a esa sucursal del socialismo que se llama intervencionismo; y hay que respetarlos aunque se profesen doctrinas contrarias.

La tendencia dominante del siglo XIX, que fué, como hemos dicho, individualista, ha dejado en la Historia *un siglo prodigioso* para todos los órdenes de la vida.

Veremos lo que deja el siglo XX con su socialismo invasor, su intervencionismo que alardea de prudente, y su Estado motor y providencia, tutor y niñera.

Y esto, no sé por qué caprichos de la imaginación, me trae a la memoria una frase graciosísima del inolvidable Cánovas del Castillo.

Estaba hablando Cánovas en el Congreso, y le interrumpió Sagasta diciéndole: «Esas son *gracias* del Perchel.» A lo que Cánovas, afirmando los quevedos y sonriéndose con suprema sonrisa, le dijo: «Vamos a ver las de Logroño.» Parodiando este incidente parlamentario, me ocurre decir: lo que ha hecho el individualismo en el siglo XIX está presente; vamos a ver las gracias del socialismo en el siglo XX.

Lo malo es que yo no podré verlas.

*
* *

Tan dominantes eran estas ideas, estos sentimientos y estas opiniones en el tercio postrero del siglo último, y sobre todo en los años de la revolución, que de ellas y de ellos participaban, no sólo los demócratas, sino muchos de los que no aceptaban todavía este calificativo y aun otros que figuraban en los partidos conservadores más recalcitrantes.

El ilustre, el inolvidable Moreno Nieto, alma pura como la de un niño, inteligencia noble y generosa, hombre de extraordinaria cultura, sobre todo en ciencias históricas y filosóficas, cuya palabra era un torrente de elocuencia, y que combatía constantemente por sus ideales, sobre todo en el Ateneo de Madrid, sostuvo más de una vez esta tesis que hoy escandalizaría a muchos:

«Defendía a todo trance el principio de autoridad, que nosotros no negábamos ciertamente; admitía casi, de nuestro ideal, la disminución constante de las funciones del Estado moderno, y sólo como correctivo le daba *carácter de iniciativa y de acción propia* en ciertos casos.» A saber:

Cuando *una necesidad social* era clara y evidente, y estaba admitida y reclamada por la opinión pública, y, sin embargo, la iniciativa del individuo no acudía a satisfacerla, el Estado tenía el deber, según Moreno Nieto, de ejercer por sí la función propia para satisfacer aquella necesidad, y de seguir ejerciéndola hasta el día en que la sociedad acudiese libremente a sustituirle en su acción.

Recuerdo todavía que Bugallal, que era de los que constantemente atacaban a los demócratas, en uno de sus más aplaudidos discursos, empezó declarando «que su ideal era el nuestro», aunque después, enardecido por la lucha, procurando poner de relieve nuestras exageraciones, y atento sólo a descargar golpes y a lanzarnos granizada de frases, nos fulminaba ésta: «Vuestro ideal no es el individualismo; vuestro ideal es la barbarie.»

Pero como había empezado declarando que era el suyo nuestro ideal, le interrumpimos con gritos, protestas y risas, acusándole de que su ideal era también un ideal de barbarie, de manera que allá nos íbamos todos.

Cánovas asistió más de una vez a las discusiones del Ateneo, y solía marcharse descontento de los suyos, a los que amonestaba agriamente, diciéndoles con enojo: «Esa no es manera de discutir; discutiendo de ese modo, los demócratas les vencerán a ustedes siempre. Si empiezan ustedes declarando que aceptan su ideal, puesto que aquí sólo se trata de discusiones teóricas y no de aplicaciones prácticas, ¿qué argumentos han de emplear ustedes contra un ideal que reconocen como bueno?

Y es que en todas partes, en las regiones filosóficas, en las de la ciencia, en la política, en el arte, dondequiera que fuere, la enemiga contra el Estado era violenta. Decididamente, el Estado era por entonces un mal sujeto.

En el Estado nadie tenía confianza, y hasta la masa popular protestaba contra el Estado o contra el Gobierno; mejor dicho, contra todo Gobierno, que para el público, Estado y Gobierno era lo mismo.

El Estado, según opinión casi unánime, todo lo hacía mal y caro y en forma tiránica. Era el estancamiento, la burocracia, la empleomanía. Pero con el socialismo, decíamos, estos vicios llegan a lo infinito.

Y continúa la antiletanía:

Caro y mal administraba.

Como industrial, era detestable.

Como maestro, rutinario y torpe.

Como director de conciencias, un inquisidor.

Como guía del Arte, o inspirador de la nueva Ciencia, imbécil y torpe, y además impotente.

Cuando se toleraba, por no poder evitarse, que ejerciese ciertas funciones o que llenase ciertos servicios, todo el mundo protestaba si se hacían por administración, y a voz en cuello se pedía *el arriendo*, a fin de que la administración pública aprendiese de los particulares

y modificase un poco su incapacidad evidente. ¡El arriendo estaba en alza!

En suma: contra el Estado resonaba un grito poco menos que unánime de reprobación.

Sabios, filósofos, políticos, hombres de negocios, agricultores, industriales, el comercio, la banca, el elemento popular, todos ellos eran en aquellos tiempos, o por convicción, o por sentimiento, o por moda, más o menos anarquistas en esto de abominar del Estado; porque era más que desconfianza: era abominación.

Reconocíamos los individualistas que siempre sería necesario; pero como un mal necesario, que convenía limitar y reducir constantemente. De todas maneras, le tolerábamos todavía ciertas funciones: la enseñanza, las obras públicas, la moneda, la justicia, la defensa social y del territorio, las relaciones internacionales.

Hoy la decoración ha cambiado, yo lo reconozco; ha cambiado por completo en España y fuera de España; dijérase que el sistema solar va atravesando otras regiones del espacio impregnadas de socialismo.

Hoy la opinión pública quiere que el Estado lo haga todo, y sólo en el Estado se tiene confianza. Ya no se acusa al Estado de lo malo; se acusa a los gobiernos que lo representan.

El Estado ha de crear la industria, acentuando el proteccionismo; el Estado quisieran muchos que administrase por sí todas las vías férreas y todas las grandes industrias y aun los grandes cultivos; el Estado ha de encauzar las ideas, empleando medios coercitivos contra aquellas que se consideren perjudiciales.

El Estado ha de regular hasta el reposo de las masas sociales, imponiendo *el descanso dominical*; y yo no desconozco sus ventajas; por ejemplo: comer pan duro los domingos, estímulo poderoso para la cultura de la clase obrera.

El Estado ha de abolir la usura por medio de la tasa del interés; ¡a eso se va!

El Estado ha de cuidar de que baje el precio de las subsistencias; ¡no faltaba más!

Y siguiendo por este camino, llegaremos a la *socialización de los capitales*, de todos los capitales.

Pero, ¿a qué fatigar a mis lectores?

Desde los años de la revolución, hasta estos años que corren, en el orden social la decoración ha cambiado por completo: *decoración de bosque*, *decoración de cárcel*.

Entonces, sin saberlo, todo el mundo tenía la levadura anarquista; el individualismo, más o menos extremo, imperaba; en la libertad se tenía confianza absoluta, se respiraba ambiente de libertad, más o menos desordenada, a veces en un supremo desorden, yo lo reconozco; pero con mucha fe, con mucho idealismo.

Hoy todo el mundo, consciente o inconscientemente, es socialista: los gobiernos, los parlamentos, los ciudadanos; hasta los burgueses, por altruísmo, miedo o torpeza, lo son.

De las fuerzas naturales, de las leyes económicas, de los efectos de la concurrencia (o competencia), todo el mundo se burla. ¡De la economía política, no hay que decir! ¡La competencia, los intermediarios, qué horror!

¡Buena competencia, observaremos nosotros, cuando, por comodidades del Fisco, hemos vuelto *a los gremios*, y nos recreamos con la *sociedad gremial de la Edad Media!*

Sí; el ambiente ha cambiado, y a este paso, a los que estábamos acostumbrados a respirar en aquella atmósfera, esta atmósfera socialista llegaría a sernos intolerable si se acentuase más y hubiéramos de respirar en ella muchos años.

Para un demócrata del año 69 y 70, hablarle de libertad era hablarle de la universal panacea; claro que la exageración en evidente, lo confieso.

A un demócrata de hoy, que es probable que sin saberlo sea socialista, la palabra libertad le hace sonreír.

«Sí; no es mala la libertad en ciertas cosas, dice; sobre todo para los que piensan como yo; pero el progre-

so hay que imponerlo por la fuerza.» «La libertad es un medio, dirá el demócrata socialista al uso; pero cuando el medio es insuficiente, es forzoso acudir a la intervención gubernamental.»

Hay que hacer al hombre bueno, sabio, rico y feliz *a la fuerza*, y el Estado es el único fabricante de todos estos productos.

¡Cómo han cambiado los ideales en el mundo!

A los que profesan tales ideas, que yo no juzgo en este momento, les llamábamos por aquellos años del 68 al 74 *reaccionarios*, *doctrinarios*, *moderados* y *absolutistas*.

Después parece que va girando en el mundo la máquina político-social, y que aquellas ideas, que entonces nos repugnaban, pasando en su giro por delante de la vieja generación, han venido a colocarse en primer término, en las avanzadas. Y así claman sus defensores al girar la máquina: «Nosotros, nosotros somos los liberales, los hombres del progreso, los hombres del porvenir.» ¡Pues a ello! ¡Adelante el siglo XX: al colectivismo, a la supresión intrépida de la propiedad privada!

Y honradamente lo creen, no lo dudo; los que quedamos atrás pensamos también honradamente lo que pensamos, y lo que en ocasión oportuna podríamos decir, si lo dijéramos: acaso nunca lo diré yo.

LXIII

Continuando con mis recuerdos de los años que precedieron a la Revolución de Septiembre, que fueron años de gestación para lo que pudiéramos llamar la filosofía política de aquellos tiempos, tengo que volver a las discusiones que se desarrollaban, ardientes y apasionadas, en el Ateneo de Madrid.

En el Ateneo, la parte doctrinal.

En la prensa, la aplicación de las doctrinas, la parte práctica, por decirlo de este modo, que se consignaba en el periódico *La Discusión,* y después en el periódico *La Democracia,* con aquellos programas, inspirados por don Nicolás María Rivero, y que encabezaban cada número como bandera de lucha y propaganda del partido democrático.

Y luego, en el seno de los partidos militantes, otra gestación: la del movimiento revolucionario.

En el Ateneo se agitaban las ideas; en la prensa y por la prensa se las hacía cuajar en la realidad de la vida.

Y los partidos políticos eran como el ejército batallador de la nueva religión política.

Pero las discusiones del Ateneo eran *por todo lo alto,* y perdóneseme lo vulgar de la frase.

No había sesión en que no nos ocupásemos en el «Concepto de Dios» y en el «Concepto del Estado». ¡Nada menos!

Pero Dios lo primero, como es natural.

Y sólo cuando le considerábamos excesivamente fatigado, es cuando le dejábamos descansar un tanto, y al concepto filosófico del Estado acudíamos, para desengrasar, como quien dice.

Pero la idea de Dios era la fundamental.

El Dios de las religiones positivas, incluyendo la religión católica.

El Dios del espiritualismo, Dios personal.

El Dios del panteísmo, en general, y el de Espinosa, en particular.

El Dios Materia y Fuerza de la ciencia positiva de entonces.

Y de los dioses paganos hablábamos poco, porque de ellos se encargaba Castelar con su maravillosa elocuencia, en aquella serie de conferencias sobre «Los cinco primeros siglos del Cristianismo», que era una serie de estupendos triunfos.

¡Las veces que el dios Pan salió al escenario del Ateneo, es incalculable!

De buena fe creíamos todos penetrar en el concepto de Dios. Y no en público, para no mostrar disidencias en la democracia; pero en conferencias particulares discutíamos ampliamente con los krausistas, y sobre todo con don Francisco Canalejas, inteligencia poderosa y palabra soberana.

Nos hubiéramos considerado rebajados la mayor parte de nosotros si no hubiéramos estudiado el gran problema en toda su grandeza; para bajar por sus pasos y por sus escalones contados, desde las altas regiones de la Filosofía y la Metafísica, al Estado primero y a la política después.

Había entre nosotros un joven andaluz, de quien ya creo haber hablado en otro capítulo, que en esto de la cuestión religiosa andaba algo retraído, y se excusaba diciendo con un *ceceo* que no dejaba de tener gracia:

—Pero si yo zoy tan avanzado como uztedes. Zi yo zoy panteízta; *pero no lo digo por mi mamá.*

Y nosotros le perdonábamos, en gracia a su mamá, el retraimiento.

El segundo tema predilecto de nuestras discusiones era el concepto del Estado.

Concepto fundamental.

Hoy del Estado se habla muy poco, y no se le da la importancia que nosotros le dábamos, y la verdad es que en el concepto del Estado no nos hallábamos muy conformes unos con otros.

Para algunos era un *nombre*, nada más que un *nombre*, que expresaba el centro activo de un organismo y que encarnaba en los poderes públicos; pero nada más.

Unos hombres que gobernaban y que representaban a otros hombres que eran gobernados. Para otros, el Estado hasta llegaba a tener realidad sustancial: era un ser con existencia propia; y entre estos dos extremos, se eslabonaban multitud de términos medios, según era más o menos apretado el organismo social.

Así es que, en cierto modo, a propósito del Estado, veníamos a reproducir las grandes luchas de la Edad Media entre realistas y nominalistas, con motivo de *los universales*.

Muchas veces, en nuestras discusiones íntimas, dirigíamos esta pregunta a los defensores del Estado, ser sustancial:

—Pero si una nación se destruye y desaparece, y para aquella aglomeración humana muere el Estado, ¿qué destino le reservan ustedes en el otro mundo? ¿Se salva con los buenos o se condena con los malos? ¿O está flotando su espíritu eternamente entre el cielo y el infierno?

A lo cual nuestros adversarios no contestaban sino con sonrisas de desprecio, considerando la pregunta como una broma más o menos insípida.

Y, sin embargo, no hace mucho tiempo que yo he leído en un periódico esta misma pregunta, celebrada como ocurrencia ingeniosísima.

Pues conste que, sea o no ingeniosa, de nueva no tiene nada; porque hace cuarenta años que era concep-

to vulgar, y aun *frase hecha*, y aun es probable que nosotros no la hubiéramos inventado.

Pero lo que sí les pregunté muchas veces a algunos de mis amigos krausistas fué esto:

—Dado que el Estado sea un ser sustancial, ¿tendrá una conciencia como la conciencia del ser humano? ¿Dirá el Estado «yo», como yo digo «yo»?

»¿O es, por el contrario, un ser difuso como algunos animales inferiores, y su conciencia estará dispersa en las conciencias individuales de los ciudadanos sin más comunicación que una comunicación externa?

»¿O es acaso una ficción legal y un nombre genérico del supremo poder de la sociedad?

»En suma: ¿Qué es el Estado?»

Y la verdad es que nunca estábamos conformes en la interpretación de esta palabra.

Por eso sin duda la nueva generación, poco aficionada a metafísicas y filosofías, para nada se ocupa del Estado, y lo que busca es el *Poder*, sin duda para estar más cerca del Estado y penetrarse de su esencia.

*
* *

Un hombre político muy práctico, muy inteligente, algo escéptico y bastante burlón, Berzosa, asistía a las sesiones del Ateneo, y se reía de nuestras cavilaciones metafísicas sobre el concepto del Estado, a propósito de las que nos refirió un cuento que él aseguraba que no era cuento, sino suceso real y casi histórico.

De este modo decía:

«Después del convenio de Vergara, a varios cabecillas carlistas se les reconocieron sus grados y se les dió colocación en el ejército de la Reina, a la que previamente habían reconocido como legítima soberana.

Pero muchos de ellos eran hombres rudos, sin cultura de ningún género, sin conocimientos militares y sin otra educación para el arte de la guerra que su práctica de cabecillas y guerrilleros.

Mas como era forzoso cubrir las apariencias, cuando se trataba de darles un grado de importancia, se les sometía a un examen.

Y sucedió que, estando examinando a uno de estos cabecillas, de los más bravos, pero de los más ignorantes, le preguntó el coronel que presidía el Tribunal:

— Diga usted, ¿que es *táctica*?

El ex faccioso se rascó la cabeza, sonrió con malicia, pero nada dijo.

El presidente insistió en la pregunta:

— Vamos a ver, ¿qué es táctica? Usted lo sabe; un hombre como usted sabe estas cosas; explique usted a su manera, ya que no quiera usted emplear términos técnicos, lo que por táctica entiende.

El cabecilla volvió a rascarse la cabeza, y, tras un largo silencio, empezó diciendo:

— *Tática*... digo yo que *tática*... eso es...

Y el presidente le animó, bondadoso, porque quería sacarle adelante:

— Muy bien, perfectamente. Conque táctica es...

Y el cabecilla, tomando una heroica resolución, se explicó de esta manera:

— Digo yo que *tática* debe ser aquella paliza que le pegué a V. S. en el Maestrazgo, cuando V. S. estuvo corriendo una semana.

Y de este modo quedó explicado ante el Tribunal lo que era táctica.»

Y nuestro amigo, aplicando el cuento a nuestro caso, concluía de este modo:

— Ustedes pueden discurrir sobre lo que es el Estado todo cuanto quieran. Yo digo que el Estado es: que me den el Poder, que sea yo Gobierno, que tenga unas Cortes mías y que dé todas las leyes que me parezcan buenas para toda clase de relaciones sociales, y que dicte todos los decretos y todas las Reales órdenes que me parezcan convenientes. Y, en suma, que yo mande y me obedezcan los demás, en cuyo caso no tienen ustedes que romperse la cabeza en averiguar lo que es y quién

es el Estado: el Estado soy yo, como el Estado era Luis XIV.

Y en todo esto hay un gran fondo de verdad, y nosotros lo reconocíamos y aplaudíamos su definición.

Porque, en nuestro concepto, el Estado no era un ser superior distinto de los demás hombres y que hubiese descendido milagrosamente de las nubes como delegado de Su Divina Majestad.

Viniendo a la realidad de las cosas, el Estado es un hombre o un conjunto de hombres, que mandan sobre todos los demás hombres; pero no de distinta masa que los demás ciudadanos, ni más inteligentes que muchos. Que si los demás pueden equivocarse, él puede equivocarse también; y ya que sea natural, necesario, ineludible, para no caer en el caos social, que unos manden y otros obedezcan, que al menos su autoridad no sea ilimitada, como sucede en el colectivismo, digan lo que quieran sus defensores.

Porque cuando el Poder es limitado, sus errores tienen consecuencias limitadas también; pero si esta autoridad, llámese rey absoluto o llámese directorio socialista, todo lo dispone y todo lo ordena, convirtiendo a cada ciudadano en mísera ruedecilla de una máquina enorme, en este caso los errores del gran maquinista pueden causar la destrucción del mecanismo entero.

Así discurríamos nosotros los demócratas de entonces; hoy hay tendencia a discurrir en sentido contrario.

El porvenir resolverá quién tiene razón.

***

Podrá acusarse a los hombres de aquel tiempo de haber acertado o no al intentar soluciones sobre los grandes problemas filosóficos y sociales, para llevar después la solución de estos problemas a las realidades de la vida; pero no se les podrá acusar de no haberlos estudiado a conciencia, ni de no haber procurado llegar hasta las fuentes mismas del raudal misterioso de la verdad,

que tan pronto como asoma desaparece para caminar subterránea y brotar más lejos, con luz, en su superficie, para hundirse en un nuevo eclipse, y así caminar, sin término, entre la sombra y la luz.

Como esto es remontarse demasiado, y no estoy para aleteos en las altas regiones, diré, en prosa sencilla, que estudiábamos mucho, y estudiábamos de buena fe.

Ya he dicho que en las discusiones del Ateneo el concepto de Dios era el preferente, y el concepto del Estado el que le seguía en orden de preferencia.

El primero se enlazaba con la cuestión religiosa, como es natural, y con la cuestión social el segundo.

Pero había otros dos problemas que estaban constantemente sobre el tapete: el problema de la moral y el problema del derecho.

Para los economistas, éstos eran los dos polos del eje alrededor del cual giraba toda nuestra doctrina. Diré más: dentro de estos dos problemas todas nuestras ideas se armonizaban.

Para el concepto del derecho acudíamos a Kant; mas, en rigor, nosotros fabricábamos un derecho para uso y armonía de nuestras doctrinas económicas.

En cualquier instante del tiempo, y a cualquier punto del espacio adonde no haya llegado la actividad de otro hombre, y en el que otro hombre no haya puesto el sello de su personalidad, todo hombre puede llegar, sin que ningún poder humano deba impedirlo.

Si el hombre es dueño de su persona y de todas sus energías morales y materiales, en campo abierto y libre podrá ejercitar estas energías, y el resultado de esta acción será un aumento de su personalidad, *aumento* tan sagrado y tan inviolable como su personalidad primitiva.

Trabajo un pedazo de tierra; aplico a ella mi fuerza muscular, que es depositar en ella una parte de mi ser: pues aquella tierra es mía; mejor dicho, aquella tierra soy yo.

Construyo un útil para el trabajo: pues aquel instrumento es mío; dicho con más propiedad, soy yo mismo; como mi brazo es mío, como mi mano es mía, aquella herramienta para el trabajo es mía también; es una prolongación de mi brazo y de mi mano; quien pretenda quitármela, me mutila y me roba. Así entendíamos nosotros la propiedad y el derecho de propiedad y la propiedad particular o individual, que no es otra cosa sino el derecho que tengo sobre mi propia persona y sobre mis propias energías, y, sobre todo, aquello que lleve el sello de mi trabajo.

Para nosotros, pretender suprimir la propiedad individual era como imponer la esclavitud, una esclavitud como no ha existido nunca por la extensión, y una esclavitud absurda e insensata: todo el mundo esclavo de todo el mundo.

La esclavitud antigua era odiosa, pero tenía sentido común.

Esta nueva esclavitud, que nace por la absorción del Estado, y por evoluciones sucesivas llega al comunismo, y al colectivismo por fin, revela estados mentales que yo no calificaré, pero que me causan asombro.

De estas ideas, que no hago más que apuntar, se derivaba nuestro concepto del Estado, al cual le concedíamos por el pronto una gran función: la función de la justicia; es decir, la de armonizar los derechos.

Donde surgía un conflicto de derechos, allí debía estar el Estado, en representación de la sociedad, para resolver el conflicto, ya que no existía otro modo de resolverlo en la práctica.

En las opiniones siempre hay matices. Hay opiniones débiles, opiniones medias, opiniones extremas.

Muchos economistas daban a las ideas anteriores carácter absoluto, y yo me inclinaba a este absolutismo de las ideas; en esto confieso que los años han templado mis ardores un tanto.

Lo absoluto es inaccesible para el hombre.

Si poseyese la verdad absoluta, sería un Dios. Porque

en Matemáticas se aproxima, entre ciertos límites, a este absolutismo relativo, es por lo que sobre los grandes matemáticos resplandece aureola semidivina.

*
* *

Nosotros creíamos en las grandes leyes económicas, y creíamos en su armonía final, como había demostrado Bastiat en su libro admirable: admirable, poético, consolador, y en sus líneas generales de un rigor casi matemático; porque es un libro al cual se le puede aplicar el algoritmo matemático: tan firmes son sus razonamientos.

Pero vaya usted a aplicar las matemáticas a tantas y tantas obras como se han publicado después, bien intencionadas, de nobles propósitos, de apariencia sólida; pero en las que palpita la declamación, la exageración, la paradoja y, a veces, el absurdo.

Creíamos, repito, en las leyes económicas.

Pero ¿lo eran todo para el grupo economista, en el cual ahora me ocupo en particular?

Las fauces se nos secaban a fuerza de rechazar acusación tan injusta.

No; el grupo economista estudiaba estos problemas sociales con espíritu mucho más amplio, saliéndose del cuadro propio de los problemas económicos, y de ello se nos acusaba, no sin algún fundamento.

Yo tengo en estos recuerdos el deber de dejar escrita una defensa, a lo menos en sus líneas generales, de las doctrinas económicas de aquella época y de los hombres ilustres, ilustres todos menos yo, cuyos trabajos, cuyas esperanzas y, si se quiere, cuyas ilusiones compartí durante muchos años.

*
* *

Estudiábamos los problemas económicos y estudiábamos la Economía política, como parte esencialísima del problema social

Y la prueba es que con la ley económica procurábamos armonizar siempre el problema de Derecho y el problema moral; era en nosotros costumbre, con un ritmo que a veces pecaba de monótono, estudiar en toda cuestión, que a la sociedad humana se refiriese, estos tres aspectos:

El aspecto jurídico.

El aspecto moral.

El aspecto económico.

Y no quedábamos satisfechos hasta no llegar, o imaginar que habíamos llegado, a una armonía entre estos tres aspectos.

Primero nos preguntábamos, al estudiar un problema: tal solución, ¿está en armonía con el Derecho? ¿Lo respeta?

En caso afirmativo, pasábamos adelante.

En caso negativo, rechazábamos la solución por quebrantar una ley suprema de todo orden social, ley que, si se vulnera, desquicia y rompe el orden de las sociedades, como una máquina se destruye cuando se rompen los grandes ejes o los puntos de apoyo, o se aplasta la base.

Claro es que el Derecho lo entendíamos a nuestra manera: no era, ciertamente, el Derecho socialista; no era el Derecho doctrinario; no era siquiera el Derecho que hoy llamaríamos oportunista: era el Derecho individual puro, que no estaba sujeto a ningún interés, ni siquiera al de la masa social.

Pero es claro que, si esto era en teoría abstracta, al aplicarlo a la realidad de la vida, a las necesidades humanas y a casos *excepcionales*, este Derecho, para la mayor parte de nosotros, tenía cierta elasticidad, como necesitan ser elásticos los ejes de las máquinas.

Y ésta no era inconsecuencia, como demostraré en otra ocasión.

Pero no perdamos la idea principal.

Que la solución de un problema respetase las leyes del Derecho natural, que por de contado suponíamos

que era el nuestro, no significaba que la solución fuera buena en absoluto: era *condición necesaria*, no era *condición suficiente*, como dicen los matemáticos.

Nosotros admitíamos que dentro del Derecho se puede realizar el mal.

Expliquemos esto.

Un desdichado acude a mí y me pide una limosna.

Yo puedo negarla: mi derecho me ampara, y la sociedad debe ampararme en mi derecho.

Y, sin embargo, he cometido una mala acción; he faltado a la ley moral.

Y es que para nosotros, las esferas de la Moral y del Derecho eran distintas. Una acción puede estar dentro de la esfera del Derecho y fuera de la esfera de la Moral, que es interior a la primera, pero más pequeña, más condensada, más íntima, por decirlo así.

Si se permite a mis aficiones geométricas una imagen, diré que la diferencia entre nuestras doctrinas individualistas y las doctrinas socialistas, o las que a ellas se aproximan, depende del tamaño y de la posición de ambas esferas: la de la Moral y la del Derecho.

Para nosotros, la esfera de la Moral estaba dentro de la esfera del Derecho, y era más pequeña en tamaño, aunque infinita en su esencia, y de esencia superior.

En las doctrinas socialistas, que exigen para todo la intervención del Estado, la esfera de la Moral es mayor en tamaño que la esfera del Derecho, y la comprende.

Y como la esfera del Derecho es la que pertenece al Estado, es la que el Estado realiza, es aquella para la cual pueden emplearse medios coercitivos, de aquí que para los demócratas de aquella época, el socialismo fuese una tiranía absoluta, casi una teocracia social, que por la fuerza realizaba el bien o pretendía realizarlo: un dios de sí mismo. Por eso sosteníamos que el socialismo era la tiranía.

Pero continuemos. Si la solución de tal problema respetaba la ley jurídica, y respetaba la ley moral, todavía era preciso ver si respetaba la ley económica; es decir,

si era útil, si aumentaba la riqueza social o la destruía: era jurídica, era moral, pero podía ser torpe.

Y ya ven mis lectores que los demócratas de aquella época, acertando o equivocándose (he dicho cien veces que estos no son juicios, sino recuerdos), ponían la ley moral sobre todas las leyes sociales, como ley que realiza el bien; pero en el orden práctico de la vida, hacían una diferencia marcadísima entre lo bueno, lo justo y lo útil, sin desconocer ni negar ninguno de estos tres problemas.

Condensando todo esto, proclamábamos esta fórmula:

El fin supremo de la sociedad es realizar el bien; pero el bien no puede realizarse sino por el ejercicio de la libertad.

En el hombre, el bien y la libertad son dos cosas que van unidas: o van juntas, o juntas desaparecen; el bien no puede realizarse por la fuerza, porque pierde su carácter y se convierte en una miserable falsificación del bien mismo.

Para nosotros, en aquellos tiempos, con aquellas esperanzas, acaso con aquellas ilusiones, el socialismo era el gran falsificador del bien en el orden moral.

Si un pueblo estuviera regido por un Gobierno fabricado para su uso especial en el cielo, y que obligase en todos los momentos a todos los ciudadanos y en todas sus acciones a realizar lo bueno, ese pueblo no sería un conjunto de hombres, sino un conjunto de muñecos, que la gran máquina gubernamental movía mecánicamente, obligándoles a fingir virtudes que no existen, cuando son ruedecillas invisibles de una máquina cuyo motor está fuera.

Pero estas son muchas filosofías aun bajo forma de recuerdos.

El insigne actor Valero decía en *El maestro de escuela:* Basta de matemáticas..

Y yo diré: Basta de metafísicas ético-jurídico-económicas.

Y hasta otra ocasión, que no he concluído.

LXIV

Hoy todo el mundo puede alardear de demócrata; casi es un timbre de gloria: significa progreso, adelanto, amor a los grandes ideales del porvenir, simpatías profundas por las clases humildes de la sociedad.

Un demócrata es un intelectual, un hombre de cultura, un hombre humanitario, un enemigo de todo fanatismo y de toda tiranía.

Allá en mis tiempos no era tan cómodo llamarse demócrata.

Y si además de demócrata se proclamaba uno economista y afirmaba el principio del individualismo, no todo el mundo le miraba con buenos ojos, ni se tenía gran confianza en el que, además de ser demócrata e individualista, era economista por añadidura.

No eran pocas las acusaciones que contra nosotros se dirigían.

Un tomo podría escribirse si se coleccionasen.

Por lo de individualista casi se nos consideraba como enemigos de la sociedad y con inclinaciones al estado salvaje.

Y por lo de economistas se nos miraba como a hombres sin corazón, que a las leyes rígidas, frías y brutales de la ciencia económica sacrificaban sin piedad los más nobles arranques del corazón, toda compasión y toda látima.

La ley de la oferta y el pedido, y caiga el que caiga.

La competencia o concurrencia económica, y húndase el que se hundiere.

Y, por de contado, la ley de Malthus, y perezca el que no tenga cubierto en el banquete de la vida.

Porque muchos creían, y aun hoy se cree, que en estas tres leyes se condensaba toda la economía política.

Y el que las sabía o las había aprendido de memoria, sin estar muy seguro de lo que significan, se imaginaba que era ya todo un economista, dominador de la ciencia y capacitado para criticarla.

Por de contado que la ciencia económica es algo más, y que el que quiera juzgarla a fondo algo más necesita saber. Bueno sería que hubiese leído las admirables obras de Jevons y Walras, ni estaría demás que conociese los trabajos de Cournot, y cuenta que era proteccionista, y de Dupuit. La lista es larga: me contento con algunos nombres; y entiéndase que no son mis inclinaciones individualistas las que me deciden a escoger autores como Walras, quizá el más ilustre de todos, pero que en la cuestión de la *tierra* al colectivismo se inclina, aunque en la mayor parte de las otras cuestiones sea un economista clásico.

Pero, en fin, es cosa sabida que para criticar una ciencia basta conocer tres o cuatro cosas de ella y tener frescura y desparpajo.

*
* *

Los economistas creíamos que la Economía política, como otra ciencia cualquiera, tiene su esfera propia y sus leyes naturales; que a la Economía política, como disciplina determinada, no hay que pedirle que sea sino lo que es.

Que una ley económica ni es moral ni es inmoral: es *una ley* de la sociedad, con el fatalismo propio de todas las leyes naturales que dependen de hechos concretos.

Las leyes astronómicas ni son inmorales ni son morales tampoco: son leyes del mundo material.

Yo no sé dónde pueda estar ni la moralidad ni la inmoralidad, ni el egoísmo ni el altruísmo, en la caída de los cuerpos graves sobre la superficie de la tierra.

Cae una teja, y mata a un infeliz; pues la teja por eso no es una mala persona, ni el viento tampoco, que la arrojó a la calle.

Sólo que por una especie de atavismo, por un retroceso a los primeros tiempos de la civilización, damos personalidad a las cosas, y hasta les damos cualidades morales, y hasta creemos que la Economía política, por la exactitud y el rigor matemático de sus leyes, es un personaje sin entrañas, egoísta y cruel, y que de estas cualidades participa todo el que defiende la exactitud de las leyes económicas.

Tras la economía política se ve al usurero infame y repugnante, se ve al acaparador que especula sobre el hambre, se ven dos obreros corriendo tras un patrono para obtener un mísero salario, se ve la supuesta ley de bronce de Carlos Marx, se ve a la competencia destruyendo a los débiles: se ven, en suma, multitud de cosas horrendas y repugnantes, como si se viese tras de la Química al anarquista utilizando los nuevos explosivos.

Pero todos estos son impulsos de la pasión, excusables y hasta generosos, sin que la verdad científica tenga que ver nada con todos ellos, ni la Economía política tampoco.

En ellos podrán ocuparse otras ciencias, y deberán ocuparse, por ejemplo, la ciencia del Derecho, la ciencia de la Moral y otra ciencia más moderna que con todas tiene puntos de contacto, pero que, en cierto modo, se eleva a otras abstracciones; a saber: la Sociología.

*
* *

Por eso, acosados por acusaciones injustas, los economistas, no ya en cuanto economistas, sino como hombres que deseaban fundar la ciencia política sobre bases científicas, éramos aficionados, como he dicho en

otras crónicas, a discutir en todo hecho social y en todo problema político todos estos aspectos: el económico, el jurídico, el ético y hasta el filosófico, para buscar grandes unidades.

Y del conjunto de todos estos estudios, de todas estas discusiones en los Ateneos, en la prensa, en los mítines, en todas partes; como resultante, repito, de multitud de fuerzas y expresión de multitud de sentimientos, brotó la democracia de entonces, y brotamos los demócratas de aquella época; época que, por lo menos, sería digna de estudio serio e imparcial.

Todo esto que a grandes rasgos describo, no eran, como acabo de indicar, las ideas y los sentimientos de cada uno de los hombres que entonces se agitaban en la vida pública.

Cada uno pensaba lo que pensaba, como sucede siempre.

Ni eran iguales todos los demócratas, ni todos afirmaban *exactamente lo mismo.*

Ni los krausistas fundían su pensamiento con los defensores de la Economía política clásica.

Ni los jefes de los partidos, por regla general, discutían en el Ateneo.

Ni cada uno pensaba con idéntico pensamiento que los demás; ni es esto posible, ni jamás ha sucedido, ni en las escuelas filosóficas, ni en los partidos políticos, ni, casi me atreveré a decir, en las escuelas científicas: como que la igualdad absoluta, la identidad *indiscernible*, y valga la palabra, es el estancamiento y la muerte.

Si el caos hubiera sido igual a sí mismo en todas sus partes, jamás hubiera dejado de ser caos.

Digo esto para que no se crea que, respecto a las doctrinas democráticas que antes expuse, tenga el atrevimiento de atribuírselas a todos los demócratas y a todos los hombres políticos de aquella época.

Son tales doctrinas un compendio, una síntesis, una *resultante*, en cierto modo, de cuantos elementos antes enumeraba y discutía.

Son la condensación de un ambiente, y además interpretada por un demócrata como yo; que por grande que sea mi imparcialidad, y alardeo de que la mía es sincera, aun así tengo mis aficiones y cariños, y por mis cariños y mis aficiones estoy sujeto a error.

*
* *

He expuesto, con *cierto absolutismo*, las ideas democráticas de aquella época, sobre todo las he expuesto de aquella manera con que las pensaba y las sentía el grupo economista.

Y por mi parte, ya que de mis recuerdos hablo, reconozco que era yo de los más exagerados.

Aun así, a solas con mi conciencia y frente a frente con mi pensamiento y para *casos muy concretos y muy particulares*, he de confesar, porque estos recuerdos son también una confesión, que me asaltaban dudas.

Pero vuelvo a repetirlo: *dudas limitadas* y parciales, de las que aun en las ciencias más exactas se encuentran ejemplos que pudieran citarse.

Me explicaré.

En rigor, ni el individualismo ni el socialismo son novedades de hoy, ni siquiera del siglo anterior: son problemas tan antiguos, aunque tuvieran otros nombres, como la más antigua de las sociedades humanas. Que esa sociedad estaría compuesta de individuos, y frente a frente se encontrarían, chocando en sus sentimientos, en sus intereses, en sus pasiones, la colectividad en conjunto, y cada individuo en particular.

¿Prepondera el ser colectivo? Pues el socialismo prepondera, sea cual fuere el nombre que se le dé.

¿Se afirma el individuo contra todo fatalismo, el fatalismo social inclusive? Pues el individualismo se afirma.

De suerte, y esto me parece de un rigor matemático, que siempre ha existido, existe y existirá *esta doble tendencia*.

Estos son, por lo tanto, hechos, y como hechos no

pueden negarse; son fenómenos humanos y cabe estudiarlos: no cabe desconocerlos.

Pero ante estos hechos se dibuja en el espacio y en el tiempo, por decirlo así, esta formidable interrogación:

¿Hacia dónde *nos llevan*, dado que no seamos libres, lo cual, dicho sea entre paréntesis, yo niego, aunque hoy sea otra la tendencia?

¿Hacia dónde debemos ir, si somos libres, como yo sostengo, y como explicaré en otra ocasión?

Y en todo caso, ¿cuál es o cuál debe ser nuestro ideal?

Puesto que ambas tendencias existen obedeciendo en cierto modo a dos manojos de fuerzas, para cada instante, para cada momento de la realidad, para cada problema sociológico, ¿a qué solución debemos inclinarnos?

Pero como los problemas se presentan a veces con el aspecto, no de ideales, sino de *urgencias oportunistas*, dije antes que, a solas conmigo mismo, en algunas ocasiones, me asaltaban dudas que difícilmente resolvía, y que he procurado resolver con imparcialidad y calma en tiempos posteriores.

Socialismo, individualismo: ¿dónde está la verdad?

Por vía de argumentación, y como hecho histórico, aceptemos ambas soluciones, coexistentes en cierta proporción: y pongamos un ejemplo para dar forma tangible al pensamiento.

Yo estoy en Madrid, y sé que estoy en España, próximamente en el centro de la Península, y no me cabe duda que piso tierra española: es un hecho, una evidencia sensible, si vale la palabra.

Estoy en París, y tampoco me queda duda de que estoy en Francia.

Desde Madrid camino hacia los Pirineos; y paso por Valladolid, y paso por Burgos, y sé que todavía estoy en España: ni la menor vacilación me asalta.

Pero salgo de París. Camino al encuentro de mi primera ruta, y sé que estoy en Orleans, y sé que estoy en Burdeos.

Mas dejando de ir al encuentro de límites ya materialmente marcados, o que la naturaleza marcó de una manera evidente, penetro por la parte de acá en la cordillera pirenaica, y en ella penetro también por la parte de allá, y llega un momento en que no sé dónde estoy: si estoy en España o si estoy en Francia; si al decir «España», afirmo la verdad o caigo en el error; si al afirmar que estoy en Francia, afirmo lo cierto o el error se apoderó de mi pensamiento.

En la distribución geográfica hay regiones en que la verdad resplandece con fuerza incontrastable; pero hay *una zona* más o menos estrecha, más o menos ancha, la zona de fronteras, zona en que domina la duda.

Pues esto sucede también en las fronteras de los grandes problemas sociales; y, en estas fronteras, la duda es permitida al hombre de buena fe, sin que por eso renuncie a sus creencias, a sus ideas fundamentales, a sus predilecciones y amores, pudiéramos decir.

Porque lo absoluto no existe para la inteligencia humana: aun muchas verdades que llevan este nombre, sólo son absolutas entre *ciertos límites*, y hay que especificarlos al afirmar que son absolutamente ciertas. Hay que decir: esto es verdad entre tales y cuales límites, y más allá de estos límites esta verdad se funde con otra verdad distinta y ambas en una verdad superior de armonía. Para el hombre sólo existe lo *relativamente absoluto*, y perdóneseme la contradicción aparente.

Yo no sé si voy explicando mi pensamiento con suficiente claridad: todavía procuraré explicarlo más, para que nadie suponga que los individualistas de aquella época padecíamos *monomanía frenética* de individualismo.

Volviendo otra vez al ejemplo anterior, digo, que a la persona que, viniendo de Francia, llegara a Madrid y continuara diciendo «Francia», claro es que la combatiríamos con toda la ferocidad de que fuéramos capaces; como al que, avanzando desde el socialismo, llegara a la *abolición de la propiedad individual*, y me ta-

sase, o me arrebatara, o le diera forma a su capricho al producto de mi trabajo de aquella mañana, proclamando que de aquello dispone la sociedad y no yo.

***

Lo que hay es, y continúa el símil, que unos quieren que las fronteras avancen indefinidamente hacia el Norte, achicando cada vez más la región del socialismo, y afirmando que este es el progreso humano.

Y otros, al contrario, pretenden empujar la frontera hacia el Mediodía, achicando el individualismo sin límites.

Nosotros éramos, y yo continúo siendo, de los primeros.

Para nosotros el porvenir era el individualismo; no un individualismo egoísta, seco, aislado, que aspira a romper todos los lazos sociales y a la infinita pulverización de las arenas del desierto, sino un individualismo que multiplique los lazos sociales sin límites, que los haga cada vez más tupidos; pero por *la acción de la libertad*, no por imposición externa.

***

Que no considerábamos, ni hoy mismo consideramos, ni consideraríamos aplicable a una sociedad el *individualismo absoluto* de nuestros ideales, es de suyo evidente.

Las sociedades han sido siempre una mezcla, un eclecticismo vivo, pudiéramos decir, de ambos sistemas y de ambas tendencias, como obra viva de las luchas del momento y de lo que pudiéramos llamar la fuerza viva histórica.

Pero, prescindiendo de este eclecticismo práctico, que hoy se llama *oportunismo*, nosotros estudiábamos los ideales en toda su pureza para ir aproximándonos a ellos en todo lo posible.

Y en los ideales es donde yo encontraba esos conflictos parciales entre la teoría pura, por una parte, y la realidad, y hasta el buen sentido, por otra, que, como muralla de bronce, me cerraban el paso.

Claro es que esto sucedía únicamente en *la zona indecisa de las fronteras*, que antes procuraba explicar.

Había, por ejemplo, *tres problemas extremos* que se resistían tenaces a recibir, dentro del buen sentido, la solución individualista pura.

Yo no voy a discutirlos aquí, que harto voy abusando de la paciencia del lector; pero voy a indicarlos en términos generales, dejándolos consignados para siempre, con el firme propósito de no volver a ocuparme en ellos, y los consigno para que vea el lector que no éramos ciertamente los fanáticos de una doctrina.

El *primer problema* se refería a este caso: una propiedad individual, o varias, ocupando un espacio, por ejemplo, de unas cuantas hectáreas de tierra de labor, y, alrededor, cerrando un anillo, otra serie de propiedades, también individuales.

Era un caso ideal, abstracto; pero que tenía inmensas aplicaciones en la práctica: *la propiedad individual encarcelada por un círculo o anillo de otras propiedades individuales.*

Aquí el conflicto entre unos y otros derechos de unos y otros individuos era evidente.

En pura doctrina, me costaba trabajo hallar la solución, sin quebrantar, sin limitar, al menos, el derecho individual, sin someterlo a otro derecho que me estorbaba, y que legítimamente pudiera llamarse derecho social, o de los más sobre los menos.

Este ejemplo o problema, con estar tomado de las regiones ideales, claro es que tiene en la vida social innumerables aplicaciones, desde el modestísimo problema de *las servidumbres de paso*, hasta los grandes problemas de las vías de comunicación, verdaderas arterias del organismo social, que, cuanto más se multiplica él, más se multiplican ellas, y que van limitando por el derecho

de expropiación nuestro absoluto derecho individual.

Era el *segundo problema* el anterior, en cierto modo invertido. No era ir de dentro a fuera, buscando comunicación con el resto del mundo: era venir de *fuera* a *dentro*, buscando tierras sin dueño y fecundas; pero amuralladas y cogidas por otras propiedades individuales anteriores.

En suma: nosotros, todavía en el terreno ideal, imaginábamos, vuelvo a repetirlo, un anillo de propiedades individuales, encerrando un espacio de tierras fecundas sin explotar todavía.

Y nos dirigíamos estas dos preguntas, que en nuestra doctrina eran contradictorias:

¿Cómo se impide al que está fuera del anillo, y necesita aplicar su trabajo para ganar su vida, que atraviese el anillo para llegar a lo interior y utilizar los gérmenes que encierra?

Y por otra parte, ¿no es esto limitar el derecho de propiedad individual?

Dicho problema, que tan abstracto parece, generalizando sus términos y aplicándolo a otras esferas, palpita hoy en inmensos problemas como reclamaciones vivas de la escuela socialista: ¿qué otro problema es el del propietario que no utiliza su propiedad en cuanto puede ser utilizada? Claro es que yo la planteo en términos de individualismo, no de socialismo.

Pero yo no quiero detenerme más en estas materias, y paso de largo.

Tercer problema: el que pudiéramos llamar el de las *accesiones o incrementos a la propiedad individual por accidentes o sucesos no previstos.*

Explicar esta idea me llevaría muy lejos; pero el problema es enorme.

***

Estudiábamos estas cuestiones a fondo, sin que esto sea vanagloria; y no sé si será por el cariño que los viejos tienen a lo pasado, pero me figuro que en estas co-

sas no piensa mucho la generación de hoy; acaso crea que son metafísicas o filosofías insustanciales sin interés y sin utilidad.

Error profundo: en estas cuestiones se piensa sin querer pensar en ellas; brotan con otros nombres, pero son las mismas, y no me costaría trabajo señalar muchos problemas de hoy, políticos, económicos y morales, cuyas raíces se hunden en todos estos problemas de que vengo hablando en las últimas crónicas.

Pero del hoy no quiero hablar: es el presente, y yo en estos recuerdos sólo hablo del *pasado*.

Del presente hablaré cuando a ser pasado llegue, si es que para entonces no se cortó definitivamente la serie caprichosa de estos artículos.

Y a fe que lo sentiría, si es que entonces estoy para sentir algo: en primer lugar por el motivo, y en segundo lugar, porque de este presente en que hoy vivo, ¡tendría tantas cosas que decir!...

Mas he de contenerme, y he de volver a mis tiempos pasados, y he de dar fin por ahora a doctrinas filosófico-metafísicas, a sueños que ya tuvieron su despertar, a ilusiones que se desgarraron como neblina y que acaso se condensaron en nubarrones.

*
* *

Vuelvo, pues, adonde estaba; es decir, a la *Dirección de Obras públicas*, *Agricultura*, *Industria y Comercio*, Dirección enorme, que casi un ministerio constituía, y en la que yo me pasaba desde las once de la mañana hasta las tres o las cuatro de la madrugada siguiente, sin más que dos breves respiros para almorzar y comer.

¡Bonita jornada de ocho horas la que hoy se pide, y ojalá sea posible! Pero de quince y diez y seis fueron las mías durante muchos meses, y cuando terminaron y ocupé el Ministerio, con las Cortes abiertas, ya la jornada no se contó por horas, sino por días enteros.

¿Dónde estaban entonces los dramas? ¿Dónde mis aficiones literarias? Mi única literatura consistía en escribir preámbulos para la serie de decretos que iba publicando en el Ministerio de Fomento, muchos de los que se convirtieron más tarde en decretos-leyes.

Yo estaba afanoso por llena la *Gaceta*, no diré con mis ideas, diré con nuestras ideas individualistas, y el mejor ministro que para el caso pude encontrar, y el director de Obras públicas más laborioso que pudo encontrar él, fuimos él y yo respectivamente: don Manuel Ruiz Zorrilla y mi modesta persona.

Don Manuel era una inteligencia clara, era un espíritu enérgico, era un hombre que adoraba toda reforma, si esa reforma era *muy liberal;* así es que, sin habernos conocido antes, sin pertenecer Zorrilla a la escuela economista, ni haber sido yo nunca hombre político hasta aquella fecha, jamás tuvimos una disidencia de pensamiento. Con media palabra nos entendíamos; en diez minutos trazábamos el plan de una reforma; él, con seguros instintos liberales y con su energía práctica, y, en suma, con su autoridad; yo, con mis fervores y, casi me atrevería a decir, con mis furores individualistas.

Ello es que ni descansamos un punto, ni dejamos descansar a la *Gaceta*, ni dejamos descansar al público liberal de la España de entonces.

De la enorme labor de aquellos meses, algo diré en el artículo próximo.

Y ya salimos de nebulosidades, ya tocamos tierra firme.

¡Y cómo se agolpan aquí los recuerdos!

¡Pobre don Manuel, qué alma tan noble y tan entusiasta era!

Si alguna vez pecó, pecó por exceso de entusiasmo y de pasión, sacrificándose, no diré cómo, que estos juicios a la historia pertenecen, al ideal que se hubiera forjado, y sacrificando su reposo, su fortuna, al fin su vida.

LXV

Bien comprendo que los que voy a consignar en este capítulo, como en la mayor parte de los que llevo escritos, serán de un aburrimiento invencible para buena parte de mis lectores, a menos que no encuentre entre ellos alguno tan viejo como yo, y que, además, hubiera vivido, allá por los años de la revolución, en la misma atmósfera en que yo viví, alentando con las mismas esperanzas, meciéndose en las mismas ilusiones, enardeciéndose con las mismas luchas y con los mismos desengaños sufriendo; como no encuentre, repito, algún lector hecho a la medida de estos recuerdos, no es fácil encontrar nadie que los sufra con paciencia y que al cansancio y al aburrimiento no ceda, enviando al autor a paseo, si no sabe, como no sabrá, que el autor nunca ha paseado por gusto.

Pero estoy en la obra, y he de seguir en ella por deber y por empeño, y porque quien se ha metido en un túnel muy largo y ha recorrido más de la mitad, natural es que ni se detenga ni vuelva atrás, sino que busque la boca de salida, aunque tenga que andar a tientas, y a tropezones, y entre negruras.

***

Habíamos vuelto ya, después de una larga excursión por los campos de la Filosofía, de la Economía y de la

Política, al centro que era por entonces mi centro, a saber: la Dirección de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, que de todo esto me encargaron, suponiendo que de todo esto entendía; y la verdad es que, aunque de Obras públicas, Industria y Comercio entendía algo, siquiera fuese muy poco, en cuanto a la Agricultura, mis conocimientos eran tan modestos que, hablando en términos matemáticos, pudiera decir que casi coincidían con el eje de las x.

Pero de Agricultura sabía mucho mi padre, porque ésta era una de sus especialidades, quizá la predilecta; y fué muchos años profesor de Agricultura y Botánica en el Instituto de Murcia, y creó un jardín botánico, y en él aclimató numerosas plantas que por entonces apenas se conocían en España, a no ser por los especialistas, por ejemplo, la morera filipina o de muchos tallos: no sé si diré un disparate, pero así me suena. Más aún: recuerdo que así como la morera murciana era de hoja pequeñita, esta que aclimató mi padre tenía hojas enormes, de media vara de longitud y otro tanto de anchura, y tierna y jugosa.

Y también trajo semilla de gusano de Oriente, y consiguió unos manojitos de seda, que eran una verdadera maravilla, que fueron premiados en no sé qué Exposición, y que todavía estoy viendo en el despacho de mi padre, en un marco muy lujoso, entre lazos de seda y con el diploma del premio.

Aquél y otros fueron verdaderos triunfos que se esterilizaron en una atmósfera fría e indiferente.

Mi padre, además, era gran botánico, amigo y compañero íntimo de Del-Amo y de Cutanda, y siempre estaba recorriendo las sierras próximas a Murcia en busca de plantas nuevas que clasificar.

Digo esto para justificar el haber sido yo director de Agricultura.

De Obras públicas estaba justificado en cierto modo, por ser ingeniero.

De Industria y de Comercio, por mis aficiones a la Economía política.

Pero de Agricultura, ¿por qué?

No tengo más justificación que el ser hijo de mi padre, que, además de médico, era gran agricultor y gran botánico.

***

Esto me recuerda que muchos años después vi representar en un teatro de segundo o tercer orden, una comedia de cuyo protagonista estaba encargado el célebre Mariano Fernández.

La comedia gustó, y, entre grandes aplausos, llamaron al autor.

Mariano Fernández se presentó en escena y dijo, según la fórmula consagrada:

— La obra que hemos tenido el honor de representar es original de don Fulano de Tal.

Y el público vociferó:

— ¡Que salga, que salga!

Y el actor manifestó que don Fulano de Tal no se encontraba en el teatro.

Mas como el público insistía en que había de salir, aunque no estuviese, Mariano Fernández, con el desahogo que le era propio, se adelantó y dijo:

— Don Fulano de Tal, que es el autor de la obra, ya he dicho que no está en el teatro; pero está don Mengano, que es muy amigo suyo: si el público quiere, podrá salir.

Y el público, a una voz, gritó:

—¡Que salga el amigo!...

Y a la fuerza sacaron al amigo, y el público le tributó una inmensa ovación.

Aplicación de la historia, porque es historia y no cuento lo que acabo de referir: que yo no tenía méritos para ser director de Agricultura; pero que los tenía, y muy sobrados, mi padre, y por derechos de primogenitura bien podía ser director del Ramo.

***

Pero, poco a poco: que ya con mi padre había estudiado Agricultura y había estudiado Botánica, y muy científicamente; lo que hay es que poco después tuve la precaución de olvidar todo lo que había aprendido, y hoy mi ignorancia es profunda.

Y sin embargo, no ha dejado de perseguirme la Agricultura en años posteriores.

Recuerdo que el señor Cárdenas, que era una eminencia en este ramo, y además, muy amigo mío, como lo era el don Fulano del cuento del don Mengano que salió a escena, organizó hace muchos años unas conferencias sobre Agricultura en el Jardín Botánico, y se empeñó en que yo había de explicar una de ellas.

En vano traté de convencerle de que yo era lego en la materia: él insistió, y como mi nota característica es la debilidad ante las súplicas de los amigos, allá fuí, y allá hablé del gran cultivo y del pequeño cultivo, y de la transformación de la Agricultura en industria, y de la aplicación de la Física, de la Química y de la Mecánica a esa gran fabricación de vida vegetal que se llama Agricultura, y hasta hablé de los riegos y de su necesaria armonía con los abonos y el cultivo intenso, como un San Juan Bautista, de la que ha sido después política hidráulica. Como que ahora recuerdo que yo redacté un proyecto de colonización algunos años después.

En suma: que cualquiera que me hubiera oído hubiera llegado a creer que yo entendía mucho de todo aquello.

En fin: mi buen amigo Cárdenas, que era un hombre de verdadera ciencia, y cuya pérdida reciente, hoy todos deploramos, no quedó descontento de mi programa. Hay que reconocer que los programas no son difíciles.

*
* *

Pues no paran aquí mis relaciones más o menos íntimas con la Agricultura.

Algunos años más tarde, una ilustre e inteligentísima dama, la que fué duquesa viuda de Medinaceli, se empeñó en crear una Junta magna para el progreso de la Agricultura en España, bajo todos sus aspectos: el aspecto técnico, el aspecto industrial, es aspecto económico, hasta el aspecto jurídico y todos los aspectos imaginables.

Y constituyó la Junta, y celebró el acontecimiento con un gran banquete en sus aristocráticos salones, a que asistieron muchos aristócratas y grandes propietarios y buen golpe de ingenieros de montes y agrónomos, y de minas y de caminos también.

Y como me profesaba verdadera amistad, cegada por el afecto, se empeñó en que había de formar parte de la Junta.

Y yo le repetía lo que le dije a Zorrilla cuando me anunció que a las Direcciones de Obras públicas, Industria y Comercio, pensaba agregar la de Agricultura; lo que le dije a Cárdenas cuando se empeñó también en que diese una conferencia en el Botánico, a saber: que yo no entendía una sola palabra en materia tan importante, pero que no es seguramente de las que se improvisan.

La duquesa insistía:

—Sí, sí; ha de formar usted parte de la Junta.

Y yo.

—Pero ¿con qué título?

—Con el que tienen todos los demás señores que forman parte de ella.

—Pero si yo no sé nada.

—Usted estudió con su padre.

Y yo le referí el cuento del amigo.

Y ella se rió; pero no quedó convencida.

Y seguí insistiendo:

—Pero si yo no tengo tierras, ni las he tenido nunca, ni es probable que las tenga jamás.

Mas como ella no cediese, y se aproximara el día del gran banquete, mandé comprar un tiesto con rosas, y le dije a la duquesa:

—Ya puedo formar parte de la Junta; ya soy terrateniente; acabo de comprar un tiesto de flores.

Y formé parte de la Junta para el progreso de la Agricultura.

*
* *

Pero basta de episodios y de recuerdos secundarios, y volvamos a la Dirección.

En la Dirección preparamos muchos proyectos y muchas reformas: el espíritu de don Manuel Ruiz Zorrilla era activo, incansable, eminentemente reformista, y a su alrededor nadie podía descansar. Era preciso hacer algo, trabajar siempre, demostrar con el ejemplo que la revolución no se había hecho por el gusto de hacer una revolución, sino por transformar la vieja España en una España a la moderna.

Y pusimos manos a la obra.

El primer proyecto que me encargó fué para mí de una dificultad enorme, no por la dificultad que en sí tuviera, sino por dificultades externas, por decirlo así, y de opinión.

Proyecto difícil por mis ideas y por mis compromisos, y por las exigencias de los demás, que es lo que sucede casi siempre en estos casos, en que todo se mezcla y se revuelve: la idea pura y la fuerza viva tradicional; el porvenir y los intereses creados; la realidad y la fantasía; el sentido práctico y las exageraciones, y la pasión a veces, y a veces la enemiga oculta.

Y, sin embargo, el proyecto en cuestión, con ser muy importante, no era trascendental, ni en él, ciertamente, iban a jugarse los destinos de la revolución.

Era una reforma administrativa, y no de las más urgentes; pero don Manuel se empeñó en que fuera el primer proyecto que echásemos a la *Gaceta*.

Y adelante con el proyecto.

Se trataba de la reforma de las escuelas especiales de ingenieros civiles, empezando por la Escuela de Caminos.

La Escuela de Caminos tenía una historia brillante.

A las escuelas especiales, militares y civiles debíase en gran parte al adelanto evidente de los estudios matemáticos y de las ciencias físicas y químicas en España.

No quiero decir que en las Universidades no hubiera buenos profesores; pero el empuje, la extensión y el progreso de dichas ciencias, y de las Matemáticas en especial, desde principios del siglo (el XIX), en que su estado era lastimoso, a las escuelas especiales era debido, y entre ellas, a la Escuela de Caminos.

No sólo por las enseñanzas que en ella se daban, sino porque fueron estímulo poderosísimo para crear excelentes profesores en la enseñanza privada.

Y, sin embargo, desconociendo estos grandes servicios, la Escuela de Caminos tenía muchos enemigos: los intereses y las pasiones humanas, tanto como los errores, tienen un doble fondo de inmensa complicación.

Lo que se quería, lo que querían muchos, era la supresión de la Escuela de Caminos. Con menos que con la supresión no se contentaban; pero a tamaña injusticia y a error tan monstruoso, yo no estaba dispuesto, ni jamás entregué mi conciencia por unos cuantos aplausos de mala ley y de torcida intención.

Y así le planteé el problema al ministro:

—Yo propondré las reformas que crea justas, y aun algunas que me parezcan dudosas, como ensayo; pero yo no propongo la supresión de la Escuela de Caminos.

»En mí sería una indignidad y una torpeza, y un acto de adulación a unos cuantos vocingleros ignorantes.

»Sin embargo, comprendo que la política tiene sus exigencias, y yo no he de crearle a usted la menor dificultad para sus planes. En todo caso puede usted contar con mi dimisión, si mi dimisión puede facilitar la solución del problema.»

Don Manuel, que, a pesar de su carácter, a veces violento, tenía buen sentido, protestó con energía, asegurándome que jamás había pensado en semejante desatino.

Con el asentimiento del ministro preparé el proyecto de reforma.

*
* *

Este problema del Cuerpo de Caminos y de su Escuela especial, lo habíamos tratado muchas veces los economistas, sobre todo Rodríguez Lasala y yo.

En todo el grupo economista, en los jóvenes y en los viejos, la voluntad de Gabriel Rodríguez, que era una de las más enérgicas que he conocido, se imponía con fuerza incontrastable.

Aunque en el grupo economista figuraban hombres de tanto prestigio y de tanta autoridad como don Luis María Pastor, Bona, San Romá, Moret y algunos extranjeros de mucho renombre, la autoridad técnica, por decirlo así, de Gabriel Rodríguez, estaba por encima de todas.

Él definía el dogma.

Era, en cierto modo, el pontífice; lo que él consideraba ortodoxo, por ortodoxo lo aceptábamos, y al índice iba lo que él consideraba pecaminoso.

Pues bien: él tenía su doctrina en esta materia en que voy ocupándome, y no hay que decir que la suya era la nuestra.

Aunque, según sus ideales, las obras públicas, como todas las industrias, debían hacerse por iniciativa individual, grande o pequeña, claro es que, en las circunstancias de aquella actualidad, el Estado no podía prescindir de este servicio, y este servicio lo organizaba del modo que le ofreciese más garantías. Y como la industria privada no ofrecía ingenieros ni tenía escuela para crearlos, el Estado se veía obligado a atender a estas necesidades.

A decir verdad, esto era algo de la doctrina de Moreno Nieto, que expuse en otro capítulo.

Gabriel Rodríguez hacía observar que la Escuela de Caminos no daba títulos que proporcionasen ni privilegios ni monopolios, sino únicamente ingenieros para el

servicio del Estado. Este era el punto de partida, y, según aquel ilustre economista, esto legitimaba la existencia de la Escuela de Caminos.

¿Se creaban en otra parte ingenieros para el servicio de las obras públicas, aptos para tal servicio y en número suficiente?

¿Sí? Pues la Escuela sobraba.

¿No había producción de ingenieros, y valga la frase? Pues la Escuela era necesaria.

Ahora bien: aceptando esta doctrina y este punto de vista, y consecuentes con nuestros principios de ir limitando la acción del Estado y de ir ensanchando la de la actividad individual, cabía una solución transitoria, y, por decirlo así, una especie de ensayo; disminuyendo a este fin el número de clases y de años en la Escuela de Caminos, y entregando a la enseñanza privada algunas de las asignaturas que por entonces en la Escuela se enseñaban.

Así como existía la preparación libre para las matemáticas elementales, a saber: aritmética, álgebra, geometría, las dos trigonometrías, las dos analíticas, el dibujo y el francés, podían entregarse a la misma enseñanza privada, y era un modo de favorecerla y ensancharla, porque la enseñanza privada era nuestro bello ideal, algunas otras asignaturas matemáticas de carácter general, como el cálculo diferencial integral, la geometría descriptiva, la mecánica y no sé si alguna otra, pues voy dictando de memoria.

En resumen: éstas eran las líneas generales del decreto.

Se lo presenté a don Manuel; le pareció muy sensato, muy oportuno, de espíritu amplio y liberal, y pensó, como yo, que no se podía ir más adelante en un ensayo.

Y fué el decreto a la *Gaceta*, y esperamos el fallo de la opinión.

*
* *

El fallo, no precisamente de la opinión, que en otros problemas más hondos o más altos andaba entonces ocupada, pero sí de los que alardeaban de especialistas, nos fué contrario; es decir, me fué contrario a mí, porque suponían que don Manuel no había hecho otra cosa que sancionar con su firma lo que yo le había propuesto.

Los periódicos nos trataron con cierto enojo; eso no era una reforma, eso era un término medio vergonzoso, revelaba miedo, se cedía a influencias; en suma: todo lo que se dice en semejantes casos cuando se discute con frases hechas y no con razones pensadas, cuando la pasión, o el interés, o el prejuicio piden la palabra y vocean.

De todas maneras, el decreto había hecho fiasco.

Mala manera de empezar.

Cuando, después de leer los periódicos, fuí a ver a don Manuel, le encontré tristón, y me pareció que un tanto abatido.

Conque yo le dije la verdad.

— En este primer decreto hice fiasco, don Manuel.

— Pues a otro.

— No; es que yo quiero que hablemos claro. Yo no quiero comprometerle a usted, ni hacer que por mi culpa la opinión pública le censure; de modo que cuente usted con mi dimisión.

Don Manuel se animó. Protestó a gritos; dió un par de puñetazos en la mesa ministerial, que crujió, amenazando ruina, a pesar de su solidez, porque don Manuel tenía un brazo formidable, y en más de una ocasión, cuando en Consejo descargaba un puñetazo sobre el mármol de la chimenea, vi a Lorenzana levantarse, sin pronunciar palabra, y examinar cuidadosamente la tabla de mármol para ver si había saltado algún pedazo; y volvía lentamente, y me decía en voz baja:

— No, todavía no se ha roto.

Y continuaba don Manuel entusiasmándose cada vez más, y afirmando que el proyecto era bueno y muy pru-

dente y muy liberal, y que él no estaba allí para demoler la Administración, sino para reformarla, y que a él no le llevaba nadie por donde no quería ir; que en mí tenía confianza completa, y que seguiríamos adelante, sin hacer caso de nadie.

¡Pobre don Manuel! Siempre fué muy bueno para mí, hasta cuando, algún tiempo después, chismosos y miserables quisieron indisponernos. Pero sin conseguirlo.

En suma: no me admitió la dimisión; no introdujo en el decreto ni la modificación más pequeña, y me encargó que inmediatamente me pusiera a trabajar en el decreto de bases para las obras públicas.

— Bien está — le dije —; haré lo que pueda y lo mejor que pueda; me someto a esta segunda prueba; voy por el desquite para usted y para mí; pero como yo no abdico de mis ideas, no he de poner en el decreto sino lo que crea justo y conveniente.

— Pero ¿va a ser muy liberal?

— Yo creo que va a ser muy liberal, don Manuel.

— Pues con eso basta. Créame usted: lo que el país quiere son reformas muy liberales, y mucha descentralización, y que no se ate de pies y manos a los pueblos, sujetándoles al Poder central.

— Pues todo eso pienso yo, don Manuel.

— Pues ya verá usted cómo nos aplauden esta vez.

— De todas maneras, usted lo verá y usted me dirá su opinión; y como en los principios estamos conformes, claro es que no hemos de discutir mucho las modificaciones que usted me indique.

— Mire usted, Echegaray — dijo don Manuel levantándose y poniéndome la mano en el hombro —, este proyecto, con ser más trascendental y más grave que el otro, es mucho más fácil para usted que el primero: en aquél se mezclaba la cuestión personal. Si a un individuo le han reprobado en la Escuela de Caminos, o reprobaron a alguno de sus hijos o parientes, ¿cómo quiere usted que el calabaceado, o su padre o pariente, se contente con menos que con la supresión de la Escue-

la y del Cuerpo, y hasta de todo el ministerio de Fomento?

»Así son los hombres, así son — y descargó otro puñetazo sobre la mesa —. Ya lo irá usted aprendiendo si sigue usted en la política.»

Y ya no estaba tristón como al principio: la lucha le animaba. No perdía nunca la esperanza.

— Conque a trabajar; yo voy a recibir ahora a un patriota con quien los moderados han hecho perrerías; pero yo le daré la compensación.

»Le perdono a usted que me escriba un decreto que no guste — agregó riendo —; lo que no le perdonaría es que fuese usted blando y acomodaticio con ningún moderado.

»El que es blando con los enemigos, es que prepara la traición.

»Al decreto, pues, al decreto sobre Obras públicas.»

Y me fuí a trabajar.

Todo esto lo recuerdo como si ahora mismo saliese de hablar con don Manuel.

LXVI

Recuerdos que no se borran, que cuentan cerca de cuarenta años de fecha y que me parece que son de ayer.

A las diez estaba en el ministerio, y no cesaba de trabajar, de estudiar expedientes, de resolverlos, de despachar con Zorrilla; que no era un trabajo mecánico de firma, porque siempre que se trataba de algún asunto de importancia, y había muchísimos, le daba cuenta circunstanciada y discutíamos la solución ministerial.

Ni se contentaba don Manuel con firmar como en un barbecho, ni yo quería que firmase de este modo.

Y luego tenía que recibir hombres políticos de primera, segunda y tercera magnitud, y personas interesadas en los expedientes, a quienes era justo oír.

Y proyectos que era forzoso preparar, y preámbulos que escribía yo mismo.

Esto sin contar con las discusiones políticas en el despacho de don Manuel, que eran generalmente de noche, y que eran ardientes, animadísimas, apasionadas.

Don Manuel tenía en su despacho, sobre todo en las horas nocturnas, una verdadera asamblea, ante la cual pronunciaba discursos ardientes, que caldeaban para el porvenir a aquella falange que luego siguió a Zorrilla en su próspera y adversa fortuna.

Claro es que yo hablaba poco, porque era novel en

política y necesitaba orientarme. Pero en cambio oía mucho.

El hablar a veces compromete. El oír no compromete nunca, y aprovecha siempre.

Ello es que me pasaba en el ministerio de Fomento, como ya he dicho otras veces, desde las diez de la mañana hasta las tres o las cuatro de la madrugada, con dos pequeños intervalos para almorzar y comer.

Pues en el centro de ese torbellino tuve que preparar el proyecto de bases para las obras públicas, proyecto en que yo me jugaba mi reputación y mi porvenir político, y en que podía comprometer el prestigio de don Manuel Zorrilla, a quien yo tanto debía y que en mí tenía una confianza absoluta.

Mi responsabilidad era, pues, muy grande.

Conste, sin embargo, que jamás perdí el sueño; siempre dormí mis siete horas de ordenanza.

Pero hice cuanto pude.

Estudié el problema cuanto me fué posible.

Consulté con Gabriel Rodríguez y, sobre todo, con don Pedro Pérez de la Sala, que me ayudó eficazmente y en quien yo tenía para estas cuestiones plena confianza.

Procuré ser fiel a mis principios, pero sin exageraciones.

Nuestra fórmula fué la que apliqué: aprovechar todos los organismos existentes, pero preparar para el porvenir soluciones radicales en el sentido del individualismo.

No anular de un golpe el estado tradicional, que esto sería insensato; pero sí preparar amplias curvas para un cambio de dirección.

Si la locomotora va marchando por una alineación y se la quiere llevar por otra hacia otro punto del horizonte, hacerla cambiar de repente y en un punto y hacia otra alineación que forme ángulo con la primera, sería rasgo de demencia.

Entre las dos alineaciones se necesita una curva, y no

tan brusca o de radio tan pequeño, que la fuerza centrífuga provoque el descarrilamiento.

En el proyecto de bases, que presenté a Zorrilla, se concedía a la función del Estado lo que debía concederse; se alentaba a la iniciativa individual, porque, en nuestro concepto, de ella era el porvenir; se disminuían y simplificaban trámites, y se afirmaba un principio: el principio de descentralización en materia de obras públicas para Ayuntamientos, Diputaciones, provincias y regiones, con tal amplitud, que aun hoy mismo dificulto que se pueda ir mucho más allá.

Ríome yo en este punto de muchos reformistas modernos.

Claro es que estas bases, que fueron aprobadas en toda su integridad por las Constituyentes y convertidas en ley, se anularon en su totalidad algunos años más tarde.

A estas bases les puse yo un preámbulo en que estaba todo el espíritu de la reforma, y mi proyecto se lo llevé a don Manuel, y juntos lo leímos y lo discutimos, y algunas modificaciones introduje por su iniciativa, porque todas eran en el sentido más radical y en el que a mí más me agradaba.

Don Manuel se entusiasmó con el proyecto.

— Este sí que va a gustar — decía poniéndome su mano sobre el hombro —; ahora sí que vamos a tener un triunfo.

Y afirmaba el triunfo con un puñetazo formidable sobre la mesa.

A mí, sin dar ningún puñetazo, no por falta de deseos, sino por desconfianza en mi vigor físico y por miramientos hacia mi muñeca, me parecía lo mismo: que el proyecto iba a gustar.

Eran sensaciones parecidas a las que experimenté centenares de veces en el teatro algunos años más tarde.

Era mi destino luchar constantemente con el público, con la crítica, con amigos y adversarios.

Y no porque yo buscase la lucha, que me molesta, sino porque hay algo superior a la voluntad humana y que la lleva frecuentemente adonde no quisiera ir.

Yo amo la calma, la tranquilidad, vivir en un rincón leyendo o escribiendo de cuando en cuando, sin meterme con nadie y sin que nadie se meta conmigo. A ser posible, sin que nadie me conozca; aunque sí me agrada conocer a todo el mundo, porque cada hombre es una tragicomedia en cuyo interior a veces se agitan muchos personajes y pasiones muy distintas. Así es que un mismo hombre puede ser sucesivamente un genio y un imbécil, un tunante y una persona honrada, un ser simpático y un ser repulsivo.

Como en los anteojos, sucede en un hombre: a veces hay enchufados muchos hombres; así es que, mirando a través de su naturaleza moral, las perspectivas y los tamaños cambian.

***

Pero creo que me voy perdiendo en divagaciones.

Decía que, en suma, me gustaba el proyecto de bases para las obras públicas, y a ratos me gustaba el preámbulo, aunque a veces me asaltase la desconfianza y la duda, y por eso le decía a don Manuel:

—Piénselo usted bien, y no pase por nada que pueda desagradarle. Modifiquemos todo lo que usted conceptúe que debe modificarse. Mire usted que el proyecto ha de llevar su firma; que yo en política represento poco, mejor dicho, no represento nada; pero que usted representa mucho: en usted tiene toda su confianza el elemento joven.

»En cuanto a mí, si no tenemos un éxito — y hablaba yo ya en términos de teatro, sin ser todavía autor dramático —; si el partido liberal no nos aplaude; si yo, por mi torpeza, no contribuyo eficazmente a que obtenga usted un triunfo en la masa liberal, abandono el puesto y me vuelvo a la Escuela a enseñar Mecánica.»

—No diga usted desatinos—me decía don Ma-

nuel —. Aquí trabajamos todos, y hacemos lo que sepamos hacer, y nadie se acobarda ni retrocede, que yo no lo permito. Conque adelante con los faroles — decía, riendo de buena gana, porque es la verdad que estaba confiadísimo y encariñado con el proyecto.

Conque se terminó, y a la *Gaceta* fué.

El éxito fué extraordinario, muy superior al que nosotros pensábamos.

La nota liberal era vigorosa, y los elogios fueron unánimes, no sólo en la masa revolucionaria, sino en muchas gentes que alardeaban de imparciales.

El Ministerio de Fomento afirmó su tendencia reformista.

El entusiasmo por don Manuel, que ya era grande, creció enormemente; y yo no diré que con justicia, pero sí con entusiasmo, y acaso con esa exageración propia de la raza latina, resulté desde aquel momento *ministrable*.

Tanto es así que, al terminar aquella campaña, yo, que nunca había sido político, que entre los políticos apenas tenía alguno que otro amigo; yo, que jamás pedí un distrito, porque conste que jamás, ni en aquella época ni en épocas posteriores, he pedido nada, ni grande ni pequeño, absolutamente nada, yo lo afirmo, en aquella ocasión me encontré con que se me ofrecían tres distritos, y al fin no pude negarme a dos de ellos, y algunos meses después salí diputado por Asturias y por Murcia. Sin que yo hablase a nadie, vuelvo a repetirlo; ni siquiera a don Manuel, que es claro que me hubiese dado un acta, porque era buen amigo mío.

*
* *

Y no nos dormimos sobre nuestros laureles.

¡A otro decreto antes de que se apague el entusiasmo! Y emprendimos la solución de otro problema de extraordinaria importancia, a saber: el problema de la minería.

Si en Obras públicas había mucho que hacer y que transformar, casi me atreveré a decir que en materia de minas había que hacerlo todo.

Era una legislación absurda, insensata e inmoral.

Jamás los principios que combatíamos, es decir, el intervencionismo administrativo, había dado frutos más funestos.

Era una industria atada de pies y manos, en la que los que iban de buena fe llevaban la peor parte; en que las denuncias estaban a la orden del día, y todo esfuerzo amenazado de parálisis, y toda empresa amenazada de ruina.

No hay más que recordar aquella condición absurda e irritante *del pueblo*.

Era una legislación que estaba pidiendo con gritos de agonía una reforma liberal, muy liberal, como quería don Manuel.

Una reforma individualista, muy individualista, como quería yo y como querían todos los de mi escuela.

Un golpe vigoroso a la intervención insensata del Estado en la industria minera.

Y preparé el proyecto.

Pero estos proyectos tampoco los hacíamos a capricho, por el gusto de llevar nuestras ideas a la *Gaceta*, con la soberbia de seres infalibles.

También tuve mi pequeña información, sin ostentaciones, ni vanidades, ni alardes de efecto ante el público.

Consulté con personas muy entendidas en esta industria y oí a don Nicolás María Rivero.

Quise saber la opinión de los ingenieros de minas y, entre otros, del inspector don José Monasterio, hombre de gran mérito, de rectitud inquebrantable, y, además, de nuestra escuela económica.

¡Pobre Monasterio! Séame permitido consagrarle aquí un recuerdo cariñoso.

Hobre de ciencia, de estudio y de trabajo, al estudio y al trabajo estuvo consagrado toda su vida.

Entusiasta por las ideas liberales, y sobre todo en materias económicas, formaba parte de la Asociación para la reforma de los Aranceles.

Era bueno, de una bondad extremada. Si algún defecto tenía como jefe, es que no sabía reñir ni sabía enfadarse jamás. Le traté muchos años; nunca le vi reprender a ningún subordinado; siempre encontraba disculpa para las faltas que cometían.

—¡Pobre hombre!—decía siempre—, hay que tener en cuenta esto o lo otro—aunque la falta no tuviera disculpa.

Y no era debilidad de carácter: jamás rehuyó el peligro.

Cuando le enviaron a Almadén, muchos le aconsejaron que no fuese, porque los mineros de Almadén estaban muy revueltos.

—No tengan ustedes cuidado—les decía—; a mí los mineros me quieren mucho, me han querido en todas partes, porque saben que soy su defensor nato.

Y lo era; era el defensor del obrero; sentía inmenso cariño por los humildes; si alguna vez quebrantaba la pureza de su doctrina económica, era para defender a la clase jornalera.

El destino fatal le empujó al abismo.

Fué a Almadén; los mineros se amotinaron. Quisieron hablarle; él quiso oírles.

El motín siguió. Entró la masa con apetitos de sangre.

Le asesinaron, creo que arrojándole por el balcón; después arrastraron su cadáver como el de un gran criminal, como el de un hombre odioso, al más bueno, al más dulce, al más humanitario de los hombres.

Cumplo deber ineludible consagrando este respetuoso recuerdo a don José Monasterio.

Y sigo con otros recuerdos.

* * *

Uno de los ingenieros de minas a quien leí mi proyecto, fué, como digo, Monasterio, que lo aprobó de plano y con entusiasmo.

También me prestó inteligente ayuda y sano consejo el jefe del negociado de minas, señor Abeleira, que era persona dignísima y de mucho mérito, a quien yo nombré para este cargo sin conocerle, por los elogios que de él me habían hecho sus compañeros.

Y digo que yo le nombré, porque aunque yo era director de Obras públicas y no tenía autoridad para nombrarle, fué de los que propuse a Zorrilla, y Zorrilla aceptó.

Como ya expliqué en otro artículo, yo fuí el que nombró los jefes de negociado: Saavedra, Pardo, Abeleira, Ibarreta. Don Manuel no los conocía: yo se los propuse, y él, con su espíritu amplio, haciéndose superior a compromisos políticos, teniendo que luchar con toda clase de recomendaciones, y con una confianza que nunca le agradeceré bastante, me cedió todos los nombramientos.

Como resultado de esta información de un corto número de personas, pero todas de gran competencia, redacté el proyecto de bases para la industria minera, y le puse su correspondiente preámbulo.

A don Manuel le gustaron extraordinariameute.

—¡Esta es la regeneración de la minería!— Y tenía razón: aquellas bases se convirtieron en ley.

Aquellas bases rigen todavía, y han pasado cerca de cuarenta años.

Y gracias a la libertad que concedían, sólo por romper trabas, sólo por simplificar expedienteos, sólo por dar seguridades al minero, la minería es hoy un ramo de inmensa riqueza en España, y a poco que se la ayudase dentro de nuestras doctrinas, que a mi entender son las buenas, todavía llegaría a ser mucho más de lo que es.

El decreto fué recibido con aplauso entusiasta; afirmó aun más la fuerza y el prestigio de Zorrilla, y, por lo

tanto, el mío, y como consecuencia el del Ministerio de Fomento, que todos los liberales proclamaban como el Ministerio reformista por excelencia.

*
* *

Otros muchos trabajos y decretos seguimos dando, pero no he de molestar al lector con la relación de todos ellos, no sea que piensen que aprovecho la ocasión para entonar mis alabanzas.

Trabajé lo que pude, procuré cumplir mi deber, y creo que acerté varias veces.

Aunque no fuese más que el proyecto de minería, me dice la conciencia que no perdí el tiempo.

La vitalidad de aquellas bases, el tiempo que han durado, y duran, el desarrollo de la industria minera desde aquella fecha, prueba que el decreto en cuestión no era un engendro raquítico.

Otros varios proyectos podría citar, pero son de época posterior, llevan mi firma como ministro, y algo diré de algunos de ellos más adelante.

*
* *

Realmente, el Ministerio de Fomento era un hervidero.

La actividad, el empuje y el entusiasmo de don Manuel Ruiz Zorrilla en el orden administrativo, era tan grande como en el orden político; y, a decir verdad, de ambos entusiasmos hacía uno solo, y su fuerza como hombre político, por aquella época, quería fundarla en sus obras de reforma administrativa.

Al mismo tiempo que trabajaba conmigo en los ramos de Obras públicas y de Minas, tenía también sus proyectos para la reforma de la agricultura; pero para esta industria no le alcanzó el tiempo.

Es industria que tiene desgracia.

Para la industria y el comercio esperábamos otra

gran reforma: la de los aranceles; pero ésta pertenecí al Ministerio de Hacienda, y ahí estaban Figuerola y Gabriel Rodríguez luchando con problemas gravísimos y angustiosos.

Preparando el que acabo de indicar, es decir, la reforma de los aranceles en sentido liberal, y haciendo esfuerzos supremos para salvar la Caja de depósitos, que era una verdadera ruina, es decir, la ruina del vacío, como al fin la salvaron con la creación de los célebres bonos.

Pero no es justo que hable sólo de mí, ni de mi Dirección de Obras públicas, que era una triple Dirección y todo un Ministerio, con nombre más modesto.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, aun sin contar con la política, en la cual era ya factor importante, para ser algún tiempo después elemento importantísimo y fuerza decisiva; además de la política, repito, tenía ante sí otra cuestión de interés supremo, y que de interés supremo sigue siendo, y aun no resuelta hoy, a pesar de haber transcurrido, desde entonces, casi cuarenta años.

Me refiero a un problema supremo: el de la Instrucción pública.

Y don Manuel, en el magno problema, puso todas sus energías, y ya por entonces lo planteó bajo todas sus formas; y aunque por entonces fuesen embrionarias, es lo cierto que desde entonces acá poco nuevo he oído sobre esta materia, aun a los que más presumen de conocerla.

El problema de la enseñanza se descompone en muchos problemas, que de paso he de señalar, aunque yo en ellos, por entonces, no tuve necesidad de intervenir.

En primer lugar, puede preguntarse: la Instrucción pública, ¿es una función social de las que deben estar a cargo del Estado, o debe estar entregada por completo a la iniciativa individual, ni más ni menos que como la escuela democrática pura quería entregar el problema religioso?

Son dos soluciones completamente opuestas.

¿Puede el Estado, tiene derecho el Estado, es conveniente para el progreso que el Estado imponga a todos los ciudadanos un Dios, un dogma, una creencia; en suma, una religión positiva?

Y repitiendo palabra por palabra esto mismo, preguntaban los demócratas de entonces:

¿Puede el Estado, tiene derecho el Estado, es conveniente para el progreso general que el Estado imponga una ciencia, declare lo que es verdad y lo que es mentira, aplique un molde gubernamental a las inteligencias, como a las conciencias individuales una fe?

En el orden filosófico el problema es el mismo; pero la democracia de entonces proponía soluciones distintas, y los más radicales dábamos para el problema religioso una solución radical; para el problema de la enseñanza, una solución de transición y de transacción; es decir: una solución que hoy se llamaría oportunista.

Es decir: nosotros manteníamos la enseñanza oficial, porque suprimirla nos hubiera parecido una verdadera locura; pero al mismo tiempo deseábamos alentar, por todos los medios, la enseñanza individual, para que poco a poco, con el transcurso del tiempo, con la extensión de la cultura y con la propagación de las ideas individualistas, fuera extendiéndose la enseñanza privada.

Realmente, a esto tendía don Manuel Ruiz Zorrilla, y algo se ha hecho en este sentido.

El creó las bibliotecas populares; en aquella atmósfera se engendró la Institución libre de enseñanza; por virtud de aquellos impulsos han marchado después paralelamente la enseñanza oficial y la enseñanza libre; pero hay que reconocer que todo esto ha caminado tan aprisa como don Manuel Ruiz Zorrilla deseaba.

Como yo en estos recuerdos no hago más que recordar; como no juzgo, ni dogmatizo, ni critico, debo contentarme con estas indicaciones generales.

El problema fundamental es el que hemos planteado; pero tras él, y casi pudiera decir que al mismo tiempo, se plantea este otro, que ya entonces se planteó con

gran vigor, pero entre luchas sordas y caminando con grandes rozamientos.

Se planteó por los krausistas y por otros muchos que no comulgaban en la misma escuela, y era éste:

Dado que exista la enseñanza oficial, ya porque siempre deba existir, como existe en todas los naciones civilizadas, ya porque se crea que al fin desaparecerá cuando la enseñanza privada adquiera la extensión a que aspiran los individualistas, en uno o en otro caso, como forma permanente o como servicio transitorio, ¿cuál debe ser su carácter?

¿Debe ser la enseñanza en todos sus grados, primaria, secundaria y superior, de facultades generales o de escuelas especiales, un organismo del Estado dependiente del Gobierno, al cual el Gobierno dé dirección y norma, y no sólo condiciones de derecho, sino condiciones técnicas e intrínsecas?

En suma: el Estado, y en su representación el Gobierno, por sus varios organismos, ¿debe ser el que defina la ciencia, dando programas, fijando métodos de enseñanza y considerando a los profesores como empleados públicos?

O, por el contrario, la instrucción pública ¿debe ser un organismo independiente y autónomo dentro del Estado, sin recibir de éste más que condiciones de derecho y medios materiales de existencia; es decir, cierto número de millones en el presupuesto?

Sólo con enunciar el problema, aun de la manera vaga e incompleta en que acabamos de enunciarlo, se comprende que es enorme y trascendental, y que dentro de él caben multitud de soluciones, como otros tantos términos medios entre estos dos términos extremos, entre los que dicen: Yo, Estado, pago, y puesto que yo hago el sacrificio, no enseñará el profesor más ciencia que la que yo crea buena.

Y los que consideran esta solución como tiránica, arcaica e incompatible con la libertad moderna del pensamiento, y, por lo tanto, no reconocen en el Estado

más que la facultad de fijar condiciones de derecho y el deber de subvencionar la enseñanza. Lo que la enseñanza haya de ser, lo determinará el cuerpo docente, sin que ni aun él pueda coartar la libertad del pensamiento y la libertad de la ciencia.

Estos dos problemas que hemos apuntado, ya entonces se discutían con calor, y hoy mismo pudieran seguirse discutiendo; quizá entonces se discutían más que hoy. Verdad es que hoy no se discuten ni poco ni mucho.

Respecto a Instrucción pública, hoy son otros los problemas que se agitan; pero tampoco son nuevos, que ya entonces, por aquellos tiempos a que me refiero, se planteaban y se discutían.

Y como no quiero dejar incompletas estas ideas, al menos en su enumeración y en su enunciado, algo he de decir todavía; pero este artículo, por ser excesivamente serio, ha de parecer excesivamente enojoso a mis lectores.

Que la naturaleza humana es así; lo más serio, lo más importante, lo más fundamental, suele ser lo más aburrido.

Descansemos, pues, aunque no hemos llegado aún al séptimo día.

LXVII

Recuerdo, y es milagro que lo recuerde, que en mi último artículo, después de dar una idea ligera e incompleta de los trabajos que en la Dirección de mi cargo se prepararon, y aun se convirtieron en decretos, en aquellos meses agitadísimos y dramáticos que precedieron a la reunión de las Cortes Constituyentes, quise también decir algo de la labor importantísima, pero llena de dificultades, que don Manuel Ruiz Zorrilla había pretendido llevar a cabo en la Dirección de Instrucción pública.

Problema trascendental y problema dificilísimo, que hace un siglo que se agita en España, y que todavía no se ha resuelto ni lleva trazas de resolverse.

Todos los ministros, todos los partidos, todo el mundo rebosa en buenos deseos; las leyes, las disposiciones, los reglamentos, las reformas, se acumulan, crecen, se complican y forman la legislación más ininteligible de todas las legislaciones imaginables.

Zorrilla era un espíritu activo, era un talento claro: su entusiasmo era grande, y tuvo orientaciones en este ramo muy importantes y muy fecundas. Conocía todos los problemas que en el seno de este gran problema de la Instrucción pública se agitan; pero todos estos problemas no estaban, si se me permite la palabra, maduros todavía.

¿Lo están hoy?

Hay quien lo duda.

La cuestión fundamental es ésta, que ya la indicábamos en el capítulo anterior.

La enseñanza pública, en toda su extensión, ¿pertenece a las funciones propias del Estado, o pertenece a la iniciativa particular?

Zorrilla, como ya dijimos, tomó una buena orientación; por lo menos, la única orientación práctica, dadas las circustancias de nuestro país: sostener la enseñanza oficial, procurando mejorarla, y, al mismo tiempo, favorecer y estimular la enseñanza particular.

Este criterio, más o menos acentuado, con mayores o menores simpatías por la enseñanza privada, se ha sostenido desde entonces; pero es indiscutible que quien planteó el problema fué don Manuel Ruiz Zorrilla.

La segunda cuestión, también hablamos de esto en el anterior capítulo, fué la siguiente:

Dado que exista la enseñanza oficial, ¿hasta qué punto el organismo de la instrucción debe estar sometido al Estado, es decir, a un centro ministerial?

Se trata nada menos que de la autonomía de los centros de instrucción.

Este problema se discutió, pero no llegó a plantearse, ni, por lo tanto, llegó a resolverse, y en este punto ha triunfado la tradición, sin más modificaciones que aquellas que son hijas de los tiempos: más independencia y más libertad en el profesorado, para la enseñanza y el cultivo de las ciencias.

***

Y después de estos problemas viene otro de fondo y de tanta trascendencia, por lo menos, como los dos anteriores, a saber: ¿en qué debe consistir la enseñanza, cuál debe ser su objeto fundamental: la alta ciencia, o las ciencias de aplicación; las grandes teorías, los grandes conceptos intelectuales, o la parte práctica material?

Y dicho problema, que ya se dibujaba en aquellos tiempos, no se escapaba a la penetración de Zorrilla, que, aunque en pequeña escala, algo consiguió hacer en uno u otro sentido; este problema, desde aquellos tiempos hasta hoy, se ha acentuado, y hoy pudiera plantearse de este modo: de una parte, el sabio; de otra parte, el obrero.

Como a veces se llama libertad a lo que es tiranía, y progreso a los movimientos retrógrados más brutales, hay muchos que abominan de la alta ciencia creyendo que es un conjunto de abstracciones inútiles, residuos de la escolástica, tradición caduca, conjunto de fórmulas huecas, que crea hombres inútiles para el trabajo; y los tales defienden que lo sano, lo progresivo, lo que reclaman los tiempos, es la enseñanza práctica, casi casi el trabajo material: las escuelas sobran; lo que faltan son talleres; y si se tolera la palabra ciencia, es agregándola el adjetivo práctica.

La alta ciencia es una vejez; la ciencia práctica es la que importa.

Los grandes sabios son unos aristócratas, unos privilegiados odiosos, unos vanidosos sin fuerza de fecundidad.

Lo nuevo, lo fecundo, lo democrático es ponerse en contacto con la realidad material: con la fábrica o con el taller.

Y por este camino casi se abomina del trabajo intelectual y se diviniza casi la fuerza muscular del obrero.

Todo esto ya apuntaba en otros tiempos. En éstos no sólo apunta, sino que dispara, y el porvenir se presenta confuso.

Y problema es éste en que toda solución exclusiva es absurda y es imposible.

Aquí sí que no cabe más que una solución de armonía, pero en que lo superior se mantenga superior, y en que lo inferior no pretenda sustituirse a lo que está en esferas más elevadas; y esto no por desigualdades vanidosas, sino porque la misma realidad lo impone.

En todo hombre, el cerebro que se agita en el cráneo valdrá más que el músculo que se contrae en el brazo.

Se piensa con las celdillas cerebrales, no con la masa muscular o con tendones robustos.

Se es hombre racional porque se tiene un cerebro, no porque se hunda un dinamómetro de un puñetazo.

La Naturaleza ha establecido la división del trabajo, y esa división del trabajo, llevada a mayor o menor grado, se impone en todos los organismos sociales, que en último análisis es la ley suprema de la diferenciación.

Lo que voy diciendo, ¿es que lo digo hoy, o es que recuerdo que lo pensaba entonces?

Esto lo pensábamos entonces como puede pensarse ahora.

Y son recuerdos de dogmas inquebrantables, aunque tan oportunas son estas ideas hoy como vivas estaban hace cuarenta años; y en todas las obras de Economía política, ciencia que es verdadera ciencia, y no fantasmagoría más o menos sentimental, se encuentran esparcidas las ideas que hoy recuerdo y reproduzco en estos enmarañados recuerdos.

*
* *

Es necesaria la alta ciencia; si no, el mundo se estanca, se materializa, se embrutece, y el progreso es imposible.

Entiéndase bien: sin la alta ciencia, el progreso material es absolutamente imposible, el estancamiento es inevitable; pero la alta ciencia, que es la que alimenta el pensamiento humano, alienta y da vida y hace fecunda a la ciencia práctica, y se transforma y se materializa y se convierte en ciencia práctica, como el vapor de las nubes se condensa en agua y corre en los ríos y fecunda los campos.

Si el agua se quedase siempre flotando en la atmósfera, pintaría nubes bellísimas sobre arenales estériles; pero si la atmósfera estuviese seca en absoluto, toda la tierra sería o piedra o arenal.

Por eso hace un momento indicaba que este problema tenía solución natural en la armonía.

Alta ciencia y ciencia práctica: las dos cosas.

El sabio y el obrero: las dos cosas también; y entre uno y otro, toda una escala: los diversos grados del ejército del trabajo y de la civilización. Sus generales, sus coroneles, sus capitanes, hasta el soldado raso, que es tan digno como el general de simpatía y de respeto, pero que no es general hasta que por sus méritos llega a serlo.

Que si todos fueran generales, sería lo mismo que si todos fueran soldados; y entonces, ni ejército ni victoria; cuando más, se harían la guerra unos generales a otros; que esta es triste ley de la Humanidad, lo mismo para los que comen rancho que para los que ciñen faja.

***

Permítaseme que insista sobre este punto, que ha sido siempre, y es, y seguirá siendo trascendental.

La raíz de todo progreso de gran importancia está siempre en la alta ciencia, en esos conceptos elevados que muchos consideran estériles.

El descubrimiento de un sabio, que, a veces, se juzga inútil, estéril para la vida práctica, puro juego de la imaginación o mera curiosidad de la naturaleza, es, sin embargo, impulso soberano que el genio da a la civilización, y que transforma toda una época.

No citaré el vapor, no citaré el telégrafo, porque ya serían citas vulgares, aunque para nuestro objeto serían demostraciones terminantes.

Citaré la dínamo.

Un sabio se entretiene en aproximar un imán a un alambre, formando circuito cerrado, en el que hay un galvanómetro. Un galvanómetro, en el fondo, no es más que una aguja imantada.

Advirtiendo que el galvanómetro puede estar a mucha distancia del sitio de la experiencia.

Pues el físico observa que, al mover el imán en presencia del conductor metálico, la aguja del galvanómetro se mueve.

Y aun de otro modo puede hacerse esta misma experiencia, sin necesidad del galvanómetro. Basta el imán y el alambre cerrado, y el sabio que realiza esta experiencia observa que, al mover el imán, aumenta la temperatura del alambre.

Experiencias, al parecer, insignificantes, infantiles, casi puerilidades de un viejo; algo, en suma, que casi no vale una mirada de curiosidad.

¡Proteger semejantes niñerías, dirá tal vez algún defensor del trabajo práctico, y dar dinero el Estado para estos caprichos casi ridículos de los que alardean de profesar la alta ciencia! La alta ciencia no sirve más que para favorecer la holganza de unas cuantas eminencias.

Porque experimentos tales no representan trabajo. Trabaja el que maneja la azada, o sostiene el arado, o pica la piedra, o saca carbón de la mina, o consume su fuerza muscular en una fábrica, o maneja una locomotora.

En efecto: todo esto es trabajo, y es trabajo digno de respeto y digno de protección. Y es trabajo necesario, porque sin él, ni la sociedad existiría, ni el progreso sería práctico, ni las ideas más sublimes encarnarían en la realidad: allá se quedarían flotando sin consecuencia en el espacio, o durmiendo con sueño de abstracciones entre las fórmulas de un matemático.

Todo esto, lo repetimos, es trabajo, pero es un átomo, y en unos cuantos átomos aprovecha a la sociedad si se compara con aquella experiencia pueril e insignificante que hemos citado hace un momento.

Porque los trabajos materiales a que nos hemos referido son trabajos al día, de unos cuantos caballos de vapor; y aquel conductor que se calienta cuando delante de él se mueve un imán, representa la conquista de millones y millones de caballos de vapor para el porvenir.

Conquista, decimos, porque los trabajos materiales cuestan fatigas y sudores y vidas humanas, y la expe-

riencia citada del conductor y el imán significa esto: que la Naturaleza trabaja por el hombre; de modo que representa inmensas energías que han de trabajar gratuitamente por la raza humana y por la civilización.

Y en efecto: la experiencia que nos sirve de tipo ha engendrado la dínamo, y el transporte eléctrico de energía, y la movilización de las cataratas y de las corrientes aéreas, y de la fuerza de las mareas, y más tarde de la fuerza solar, que es fuerza enorme, pero cuya enormidad no es fácil que comprendan ciertas inteligencias poco soleadas.

En suma: aquella experiencia modestísima puede cambiar toda una civilización, y ayudar, no con palabrerías, sino con hechos, a que se resuelva la cuestión obrera, que es la cuestión más formidable que se agita en este siglo XX.

***

Por eso decimos que si el Estado debe proteger la ciencia, tanto como a la ciencia práctica, tanto como a la enseñanza obrera, debe proteger a la alta ciencia, que es el manantial poderoso; todo lo demás son arroyuelos desprendidos de aquel manantial; y si yo apurase el argumento, diría que aun más se debe proteger a la alta ciencia, a la ciencia que algunos llaman abstracta, aunque no lo sea, a la que muchos odian a impulsos de la envidia, que no a la ciencia práctica y a las enseñanzas inferiores; porque éstas tienen vida por sí, porque están muy cerca de la utilidad positiva, porque proporcionan ganancias inmediatas, y la alta ciencia, en cambio, no está en contacto con las necesidades materiales ni puede explotarlas: está en contacto con necesidades intelectuales superiores que muy pocos hombres sienten y saborean.

Hay más hambre por el pan de cada día, que por la *verdad* de todos los siglos. La necesidad material da oro por ser satisfecha; la necesidad espiritual da gloria, cuando la da.

Más son los consumidores de la industria, que los consumidores de la ciencia; y cuanto más se remonta la ciencia, menos son sus adoradores.

Por eso decimos que si se admite que el Estado, permanentemente según unos, en períodos transitorios según otros, ha de proteger la ciencia y su propagación mediante la enseñanza, la protección, en rigor, debiera ser mayor *para aquello que ha de ser más fecundo*, y para aquello que ha de verse más desamparado de la protección social y espontánea.

En rigor, esta es la fórmula de Moreno Nieto, que ya expusimos en otros capítulos.

Y de todos estos problemas se hablaba en aquellos tiempos a que voy refiriéndome y que voy recordando.

Ya que no se resolviesen porque no habían llegado al estado de madurez necesaria, el menos se discutían; al menos de ellos se hablaba. Hoy se habla menos de ellos y no se discuten.

Se habla, sí, de reformas y reformas; pero ¿cómo han de ser estas reformas? Hablar de reformas sin determinarlas es agitar el aire con sonidos y sin provecho.

***

Y esta cuestión de la enseñanza es inmensa; no es un problema, es un enjambre de problemas; daría origen a un cuestionario interminable. Ya hemos empezado a formularlo.

La instrucción, la enseñanza, ¿es función social y debe estar a cargo del Estado?

O siendo social, porque social es todo lo que pertenece a la sociedad, ¿debe estar entregada a la actividad individual?

O de otro modo: la ciencia, ¿la fabrica el Estado en forma de monopolio, o la fabrica la industria libre?

Dado que la enseñanza corra a cargo del Estado, ¿deberá éste limitarse a sostenerla, subvencionándola convenientemente, pero concediendo libertad completa al

Cuerpo docente, o la someterá a una dirección oficial, convirtiendo la enseñanza en una verdadera función administrativa, como si se tratara de otro servicio cualquiera?

En todo caso, ¿deberá proteger igualmente la alta ciencia y la ciencia práctica, o deberá mostrar predilección por una de ambas?

Y pasando a los métodos y sistemas pedagógicos, todavía pudiera continuarse el interrogatorio, porque aquí los problemas se multiplican.

Todo esto se agitaba por entonces, pero sin llegar a marcar un conjunto de soluciones ni una orientación determinada.

Porque es lo cierto que el ministro tenía que luchar, no sólo con las dificultades de los problemas más sencillos, sino con los problemas mucho más graves, que nacen siempre del conflicto entre las personas, de las luchas internas en el profesorado y de las pasiones políticas, por aquella época en período álgido de ebullición.

Presentemos un solo ejemplo, y como éste pudiéramos presentar muchísimos, y todos ellos demuestran en qué grave apuro ponían las circunstancias al buen deseo y a la buena fe de don Manuel Ruiz Zorrilla.

Asaltaban al ministro, pidiéndole justicia, los que deseaban una purificación en el profesorado.

Estas purificaciones ocultan siempre, háganse en nombre de la libertad, háganse en nombre de la reacción, intereses ocultos, odios antiguos, venganzas que toman apariencias de reparaciones.

Y se le decía a Zorrilla:

— Muéstrese usted enérgico, separe usted de sus cátedras a los profesores que sólo las posean por el capricho ministerial, no respete usted más que a los que tengan sus cátedras por oposición.

»Esto pide la justicia, la dignidad y el porvenir del Cuerpo docente.»

Y Zorrilla era un hombre enérgico, capaz de tomar

una medida, por dura que fuese, si se convencía que era justa; y, a decir verdad, a esta solución se inclinaba; pero al llegar a la aplicación, ¡qué dificultades tan insuperables y cómo resultaba que, lo más justo en la apariencia, era lo más injusto, lo más arbitrario y lo más inconveniente en la realidad!

Más aún: lo imposible en el orden político.

Se daba este caso: que don Pedro Mata no tenía la clase por oposición, y que si Zorrilla seguía el criterio que algunos pretendían imponerle, tenía que privar de su cátedra a don Pedro Mata, porque era profesor por nombramiento ministerial, no por oposición.

Pero don Pedro Mata era una autoridad, una eminencia, respetado por todo el mundo; persona dignísima que no había obtenido la cátedra por oposición, pero que la había obtenido por derecho propio y por competencia indiscutible.

Y agréguese a todo esto, que don Pedro Mata era un progresista de toda la vida, amigo íntimo de los prohombres del partido, un verdadero prohombre él mismo en el viejo y simpático partido progresista; y agréguese, por último, que era querido y admirado de sus discípulos, y que ejercía por sí una verdadera autoridad universitaria.

Separar a don Pedro Mata hubiera sido una gran iniquidad, un escándalo y una torpeza, y en el fondo se hubiera perjudicado grandemente a la enseñanza.

Pero no separar a don Pedro Mata y sí a otros profesores, con el pretexto de que no tenían la cátedra por oposición, ante la lógica y ante la equidad era imposible.

Y así don Pedro Mata vino a ser el amparo y el escudo de muchos profesores que en España tenían fama de reaccionarios, y a quienes la pasión política no hubiera respetado, ciertamente, si al sacrificarlos no hubiera sido preciso sacrificar otras víctimas que para la revolución eran sagradas.

Digo esto para dar una idea de las dificultades con

que tenía que luchar Zorrilla al introducir reformas en el profesorado.

Dificultades en la doctrina, dificultades en el personal y dificultades económicas, porque en aquellos tiempos la Hacienda andaba apuradísima; y las reformas, que en el orden político y por el pronto son baratas, porque se concede una libertad con publicar un decreto o una ley en la *Gaceta*, y en veinticuatro horas y de balde se da una Constitución, en el orden económico son muy caras: toda reforma supone un sacrificio, o, dicho en términos más prosaicos, supone dinero, y el dinero no se crea ni por la voluntad de un ministro ni por la voluntad soberana de una Cámara.

*
* *

Y aquí termine esta reseña, árida y enojosa, de decretos y proyectos, y planes y reformas que por aquella época se intentaron en el Ministerio de Fomento.

Se intentaron muchísimas, se realizaron muchas.

Algunas subsisten, y eso que han pasado cerca de cuarenta años.

Y otras, si no subsisten íntegras, han influído poderosamente en reformas sucesivas, como quizá demuestre en otra ocasión.

Cuando yo pasé de la Dirección al Ministerio, todavía realicé reformas que creo importantes, y que señalaré cuando les llegue su turno.

Por ahora, y en el orden de los recuerdos, no soy todavía más que director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio.

Se va aproximando la reunión de Cortes, de aquellas Cortes Constituyentes en que se agitaban tantas ideas, tantos ideales, tantas esperanzas y tantas ilusiones.

De aquellas Cortes que, como sucede con todo lo que encierra algo grande, se agigantan con la distancia, y se ennoblecen con la perspectiva, y se poetizan con el recuerdo.

¡Cuántas ideas he dicho! Y no sólo cuántas ideas, sino cuántos hombres en una y en otra parte, en todos lados de la Cámara, en los progresistas, en los de la Unión liberal, en los demócratas, en los federales, aun en el grupo pequeñísimo de los unitarios y en los que más tarde constituyeron el grupo alfonsino.

Y en los carlistas también, y en todas partes hombres de ciencia, hombres de Estado, oradores prodigiosos, militares que traían aureola gloriosísima.

Unas Cortes en que estaban, y cito a capricho, Prim, el duque de la Torre, Topete, Olózaga, Sagasta, Zorrilla, Ríos y Rosas, don Manuel Silvela, Rivero, Martos, Moret, Becerra, Romero Girón; y enfrente, nada menos que Castelar, Pi, Figueras; y de otra parte Cánovas y ¡cuántos progresistas ilustres que iban poniéndose en primera línea, Montero Ríos, por ejemplo!... Pero es empresa insensata la de enumerar en esta evocación todas las figuras soberanas que van pasando ante mi vista. Basta y descansemos.

Lo grande y lo dramático del recuerdo suspende y abruma y corta la palabra.

LXVIII

Entre capítulo y capítulo de estos que voy dictando, pasan días y días, y las ideas se borran y los recuerdos se confunden; y cuando voy a dictar un nuevo capítulo, no sé, en verdad, en qué punto quedó el anterior.

Podría salir de la duda consultando lo ya escrito o lo ya publicado; pero esto sería tener pretensiones de orden y método en mi desordenada relación de sucesos.

Procuraré recordar por dónde iban los recuerdos, y si recuerdo, bien, y si no recuerdo, aun mejor: que en trabajos de esta clase el espontáneo desorden es lo único que puede prestarles algún atractivo.

***

Recuerdo que estaba en la Dirección de Obras públicas; esto en cuanto al lugar de la escena.

En cuanto a la época, debían de ser los días o los meses que precedieron a la reunión de las Cortes Constituyentes.

Y en cuanto a los personajes, el principal era yo; como que soy el protagonista de estos recuerdos, y los demás, los hombres políticos de aquellos tiempos, los que acudían al despacho de don Manuel Ruiz Zorrilla,

los que andaban en asuntos electorales, los que venían a recomendarme expedientes, y los que, por amor al arte y querencia a los ministerios, a diario nos visitaban y de noche también: que las reuniones más animadas, sobre todo desde las once hasta las dos o las tres, y a veces hasta la madrugada, eran precisamente en estas altas horas, cuando las oficinas no funcionaban, la mayor parte de los empleados, exceptuando los que quedaban de guardia, se habían retirado, y únicamente quedábamos en vela los directores y el ministro presidiendo las conferencias nocturnas.

En ellas sólo se hablaba de política, del carácter que presentarían las Constituyentes, de los que tendrían probabilidades de venir diputados, de lo que duraría la unión de progresistas, demócratas y unionistas; del incremento que en todas partes tomaba el partido federal, de las sangrientas luchas de Valencia, de los trabajos de Montpensier para ocupar el trono vacante, de la candidatura de don Fernando de Portugal; y, como remate, desfilaban, como si ya hubiera existido el cinematógrafo, una serie de personajes políticos con su historia, su carácter, sus hazañas y sus propósitos futuros, haciendo estallar cada figura en aquel animado concurso una explosión de odios o de simpatías, de críticas crueles o de defensas apasionadas.

Don Manuel, que llevaba ya muchos años en la política, y años de vida activa y de vida íntima con todos los prohombres, cuando aparecía en aquella procesión fantástica la imagen de algún personaje de pro, hacía la historia, y la crítica, y la semblanza del prohombre.

Su memoria era admirable; su erudición, riquísima; su palabra, fácil y ardiente, y la pintura, no pocas veces implacable y despiadada.

Reconociendo todos los que en aquellos años juzgaron a don Manuel Ruiz Zorrilla las verdaderas condiciones de aquel noble personaje, le maltrataron con frecuencia negándole cualidades que poseía en alto grado: que sin altas cualidades no se llega a la posición a que

llegó, ni se alcanza la influencia que llegó a tener en España, ni se adquiere la fuerza política y el prestigio en las masas que llegó a adquirir.

Todos le reconocieron honradez inmaculada, amor sin límites a la libertad, pasión política, acertada unas veces y otras no, pero nunca inspirada en mezquinos móviles personales; pero juzgaron con injusticia notoria sus cualidades intelectuales, poniéndole en ridículo o pretendiendo ponerle en ridículo con ese ensañamiento que sólo en el campo envenenado de la política encuentra jugos y alimentos propios para extraer ponzoña, aguzar ironías o arrojar insultos.

Don Manuel Ruiz Zorrilla tenía una inteligencia clara, rápida y práctica para los asuntos técnicos de la Administración. Era hombre de cultura muy general, y ninguna idea, por nueva que fuese, le cogía de sorpresa.

Sin ser orador grandilocuente, su palabra era fácil, enérgica; y en cuestiones políticas, más hábil y más certera que la de la mayor parte de los políticos de aquella época.

Era un hombre político sobre todo, y a la política consagró su existencia; y agrego más: no a una política bastarda, sino a una política noble, acertada o no, no me toca juzgarla, pero no indigna; era un político que se había forjado, por decirlo de este modo, en las ardientes luchas del partido progresista, entre peligros, conspiraciones, pronunciamientos, sentencias de muerte, y muchas veces entre charcos de sangre.

Yo pensaba entonces, y sigo pensando, que Zorrilla fué el último progresista, con todos los defectos, con todas las virtudes de aquel gran partido histórico, que dió la libertad a España entre sacrificios y persecuciones.

Don Manuel Ruiz Zorrilla era a mis ojos la encarnación en hombre de aquel gran partido.

Recordando yo una novela que había leído en mi juventud, novela que entonces estaba muy en boga y que se titulaba *El último abencerraje*, decía yo muchas ve-

ces, y al mismo Zorrilla se lo dije, escudado en la buena amistad que a él me unía, lo que antes he dicho: que, en mi concepto, *él era el último progresista.*

Sí, más progresista que todos.

Él tenía en política aquella pasión ardiente, a veces ciega, a veces exagerada, pero que va en línea recta hacia un fin. ¡Viva la libertad y viva la voluntad nacional!

Muchas veces en aquella época, y aun en años posteriores, tuvimos que hablar en público los demócratas y los progresistas, en un mitin, en una reunión del partido, en reuniones de la mayoría, en la Tertulia Progresista con frecuencia, y él era siempre el que interpretaba con más acierto, con más verdad, con más calor, el espíritu del público que nos escuchaba.

Hablaba Rivero, el gran orador, una de las grandes figuras de aquel período, una figura en aquellos momentos de más importancia política que Zorrilla; Rivero filósofo, y médico, y abogado de primer orden, y orador parlamentario admirable, y el público le aplaudía, y le aplaudía con entusiasmo; pero su pensamiento flotaba, por decirlo de este modo, en otra región.

Y hablaba Martos, el orador incomparable, gloria de la tribuna española, talento superior, pensamiento vigoroso y profundo; sí, era un asombro, y a todos asombraba, y le admiraban y le aplaudían estrepitosamente; pero era una grandeza de pensamiento y una pureza artística de palabra que, aun al expresar pasiones ardientes de la política, parecía desprenderse de la multitud y elevarse a regiones más puras de la idea y del arte.

Y hablábamos los jóvenes, y también nos aplaudían mucho; a los jóvenes se les aplaude siempre; son el porvenir y la esperanza, y ¿quién no ama el porvenir, y quién con la esperanza no se encariña?

Pero hablaba Zorrilla, y ya no era entusiasmo: era frenesí; adivinaba lo que la multitud estaba pensando, y eso decía; sorprendía el sentimiento de la masa progresista, y ese sentimiento expresaba con palabra enérgica,

ruda a veces, pero sencilla y clara, sin filosofías, ni altos conceptos, ni profundidades a que los oyentes no pudieran asomarse.

He dicho que lo adivinaba, y he dicho mal. Zorrilla era la lealtad misma, era incapaz de artificio. Es que pensaba y sentía como la mayoría de aquellos que le estaban oyendo; es que llevaba en sí, no ya la voluntad nacional, pero sí la voluntad del partido progresista, clara, concreta, sencilla y práctica en cada caso y para cada problema.

A los demócratas no siempre los entendía bien el partido progresista. A Zorrilla, aunque dijera lo mismo que los demócratas habían dicho, la masa progresista le entendía bien y le aclamaba, y entre los aplausos se oían gritos que era el verdadero aplauso: ¡Eso, eso que está diciendo! Y es que en aquel momento había verdadera compenetración del orador y de sus oyentes.

Pero Zorrilla no sólo era el tribuno de un partido: tenía talento natural, y discurría con gran claridad en multitud de asuntos.

Ha muerto: es un deber hacerle justicia, y yo, que estuve tanto tiempo a su lado y que le debí mis adelantos en la carrera política, tengo el deber en estos recuerdos de respetar y de honrar su memoria.

Sabía tratar las cuestiones técnicas y de administración, y yo recuerdo un discurso que pronunció en el Senado en una reunión de la mayoría, que andaba reacia para aceptar cierto proyecto; yo recuerdo, repito, un discurso que fué un verdadero modelo de método, claridad de argumentación y de conocimientos sólidos en la materia.

Y muchos que no tenían por él gran simpatía, tenían que reconocer que Zorrilla no era sólo un progresista ardiente, un político hábil y astuto, y un tribuno del pueblo: era algo más y valía mucho más de lo que la pasión política enemiga quería suponer.

***

Pero ¿en dónde iba yo de mis recuerdos? Porque me parece que todo esto que digo es un paréntesis o una digresión.

Ya recojo el hilo, ya encadeno mis pensamientos.

Sí, recordaba aquellas sesiones de los íntimos de Zorrilla en el Ministerio de Fomento y a las altas horas de la noche.

Y recordaba las pinturas, los retratos, las críticas y las semblanzas que hacía Zorrilla en la intimidad, sin recatar su pensamiento ni dulcificar la frase, sino, al contrario, con toda la espontaneidad de que era capaz, de los hechos y de los hombres políticos de aquella época.

Eran discursos verdaderamente admirables por la forma y por el fondo; eran semblanzas verdaderamente artísticas, en que mezclaba la burla, la ironía, el sarcasmo y cierta gracia castellana salpicada de granos de sal gruesa y morena, pero limpia y sabrosa.

Unas eran caricaturas francas, exageraciones otras, pero trazadas con pincel vigoroso, que algunas veces la violencia convertía en brocha.

A nadie perdonaba, a menos que no fuese patriota acreditado, y para todos tenía una serie de cuentos y chascarrillos que en tantos años como van transcurridos no he podido olvidar; lo malo es que a muchos de ellos, por su viveza o su colorido, no es posible darles forma de publicidad, o hay que modificarlos de tal modo, que han de perder todo su mérito artístico.

Hablábase una vez de un político a quien unos atacaban y otros defendían, y a quien condenaba Zorrilla, diciendo que no podía ser hombre público recto quien en la vida privada seguía caminos tortuosos.

Y le decía uno de los presentes:

—No, don Manuel; usted exagera: no es tan mala persona como usted supone; lo que hay es que ha sido siempre muy enamorado.

Y don Manuel replicaba:

—Ya, ya; es como aquel que estaba sentado a una mesa de juego, echando cartas para el monte, con una copa de ron al lado, chupando un puro, y, volviéndose a los que le miraban, decía: A mí no hay más que un vicio que me domine, que es el de las mujeres.

Con lo cual hubo que declarar que el personaje en cuestión era vicioso por todos cuatro costados, y sintiendo que no hubiera un costado más para aprovecharlo también.

***

Otra noche se hablabla de lo que podría suceder en las Cortes futuras, y le decían a Zorrilla:

—Están ustedes perdidos: van ustedes en compañía de los unionistas, y los unionistas harán con ustedes lo que hicieron con ustedes y con Espartero el año 56.

Y don Manuel se indignaba.

—Ni somos tan inocentes como entonces, ni Prim es como Espartero; y ahora tenemos el Ministerio de la Guerra y el Ministerio de la Gobernación, y el general Serrano es un hombre leal.

Y le replicaban:

—Pero es que ustedes sacrificarán su programa en aras a la concordia, y harán concesiones a sus adversarios de siempre y amigos hoy por necesidad.

—No diga usted desatinos—gritaba furioso don Manuel—: las Cortes votarán todas las reformas que requieren los tiempos, desde la libertad de cultos hasta el sufragio universal, desde el matrimonio civil hasta el Jurado, y todos los derechos individuales que han proclamado los demócratas, y que hoy proclamamos los progresistas. Somos los amos, los verdaderos amos, y no tenemos para qué hacer concesiones. ¡No faltaba más! Sería el límite de la candidez y el límite de la prostitución política; seríamos de condición más ruin y más viciosa que la de Juana la del canalizo, allá en mi pueblo, que se entregaba a los hombres por uvas, y la viña era suya.

Esto, así dicho, tiene poca gracia, pero en él tenía muchísima, y un fondo de energía, y hasta un apetito de *dictadura liberal* que nunca abandonó por completo.

*
* *

Otra vez se hablaba de los obstáculos con que habían de tropezar ciertas reformas y ciertas leyes; y él, reconociendo que los obstáculos eran serios, contra ellos se irritaba, y a este propósito refería el siguiente cuento o sucedido, que él como hecho histórico nos lo refería:

—Allá en los tiempos de Fernando VII—decía don Manuel—había un pobre cesante que, cansado de acudir a todas partes, y encontrar en todas partes desdenes y desengaños, resolvió acudir al rey.

»Y, en efecto, empezó a perseguir al rey sin tregua ni descanso, dispuesto a todo: a ir a la cárcel, a ir al martirio.

»Y esperaba al rey a la salida del palacio, y como podía le entregaba un memorial, acercándose si le permitían acercarse, o arrojándole el papel desde lejos.

»Y acudía al teatro, y a la salida o a la entrada le daba su memorial.

»Y le esperaba a las puertas de la iglesia, y repetía la suerte; y así un día y otro día, y un memorial y otro y otro memorial.

»El rey llegó a conocerle ya personalmente: «El de »los memoriales—decía—, ya está ahí el de los memo»riales».

»Era una obsesión, era una pesadilla; el rey estaba ya loco.

»¿Qué hacer? No hay remedio: o hay que matarle, o hay que darle un destino; conque Fernando VII optó por lo último.

»Y mandó que se le colocase en una buena plaza, y que le entregaran a él el nombramiento.

»Así se hizo.

»Pero, como luego se vió, se cambiaron los memoriales, y hubo una equivocación que resultó lamentable.

»Salía el rey de palacio, vió al del memorial que ya venía blandiendo otro nuevo, y mandó parar el coche, y dispuso que se acercase el cesante.

»—No me des ese memorial—le dijo—, ya tengo bastante con los que me has dado. Hoy me toca a mí: toma.

»Y le entregó el nombramiento.

»—¡Ah, señor! ¡Qué bueno es V. M.!

»Y el rey le interrumpió:

»—Has de leerlo delante de mí, a ver si estás contento.

»Caprichos de la naturaleza: el rey quería rematar la suerte y paladear aquel pequeño triunfo.

»Abrió el cesante el pliego, lo leyó con asombro, y se quedó confuso, aturdido y triste, sin acertar a pronunciar palabra.

»—Pero ¿qué es eso?—le preguntó el rey—. ¿No estás contento todavía?, ¿te parece poco? Habla, hombre, habla; que parece que eres de piedra.

»—Señor: V. M. es muy bueno, yo le agradezco en el alma lo que ha hecho por mí, pero...

»—Pero ¿qué?—le interrumpió el rey—. ¿No estás satisfecho? ¿Pones mala cara, y te nombro canónigo de la catedral de Murcia?

»—Sí, señor, sí—interrumpió casi llorando el pobre diablo—, ya lo creo, ¡canónigo! ¡Pero es que soy casado y tengo siete hijos!

»Y el rey, con tono de mal humor, y mandando arrear al cochero, le replicó:

»—¡Bah! Si reparas en esas cosas, no te colocarás nunca.»

Y agregaba Zorrilla, por moraleja: «Si los partidos, cuando llegan al Poder, reparan en ciertos obstáculos, nunca realizarán lo que deben realizar, ni se colocarán nunca, como no se colocó el cesante del cuento.»

***

Aquellos meses que precedieron a la apertura de las Cortes Constituyentes y aquella vida activa del Ministerio de Fomento, el breve, pero nutrido y fecundo período que precedió a aquel momento solemne de nuestra historia política, no los olvidaré nunca.

Ya creo haber dicho esto mismo en otra ocasión; pero es que mis recuerdos los voy tomando como los encuentro, sin orden ni plan, obedeciendo tan sólo al impulso del instante en que dicto, y hay recuerdos intensos y enérgicos que se imponen una y dos y tres veces a mi memoria, y que una y dos y tres veces pasan del pensamiento al papel.

Porque mi memoria tiene caracteres singulares, dignos de que los estudiase un fisiólogo o un profesor moderno de psicofísica.

No precisamente por ser mía la memoria, sino por ser un ejemplar más de cuyo estudio algún resultado práctico pudiera deducirse.

Como ejemplar, pues, y como uno de tantos ejemplares, me someto al estudio de los especialistas y les someto los siguientes datos:

Mi memoria es muy buena y muy mala.

Para ciertas cosas es notable, y perdóneseme que emplee esta palabra; pero si yo reconozco que lo es, ¿por qué he de declarar lo contrario ante los profesores, que tomo por jueces de ciertos hechos psicológicos?

En cambio para otras cosas es muy débil, muy imperfecta, muy deficiente.

Y en algunos conceptos es verdaderamente lastimosa, y hasta pudiera decir que presenta caracteres morbosos.

Apenas daría idea de lo que es esta facultad de mi espíritu afirmando que es grandemente desequilibrada.

Y vamos a puntualizr todo esto.

Para los hechos, para los sucesos, para todo lo que constituye un conjunto o un organismo grande o pequeño, mi memoria es excelente.

Yo he leído centenares y centenares, y no exagero diciendo que miles, de novelas españolas, francesas, inglesas, alemanas, italianas, y hasta muchísimas traducciones de novelas rusas.

Pues bien, de los argumentos me acuerdo; de muchos con grandes pormenores, y en casi todos recuerdo la idea fundamental y sus líneas principales.

Cuando por segunda vez cae una novela en mis manos, a la segunda página digo: Yo he leído esto. Y ya pueden haber pasado veinte, o treinta años, o cuarenta o cincuenta, o haberla leído en mi niñez: nunca me equivoco.

En cambio, no recuerdo los nombres de los personajes ni el nombre del autor.

¡El nombre de los personajes! Pero si son muy pocos los personajes de mis dramas cuyos nombres recuerdo; si acaso no pasen de media docena.

Para los sucesos, gran memoria; para los nombres, memoria lastimosa.

Yo, que soy individualista por naturaleza y hostil por educación y por instinto para todo socialismo, en cuanto a la memoria invierto los términos, y de lo individual no me acuerdo; y me acuerdo de lo colectivo.

Respecto a hombres, soy una verdadera lástima, y a veces creo que esta deficiencia en los recuerdos individuales procede de algún defecto orgánico.

Me ocurre olvidarme de pronto, porque estas cosas siempre de pronto me suceden, del nombre de un amigo íntimo, de esos que han sido amigos toda la vida y cuyo nombre he repetido millares de veces por costumbre.

Pues bien: de pronto me olvido de cómo se llama.

Y por más que me esfuerce, no hay modo de que el recuerdo acuda a mi llamamiento. Es preciso que deje reposar a mi cerebro, que cese la tensión nerviosa que siempre acompaña en mí a estos ridículos olvidos, para que de pronto, sin esfuerzos, espontáneamente, brote, más que en mi cerebro en mis labios, el nombre que no

encontraba al buscarlo, y que al no buscarlo se presenta como perro que no acude a la voz de mando, y que cuando se le deja en paz viene humilde y cariñoso y de propio impulso: vaya un ejemplo entre muchísimos que pudiera citar:

Estaba yo en una capital de provincia cierta noche, hace algunos años, en el cuarto de una eminente actriz.

Y entró un amigo mío, amigo de la niñez, cuyo nombre me era tan familiar casi como el mío propio, y de repente me dice:

— Haz el favor de presentarme a esta señora, que quiero expresarle mi admiración.

Y al ir yo a presentarle se me olvida su nombre, y me encuentro en la situación más desagradable, más cómica; mejor dicho, más grotesca que pudiera imaginarse.

Cómo le pregunto yo: — Oye, ¿cómo te llamas?

Esto era imposible; era una verdadera grosería; era decirle a mi buen amigo:—Tan insignificante eres para mí, que te estoy tratando hace cincuenta años y todavía no sé cómo te llamas, ni me ha interesado saberlo.

Imposible, de todo punto imposible.

Pero ¿cómo le presento yo sin saber su nombre? También es imposible. Tampoco podía decir: —Aquí le presento a usted a este señor.

Y todas estas ideas se agolparon a mi mente, y me ofuscaron más, y me pusieron en un estado nervioso que la actriz a que me he referido comprendió perfectamente, porque ya me había visto en apuros semejantes muchas veces.

Con lo cual ella se echó a reír a carcajadas, y yo me quedé hecho un poste, y mi amigo se quedó algo cortado, porque la situación se prolongaba más de lo regular; y al fin dijo por segunda vez:

— Conque haz el favor de presentarme.

Y yo, en aquella angustia, tomé una resolución verdaderamente estúpida, que fué echarme a reír y decirle a mi amigo:

— Pero qué, ¿a ti no te han presentado nunca a María?

— No, nunca; por eso quiero que me presentes tú.

— Ca, hombre; no puede ser: es una broma tuya.

¿Qué broma había de ser?

Y la actriz acentuó sus carcajadas, y yo, hundiéndome cada vez más en la imbecilidad, seguí diciendo:

— Calla, hombre, calla, que no es posible; no soy yo tan inocente que te crea.

Y así seguimos un rato muy breve, mas para mí eterno. La actriz, riéndose cada vez con más ganas. Mi amigo, confundido, abriendo mucho los ojos y jurando por todos los santos que jamás le habían presentado a María; y yo, terco como un idiota y sin salir de mi tema:

— No puede ser y no puede ser; a ti te han presentado ya, y me quieres dar una broma.

Al fin, él, como hombre de mundo y de buen talento, dominó la situación diciendo:

—Pues no lo comprendo; pero ya que no quieres presentarme tú, me presentaré yo. Señora, soy Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores.

— Así, así — dije yo, que vi el cielo abierto al aprender su nombre — ; y para que veas que no soy terco, ya que resulta que te habían presentado, te presentaré por segunda vez. Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores de usted.

Y como este caso pudiera citar otros muchos. Pero queden para otro artículo.

LXIX

Recuerdo, caso extraño, porque generalmente de uno a otro capítulo las memorias se borran, que en el último que escribí hablaba precisamente de mi falta de memoria para todo lo que era individual y aislado: nombres, números y fechas, por ejemplo.

Recuerdo todo un libro de matemáticas con sus teoremas y sus teorías, y olvido por completo el nombre del autor.

Me cuesta trabajo a veces decir de pronto a un cochero el nombre de la calle en que vivo y el número de la casa. Lo digo, sí, pero haciendo un esfuerzo intelectual.

No sé las señas de la mayor parte de mis amigos y parientes, aunque conozca las casas y pueda ir a ellas sin vacilar.

Y resulta de estas deficiencias de mi organismo encefálico, que yo no hubiera servido para erudito ni para historiador: no puedo decir la lista de los reyes de España de corrido sino desde los Reyes Católicos; y en los grandes sucesos de los siglos XV, XVI y XVII, vacilo mucho para colocarlos en el lugar que les corresponde.

He leído enormemente sobre todo lo humano y lo divino, y aun sobre lo diabólico, y las ideas y las líneas generales están grabadas en mi cerebro; pero los por-

menores volaron al espacio, y en él se perdieron como paja aventada en las eras: eras de anchura enorme e infinita.

Y no sólo no podría ser nunca erudito, sino que tampoco podría ser rey.

Porque un rey necesita tener buena memoria, conocer a todo el mundo y hablar a cada cual de aquello que más le interesa; y yo no conocería a nadie por su nombre, aunque los conociese por su fisonomía y por sus hechos.

De donde resulta que me haría antipático a todos los ciudadanos de mi reino que tuvieran contacto conmigo; porque la raza humana es vanidosa, y todo individuo de la raza humana, por insignificante que sea, se ofende, hablando en general, de que no se le conozca y no se conozca su nombre y su apellido.

Muchas veces se me ha ocurrido poner un anuncio en los periódicos advirtiendo a todos mis amigos que no deben ofenderse si, al encontrarles yo, no les saludo por su nombre. Esto significa tan sólo una deficiencia lastimosa de mi memoria para las palabras aisladas.

Me sucedió encontrarme con don Manuel Ortiz y Pinedo, que era amigo mío y muy antiguo, y, al ir a saludarle, no encontrar su nombre en el registro de mis celdillas cerebrales.

Él, ni pudo sospecharlo, ni yo cometí la torpeza de darlo a entender; pero todo el día estuve preocupado y nervioso, hasta que, después de muchas horas, y sin saber cómo, brotó el nombre a mis labios.

Me sucedió otra vez, en una discusión del Ateneo, tenerle que contestar a Tomás Maestre, y empezar diciendo: «Afirma esto y esto el señor...»; y me detuve, porque el nombre de Maestre se me borró por completo al querer pronunciarlo. Afortunadamente, uno que estaba junto a mí me dijo: «Quien ha sostenido eso es Maestre», y me sacó del apuro.

Pues lances tales me han sucedido siempre; de manera que no puedo atribuirlos a la edad.

Algún fisiólogo podrá explicarlo.

Si yo, por una de las mil combinaciones de la vida, llegara a perder el estado civil, estaba perdido.

Porque me preguntarían: «¿Cuántos años tiene usted y cuándo nació?» Y no podría contestar con certeza.

Lo he aprendido una porción de veces, y lo he olvidado otras tantas.

Para mí no hay más que tres o cuatro fechas de mi vida, que sobrenadan en el mar, un tanto revuelto, de mis recuerdos.

Por referencia, y por haberlo oído a mi familia, sé que a los tres años de edad me llevaron en galera acelerada a Murcia, adonde iba mi padre de profesor de Agricultura y Botánica.

Pero ¿qué año fué? No lo he sabido nunca; sólo supe que fué en los tiempos de la primera guerra civil.

Primera fecha que recuerdo, la del año 43, o sea la de la caída de Espartero, porque las tropas y la milicia, sublevadas en Cartagena, vinieron sobre Murcia, y el marqués de Camacho, con sus huertanos, defendió la entrada y rechazó a los insurrectos; y yo recuerdo un tiroteo enorme, y que quise subir al terrado para curiosear, y que mi familia no me dejó.

Otro recuerdo de otra fecha: el año 54, porque yo venía de Almería, en donde había estado de ingeniero, y me encontré en Aranjuez con O'Donnell y la caballería sublevada.

Tercera fecha: la Revolución del 68, en cuyo año Zorrilla me nombró director de Obras públicas.

De suerte que, para recordar una fecha, necesito enlazarla con algún suceso importante; de lo contrario, no hay manera de que yo la recuerde: es preciso que el Cosmos y la Historia universal estén al servicio de mi memoria.

De aquí resulta también que, reconociendo, como reconozco, la importancia extraordinaria de los idiomas, tenga poca afición a su estudio, y que sea para mí un estudio dificilísimo, no por su estructura ni por su armazón gramatical, sino por el léxico.

Estudié griego con mi padre, y entre los dos hicimos bastantes traducciones; pues olvidé todo lo que había aprendido.

Estudié latín y traducía los clásicos con alguna facilidad; pues en cuanto cesó la obligación de aquel estudio, rompí con ellos toda clase de relaciones, y hasta les negué el saludo.

Toda mi vida he estado leyendo libros en francés, de ciencias, y de literatura, y de historia, y de filosofía, y, sin embargo, para resolver el problema inverso, quiero decir para escribir o hablar, paso grandes apuros, porque me sucede con los idiomas lo que al ratón con las antiguas ratoneras. El ratón entra con facilidad por entre los pinchos, pero no puede salir porque se clava en ellos; pues yo traduzco sin dificultad a fuerza de traducir; pero al tomar el camino inverso, se me hace dificilísima la salida.

He leído innumerables obras en inglés; entre obras de historia, de literatura, de ciencia y de novelas, podrán contarse centenares y centenares; pero ¡ay de mí cuando quiero salir de la ratonera!

Y otro tanto pudiera repetir del alemán, del italiano y del portugués.

¡Oh! La multiplicidad de idiomas es un verdadero tormento para la raza humana, una barrera entre las almas, un gran obstáculo para la comunicación del pensamiento, y aun para el sentimiento una heladora cruel.

Y todavía hay gente tan ciega, que, en vez de hacer esfuerzos por el idioma universal, quisiera dividir los grandes idiomas naturales en dialectos.

Si yo dijera sobre esto todo lo que pienso, seguramente que no concluiría este capítulo.

*
* *

Volvamos, pues, a lo que iba diciendo antes de engolfarme en estos recuerdos secundarios.

Decía, o me parece que decía, que todos aquellos meses que precedieron a la apertura de las Cortes Constituyentes los recordaba con pasmosa claridad, como si fueran recuerdos de ayer mismo, y no de sucesos que cuentan poco menos de cuarenta años de fecha.

Por recordar, hasta recuerdo algunos expedientes que puse a la firma de don Manuel Ruiz Zorrilla, y no por su trascendencia—eran expedientes ordinarios—, sino porque en uno de ellos demostró don Manuel la rectitud de su conciencia y su espíritu de justicia, sobreponiéndose a sus pasiones políticas, a sus odios de progresista genuino, a sus parcialidades de hombre político. En su honor consigno este recuerdo.

Era un hombre honrado, era un caballero perfecto y, dijeran lo que quisieran decir sus enemigos, era una inteligencia clara y elevada y de gran flexibilidad para adaptarse al medio ambiente.

Buen progresista, el verdadero progresista, acaso el último progresista; y fué, sin embargo, el que más pronto se adaptó a la atmósfera de las ideas democráticas, el que con espíritu más amplio simpatizó con los demócratas, aunque personalmente por algunos de ellos nunca tuvo grandes simpatías. En suma: fué el que fundó el partido radical, que tan poderoso fué y que tan pronto consumió su fuerza en aquella lucha ardiente y formidable.

Pero vamos al pequeño episodio del expediente administrativo a que antes me refería.

*
* *

Los meses que precedieron a la Revolución fueron meses de mucha ansiedad y de mucha expectación, porque la Revolución todo el mundo la veía venir, lo cual trajo consigo una paralización en todas las esferas, y, como en todas, en las esferas administrativas.

La vida del empleado era por aquellos tiempos tan efímera, que vivía constantemente en jaque; y no hay

que pensar en lo que pensarían los pobres funcionarios públicos bajo la amenaza de una revolución, porque da pena y tristeza.

¡Qué ganas de trabajar ha de tener un empleado cuando piensa que quizá la semana próxima será cesante!

De aquí resulta que en las oficinas debió trabajarse poco en aquel período, y resultó que, cuando entramos en Fomento, encontramos, entre grandes y chicos, una masa de expedientes detenidos, que se contaban por miles.

Ahora bien: uno de los epmeños de don Manuel Ruiz Zorrilla era que no hubiese retraso alguno en el despacho de los asuntos.

—Hay que marchar al día — ordenaba de continuo.

Y aun más tarde dió algunas disposiciones generales en este sentido.

Por el pronto dió esta orden terminante:

— Los negociados se han de poner al corriente en un plazo brevísimo, en el plazo de un mes.

Y la orden se cumplió.

El negociado de carreteras, a cuyo frente estaba el ingeniero don Manuel Pardo, y que era uno de los más atrasados, fué uno de los primeros en cumplir la orden recibida. Y así se lo dije a don Manuel.

— En el negociado de carreteras ya no queda más que un solo expediente atrasado.

Y don Manuel se mostró muy satisfecho; pero agregó:

— Ese que queda, a despacharlo en seguida.

— Vamos despacio, don Manuel. El expediente a que me refiero es un expediente de mucha cuenta, de larguísima fecha, según dicen los que a él se han asomado; de una gran complicación; en él han mediado altísimas influencias; se asegura que están interesadas personas de la más elevada posición: una serie de directores generales y una serie de ministros de Fomento han pasado sin atreverse a resolverlo, y el expediente en cuestión es ya célebre.

— Pues a resolverlo — dijo don Manuel —, a resolverlo inmediatamente y en justicia; probablemente será alguna picardía, y con las picardías nosotros no transigimos. Conque tráigamelo usted lo más pronto posible.

— Así se hará, y mañana empezará a estudiarlo Pardo.

— ¿Ha venido alguna recomendación?

— Ninguna.

— Claro, no se atreverán. Buen chasco van a llevarse cuando lo vean resuelto.

Y transmití la orden al jefe del negociado, y se puso a estudiar el asunto don Manuel Pardo con sus cinco sentidos.

El asunto, que en el fondo no era tan complicado como se decía, había venido a complicarse por el número infinito de trámites por donde había pasado.

Era una perpetua peregrinación la del desdichado expediente.

Un director no se atrevía a resolverlo, y pedía para ganar tiempo informe al distrito.

El jefe del distrito lo pasaba al ingeniero.

El ingeniero evacuaba el informe y lo devolvía al jefe, y éste lo elevaba a la Dirección general.

El director tampoco se atrevía a resolverlo, y lo pasaba a la Junta consultiva.

Y la Junta consultiva informaba, y vuelta a la Dirección.

Y la Dirección consideraba que el asunto era grave, y le aconsejaba al ministro que se mandase el expediente al Consejo de Estado.

Y al Consejo de Estado iba, y del Consejo de Estado volvía, y menudeaban las recomendaciones, y ni el director ni el ministro se atrevían a dictar una resolución definitiva.

Con lo cual el expediente quedaba descansando, unos cuantos meses, de sus largas peregrinaciones.

Hasta que venía un cambio político: nuevo ministro

y nuevo director, y nuevos esfuerzos de los interesados; y para ganar tiempo, nuevo ciclo, por los mismos trámites que el anterior, sobre cualquier otro incidente enlazado con el asunto: distrito, ingeniero, otra vez jefe de distrito, Dirección, Junta consultiva, otra vez Dirección, Consejo de Estado, vuelta a la Dirección, y nuevo descanso hasta nuevo cambio de ministro.

Y así indefinidamente.

El expediente iba creciendo: apilados los documentos, la altura se medía por metros casi.

El pobre expediente había visitado el Consejo de Estado no sé cuántas veces; yo creo que si le hubiera colocado en la puerta de Fomento, él solo se hubiera ido, con darle la orden, a la Junta consultiva, y sobre todo al Consejo de Estado.

Este fué el magno expediente que don Manuel Pardo estudió, desentrañó, ordenó, puso en claro, convirtiendo el caos en luz clarísima.

El resultado fué una nota verdaderamente admirable por el trabajo que suponía, por su claridad extraordinaria y por el espíritu de justicia que en ella dominaba.

Allí no servían ni recomendaciones, ni tampoco prejuicios políticos. No había más que hechos: la Ley y la Justicia.

Y, en suma, una liquidación definitiva con demostración matemática y jurídica de todas sus partidas.

El resultado era que el Estado le debía a los interesados una suma de importancia, que no recuerdo con exactitud: algo así como 40 o 60.000 duros; no quisiera equivocarme.

Yo estudié la nota, la comprobé con el expediente a la vista, discutí con don Manuel Pardo algunas pequeñas dudas, y aclaradas que fueron, puse mi conformidad y le llevé el asunto a Zorrilla.

Y la empresa era un tanto arriesgada, porque Zorrilla tenía la idea, sin conocer el asunto, sólo por la atmósfera que alrededor de él se había hecho, y por la

idea que él tenía de los moderados en general, y en particular de los personajes que mediaban en el asunto, que el expediente debía ser una gran picardía, tan grande, que ni aun los ministros moderados se atrevían a resolverlo. Que no sólo el Estado no les debía nada, sino que, aclarado el asunto, ellos resultarían deudores del Estado por cantidades importantes.

Y con estas ideas, y con el carácter de don Manuel, decía yo para mí: «¡Vaya usted a llevarle este expediente!»

Pues se lo llevé, y le dije:

— Mi querido don Manuel, aquí está el expediente que ha mandado usted que se resuelva y que se ponga a la firma.

— ¡Hombre, me alegro! Y ¿cuánto nos deben?

— Pues resulta que no nos deben nada.

— Hombre, eso no es posible.

— Y que nosotros les debemos a ellos.

»Y que se ha cometido una gran injusticia no haciendo antes esta liquidación.

»Que ha habido miedo al «qué dirán» y un desconocimiento completo del derecho que a los reclamantes asiste, no en todas, pero sí en algunas de sus reclamaciones.»

Se entenebreció, como hoy diríamos, la frente de don Manuel, y con voz cavernosa preguntó:

— Y ¿cuánto supone ese jefe del Negociado que la Administración les debe a esos señores?

— No supone; demuestra que se les debe tal cantidad.

Y le dije la cifra.

Don Manuel dió un salto.

Yo no le dejé hacer ningún comentario; le dije:

— Claro es que este expediente no le puede usted firmar sin estudiarlo a fondo y sin adquirir plena conciencia de su justicia. Aquí tiene usted la nota del Negociado, que es extensísima; usted la estudia, y después la discutiremos juntos.

— Prefiero esto último, porque no tengo tiempo para lo primero. Una de estas noches suspenderemos la tertulia de última hora, nos encerraremos los dos, y juntos leeremos y discutiremos la nota del Negociado.

Y así se hizo.

*
* *

Detenidamente la leímos, se discutió, se comprobaron todas las partidas favorables a la reclamación; en suma, don Manuel, que era una inteligencia clara, se penetró del asunto y tomó posesión plena del expediente en todo lo que tenía de fundamental.

Y cuando terminamos nuestra tarea, yo le dije:

— Ya conoce usted el expediente. Yo creo que la resolución que propone el Negociado es justa, y por eso he puesto mi conformidad. Usted puede o conformarse con mi dictamen, o formular otro dictamen distinto, o dejar en suspenso la resolución del expediente. Una de estas tres cosas.

Don Manuel no vaciló un momento, y me dijo con aire triste, severo, y mostrando una gran contrariedad:

— Es una lástima, una verdadera lástima; el Negociado tiene razón: las reclamaciones que concede son justas.

»Por lo demás, yo no retraso nunca la resolución de un expediente, ni la retrasaría aunque favoreciese a mi mayor enemigo, si le asistía la razón.»

Y sin detenerse, puso conforme con la Dirección.

Cumplido aquel deber de conciencia, se desató contra los moderados, diciendo que «¡qué idea tendrían ellos de sí mismos, que ni se atrevían a hacerse justicia!»

Y sobre este tema pronunció un extenso discurso lleno de pasión.

Pero él había cumplido como bueno, sin vacilar un instante, sin regatear el crédito, sin retrasar un minuto la solución del asunto.

Al retirarme, me dijo ya en tono alegre:

— Ya verá usted, ya verá usted qué cara pone Figuerola, y qué cosas nos dice. Buen rato le vamos a dar. Pero nosotros hacemos lo que se debe hacer, y basta.

»Dígale usted al jefe del Negociado que he quedado muy satisfecho de su trabajo.»

***

Y sucedió lo que don Manuel había pronosticado: según me contó después don Manuel, había puesto Figuerola el grito en el cielo, y en Consejo de ministros le acosó furiosamente.

— Pero ¿qué han hecho ustedes en Fomento? — le dijo —. ¿Cómo se han atrevido ustedes a resolver ese expediente que es un verdadero escándalo, y con el cual ni los ministros moderados se han atrevido?

»¿Cómo quieren ustedes que yo entregue esa cantidad a esos contratistas, que ya sabemos quiénes son y cómo las gastan?

»Nada, nada; han sido ustedes sorprendidos; la opinión unánime en Hacienda es que debe revisarse la disposición que ha dictado usted.»

Y don Manuel, que quería mucho a Figuerola, pero que estaba en plena posesión de su derecho, ni siquiera se incomodó.

Riéndose, le preguntó a Figuerola:

— Pero ¿usted ha leído la nota del Negociado?

— Ni la he leído, ni necesito leerla.

— Pues necesita usted leerla. Y después que usted la conozca, discutiremos los dos, y si es preciso, traeremos el asunto al Consejo, porque la solución que se ha dado es justa, absolutamente justa, y yo la sostengo, y no porque me sean simpáticos los interesados, de los cuales aun tengo peor idea que usted; pero el derecho es el derecho, y aquí hemos venido usted y yo a hacer justicia; conque no hemos de hablar más del asunto hasta que usted conozca la nota.

— Pues la estudiaré — dijo Figuerola.

Y la estudió, en efecto.

Y a los cuatro o cinco días habló con don Manuel, quien me refirió esta segunda escena con aire de triunfo:

— Ya tenemos vencido a don Laureano — me decía.

Y en efecto, don Laureano, que era también un hombre recto y una autoridad indiscutible en administración, se declaró plenamente convencido. Más aún, entusiasmado con la nota y con el autor.

— Pero ¿quién es ese ingeniero — decía — de quien yo nunca había oído hablar?

»La nota en cuestión es un verdadero modelo de método, de claridad y de espíritu recto.

»No cabe discusión. Han resuelto ustedes en justicia, y en justicia procederé yo.

»Y en verdad que quisiera conocer personalmente al señor Pardo para felicitarle.

»Parece imposible cómo de una cuestión tan enmarañada ha hecho una cuestión clara y sencilla y en que no cabe ni duda ni vacilación.»

*
* *

— ¿Lo ve usted? — le dije a don Manuel —. Cuando yo le recomendé a usted a don Manuel Pardo, y conseguí que usted le nombrase jefe de Negociado, sabía bien a quien recomendaba; y otro tanto puedo decirle de mis demás recomendados; por ejemplo, Saavedra...

Y don Manuel me interrumpió diciéndome:

— Ya sé, ya sé que Saavedra es una eminencia; cuando sea usted ministro de Fomento — me dijo riendo y poniéndome la mano sobre el hombro — no le hago a usted más que una recomendación: que nombre usted director de Obras públicas a Saavedra.

»Dicen que a mí me domina la pasión política; pues sin embargo, no lo dirán por los nombramientos que hago: ni usted era político, ni Saavedra tampoco.»

*
* *

Hablé antes de otro expediente; pero en este último no tuvo que intervenir don Manuel.

Y sin embargo, vale la pena de que a él consagre un recuerdo. Son notas, por decirlo así, de la Administración por dentro, y demuestran que la Administración no es tan mala como se supone; que abundaron siempre, y con todos los partidos, los buenos empleados.

Esta era también la opinión de Salaverría, y tenía razón sobrada para opinar de este modo.

Pero quede el nuevo episodio para el nuevo artículo.

LXX

Hablaba en mi último artículo, refiriéndome siempre a los meses que mediaron entre la revolución vencedora de Septiembre y la apertura de las Cortes Constituyentes del 68, de dos expedientes que tuvimos que resolver en dicho período en el Ministerio de Fomento, y que consideraba dignos de mención especial, no por lo que eran en sí, sino por la significación de uno y otro.

Es moda y siempre ha sido moda, quizá la única moda permanente, por lo cual más bien puede considerarse como enfermedad crónica de las sociedades modernas: 1.° Hablar mal de todos los Gobiernos; ésta creo que es moda muy antigua; y 2.° Hablar mal de la Administración pública.

Según la crítica universal, porque supongo que esto sucede en todos los países, la Administración pública es mala, pésima, intolerable.

Es atrasada siempre, según dicen; es rutinaria, es pesada, cargada de vejeces, enemiga de todo progreso, y, además, corrompida; y no hay que decir si los empleados públicos participarán de estas exquisitas cualidades.

Pues bien: este juicio me parece en gran parte injusto, totalmente injusto, y en otra parte, exageradísimo.

La Administración, como todo organismo compues-

to de hombres, tiene indudablemente sus defectos; defectos que antes eran mucho mayores, que hoy van desapareciendo, y algunos son inevitables.

La perfección ideal, ¿dónde se encuentra?

¿Pues no hemos dicho cien veces que, con ser la máquina de vapor un mecanismo maravilloso, no aprovecha ni un doce o un catorce por ciento de la energía que en sí contiene la hulla?

He aquí un organismo que de cada cien caballos de vapor no utiliza catorce, y en que los ochenta y seis restantes se pierden o se filtran, pero no llegan a su destino. Y esto, agotando toda su ciencia y todo su ingenio los sabios y los inventores.

Yo afirmo que la Administración pública es mucho mejor de lo que se supone; que presta grandes servicios en todo país civilizado; y esto lo afirmo, habiendo estado en contacto muchos años con multitud de dependencias de la Administración.

Y citaba los dos expedientes a que me he referido, no como demostración ciertamente (como demostración no serían bastante), sino como muestra, si se me permite la palabra.

Lo que hay, es que el pesimismo en todos los órdenes de la vida es más *lucido*, si vale la palabra, y aun me atrevería a decir más simpático para el público, que el optimismo.

El pesimista puede tener pretensiones de hombre superior; comprende la perfección, la busca, agiganta las faltas por pequeñas que sean, y todo lo encuentra defectuoso, los hombres y las cosas; y como abunda lo malo, por desdicha, resulta que muchas veces tiene razón, y todo el mundo se la da, porque lo malo salta a la vista. Otras muchas veces no acierta; pero de sus equivocaciones nadie se hace cargo ni nadie se acuerda.

Es como una señora a quien yo conocí, que siempre anunciaba, al ver un enfermo en la familia o entre los amigos, que el enfermo se moría sin remedio. Y como siempre anunciaba la defunción, y entre los enfermos

hay algunos que, en efecto, se mueren, decía en tono fatídico: —Lo dije yo desde el primer momento.

Y todos repetían:—Es verdad, lo anunció doña Fulana.

La mayor parte de los que ella sentenció se curaban; pero en estos casos nadie se acordaba de la profecía, o la atribuían a excesos de la sensibilidad.

En cambio el optimista pasa por ser un pobre hombre, inocente y bonachón, pero sin pizca de entendimiento.

Si ve algo bueno y lo señala, le arrojan en rostro lo malo que a lo bueno acompaña siempre, y le anonadan y le abruman, y poco falta para que por excesos de bondad le declaren incapaz de sacramentos.

¡Qué bien viste y qué autoridad presta el ver en todas partes negruras!

¡Que el país está atrasado, que el país está degenerado, que no hay energías ni virtudes, que nadie sabe, que nadie trabaja, que nadie cumple con su deber, que nos vamos acercando al Africa a pasos agigantados, amenazando con suprimir el Estrecho cualquier día!

Pues bien: nada de esto es verdad, y yo procuraré demostrarlo en otra ocasión, en que demostraciones de esta clase sean oportunas. Por ahora pongamos punto a esta digresión y volvamos al tema principal: al de los dos expedientes.

***

En el primero ya me ocupé en el capítulo anterior, y fué prestar tributo de justicia y pagar deuda de gratitud a un hombre que ya no existe, de quien ya nada espero, pero cuya memoria debo realzar siempre que pueda, porque era un espíritu noble, tuvo gran influencia en la política española y procuró servir a su patria con la conciencia pura, sin apetito de medros, y dispuesto siempre al sacrificio.

Acertó unas veces, otras veces no acertó; pero en unas y en otras merece respeto. Y por mi parte, no sólo respeto, sino recuerdos leales y cariñosos.

En el ejemplo que citaba, y precisamente por eso lo cité, le vimos hacer justicia a sus mayores enemigos.

El deber acalló la pasión, y eso que era hombre apasionado como pocos.

Y el ejemplo citado no es el único que pudiera citar.

Ahora vamos al segundo ejemplo, al segundo expediente, en el cual no tuvo que intervenir don Manuel; el jefe de Negociado de que hablé antes lo estudió y lo preparó, y yo lo resolví.

¡Qué conflictos hay en la vida!

Conflictos del orden moral, sobre todo. En que el deber no aparece claro, en que hay dos soluciones y ninguna satisface, y sin embargo no hay una tercera a que acudir.

Tenía yo un amigo, amigo de toda la carrera, amigo queridísimo, casi un hermano.

Cinco años, sobre todo, habíamos estado estrechamente unidos, con las mismas ilusiones, con las mismas esperanzas. ¡Qué tejido tan tenue! ¡Esperanzas e ilusiones! ¡Pero qué tejido tan firme y cómo une las almas!

Al concluir la carrera tomamos rumbos distintos.

Yo he sido siempre modesto, aunque me esté mal el decirlo, me he contentado siempre con muy poco; por eso, sin duda, la suerte, que es coquetuela, como hembra de mucho trato, me ha concedido a veces más de lo que merezco. Me contenté con ir de ingeniero a provincias con 9.000 reales de sueldo y con indemnizaciones que se aproximaban bastante a cero, porque en la provincia donde fuí no había obras públicas, ni proyectos, ni visitas.

Y más tarde me pareció una gran fortuna venir de profesor a la Escuela de Caminos con 9.000 reales de sueldo y 3.000 de indemnización. Y así largos años, hasta que ascendí a ingeniero primero con 12.000 reales.

De este modo seguía mi camino prosaico, sin ambiciones ni penas, caminando por el surco y creyéndome muy feliz.

Mi amigo, en cambio, era ambicioso.

Para él la carrera era un escalón nada más. Los 9.000 reales, un sueldo ridículo; el surco prosaico de la carrera, bueno para bestias mansas que se resignasen a ir tirando de la vida.

De suerte que bien pronto salió del Cuerpo y se lanzó por el mundo con sus poderosos alientos y sus nobles ambiciones.

Era luchador, al parecer formidable; mas su coraza tenía dos faltas.

Era muy generoso y era muy confiado.

Esto sin contar con que padecía del estómago.

Se lanzó, pues, a trabajar por su cuenta, y como era ingeniero, utilizando sus conocimientos técnicos, hízose contratista de carreteras.

Parece que la empresa era modesta, y, sin embargo, otros con menos condiciones que mi amigo, construyendo carreteras se habían hecho ricos; y entiéndase, correctamente, con toda honradez, sin más que aprovechar las ventajas que por entonces ofrecía este género de construcciones y de empresas.

Y la clave de estas empresas y de estas ganancias no era otra que el pago puntual de las certificaciones,

En los cinco años de la Unión liberal, y algunos años después, hasta que el horizonte empezó a encenderse con las llamaradas de la próxima revolución, hubo dinero, mucho dinero.

Las Cortes Constituyentes del 54 y del 56 habían decretado la desamortización, movilizando de este modo algunos miles de millones de reales.

Salaverría había fundado la Caja de Depósitos, y como el Estado tenía crédito y la nueva creación financiera infundía confianza, acudieron a sus cajas, si mal no recuerdo, más de dos mil millones de reales.

Con esta gran masa de capitales, las obras públicas recibieron poderoso impulso.

Se subvencionó la gran red de ferrocarriles, se hicieron muchísimas carreteras; por diversas combinaciones

se emprendieron obras de puertos y se iluminaron las costas.

De tal suerte, que por algunos años las costas de España eran de las mejor iluminadas de Europa; así, como suena, aunque esto les extrañe a los pesimistas y detractores sistemáticos de nuestra patria.

En esta gran resurrección de las obras públicas, que duró los cinco años de la Unión liberal, y algunos más por el impulso recibido, abundaba el dinero, y el axioma de Ayala podía invertirse.

Dice Ayala:

> Chico, ¿qué quieres que haga?
> El hombre más caballero
> cuando no tiene dinero,
> no lo tiene.

Y su interlocutor replica:

> —Y no lo paga.

Pues a la inversa: el que tiene dinero, por lo regular, y aun no siendo gran caballero, y mucho más si lo es, paga puntualmente lo que debe.

En razón de esta alta filosofía, el Estado en aquella época pagaba puntualmente los certificados de carreteras.

Y sólo por el hecho de pagar puntualmente, los contratistas de carreteras se hacían ricos; porque sacaban para sus capitales intereses extraordinarios, que, acumulados, duplicaban y triplicaban el capital primitivo.

Veamos cómo, aunque ya el lector por poco práctico que sea en estas materias, habrá comprendido el mecanismo.

Supongamos, para fijar las ideas, una carretera dividida en cinco trozos, y supongamos también para la explicación, que cada trozo costase 25.000 duros.

Parece natural pensar: el capital de construcción habrá de ser de dos millones y medio. Pues no es así, porque con 25.000 duros era bastante.

Al terminar el primer trozo, se expedía la certificación, que se cobraba en el acto, y ya el contratista ha-

bía recobrado los 25.000 duros, lo cuales empleaba en el segundo trozo, y así sucesivamente. De manera que con 25.000 duros se construía una obra de dos millones y medio.

Y aunque se computase al capital total un interés módico, bajísimo, del 2 por 100, para el capital realmente empleado, era el 10 por 100, sin contar las economías que un constructor inteligente puede obtener en obras de esta clase.

Y acaso se preguntará: pues si las ganancias legítimas eran tan grandes, ¿cómo la competencia de los constructores no hacía bajar el interés a un tipo más módico?

Porque se construían muchísimas carreteras, y la demanda era muy alta, y tampoco se improvisan constructores con la inteligencia y la práctica necesarias para estos asuntos.

Yo he conocido persona muy modesta, de escasa cultura, aunque de talento natural y mucho instinto, pasar en pocos años, de humilde destajista, a constructor millonario, y después a concesionario de ferrocarriles, con soberbio coche de caballos de raza; hotel, en que tenía cuadros de Velázquez y Murillo, y toda la ilustración que dan el dinero y el lujo cuando con su riego fecundan un buen talento natural.

Pero la clave de toda esta máquina ya hemos dicho cuál era: que el Tesoro español pagaba con puntualidad sus compromisos.

***

Y volvamos al expediente y al amigo.

Mi amigo, al principio de su carrera, tuvo suerte.

Mucho talento, mucha simpatía, un horizonte despejado y brillante.

No era capitalista, pero tenía 12 ó 14.000 duros. Sus hermanos, que eran dos, tenían otros 7.000 duros cada uno; y le confiaron estos pequeños capitales, que, en rigor, eran renuncia de una herencia que años antes había hecho su hermano en favor de ellos.

Pues con estos 28 ó 30.000 duros se lanzó a constructor de carreteras.

Pero escogió mal momento: los tiempos habían cambiado; no eran los cinco años de la Unión liberal, ni los cuatro o seis que a éstos siguieron. Ya no se pagaban las certificaciones a la vista, sino con mucho retraso. Para construir el segundo trozo necesitaba el contratista capitales propios, y no podía retrasarse indefinidamente, porque venía la rescisión.

En rigor, el negocio se había agotado, y este mal momento cogió a mi buen amigo en el lleno de su especulación, con otra contrariedad enorme: había entregado a un amigo íntimo, en quien tenía absoluta confianza, unos 12.000 duros para comprar títulos en la Bolsa, y este amigo, en un momento de delirio, sin duda alguna, los comprometió en una jugada que creyó infalible, y los perdió.

Más aún, porque las desdichas nunca vienen solas, sino en espléndido rebaño y con el diablo por pastor.

Mi amigo, para estos negocios, había formado sociedad con otras dos o tres personas, que resultaron medianas, tirando a malas, y que ahogaron, explotaron y comprometieron a su compañero de negocio.

Y todavía más, que estos rebaños no acaban: en las obras ocurrieron algunos accidentes, avenidas inesperadas, desperfectos, algo, en suma, a que las obras siempre están expuestas.

Y con las certificaciones sin pagar, el capital mermado en su tercera parte, la mala intención de los socios y los accidentes de las obras, la situación de mi amigo era angustiosísima, y si no desesperada, en camino de serlo.

Precisamente en esta época me hice yo cargo de la Dirección de Obras públicas, y empezó el expediente a que vengo refiriéndome.

***

Mi amigo había presentado antes de que yo fuera nombrado director una exposición pidiendo determina-

das indemnizaciones, fundándose en que todas ellas se referían a casos de fuerza mayor.

La reclamación estaba sin resolver.

Cuando mi amigo se enteró de mi nombramiento, creyó que el cielo se abría para él, porque no dudó que mi resolución sería favorable. Y los 8 o 10.000 duros que sus reclamaciones pudieran importar, le sacaban de una situación apuradísima.

Yo le encargué la urgencia al jefe del Negociado, sin hacerle ningún género de recomendaciones, porque no era esa mi costumbre, y además en este caso daba la casualidad de que mi amigo lo era tanto mío como de Pardo: eran compañeros; hasta creo que Pardo había sido su discípulo, y en favorecer a nuestro pobre compañero, dentro de la justicia, él había de tener tanto interés como yo mismo.

Y estudió el asunto rápidamente, como él acostumbraba, y escribió una extensa nota examinando una por una las indemnizaciones solicitadas.

Nota concienzuda, severa, casi me atrevería a decir cruel; proponía en seco que se desestimase la instancia y que se negasen todas las indemnizaciones que el contratista, es decir, mi amigo, solicitaba.

La nota me aplastó materialmente, y me creó una situación imposible.

Yo había creído el asunto fácil, por lo que de palabra me había dicho mi amigo; pero la nota de Pardo era formidable.

No negaba que para alguna de aquellas indemnizaciones no pudieran alegarse razones de equidad; pero agregaba que el Negociado no podía apreciar más que razones de derecho y ninguna otra del orden moral o de equidad estricta, porque esas las tendría en cuenta la superioridad si lo creía conveniente.

Y aquí empezó para mí un *conflicto entre dos deberes*, que me hizo pasar tres o cuatro días de mucha angustia y de profunda preocupación.

Lo que mi amigo reclamaba no era una injusticia;

pero la justicia de su reclamación tampoco era evidente.

Era uno de esos asuntos en que, si se resuelve a favor del interesado, puede decise, con cierta apariencia de razón, que ha habido parcialidad, favoritismo, que se ha querido favorecer a un amigo con perjuicio del Tesoro, que se le ha hecho un regalo de 8 o 10.000 duros a un contratista, y todas las consecuencias de descrédito, de murmuración y de interpretaciones molestas, por lo menos, que de aquí se derivan.

En cambio, si se desechan de plano las reclamaciones del contratista, puede decirse también que se ejerce un acto de verdadera crueldad, que se niega a un interesado lo que otras cien veces se ha concedido a otros en circunstancias análogas.

Que la Administración no tiene derecho para ser despiadada; que lo que en la esfera particular sería, no usar, sino abusar del derecho, no puede ser lícito en la Administración pública; que los principios de equidad son tan respetables como los principios jurídicos, de los cuales, en rigor, forman parte.

Que es muy fácil adquirir fama de recto a costa de los demás, alardeando de una rigidez que puede confundirse con la crueldad; y que si, además, el interesado es un amigo íntimo y una persona honrada, negarle lo que quizá a otro se concedería para evitar hablillas y murmuraciones, es un verdadero egoísmo.

Y tejiendo y entrelazando la primera serie de razones con esta segunda serie, y pasando alternativa del pro al contra y del contra al pro, me pasé tres o cuatro días en un conflicto permanente.

Si, a veces, como procuré representar en un drama años después, el deber no es tan claro como pudiera imaginarse, hay verdadero conflicto de deberes.

Yo, como funcionario del Estado, no tengo derecho para favorecer a un amigo con el dinero del Tesoro público. Esto es evidente.

Pero yo no tengo derecho para crearme reputación

de rígido sacrificando a un amigo por exageraciones de severidad.

Yo, como funcionario público, no tengo derecho ni para pensar que la resolución que dicto en sentido desfavorable causa la ruina del amigo más cariñoso. El amigo en este caso no debe existir para mí.

Pero yo tampoco puedo regatearle una resolución favorable, ni hacer caso omiso de costumbres anteriores o de motivos de equidad, porque tenga en esta ocasión la desgracia de ser amigo mío.

El ser mi amigo no debe ser circunstancia ni favorable ni adversa.

¿Qué haría con otro cualquiera?

¿Esto o aquello?

Pues esto o aquello debo hacer con él.

¡Qué sencilla es la fórmula! Pero la aplicación, ¡qué difícil!

Es como decir: «Deja de ser hombre y conviértete en máquina.

»Olvida recuerdos, olvida afectos profundos, olvídalo todo y conviértete en un balance de números.»

Pero esto no es posible.

Yo no podía olvidar que aquel contratista era mi amigo querido de toda la vida, ni para favorecerle ni para perjudicarle.

¿Le perjudico?

Pues me digo a mí mismo: «¡Con qué crueldad sacrifico a un hombre tan bueno y tan digno!» Y me asalta la duda de si no seré excesivamente severo por temor al *qué dirán*, o por el temor de que mis afectos influyan sobre mi justicia.

¿Le favorezco?

Pues me digo a mí mismo: «Este es un acto indigno de parcialidad; con otro que no fuera él, no hubieras dado tanta importancia a las razones de equidad.»

¡Cuántas veces un funcionario honrado se verá en estos conflictos de conciencia!

Afortunadamente, en este caso el interesado me salvó en aquella lucha, que era cruel para mí.

LXXI

Procuraba pintar en el artículo anterior uno de esos conflictos que se presentarán mil veces a todos los empleados de la Administración, entre el interés público y sus deberes como funcionarios del Estado, por una parte, y por otra, los intereses de los particulares.

Conflictos que no existen cuando la justicia es patente y es claro e indiscutible el derecho, porque entonces la solución es evidente y se impone por sí.

La justicia está de parte del Estado, pues el funcionario público no discute ni vacila un punto: atribuye la justicia a quien la tiene, al Estado en este caso.

Por el contrario, el mejor derecho pertenece al particular, pues se le reconoce plenamente, aunque resulten perjudicados los intereses públicos; que contra el derecho legítimo ningún interés debe prevalecer. Lo contrario sería esclavitud, tiranía, egoísmo de la colectividad; y si estos móviles prevaleciesen, la sociedad no existiría, y los mayores triunfos de la civilización quedarían anulados de hecho.

Pero el conflicto se presenta cuando hay duda, cuando el mejor derecho es confuso, cuando al problema no se le ve una solución evidente, y en este caso me encontraba yo con las reclamaciones de mi amigo el contratista de carreteras.

Examinando el caso con toda imparcialidad, con toda la imparcialidad de que podía disponer, no veía clara la solución, y para mayor conflicto dudaba de mi propia imparcialidad, y pesaba sobre mi espíritu, con peso abrumador, la nota del jefe de negociado, en cuyo criterio yo tenía gran confianza.

¿Me conformaba con su dictamen? Era el golpe de gracia para mi amigo. ¿Ponía una contranota? ¿En qué razones decisivas y terminantes iba a fundarla?

Porque hay que advertir que ni en este ni en ningún caso he ejercido yo la menor presión sobre los empleados que he tenido a mis órdenenes, haciéndoles escribir un informe que facilite mi resolución y, en cierto modo, me libre de responsabilidad moral.

Es tan cómodo decir: «¡Yo no he hecho más que conformarme con la nota del negociado, que me ha parecido bien fundada!...»

Esto me ha parecido siempre una inmoralidad administrativa, una cobardía y un egoísmo irritante.

Yo siempre les he dicho a los jefes de negociado, cuando he sido director, o a los directores, cuando he sido ministro, en toda clase de asuntos, y más aún en los más interesantes: «Estudie usted la cuestión, y proponga lo que crea en conciencia que debe proponer: yo todavía, ni tengo ni debo tener opinión ninguna; consulte usted la ley y su conciencia, que si yo no estuviera conforme con usted, bajo mi responsabilidad pondría una contranota, sin que esta discrepancia de opiniones le perjudique a usted en mi ánimo. Bien al contrario, al resolver los asuntos me complace y me tranquiliza encontrar personas que no piensen como yo, porque la contradicción es una garantía de acierto.»

*
* *

Y en estas luchas internas, que para los egoístas nada significan, pero que para mí han significado siempre mucho, anduve yo tres o cuatro días, hasta que al fin y

al cabo un acto noble, un arranque generoso de mi amigo, vino a sacarme del apuro, y me dió la cuestión resuelta, en forma dolorosa para mí, y dejándome cierto fondo de tristeza y amargura, pero resuelta en forma definitiva y sin que dependiera de mi voluntad el modificarla.

Hay gente más honrada y más digna en el mundo de lo que piensan los pesimistas.

No todo es codicia, no todo es egoísmo, no todas son negruras en la vida. Grandes negruras se extienden, pero hermosos rayos de luz las rompen con frecuencia.

Apurado estaba yo, cuando recibí una carta de mi amigo, que ya no existe, pero cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

Los conceptos principales de la carta eran éstos:

«Acabo de ver, porque me la han enseñado en el negociado, la nota del jefe. No la discuto. A mí me parece excesivamente dura; pero con una nota como la que él ha puesto en el expediente, tú no puedes dictar una resolución contraria, ni puedes concederme ninguna de mis reclamaciones. Sería de muy mal efecto, comprometería tu reputación, se diría que habías cometido un acto de favoritismo; y yo, que soy tu amigo verdadero, no quiero que digan esto de ti.

»Con otro director insistiría, porque aunque reconozco que el asunto no es muy claro, creo que tengo buenas razones en mi apoyo; pero contigo no insisto, y acabo de presentar una comunicación retirando todas mis reclamaciones. De modo que tú ya nada puedes hacer aunque quisieras: consta oficialmente que mis reclamaciones están retiradas.»

Era un alma muy noble la de mi amigo; era un espíritu muy generoso; porque no se olvide que la cantidad que él reclamama, aunque modesta, era su salvación.

Pasaron algunos años, y yo hice por él lo que pude, creándole una posición, de la cual era muy digno, por

su inteligencia, que era clarísima; por su laboriosidad, que era infatigable; por su honradez y su rectitud, de las que acabo de dar una prueba patente. No; él no era de los que explotan a los amigos.

Pues con todas estas cualidades, quizá por algunas de ellas, no hizo fortuna en la vida, aunque había empezado brillantemente; pero el que se mete en la refriega de la existencia con espada de caballero, no podrá escapar de entre rufianes que manejen el puñal, la navaja, o, cuando más ennoblecidos se sienten, el revólver.

La posición que yo le había creado, y en que hubiera podido prestar grandes servicios a la Administración, la perdió en una revuelta política, y luego fué cayendo y levantando, se arruinó por completo, siguió en el trabajo, emprendió algunos asuntos, y, asómbrense mis lectores, hasta se vió envuelto, un hombre como él, en algo así como una causa criminal.

¡Qué infamia! ¡Qué indignidad!

Salió triunfante, pero quebrantado por completo, y poco tiempo después murió.

Y aquí le consagro yo mi último recuerdo.

En la lucha por la existencia hay muchos mártires: él fué uno de ellos.

*
* *

Se preparaban las elecciones de las Constituyentes.

Yo no me presenté por ningún distrito, porque, como he dicho muchas veces, yo jamás, ni una sola vez, he pedido nada.

Entiéndase: para mí no he pedido nada; para los demás he pedido bastante.

Pero si yo no acudí a ningún distrito, ni siquiera a don Manuel Ruiz Zorrilla para que me buscase uno, como era director en el Ministerio de Fomento, se me ofrecieron espontáneamente, no uno, sino varios; entre otros, el distrito por Murcia y otro en Asturias.

Este último, ¿cuál fué? ¿El de Luarca? ¿El de Avilés?

No estoy seguro, no lo recuerdo bien; pero, en fin, en esta ocasión, y sin haber figurado jamás en política, salí diputado por Murcia y salí diputado por Asturias.

Claro es que don Manuel Ruiz Zorrilla, con el cariño que siempre me profesó, aun quería buscarme otro distrito por su cuenta; pero nos contentamos con los dos que acabo de indicar, y ambas representaciones ostentaba al abrirse las Constituyentes.

Si no recuerdo mal, opté por Asturias.

Yo no sé por qué los Gobiernos han puesto empeño siempre o casi siempre, para que en este *casi* se crea comprendido cada uno de ellos, en violentar las elecciones.

Las elecciones se hacen por sí mismas, y todo Gobierno puede traer mayoría sin necesidad de apurar los recursos electorales.

Digo esto, porque el Cuerpo electoral ha sido siempre, al menos hasta ahora, manso y sumiso, y por sí mismo ha acudido a complacer a todo Gobierno, dándole una mayoría ministerial.

Y a este propósito, cito mi ejemplo.

Yo, en el año 68, no tenía importancia ni representación política de ninguna clase.

No había estado afiliado a ningún partido político: ni a los progresistas, ni a los demócratas, ni a los republicanos.

Ni había conspirado, ni el Gobierno jamás se dignó desterrarme.

Era un profesor de la Escuela de Caminos, que como profesor, y en un modesto círculo, tenía cierto nombre, y que había hecho algún ruido como librecambista, pronunciando discursos en la Bolsa contra el proteccionismo, y en el Ateneo en defensa de los ideales democráticos.

Esto, sin embargo, no me hubiera dado jamás un distrito.

Personas que valían mucho más en el orden político precisamente, no pudieron venir a las Cortes Constituyentes.

Y yo vine sin esfuerzo de ningún género, y vine por dos distritos, y hubiera podido venir por alguno más.

Y no me costaron ni un céntimo las dos elecciones; que si me hubieran costado, no hubiera venido; porque ni tenía yo dinero para gastar en luchas electorales, ni aun teniéndolo lo hubiera gastado.

Pero era director de Obras públicas por obra y gracia de la voluntad de Zorrilla, y esto bastaba para que los distritos vinieran a mí.

***

Agréguese a esto que los dos distritos de Asturias y de Murcia estaban admirablemente organizados.

El de Murcia, sobre todo.

Era entonces jefe de todos los partidos avanzados el célebre canónigo Torres: don Jerónimo le llamábamos.

Persona simpática, de gran talento político en su esfera; y la prueba es que durante algún tiempo, progresistas, demócratas, y hasta republicanos, estuvieron pendientes de su voluntad.

Suave, cariñoso en su trato, en el fondo su voluntad era enérgica, y como no abusaba de su poder para hacer daño a nadie, contentándose con hacer bien a manos llenas a sus amigos, por algún tiempo fué el árbitro de Murcia y aun de la provincia.

Puso nuestra candidatura en unos carteles, uno de los cuales me trajeron como muestra, y que decía así:

«Candidatura del partido monárquico-republicano-democrático.»

Y es claro, salimos todos por unanimidad.

Y sin violencias, sin luchas, sin escándalos, con el asentimiento y el aplauso de todo el mundo.

Dos años después, en las primeras Cortes de don Amadeo, también me presenté, y hacía dos meses que había dejado de ser ministro: pues ya no pude salir diputado por Murcia. Verdad es que ya no imperaba mi amigo el canónigo Torres.

Y ahora caigo en la cuenta de que la primera vez que

fuí diputado conseguí la noble investidura por la protección de todo un canónigo; que muchos conservadores no podrán decir otro tanto.

Mas conste que, sin alardes de mal gusto ni exageraciones de ninguna clase, don Jerónimo era un hombre de ideas liberales.

Conste, de todas maneras, que yo jamás, ni siendo director de Obras públicas, ni siendo ministro, ni no siéndolo, he violentado, ni he corrompido, ni siquiera he pesado moralmente sobre ninguna elección, ni en provecho ajeno ni en provecho mío.

Es más: yo jamás me he presentado candidato. Me han presentado los amigos; y si los amigos se olvidaron alguna vez, no salí, y ellos luego tuvieron que reparar el olvido; que yo jamás dije ni esta boca es mía, ni este distrito es mío. He salido por muchos distritos; nunca he considerado ninguno de ellos como propiedad de mi persona.

De suerte que en materia electoral mi conciencia está blanca como una paloma; es decir, como una paloma blanca.

Quizá esto no sea una virtud, sino una manifestación de mi carácter.

*
* *

Llegó, pues, el momento solemne de abrirse las Cortes del 69, momento solemne para España y para su porvenir político; y como lo pequeño va unido a lo grande, el grano de arena a la montaña, la hoja a la selva, la gota de agua al océano, y cada individuo a la agrupación humana de que forma parte, así aquel momento, que fué solemne para la nación española, debió ser, en mi modestísima esfera, solemne para mí.

De ser un humilde profesor, pasaba a ser diputado de las Constituyentes, y ya era alto empleado de la Administración.

El acto, pues, de entrar yo en el palacio del Congre-

so es evidente que marcaba un momento decisivo para mí en la vida social y política.

Y, sin embargo, ¡qué caprichos tiene la memoria! ¡Cuán grande y cuán singular es la autonomía de las celdillas cerebrales al recoger las sensaciones y almacenarlas!

«Estas, almacenarlas en forma de recuerdos: al archivo de la memoria con ellas. Estas otras, a lo inútil, a los desperdicios; que se las lleve el torrente de los sobrantes del organismo.»

Pues si estas celdillas fueran ordenadas y sensatas, recogerían lo importante, lo trascendental, y en animado cuadro lo convertirían, con sus contornos, sus colores y su vibración, a modo de cinematógrafo cerebral, sin cuidarse de menudencias y desperdicios. Muchas veces sucede lo contrario: conserva la memoria en sus archivos cualquier minucia ridícula, y arroja a la corriente los grandes cuadros que debiera perpetuar.

Digo esto, porque no conservo la menor idea, ni el más pequeño recuerdo, ni la imagen más borrosa de la apertura de las Constituyentes, acto al que asistí, y al que debí asistir de etiqueta; ni de ese momento, ni de ese día, ni de los días y los meses que siguieron.

Todo esto, o completamente anulado, o en cuadros envueltos en neblina.

¿En qué consistirá?

Consistirá, acaso, en el exceso mismo de la sensación, y en que, por ser tan grande, se difunde y no tiene fuerza cada parte para grabarse en el protoplasma de las celdillas.

Supongamos en una gran masa humana unos cuantos fotógrafos con sus instantáneas, y que ocurre algo muy grande, muy extraordinario, que suspende el ánimo y paraliza las funciones, y los fotógrafos quedan convertidos en estatuas de piedra, con el aparato de las instantáneas inerte.

El acontecimiento, ¿ha sido extraordinario, violentísi-

mo? Pues de él, por lo mismo, no se ha podido sacar ninguna fotografía.

Tal debe ser la explicación de esta falta de que casi me avergüenzo; me avergüenzo, pero hago de ella pública confesión.

Estuve presente, y no me acuerdo; mis fotógrafos se quedaron hechos unos papanatas; no conservo ninguna instantánea.

No las había entonces, mas para el cerebro sí las hubo: que he conservado recuerdos de la más ridícula insignificancia, de que antes dí cuenta a mis lectores, para que en lo grande y en lo pequeño me acompañasen, si es que alguien quiere acompañarme en este camino vulgarísimo de mis recuerdos, en que acaso yo solo voy marchando.

¡Qué me importa! Escribo para mí más que para otro cualquiera, y me complazco con mis recuerdos, por insignificantes que los recuerdos sean.

*
* *

Y no debieran serlo, porque eran días críticos en la historia de España.

Por primera vez, casi me atreveré à decir que desde los tiempos de los godos, el trono estaba vacante, no por manera accidental, según entonces se creía, sino por sentencia y ejecución del poder revolucionario del pueblo.

La tradición quedaba rota: aquellas Constituyentes que se reunían eran por aquel entonces el único poder legítimo, eran creadoras del derecho futuro, y no había límite para la voluntad de los legisladores.

Y yo, aunque modesto, era uno de aquellos legisladores. ¡Qué cosa tan extraña y tan inesperada para mí!

Y, sin embargo, al penetrar por primera vez en el Congreso y sentarme en los escaños rojos... yo no sé si pensé todo esto; pero no recuerdo haberlo pensado.

No recuerdo nada de aquella primera época con relación a mi persona.

*
* *

En cambio recuerdo perfectamente cuando a los quince años entré por primera vez en la Escuela de Caminos a presentar mi solicitud.

Esta imagen sí que no se ha borrado de mi cerebro.

La calle del Turco, el portalón grande de la Escuela, una escalera que me pareció solemne y majestuosa, aunque no lo era seguramente. Y la portería oscura y sucia, pero que a mí se me antojó severa y temerosa.

En un rincón, y alrededor de una mesa, los porteros, sin uniforme ni distintivo administrativo de ninguna clase.

En el suelo, y sobre los ladrillos, una estera.

En el fondo, una puerta pequeña que enfilaba con un pasillo muy corto. Al fin del pasillo, otra puerta del tamaño de la primera, y al través de la cual se veía una sala muy larga, enormemente larga, llena de luz; y a un lado y otro, mesas de dibujo y muchos jóvenes, y en el centro una estufa muy grande y muy vulgar: todo esto lo llevo dibujado como algo grande, solemne, lleno de misterios, como algo decisivo para mi porvenir.

No se me olvida, no. Pregunté al portero, con timidez y descubriéndome la cabeza, si podía ver al ayudante para entregarle una solicitud.

Y el portero, un hombre fuerte, tosco, pero hasta cierto punto bondadoso, se dignó levantarse, salir al encuentro y decirme que el ayudante no estaba, pero que hacía sus veces el número 1 de la promoción de quinto año, y que si quería podría llamarle.

Yo, agradecidísimo a tanta bondad, le contesté que sí, y que si no le molestaba mucho, que avisase al respetable número 1; y Manuel, así se llamaba el portero, se alejó a lo largo de la sala.

Yo no recuerdo la apertura de las Constituyentes, no veo moverse en el salón de sesiones a los ministros del Gobierno provisional con el duque de la Torre al frente; pero veo a Manuel el portero alejarse por el salón de dibujo, lleno de luz y de ruido, y perderse a lo lejos en busca del alumno número 1 del quinto año.

Aquella figura del portero Manuel, avanzando por la

columna de luz, muy larga y muy estrecha, de la sala de dibujo, vista y enfilada por las dos puertas y el pasillo intermedio, era para mí una figura imponente, más imponente que el jefe del Gobierno revolucionario y futuro regente del reino.

Y yo, humildemente, en oscura portería, con el sombrero en la mano, y palpitándome mucho el corazón, esperaba la vuelta de Manuel el portero y del alumno jefe de la sala de dibujo en aquel momento, que había de recoger mi solicitud, si se dignaba recogerla, que yo aun dudaba de que hasta tal extremo llegase su bondad.

*
* *

Y volvió Manuel con un joven envuelto en una capeta, de cara móvil y expresiva, de ojos vivos, de pelo graciosamente partido en el arranque en dos ondas, de las que la mayor se contorneaba con gallardía, inclinándose un tanto hacia atras.

Aquella onda, con el tiempo, había de ser un tupé, el célebre tupé de Sagasta; porque aquel joven era Sagasta.

También al abrirse las Constituyentes entraba Sagasta entre los ministros; pero de éste no me acuerdo, ni sé cómo entró.

Del otro sí, de Sagasta número 1 de los alumnos de Caminos, me acuerdo perfectamente: le veo venir a mi encuentro envuelto en su capeta y saludarme con sonrisa bondadosa y risueña.

Ni yo le conocía a él, ni él me conocía a mí; pero Sagasta fué siempre cariñoso con todo el mundo, y su sonrisa, su bondad, que parecía decir «estoy dispuesto a servirle», hasta su capeta plegada y recogida bajo el brazo izquierdo, hasta el futuro tupé, que fué en lo futuro el rasgo dominante y característico de sus caricaturas, todo me fué simpático y todo me animó; y aquel encuentro rápido no se ha borrado nunca de mi memoria.

Si yo fuera pintor, pintaría todo esto y dibujaría con exactitud matemática la figura de Sagasta.

Me saludó y me dijo: —Preguntaba usted por el ingeniero ayudante; pero no está. Si yo puedo servirle a usted, diga lo que desea.

¡Dios mío, servirme a mí el alumno número 1 de la Escuela de Caminos! Me sentí profundamente conmovido; lo declaro con entera verdad; mucho más conmovido que al tomar posesión de mi cargo de diputado de las Constituyentes.

—Traía una solicitud—repliqué, sacándola del bolsillo del pecho, no sin alguna torpeza, porque estos malditos papeles no salen dócilmente del bolsillo, y parece que se empeñan en hacer difíciles situaciones graves y difíciles de suyo.

Pero al fin saqué la solicitud y se la presenté respetuoso, y él la tomó con benevolencia, asegurándome que en cuanto volviese el ayudante se la entregaría.

Y nada más.

Le di las gracias lo más rendido que pude, y él me saludó afectuoso, se puso a mi disposición, y ni siquiera me volvió la espalda, sino que esperó a que yo saliese de la portería; y yo, al salir, ya desde la puerta, me volví para hacerle un respetuoso saludo, como si saliese de la cámara real.

Fué la primera vez que vi a Sagasta; pero su nombre no se me olvidó, ni su acogida benévola.

Cuando, algunos días después, volví a la portería de la Escuela para conocer el resultado de la solicitud, le pregunté al portero Manuel cómo se llamaba el alumno número 1, con quien yo había hablado la primera vez.

Y Manuel me contestó, con tono un tanto enfático, que era el número 1 de la promoción de quinto año, y se llamaba don Práxedes Mateo Sagasta.

Manuel tenía buen instinto, y a mí no se me olvidó aquel nombre, ni aquella entrevista, ni aquel momento, para mí más solemne que el de la apertura de las Cortes Constituyentes, que habían de dar a España la Constitución del 69, la libertad religiosa, los derechos individuales y todo el credo democrático.

LXXII

Estoy recordando la época de mi vida en que más adelantos hice en mi carrera, en mi carrera social, pudiera decir, démosle este nombre, en que empecé a obtener triunfos ruidosos, en que, justa o injustamente, no me toca a mí resolverlo, empecé a tener admiradores, y en que, sin embargo, pasé menos días tranquilos y agradables.

Porque mi vida por aquellos tiempos andaba agitadísima entre la política y la Administración; dos cosas que me han molestado en gran manera y de las que hubiera huído si mi voluntad hubiese sido libre y soberana.

Nada más contrario a mis gustos, a mis inclinaciones, a mi manera de ser y de sentir.

¡La Administración! ¡Qué cosa tan necesaria para la vida de un pueblo!

Más que útil, necesaria digo; por eso los que quieren maltratar a España dicen con tono severo: «En España no hay Administración». Yo creo que se equivocan o que, por lo menos, exageran; pero de cualquier modo que sea, yo reconozco que no se puede vivir en un país sin una Administración por lo menos regular.

Pero es el caso que a mí me molesta lo que no es decible, y me molestaba en aquella época tanto, por lo menos, como me ha molestado después.

Estar todo el día estudiando expedientes, consultando leyes y reglamentos, firmando minutas y órdenes; oyendo al que viene a recomendar un expediente, al que viene a quejarse de una resolución, al que pide, al que recláma, y nunca al que da; pensar que en un asunto palpita una ilegalidad o que en otro asunto se atropella a un particular; querer poner en claro una cuestión y verse rodeado de leyes, reglamentos, disposiciones que cada cual tira por su lado, que muchas son oscuras y otras son contradictorias, y esto una hora y otra ora, y un día y otro día, y siempre lo mismo.

Al poner una firma, pensar: «¿Habré acertado?, ¿será esto lo justo?, ¿me habrán traído bien estudiado el expediente?, ¿lo habré estudiado yo por completo?»

Todo esto, para el que tiene conciencia, es un tormento intolerable.

Sobre todo, cosas en que no palpita nada grande. Menudencias, pequeñeces que interesan a unos cuantos particulares o a unos cuantos millones que aportan los contribuyentes, pero que en nada influyen sobre la marcha general del cosmos.

Esta vida administrativa, para cierta clase de personas de otras inclinaciones y gustos, es como papel secante del espíritu; se lleva todo el jugo en forma de borrones, y perdóneseme la imagen modernista; pero es que todos concluiremos por ser estrambóticos, si no es que ya empezamos a serlo.

Hasta aquí lo tocante a la Administración en su parte más noble, por decirlo así, y más severa, y más útil para el país.

Y nada digo de la cuestión de empleados, porque a ella consagraré varios artículos.

Cuentan que el eminente literato don Ventura de la Vega llamó un día a sus hijos; con ellos se fué a la habitación más retirada de la casa, con ellos se encerró haciendo grandes misterios, y en voz baja y conmovida así les habló:

—Hijos míos, voy a haceros una revelación, una con-

fidencia terrible; pero que nadie lo sepa: no reveléis mi secreto, porque quedaría deshonrado.

Los chicos se echaron a temblar, y el continuó:

—Hijos míos, me revienta el Dante.

Así lo he oído referir; valga por lo que valiere, la revelación tiene gracia.

Pues yo llamaría también a todos mis lectores, y con el mayor secreto les revelaría también que la Administración pública me revienta lo que no es decible.

***

Y por algo, a propósito de la Administración pública, me he acordado del gran literato, a quien no tuve el gusto de tratar personalmente, pero de quien siempre fuí y sigo siendo gran admirador.

Su nombre se atraviesa en mi memoria al hablar de la Administración pública y de sus maléficas influencias para todo espíritu artístico, porque en efecto, don Ventura de la Vega, según he oído referir a sus íntimos, y sean ellos los responsables de lo que voy a contar, si lo que voy a contar no fuera cierto, don Ventura de la Vega, repito, el inolvidable autor de *El hombre de mundo*, de *La muerte de César*, de *Don Fernando el de Antequera*, de *Jugar con fuego* y de tantas otras joyas literarias, debía en esto de la Administración pública *acompañarme en el sentimiento*.

Porque del tiempo en que fué empleado corrían por entonces ocurrencias muy graciosas.

Dicen que tenía en su negociado un expediente formidable, por el estilo del que yo describía en uno de mis anteriores artículos, y que lo había encerrado en un armario especial con un cartelón que llevaba esta especie de sentencia: «A este expediente, que le meta otro el diente».

Y en otro armario contiguo había hecho una doble división.

En la primera había acumulado cierto número de expedientes con este letrero:

Expedientes que resolverá el tiempo.

Y en la segunda división otros tantos con esta a manera de divisa:

Expedientes que no resolveré yo.

Todo esto contribuía a simplificar notablemente su Negociado; pero como, a pesar de todo, los asuntos se acumulaban, de cuando en cuando acudía a otro procedimiento: se iba a ver al director o al ministro y le persuadía, con su palabra y con su talento, de que los Negociados estaban mal repartidos; que no obedecían a ningún principio administrativo, ni de orden, ni de utilidad práctica, y le proponía al jefe una nueva organización.

Claro es que un hombre de su entendimiento y de su saber, aun en materia administrativa, no proponía disparates, sino cosas racionales y hasta convenientes para la marcha de los asuntos.

El ministro aprobaba su plan, se establecía un nuevo régimen de Negociados, y el resultado práctico era que el suyo se quedaba limpio de expedientes.

Bien comprendo que todo esto que se contaba no será exactamente al pie de la letra, porque don Ventura de la Vega, con su gran inteligencia, con su inteligencia clarísima, era tan buen empleado como el mejor, siquiera mostrase su ingenio en forma de chistes y bromas, que luego se condensaban y circulaban por el mundo con ese relieve que la leyenda suele dar a lo que ha sucedido y a lo que no ha sucedido, pero pudo suceder.

Y, de todas maneras, no ha de creerse que el literato, el poeta, el crítico, el hombre de ciencia, por ser alguna de estas cosas, ya no sirve para la Administración o para la política.

Decía el gran poeta Campoamor a uno que declamaba contra todo el que sabía hacer versos, que, el que sabía hacerlos, se diferenciaba del que era incapaz de versificar, en que el segundo sólo era apto para ciertas cosas, y el primero sabría hacer todo lo que hacía el segundo, y además buenos versos.

¡Y quién duda que la afirmación de Campoamor es evidente!

Newton descubrió la atracción universal, y fué director de la Casa de la Moneda en Londres; es decir, empleado de la Administración pública.

Laplace supo escribir la mecánica celeste, y supo ser marqués, que no es precisamente ser agente de la Administración, pero que es cosa bien distinta de la de los cálculos celestes.

Chasles fué uno de los primeros geómetras del siglo pasado, y fué comerciante. Ayala era gran poeta y gran dramaturgo, y murió siendo presidente del Congreso de los Diputados. Campoamor, el mismo Campoamor, una de las figuras más importantes del pasado siglo, se dedicaba a la agricultura, en la cual era peritísimo.

Pero ¿a qué acumular ejemplos? Un hombre puede a la vez trabajar para ganarse la vida, aun en cosas que no le agradan, y que es el verdadero trabajo, y dedicarse a otras que satisfagan su inteligencia o su ingenio; y éstos, más que trabajos, son placeres.

Y de tal modo me he perdido en esta digresión, que ya no sé por dónde iba mi pensamiento, ni por dónde le arrastraban mis recuerdos.

Me parece que abominaba de la Administración y que abominaba de la política.

*
* *

Pero, debo confesarlo, aun más de la Administración que de la política.

Porque la política, con todas sus impurezas, con todas sus amarguras, encierra algo grande en sí. Contiene miserias e indignidades; pero en ella brotan las ideas del porvenir entre luchas, entre conflictos, entre verdaderos dramas sociales; y sobre todo en aquella época, que era época crítica para la historia de España, y que, dígase lo que se quiera, ha sido grandemente fecunda para el porvenir.

Al principio, la entrada en el Congreso me mareaba.

Como yo no había figurado en la política activa, no conocía a ninguno o a casi ninguno de los diputados de las Constituyentes, y aunque conociese a alguno de nombre, no era capaz de conocer sus personas, con lo cual mi situación era muy difícil. Porque es el caso que todos me conocían a mí; es decir, sabían que era el director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, y sobre mí caían con recomendaciones y preguntas apenas daba unos pasos dentro del Congreso.

Únase a esto mi falta de memoria para los nombres, y se comprenderá que debí pasar grandes apuros en aquellos días.

Sin embargo, yo era todavía joven, no me faltaban energías y, ¿por qué no decirlo?, tampoco era manco de la mano izquierda; de suerte que no salí mal en aquella prueba, y a los pocos meses tenía muchísimos amigos en todos los lados de la Cámara.

Estos primeros tiempos de las Constituyentes no los recuerdo bien; mis recuerdos están envueltos por una niebla. El pasillo, lleno de diputados; el salón de conferencias, un hervidero; el salón de sesiones, a veces un volcán. Únase a esto mis trabajos en la Dirección y se comprenderá que mi vida era por entonces un sueño, a veces una pesadilla: todo lo más opuesto a mis aficiones, a mis gustos, al ideal que yo me había forjado para la vida.

Yo no aspiraba a ser rico; con muy poco tenía bastante: una posición modesta, pero segura e independiente; muchos libros de Matemáticas para estudiar en ellos, libros de Literatura, y, sobre todo, novelas para las horas de descanso; tener muy pocos amigos, y que nadie me conociese ni me molestase, y mirar al mundo exterior y a la vida social como se mira una perspectiva o se escucha un drama más o menos interesante.

Yo hubiera querido ser espectador, siempre espectador; actor, nunca; y jamás lo he conseguido.

Así es que, a pesar de que yo iba adelantando en mi carrera, en lo que antes llamaba mi carrera social, yo no

estaba contento. Seguía porque era preciso, porque era un deber para con mi familia y para con mis ideas; pero en forma de sacrificio interno.

¡Ser director de Fomento, ser diputado de las Constituyentes, tener probabilidades de ser ministro!, todo esto no está mal; pero yo era mucho más feliz siendo alumno de la Escuela de Caminos; retirándome a mi casa a las cuatro, al salir de la Escuela; leyendo un libro de Matemáticas junto al balcón; estudiando mis lecciones por la noche, y leyendo una novela para dormir. Mucho más feliz que entrando en el Congreso con cierta importancia, oyendo peticiones, dando esperanzas o quitándolas, hablando de política con unos y con otros, presenciando alguna discusión o tomando parte en ella, y por la noche yéndome a despachar al Ministerio.

Todo esto halaga la vanidad; pero la vanidad es una soberana sandez: son los globos hinchados con que juegan los chicos, que de entre las manos se les escapan y se van por el aire.

Y no es que piense hoy esto: hoy no tendría nada de particular, porque soy viejo; es que lo he pensado siempre, aunque a veces he tenido que disimularlo.

***

Decía que de estos primeros meses de las Constituyentes no conservo recuerdos vivos, de contornos marcados y en orden todos ellos. Son nubes confusas, revueltas, que pasan y se deshacen.

A veces en la confusión se destaca algo, y no lo más importante, sino quizá un pormenor sin importancia.

Me veo, por ejemplo, en el salón de sesiones, y veo entre los bancos republicanos un diputado alto, flaco, de voz áspera, que grita, que insulta y que tiene en la mano un enorme sombrero de copa estropeadísimo.

Y acaba su peroración, y con gesto de supremo desprecio sale, encasquetándose con mal gesto el sombrero

aun antes de salir de entre los bancos y de bajar la escalerilla.

Y oigo un grito de indignación de toda la Cámara, considerando el acto del diputado como acto de intolerable descortesía.

Y el diputado se quita el sombrero, y, llevándolo muy en alto, a manera de protesta y de burla, abandona el salón.

Era Paúl y Angulo.

¡Cuántas cosas más importantes habré oído y habré visto en aquellos tiempos de las Cortes!

Pues todo está borroso, y, en cambio, el desquiciado y enorme sombrero de Paúl y Angulo lo veo flotar en el aire y salir por la puerta que está a la izquierda de la presidencia.

Otro recuerdo, también insignificante, y que también se refiere a Paúl y Angulo.

Increpaba al Gobierno por no sé qué suceso, que él aseguraba haber sido sangriento, allá en Jerez, y gritaba que hubo matanza y que hubo un niño muerto, lo cual resultó completamente falso; y en el momento en que se comprobó la falsedad del hecho, oigo una voz de un diputado diciendo:

— Ya lo ve S. S., ¡qué matanza ni qué niño muerto!

Todas estas pequeñeces las recuerdo con claridad perfecta, con energía de sensación, como en un cuadro de colores vivos y de robusto marco. En las celdillas cerebrales se me quedaron grabadas.

Y aquí recuerdo una frase de Martos, que se sentaba junto a mí, o, mejor dicho, que estaba a mi lado; frase que, referida, por decirlo así, en seco, sin atmósfera propia y sin precedentes, tendrá poca gracia; pero que a todos los que rodeábamos en aquel momento al eminente orador nos arrancó una estrepitosa carcajada, y se estuvo repitiendo en el grupo cimbrio muchísimo tiempo.

Entre los diputados progresistas había uno que era excelente persona, de antigüedad y respeto en el partido, y que se distinguía por su carácter bondadoso.

Bajo de cuerpo, de edad madura, fisonomía dulce y ojos más dulces todavía, que jamás miraban con enojo ni a los amigos ni a los adversarios.

Era hombre que hablaba poco y que asentía mucho. No recuerdo ningún discurso suyo, exceptuando alguna pregunta inofensiva al ministro.

Por lo demás, tenía buen criterio y juicio claro y despejado.

Pero no hay hombre que no tenga sus defectos, y el de la simpática persona a quien me refiero era la excesiva bondad.

Asistía puntualmente a la Cámara; oía a conciencia todos los discursos; pero jamás se irritaba con los discursos de los adversarios, por violentos que fuesen, contra los hombres de la revolución, como entonces se decía.

Martos, que le apreciaba mucho, pero que no podía por menos de ver el lado cómico de las cosas y de los hombres, le había puesto un mote singular. Le llamaba el *Conejito de yeso*.

He aquí la explicación: hace muchos años, en mi juventud, recorrían ciudades, pueblos y aldeas unos vendedores ambulantes, casi siempre italianos, que llevaban una tabla horizontal sobre la cabeza, y en la tabla multitud de muñecos de yeso: perros, gatos, *madonnas*, cantantes, figurines ridículos de hombres y mujeres, y, entre ellos, conejitos de yeso, que eran los predilectos de los chicos.

Porque el conejito de yeso no era de una pieza sino hasta el cuello, que se abría en forma de tubo, y en este tubo entraba la cabeza, que estaba suspendida por un alambre, formando resorte, pero dejando libertad de movimientos.

A estos vendedores les llamaban los muchachos, al menos los de mi tiempo, *santi, boniti, barati*.

Y es el caso que, al ir caminando el vendedor de los muñecos de yeso, la cabeza del conejo tomaba un movimiento oscilatorio de arriba abajo; parecía que iba

diciendo: «Sí, sí, estoy conforme, me parece bien»; y niños y mujeres, y aun hombres, rodeaban al italiano, rogándole que moviese la tabla, para que los conejitos de yeso moviesen la cabeza.

Y veamos cómo se justifica el mote que Martos le había puesto al buen progresista de carácter bondadoso.

En su banco estaba, como queda dicho, oyendo atentamente todos los discursos y asintiendo a todo lo que se decía, como si todo le pareciese muy bien, aunque en el fondo no estuviera conforme con el orador; era un asentimiento de bondad de carácter y de cortesía parlamentaria.

Y como daba la casualidad que el buen señor tenía el cuello muy flaco, y que los cuellos de las camisolas que usaba eran muy anchos, con toda holgura oscilaba su cabeza de arriba abajo, en perpetuas señales de asentimiento, ni más ni menos que el conejito de yeso de los italianos que vendían *santi*, *boniti*, *barati*.

Cuando Martos le veía ya no le quitaba la vista, y de cuando en cuando murmuraba por lo bajo: «¡Pero, hombre! ¿Cómo está usted conforme con lo que dice ese orador, si nos está poniendo como trapos?»

Pero un día, en no sé qué sesión, tales enormidades dijo un orador republicano contra los progresistas, que ya el noble progresista no pudo más: interrumpió por vez primera el ritmo de su cabeza oscilante, y en vez de moverla de arriba abajo, la movió dos o tres veces de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, en señal inequívoca de enérgica negación.

Y Martos, dando un salto, y con olímpica seriedad, nos dijo a los que le rodeábamos: «Miren ustedes, miren ustedes: al *Conejito de yeso* se le ha roto el resorte; hay que avisar a Olózaga para que se lo componga.»

***

¿Por qué recuerdo yo con tan perfecta claridad todas estas pequeñeces, no sólo insignificantes, sino hasta ri-

dículas, y se han borrado, en cámbio, de mi memoria tantas sesiones solemnes, dramáticas, de interés supremo?

Entendámonos. No todas se han borrado del cinematógrafo de mi memoria.

Algunas quedan, que ya iré describiendo; pero de otras, o pedazos sueltos o nieblas vagas y sin contornos.

Sí: yo veo a Castelar en su sublime rectificación a Manterola; yo oigo sus acentos maravillosos.

Yo veo a Figueras, también en la cuestión religiosa, levantando los brazos y, con voz poderosísima, exclamando:

«Yo creo en Dios Todopoderoso», recordando una escena de *Los mártires*.

Todos los grandes momentos los recuerdo; pero como figuras que se destacan, no como cuadro completo; que éste se va desvaneciendo entre la niebla del olvido.

Y, sobre todo, y esto es lo que me extraña, que se grabe en las celdillas cerebrales con tanta intensidad, sobre todo entre contornos más fijos, cualquier pequeñez insignificante, y hasta grotesca, que la imagen soberana de uno de esos grandes momentos que bien pudiera llamar históricos.

Quizá porque son grandes, no caben en límites pequeños ni en marcos limitados, y buscan, con la vaguedad del recuerdo, anchos horizontes.

*
* *

La vida de las Cortes Constituyentes era, más que activa, febril.

Era una excitación perpetua, era un amontonamiento de problemas.

Era una palpitación perpetua de la Cámara, a que respondían palpitaciones y sacudidas en el país.

Yo no voy *haciendo historia*, voy dictando recuerdos

según los caprichos de mi memoria; recuerdos grandes y recuerdos pequeños; lo sublime y lo ridículo; los arranques sublimes de Castelar y el sombrero grotesco de Paúl y Angulo avanzando hacia la puerta de salida; gritos de entusiasmo o de pasión y carcajadas burlescas.

Figueras, que proclama su creencia en Dios, y el *Conejito de yeso*, a quien se rompe el resorte; y así nos vamos acercando a momentos críticos.

En esta atmósfera se va preparando la Constitución del 69, la de los derechos individuales, la de la libertad religiosa, la que duró poco más de tres años, y la que, sin embargo, en la historia de España será inmortal.

Pero, vamos por orden, y seamos formales, y hablemos en serio de cosas que lo merecen.

Bueno será que, antes de seguir con mis recuerdos, indique brevemente el estado de las diversas fuerzas parlamentarias que iban a realizar obra tan grande como la que representa aquella Constitución democrática; pero quede todo esto para otro artículo.

LXXIII

Aquellos días en que se estaba elaborando la Constitución, que después se llamó del 69, fueron días de agitación inmensa, de ardientes luchas políticas, de una ebullición de ideas y de pasiones como no se ha visto después, como no se vió antes, a no remontarse a las Cortes de Cádiz, que a éstas *no tuve tiempo* de asistir; de suerte que sólo sé lo que pasó por lo que cuenta la Historia.

A las del 69 asistí, fuí testigo presencial, en ellas tomé parte, aunque modesta, y me quedan grandes recuerdos, pero revueltos, a veces confusos; una gran nebulosa cruzada por ráfagas de luz, con bordes llenos de negruras y borbotones que arroja de cuando en cuando la agitación interna.

Al elaborar la Constitución luchaban los hombres políticos; pero más bien que ellos, y en ellos mismos, luchaban las ideas.

Y las pasiones, y los hombres en los cuales encarnaban, y las ideas viejas y nuevas, y los partidos, como grandes energías políticas condensadas, pugnaban por vencer unos, por resistir otros, y todos con fuegos tan ardientes que dijérase que aquel calor agotóse por muchos años.

Esta gran batalla histórica se desarrollaba alrededor de tres grandes centros, dijérase mejor, de tres grandes problemas.

A saber:

La forma de Gobierno; quiero decir, si España había de ser monárquica o republicana.

Los derechos individuales, la gran aspiración y la gran obra de aquella democracia, porque aquella democracia no era socialista. No todos los individuos que constituían el partido democrático eran individualistas ardientes; pero desconocerá aquella realidad quien niegue que en la nueva agrupación política dominaba la nota individualista. Lo contrario de lo que hoy sucede.

Y, por último, la cuestión religiosa, que interesaba a todos los espíritus y agitaba, aun por sí sola, a todos los partidos.

Alrededor de estos tres centros, problemas o baluartes, o lo que fueren, se revolvía sin descanso la comisión encargada de redactar el nuevo Código, en la cual estaban representadas casi todas las tendencias de la Cámara y del país.

Gran conflicto de tradiciones y de ideales, ebullición de un caos, esperanzas de mucha luz, de un nuevo sol.

*
* *

Bien definido estaba el carácter de cada una de las agrupaciones políticas que constituían aquella Cámara legislativa.

La oposición la formaba el partido federal, y éste aspiraba a establecer la República española, pero una república federal.

Entre los republicanos de la oposición no creo que llegasen a tres los que defendiesen la república unitaria: un joven de grandes esperanzas y gran batallador parlamentario, el señor Ruano, y un casi viejo, el señor García Ruiz, veterano en las luchas periodísticas.

Puede asegurarse que, salvando estas singularísimas excepciones, el ideal republicano era federal.

Después se dividió y se subdividió, como sucede

siempre en España con las ideas y con los partidos, y hasta creo que con los individuos.

En cambio las demás fuerzas políticas, las que constituían la mayoría, eran monárquicas, o por tradición, o por convencimiento, o por oportunismo; que de todo había.

Monárquicos eran los que formaban el grupo de la Unión liberal; como que, remontándose a su origen y salvando individualidades, que las olas agitadas de la política llevaron a las playas de Vicálvaro (aunque Vicálvaro nunca fué puerto de mar; pero las imágenes tienen sus derechos, y hay que darles lo suyo), las huestes, digo, que capitoneó O'Donnell, procedían del partido moderado, que era monárquico por tradición.

Hasta tal punto, que muchos hombres políticos de este partido no vieron con gusto la caída de doña Isabel II.

Y otros hubieran querido llevar a Alcolea al duque de Montpensier, y de allí traerlo en triunfo al palacio de Oriente.

Pero los hechos son más poderosos que los hombres; quien desata los vientos no sabe adónde le llevarán, y por aquellos vientos tempestuosos fueron todos arrastrados, de buena o de mala gana.

El partido progresista era también monárquico, también por tradición, aunque su tradición llevaba muchas manchas de sangre; pero si era monárquico, era antidinástico. Su problema en este primer punto de los tres que he señalado era doble: consignar la Monarquía en el Código fundamental y buscar un rey aunque fuera necesario ir en peregrinación por toda Europa, peregrinación que resultó larga y difícil.

El grupo democrático era monárquico también, pero sin gran entusiasmo, sin fe muy viva, por cálculo más bien que por sentimiento; en suma, por oportunismo.

Este grupo fué el que entonces inventó la célebre fórmula de que *la forma de gobierno es accidental* y de que se puede cambiar de forma de gobierno según las

circunstancias, ni más ni menos, y con tanto desparpajo, como dentro de un régimen se cambia de ministerio: un ministerio más alto, más trascendental, de más largo período, que exige para el cambio crisis más hondas, pero que en pleno derecho nacional no es distinto de aquel otro cambio que sustituye en el poder a un partido político y a un presidente del Consejo por otro presidente y otro partido.

Hay que confesar que en punto a la idea monárquica no dominaba un gran principio de unidad.

¿Cómo habían de mirar con buenos ojos a los demócratas de la *Monarquía circunstancial* las viejas huestes de Vicálvaro, que aunque nunca fueron muy respetuosas con el trono, y muchas veces pisaron sus gradas con sus botas de montar, allá en en el fondo de su conciencia, si no en sus pasiones políticas o en sus ambiciones, consideraban a la institución monárquica como algo fundamental e insustituíble?

Una cosa es ser monárquico convencido, y otra querer una monarquía para usar de ella casi exclusivamente.

De estas contradicciones está llena la Historia.

De todas maneras, los prohombres de la Unión liberal, casi todos ellos tenían su candidato: el duque de Montpensier.

Por otra parte, los progresistas, aunque todavía no se habían fundido con la democracia, y hasta la miraban con prevención y recelo, y rechazaban aquella fórmula de que la forma de gobierno es accidental, aun sentían mayor repugnancia, más que repugnancia, hostilidad, contra los partidarios del duque de Montpensier.

De todas maneras, el problema de la forma de gobierno era problema resuelto para la Comisión.

Ya por un motivo, ya por otro, con reservas o sin reservas, con un candidato que tenía nombre o con otro candidato que se ocultaba tras una inmensa X, todos estaban conformes en proclamar *la forma monárquica* en la Constitución.

Los conflictos, las luchas vendrían luego.

Por el pronto, todos votaban por la Monarquía, sin dificultad, sin violencia, sin contradicción.

*
* *

Y venía el segundo problema: el problema de más sustancia, de más medula, de más trascendencia; tan profundo y tan grave, que aun hoy mismo se agita: el de los *derechos individuales*.

¿Hasta qué punto es libre el sér humano, ya como individuo, ya constituyendo sociedades libres y espontáneas?

¿Hasta dónde llega su derecho? ¿Dónde le cierra el paso el derecho de la colectividad? Si alguna vez luchan la conveniencia y el derecho, ¿quién deberá ceder en un instante dado, quién deberá ceder ante el porvenir?

Al llegar a este punto habría que buscar soluciones concretas, y en esas soluciones no estaban conformes los tres grandes partidos a que venimos refiriéndonos: Unión liberal, progresistas y demócratas.

El programa de los demócratas; el que habían sostenido sus prohombres; el que a diario había puesto don Nicolás María Rivero a la cabeza de su periódico; el que siempre había defendido Martos con su maravillosa elocuencia; el que Becerra, hombre de pensamiento y de acción, había defendido en las barricadas; el que había constituído el credo de todos los demócratas; el que los economistas habían sostenido en el Ateneo, era el de los derechos individuales. Esta fué su bandera, fué su dogma, la síntesis de las ideas modernas. Modernas por entonces; hoy ya van siendo viejas, y los modernistas de la política no siempre tienen en ellas, en los tiempos que corren, la fe vivísima que animaba a los demócratas del año 69.

Pero estas ideas no las sostuvieron en toda su pureza más que los demócratas: las sostuvieron con la inteligencia tanto o más que con el sentimiento.

A los prohombres de la Unión liberal, salvando algunas excepciones, no les encantaban los derechos individuales, no les aceptaban al menos en todo su absolutismo democrático.

Si no los miraban con hostilidad, los tomaban con recelo.

La masa progresista ocupaba un término medio entre los demócratas y los unionistas. Simpatizaban con el dogma democrático, pero temían su exageración.

Se iban haciendo demócratas, con Ruiz Zorrilla al frente, pero les costaba dejar de ser progresistas.

Para Rivero y para Martos, los derechos individuales no sólo eran conquistas políticas, sino que tenían sus raíces en la ciencia social, y aun había en los demócratas radicales algo de idealismo, no hay para qué desconocerlo. En cambio, para el partido progresista era tan sólo el resultado de una evolución, un término a que se llega, pero al cual puede *no llegarse*, aun aproximándose todo lo que permitan las circunstancias; al paso que los demócratas, como demos dicho, querían *llegar:* no aproximarse, sino llegar, porque cuando se conoce la verdad, no hay que andar en coqueteos con ella, sino aceptarla amplia y completa.

De suerte que los tres grupos tenían la misma orientación, mas caminaban con distintas velocidades.

Los demócratas, permítaseme que insista en lo que ahora aparece claro y evidente, pero entonces aparecía un tanto nebuloso; los demócratas, repito, querían a todo trance llegar a la estación final, y, con la locomotora a todo vapor, entrar en ella vencedores.

Los unionistas no querían pasar de la estación anterior, y el viejo partido progresista se hubiera quedado de buena gana entre las dos estaciones, sin querer retroceder; no, la reacción nunca; pero sin avanzar demasiado, que estas revoluciones radicales son peligrosas. Por algún tiempo hubieran vivido resignados a la inclemencia o bajo tiendas de campaña.

*
* *

Y, sin embargo, los demócratas triunfaron e impusieron, no diré por completo, pero sí me atreveré a decir *casi por completo*, su programa de entonces, en el *título de los derechos individuales de la Constitución.*

Tan poderosos eran en la Cámara.

No ciertamente por el número, pues formaban un pequeño grupo. Tenían dos grandes hombres, Martos y Rivero; algunos valiosos y antiguos demócratas, como Becerra y Romero Girón; varios jóvenes de esperanza, y varios ardientes economistas que se habían unido resueltamente al partido democrático.

Pero todo ello formaba, como digo, un grupo pequeño, muy pequeño; por el pronto, en el Gobierno no figuraba todavía ningún demócrata. Se componía éste de progresistas y unionistas nada más; pero Rivero estaba en la presidencia; Martos, el tribuno colosal, estaba en los bancos ministeriales, y la idea democrática estaba dominándolo todo, si no materialmente con el número, con esa fuerza semiespiritual que llevan las ideas consigo.

No venció el número; venció el pensamiento, vencieron los nuevos ideales, aun antes de que los demócratas entraran en el gobierno.

Vencieron desde fuera.

¡Qué fuerza tan grande, tan avasalladora, debía tener la idea democrática para atraer a los progresistas y para vencer a los de la Unión liberal!

¡Y de qué modo venció! Han pasado cerca de cuarenta años, y hoy todo el mundo alardea de ser demócrata.

***

Lucha ardiente y lucha noble.

Y el tercer problema, el de la cuestión religiosa, en el fondo es una consecuencia del segundo problema, del problema de los derechos individuales: la libertad religiosa es el más profundo, el más alto y el más sagrado de los derechos individuales.

Pues alrededor de este problema fué aún más y más encarnizada la batalla.

Y es que algunos prohombres del partido progresista se negaban a aceptar la libertad religiosa en toda su extensión; llegaban, cuando más, a la *tolerancia;* no querían pasar del año 54.

Tolerancia, libertad de conciencia, un término medio más o menos acentuado; a todo esto llegaban; a la solución radical no llegaban ni llegaron nunca.

Pero si no en absoluto, si no en términos claros y valientes, con ciertos retorcimientos y ciertas salvedades, por el espíritu, ya que no por la forma, también el grupo democrático venció en este problema.

Tan debatida ha sido esta cuestión, que yo no he de insistir en ella, contentándome con apuntar algún recuerdo que otro de los que me asaltan al dictar estas líneas.

Después de todo, yo no escribo un trozo de historia. Aun para recordar lo que vi, para ayudar a la memoria, para fijar líneas y contornos que el tiempo ha hecho borrosos, necesitaría recoger datos y antecedentes y consultar el *Diario de Sesiones* a cada paso; pero como no tengo pretensiones de historiador, me contento con lo que buenamente acuda a mí al volver la vista hacia aquellos años tan agitados, tan dramáticos, y que ya se pierden en las lejanías de otro siglo.

Yo no puedo abarcar el conjunto, que es ya en mi mente algo confuso.

Eran espectáculos grandiosos, que rebosaban vida, que dibujaban un gran drama social y político, a la manera de los dramas de Shakespeare.

No como una tragedia clásica de grandes líneas majestuosas, en que todo es noble: los personajes, las acciones, los accidentes y la catástrofe.

No; lo grande y lo pequeño se revolvían en aquel drama palpitante de la Revolución de Septiembre: lo sublime y lo grotesco, rayos de luz y salpicaduras de barro, lo que despierta la admiración y la domina, lo que arranca la carcajada o el ademán grotesco.

Yo veo unas veces a la Cámara pendiente de la palabra de Manterola o arrebatada por la palabra maravillosa de Castelar en su inmortal réplica.

Yo veo a Figueras defendiendo la libertad religiosa con pasión, pero proclamando con tanta pasión sus creencias. Le veo prolongando su figura, elevando sus brazos, y con todo el torrente de su voz confesando su fe. «Yo creo en Dios», decía; y la Cámara, en la que dominaba el espíritu religioso, respondía con aplausos a aquella pública confesión del diputado republicano. Y mezclándose a todas estas grandezas, oigo la voz provocadora y burlona de otro diputado, haciendo el recuento de la familia de la Virgen y de sus hijos, hermanos de Cristo, entre gritos de indignación, protestas y furores de casi toda la Cámara.

Y aquella escena amenazadora termina por una escena cómica del color más subido.

Tan cómica, que me figuro que no constará en el *Diario de Sesiones;* yo, sin embargo, he de referirla, porque es de las que no se han borrado de mi memoria.

La indignación de la Asamblea era inmensa: en los creyentes, porque veían escupida, escarnecida y abofeteada su fe en los objetos más santos, más venerables y más puros: en los no creyentes, pero respetuosos, sin embargo, con la fe de los demás, porque consideraban que escenas tales, y discursos como el que estaban oyendo, perjudicaban grandemente al triunfo de sus ideales democráticos.

La democracia no quería ofender ni lastimar ninguna creencia; quería respeto y libertad y armonía dentro de la libertad más amplia.

Al defender la libertad religiosa, no la defendían por odio ni enemiga contra ningún culto, contra ninguna creencia, contra ningún dogma.

Y así la Cámara, casi en su totalidad, se volvió hacia el banco azul, pidiendo que el Gobierno de la Revolución protestase contra los fanatismos de los no creyentes,

como todos protestaban contra los fanatismos religiosos.

Y el presidente del Consejo de Ministros, que lo era todavía el ilustre duque de la Torre, se puso en pie.

Silencio, expectación y momento solemne.

La situación para el duque de la Torre era dificilísima.

El duque de la Torre no era orador; hablaba con buen sentido, sin pretensiones y con llaneza, y era muy simpático, porque todos reconocían en Serrano un carácter muy noble.

Más adelante hablaré de él; pero no quiero separarme del incidente que voy describiendo.

Adviértase que el duque de la Torre, sin ser fanático, era religioso, muy religioso, y católico sincero.

Le habían indignado las cosas que acababan de decirse; pero ¿de qué modo iba a rechazarlas ante aquella actitud imponente de la Cámara? ¡Ah!, la retórica no siempre es inútil.

«Pero ¿qué voy a decir?», repetía en voz baja, volviéndose a sus compañeros y a los que estábamos en los bancos próximos.

Y pronunció algunas palabras con dignidad y energía, que fueron bien recibidas.

Pero fué muy poco lo que dijo: la Cámara quería más; todo público *quiere siempre más*; era necesario conmover aquella masa humana, vibrante de pasión, y el duque había agotado ya su repertorio.

Pero él tenía espontaneidades admirables cuando hablaba, mitad en serio y mitad en broma. Ingenuidades que siempre triunfaban en un pequeño círculo de oyentes, pero que eran peligrosas ante una asamblea y en aquel momento.

Sin embargo, a él no se le ocurrió otra cosa; y ya sea porque no se le ocurriera más que decir, ya porque quisiera con un chiste dar por terminado el asunto, ello es que se lanzó a un gran atrevimiento oratorio, que yo no recuerdo palabra por palabra, pero que recuerdo perfectamente en su sentido general:

«¡Ah!, ¡señores republicanos y señores racionalistas, que a diario estáis alardeando de libertad y de respeto a todo el mundo; que proclamáis a toda hora los derechos individuales, y entre ellos la inviolabilidad de la conciencia, y que ahora, con voces de impiedad, ante el escándalo de la Cámara en este momento, mañana con escándalo de España entera, nos venís a contar si la Virgen tuvo otros hijos y si Cristo tuvo otros hermanos! ¡Ah, señores: respetad el sagrado del hogar doméstico y la vida privada de la Virgen!»

¡Momento de estupor! Y después, dominando el elemento cómico de la situación, ¡una inmensa carcajada!

Y se acabó el asunto y terminó el escándalo, y durante ocho días todos nos decíamos unos a otros, y al mismo duque de la Torre se lo decíamos, porque era la bondad en persona y la llaneza más democrática que he conocido: «Respetemos el sagrado del hogar doméstico y la vida privada de la Virgen.»

Al fin se presentó el proyecto de Constitución, cuyo debate fué mucho más tranquilo de lo que podía suponerse, y en el cual no recuerdo circunstancialmente más que dos discusiones apasionadas.

Una, la relativa a la cuestión religiosa; otra, por haber tomado parte en ella Cánovas del Castillo, al cual contestó Ríos y Rosas.

De la cuestión religiosa he dicho ya cuanto recordaba, y no quiero empequeñecer con un relato insípido y antiartístico, como el que resulta de ir dictando mis recuerdos a modo de conversación, aquellos momentos grandiosos y solemnes.

Por entonces hice mis primeras armas ante el Parlamento, pronunciando un discurso que no he vuelto a leer, que no sé si era malo o tenía algo bueno, pero que resultó oportuno, y en el Parlamento, como en el teatro, como en la vida, *la oportunidad* da valor, y sentido, y acento a las cosas más insustanciales.

Ello fué que obtuve un gran triunfo; ¿por qué no he de decirlo, si fué como lo digo?

En el Parlamento me aplaudieron estrepitosamente.

Al otro día, todos los periódicos echaron las campanas a vuelo; porque, de paso, debo confesar que la Prensa ha hecho siempre mucho por mí, más de lo que merezco, sin perjuicio de que en ella me hayan salido muchos críticos atravesados y biliosos.

Pero, sumando y restando como buen matemático, encuentro contra mí, y en favor de la Prensa, una inmensa deuda de gratitud.

Y durante muchos días llovían felicitaciones por todas partes, y mi discurso se traducía al alemán y a algunos otros idiomas, y de la noche a la mañana, si con mis trabajos de Fomento había empezado a ser *ministrable*, con el célebre discurso de la trenza y del quemadero, resulté ministrable del todo. ¡Válgame Dios, y qué cosas tiene la vida!

Como qué poco tiempo después fuí ministro de Fomento.

Pero esto, y la trenza, y el quemadero, merecen capítulo aparte.

LXXIV

Llegué en esta serie de recuerdos, en que bien sé que camino lentamente, pero a los viejos no se nos puede exigir que corramos mucho; llegué, digo, a aquellos momentos solemnes de las Cortes Constituyentes en que se discutía la cuestión religiosa.

Y, por lo tanto, llegué al discurso pronunciado por mí en aquella ocasión, y que se dió el nombre del «discurso de la trenza», de la trenza del quemadero.

Muchos imaginan que tal discurso fué el primero de mis dramas, en que calculé los efectos de antemano, en que sacrifiqué la verdad a la dramática, y, en suma, que ni hubo tal quemadero, ni tal trenza, más que en mi imaginación y en mis procedimientos de autor dramático.

Pues nada de esto es verdad.

Ni recuerdo el discurso, ni he tenido la mala ocurrencia de volver a leerlo.

Gustó, esto es innegable, con razón o sin razón; con motivo o sin motivo, el discurso fué aplaudidísimo y tuvo gran resonancia, aun en el extranjero, de donde me enviaron varias traducciones.

Pero sea de ello lo que fuere, afirmo enérgica y honradamente que no fué invención mía, ni lo del quemadero ni lo de la trenza.

¿Por qué creen mis lectores que yo intercalé en mi

peroración ese episodio de gran efectismo, así resultó, no lo niego, pero que no era composición artificiosa y sin fundamento en la realidad, para excitar los sentimientos de la Cámara?

¿Por qué hablé yo de la trenza del quemadero?

Asómbrense mis lectores, porque voy a decir algo que va a parecerles extravagante.

Pues yo saqué a colación la chamuscada trenza por dos causas.

1.ª Porque en aquellos días se estaban haciendo las obras de la distribución de aguas del Lozoya.

2.ª Porque había sido profesor mío, queridísimo y admirado, el eminente ingeniero don José Morer, uno de los hombres de más talento que ha tenido España en la pasada centuria.

Si no se le ocurre a Bravo Murillo traer a Madrid las aguas del Lozoya; si no acierta a explicarme Geometría descriptiva don José Morer, a mí jamás se me hubiera ocurrido hablar ante las Cortes Constituyentes, ni de ningún quemadero, ni mucho menos de ninguna trenza.

Véase cómo en este mundo se enredan las cosas y los sucesos.

En rigor, el responsable de mis arranques dramáticos sobre las chamusquinas de los inquisidores fué don Juan Bravo Murillo, trayendo a Madrid las aguas del Lozoya.

Vamos a ver cómo se armonizan estos disparatados conceptos.

***

Era la víspera de aquel día, para mí solemne, en que tenía compromiso de hablar por primera vez ante las Cortes Constituyentes, sobre la cuestión religiosa.

No había solicitado yo esta honra: he rehuído y rehuyo siempre hablar en público; pero se había empeñado don Manuel Ruiz Zorrilla, y era indispensable complacerle, venciendo mi timidez o mi indiferencia.

Al día siguiente tenía que hablar en las Cortes, y,

naturalmente, tenía preparado y pensado maduramente mi discurso, en el cual afirmo que no figuraban ni la célebre trenza ni el odioso quemadero.

Y con el discurso en el cuerpo y con la agitación nerviosa que yo debía sentir en aquellos momentos, aunque no recuerdo si la sentía, porque en aquella época yo no era nervioso, me fuí, según costumbre, al café Suizo, a las mesas que llamaban «de los Economistas y de los Ingenieros».

Todas las noches nos reuníamos en aquel rincón Rodríguez, Figuerola, Bona, San Romá y otros varios.

Nos reunimos aquella noche los de costumbre, y se habló, como se hablaba en aquellos días, de la cuestión religiosa, del discurso de Castelar y del triunfo seguro de los ideales democráticos.

Triunfaron éstos en el Ateneo, en aquellas mesas del Suizo y en los mítines de la Bolsa, mucho antes de que triunfasen en el Parlamento.

Hoy algunos desdichados se burlan de todo aquello, que ni alcanzaron ni comprenden, que Dios no se lo tome en cuenta cuando les juzgue como seres racionales.

Pero sigamos nuestro relato.

Llegué yo, y, lo que es natural, todos me preguntaron: «¿Hay buen ánimo? ¿Estará usted muy fuerte? ¿Será largo el discurso?», y todas las cosas que se dicen en casos semejantes.

En este punto estábamos, cuando llegó don José Morer, tan simpático, tan vehemente, tan entusiasta por las ideas liberales, como siempre lo fué, aunque nunca figuró en la política activa.

Cuando se enteró que tratábamos de la cuestión religiosa, tomó la palabra para decirnos que venía profundamente conmovido.

—Sí, parece providencial; para las obras del alcantarillado, o de la distribución de aguas, o para las fundaciones del depósito (no sé cuál de estas obras citó), estamos haciendo unas excavaciones en el sitio que, se-

gún dicen todos, fué el Quemadero de la Cruz, y hemos encontrado, entre otras cosas, dos restos de aquel fanatismo o de aquella barbarie.

—Qué, ¿han encontrado ustedes algo?—preguntamos todos con interés supremo.

—Ya lo creo—dijo José Morer—; una trenza, una trenza de mujer, indudablemente, quemada en gran parte, y unos hierros oxidados, que no sé si serían grillos o mordazas, o qué instrumento brutal y maldito. Y además...

Pero yo no le oí lo que siguió diciendo; con la trenza y los hierros me bastaba, y de aquélla y de éstos me apoderé, engarzándolos instantáneamente en mi discurso, y adivinando que serían de un gran efecto, para lo cual no se necesita gran poder de adivinación.

Yo creí lo que nos contó Morer, porque era hombre serio, incapaz de inventar una farsa, y porque los objetos él los había visto.

El sitio de la excavación, ¿era realmente el quemadero? La trenza, ¿era trenza de mujer que agoniza entre las llamas? Los hierros, ¿eran realmente pedazos de cadena, de mordaza o de grillos?

¿Qué me importaba o qué me importa todo eso, si eran símbolos fieles y trágicos de un fanatismo y de una barbarie que ha existido?

¿Es que, como han dicho algunos, tan imbéciles como fanáticos, con los cerebros ahumados por el tufo de las hogueras inquisitoriales, aquella excavación no se hizo en el Quemadero de la Cruz?

Aunque así fuera, yo pregunto: ¿No hubo más quemaderos en España?

Pues variad el nombre, variad el sitio; pero el crimen, para nuestra vergüenza y nuestro remordimiento, siempre quedará en lo pasado, y siempre humeará en la Historia.

¡Qué escrúpulos tan ridículos!

Aunque aquella trenza no se desprendiese de entre unas llamas, y cayese en un rescoldo y se conservase entre tierra y ceniza, ¿qué importa?, vuelvo a repetir.

¿Es que trenzas de jóvenes y canas de viejos no se chamuscaron nunca en las hogueras inquisitoriales?

Preguntad a los judíos, a los moriscos y a tantas infelices víctimas de un fanatismo brutal, con el que, según parece, es moda hoy tener todo linaje de hipócritas y dulzarronas benevolencias.

Aquellos hierros, que llevaban señales de fuego, como afirmaba Morer, podrían no ser grillos, ni mordazas, ni cadenas; pero cadenas hubo por toda España para amarrar cuerpos, y mordazas para ahogar gritos, en las cien hogueras de la Inquisición.

Toda esta parte de mi discurso era verdadera, absolutamente verdadera, y sólo puede negarlo el que lleve en sus venas, sin que lo sospeche quizá, el microbio de la reacción, que, aunque todavía no se ha encontrado, yo estoy seguro que lo encontraría Cajal como estudiase en el microscopio la sangre que yo le diese.

*
* *

Pero me figuro que estos recuerdos, más que recuerdos, son pasiones de hace cuarenta años.

Y me enardezco, y me irrito, y hasta veo color de sangre, siquiera sea la puramente precisa para el microscopio, y me siento tan cimbrio y tan demócrata como en el año 69.

Tengamos calma, bajemos la temperatura y limitémonos a recordar, sin querer convertir los recuerdos en pasiones, que para los viejos son malsanas.

Ello fué que la trenza y los hierros encajaron admirablemente en mi discurso, y al día siguiente me proporcionaron un gran triunfo.

*
* *

Con los discursos sucede algo parecido a lo que sucede con los dramas.

Los dramas se hacen entre el autor, los actores y el público.

Si uno de estos tres elementos falta, el drama no tiene éxito: *no resulta.*

Por bueno que el drama sea, y por esmerada que sea la ejecución, si no hay cuerdas artísticas en el público, que den la misma nota que el autor ha querido dar, y que han pretendido repetir los actores, el acorde resultará incompleto, y a la emoción se sustituirán el cansancio, la indiferencia y el hastío, cuando no la hostilidad manifiesta.

Esto se ha visto cien veces en el teatro.

Y se ha visto lo contrario: obtener un gran éxito un drama mediano, medianamente inrerpretado, pero hiriendo las fibras sensibles del público en aquel momento.

El público puso lo que a la obra dramática le faltaba; el público hizo el drama, y resultó de su gusto, y *se emocionó* con su propia emoción, y se aplaudió a sí mismo, cuando creía aplaudir al autor y a los actores.

Caso evidente de autosugestión colectiva.

Pues algo muy parecido a lo que acabo de describir sucede con los discursos, y sobre todo con los discursos políticos, y sobre todo con los discursos parlamentarios.

Y esto tiene un nombre: la oportunidad.

Yo no sé lo que mi discurso era, porque no he vuelto a leerlo, como antes dije; pero di una nota que vibraba en la atmósfera, desperté un sentimiento que dominaba en la Cámara, porque dominaba en la Cámara el espíritu liberal, y al aplaudirme se aplaudieron a sí mismos.

No quiero decir con esto que el discurso fuera malo: en primer lugar, porque no lo sé; y, además, porque sería una modestia afectada y hasta ridícula.

La modestia tiene sus límites en la sinceridad.

Nada más ridículo que la manera que tienen los chinos de saludarse, según he leído, no en un libro, sino en muchos de los que describen las costumbres del Celeste Imperio.

Se encuentran dos chinos, y se saludan en una forma parecida a la siguiente, aunque es claro que, como yo no conozco el chino, no puedo dar más que una interpretación, que quizá resulte exagerada.

Pregunta el uno al otro:

—¿Cómo está su esposa de usted?

Y el otro contesta, haciendo grandes saludos:

—Aquel monstruo horrendo, aquella mujer intolerable, aquella harpía, espanto de la casa, sigue bastante bien. Y la de usted, ¿cómo se encuentra?

Y el uno contesta al otro:

—Pues aquel mamarracho, aquella sucia insufrible, aquel ser abyecto está un poco acatarrada. ¿Y sus niños de usted?

Y contesta el papá:

—Aquellos mocosos, tan sucios y tan insufribles como la mamá, siguen convirtiendo la casa en un infierno.

Y de este modo continúan los dos chinos poniendo a sus respectivas familias como queda dicho, que es decir bastante.

Así lo exige la cortesía y la modestia, y así se entendía en otro tiempo la buena educación en todos los órdenes de la vida, como los describe el gran crítico en su *Castellano Viejo*.

Le invita un castellano viejo a comer en esta forma, ponderando lo mala que va a ser la comida:

—¿Quiere usted venir mañana a hacer penitencia con nosotros?

Y dice *Fígaro*, con muchísima razón:

« O el buen hombre cree lo que dice, o no lo cree. Si no lo cree, es una afectación ridícula. Y si lo cree, es una crueldad y una impertinencia.»

De todo esto deduzco que entre la vanidad desenfrenada y la exagerada modestia hay un término medio en que están la sinceridad y el buen sentido.

De todas maneras, yo no hago otra cosa que señalar un hecho.

El discurso gustó muchísimo: Dios se lo pague a todos, por lo que me dieron en justicia, si es que hubo algo de justicia, y, sobre todo, por lo que me dieron de más.

Y basta de discurso.

*
* *

Dije antes que lo importante en los discursos parlamentarios es la *oportunidad*; y presenté el discurso de la trenza como una prueba de esta afirmación, si es que necesita pruebas.

Pues ahora voy a presentar otra en sentido contrario; mejor dicho, otra para probar lo mismo, pero por opuestos efectos.

Voy a recordar otro discurso de aquella misma época, casi de aquellos mismos días, un discurso de forma admirable, como de quien era, y que, dado su punto de vista, que no fué ciertamente el mío, pero que sería el de muchos de los que le estaban oyendo, era de un gran fondo y encerraba su buena dosis de verdad.

Discurso que en otra ocasión y en otro momento hubiera sido aplaudido con entusiasmo por los amigos, aunque los enemigos hubieran protestado con ira: que la protesta del que se siente herido equivale a un aplauso, porque demuestra que el golpe fué certero y la mano vigorosa. Pues digo que este discurso a que voy refiriéndome, que hubiera podido ser en otras circunstancias un triunfo, levantó una protesta general en la Cámara y costó la existencia ministerial a un ministro; pero instantáneamente, puede decirse.

Era por entonces ministro de Ultramar el gran poeta, el gran dramaturgo don Adelardo López de Ayala, figura noble, a la antigua española y simpático para todos, desde los neos a los republicanos.

Sintióse enfermo, fatigado, con uno de aquellos accesos de aburrimiento y cansancio que, según sus intimos, sufría con alguna frecuencia, y se marchó a descansar a su tierra: a descansar dos o tres semanas, sin

acordarse en ellas de la política activa, ni de las luchas del Parlamento, ni de lo que en el Parlamento pudiera ocurrir durante su ausencia.

Y es el caso que, al marcharse, la política andaba muy revuelta, muy encarnizadas unas con otras las fracciones de la Cámara, y con pocas probabilidades, según los pesimistas, de salir a flote la nueva Constitución.

Al marcharse Ayala a su tierra, los demócratas y los progresistas estaban a punto de romper con los representantes de la antigua Unión liberal, que eran, por decirlo de este modo, los conservadores de aquella época.

Estas impresiones se llevó Ayala a su tierra; y completamente aislado, sin noticias casi de Madrid, sin leer más periódicos que los suyos ni recibir más cartas que las de algunos amigos, tan apasionados como él mismo contra los demócratas y sus nuevas teorías, que eran, para ciertas gentes, el modernismo de entonces, exagerado y demoledor, allá a sus solas el gran poeta fué cuajando en frases artísticas, pero violentísimas, todos sus enojos y todas sus pasiones políticas.

Y de este modo, en una especie de idealismo conservador, lejos de toda realidad, sin tener en cuenta la marcha del Parlamento, forjó el discurso a que me voy refiriendo, que él creyó, porque debía creerlo, de efecto contundente, y que de golpe le costó la cartera, por una circunstancia tan sólo: por falta de oportunidad; mejor dicho, por una inoportunidad evidente.

Mientras él, allá en su tierra, a solas con su fantasía, elaboraba frases dramáticas, caldeadas por la pasión, contra progresistas y demócratas, en el Parlamento se había cambiado de rumbo y los acontecimientos marchaban en sentido opuesto a aquel en que iban marchando cuando Ayala se marchó a descansar.

Después de muchos trabajos internos, de muchas conferencias entre los jefes, de arreglos mil y componendas más o menos elásticas, unionistas, progresistas y

demócratas habían llegado a pactar una especie de tregua hasta que la Constitución se aprobara y todos la firmasen; pero todos llegaron a comprender que una ruptura estrepitosa en aquellas circunstancias era la ruina y la vergüenza para cuantos habían contribuído a la Revolución de Septiembre.

Por eso he dicho muchas veces en estos recuerdos que en aquella época las ideas solían imponerse a las pasiones, a los intereses y aun a los odios más violentos.

Este hecho que cito lo demuestra de una manera indiscutible.

Pactóse, pues, la tregua; calmáronse los ánimos, y se trataron los mayores adversarios como si fuesen los mayores amigos, al menos por algunos días.

Era una amistad prendida con alfileres, como vulgarmente se dice, que de éstas hay muchas en política; pero de todas maneras, unos y otros se contenían en los límites de una aparente cordialidad, procurando evitar todo motivo de discordia.

En estas circunstancias volvió Ayala, recuperada la salud y con grandes deseos de batallar.

Y así se presentó en el Congreso, y se sentó en el banco azul.

¿Es que no se hizo cargo ni se enteró de lo que había sucedido durante su viaje?

¿Es que no le enteraron sus compañeros de Gabinete, o es que alguien tenía interés en que la tregua se rompiese, y quería sacar el ascua con mano ajena, sirviéndose del talento y de la palabra elocuente de Ayala para deshacer la concordia, romper de nuevo las hostilidades y hacer imposible que la nueva Constitución se votase por todos?

Lo ignoraba y lo ignoro, limitándome a relatar los hechos externos.

Las apariencias fueron que don Adelardo ignoraba por completo cuanto durante su ausencia había ocurrido en la Cámara.

Y pidió la palabra, no sé con qué motivo, y se le-

vantó solemne y majestuoso. Era la primera vez que hablaba ante las Constituyentes.

Silencio, expectación, solemnidad.

Y empezó su discurso don Adelardo, con acentos enérgicos, como si allí no hubiera ocurrido nada, tomando las cosas desde el punto en que las dejó, y no faltaba mucho para que empezase de este modo: Señores diputados: decíamos ayer...

Asombro en la Cámara desde el principio, inquietud desde las primeras palabras, interrupciones y protestas desde los primeros párrafos.

¿Qué significaba aquéllo? ¿Qué interpretación tenían aquellos ataque extemporáneos a los elementos avanzados de las Constituyentes?

¿Hablaba en nombre del Gobierno o por su propia cuenta?

¿Era el arranque genial de un orador y de un poeta, o una provocación a todos, calculada con el fin de que se rompiese la tregua?

Pocas veces se ha visto un reprobación más general.

No al orador, que la peroración era magnífica; no al hombre político, que muchos estaban conformes con cuanto decía; pero sí al que llegaba, a modo de *enfant terrible*, a destruir con un discurso la obra trabajosa de la conciliación, de la cual dependía el que se votase en paz aquella obra que había de ser el código de 1869.

Todos protestaban: progresistas, demócratas, republicanos y hasta la mayoría de sus propios amigos.

Si algunos le habían incitado para que realizase aquel acto, en vista del efecto producido, le negaron como San Pedro a Cristo, y se indignaron tanto como todos los demás.

Sus compañeros del banco azul, unos se revolvían inquietos, otros ponían la cara triste, y, en suma, la reprobación era universal.

Y él, impasible, descargando mandobles con su caballeresca espada, no precisamente a derecha e izquier-

da, sino sobre la izquierda sólo; descargando frases, trazando cuadros, enardeciéndose cada vez más.

Recuerdo la pintura que hizo del día en que embarcaron en Cádiz a los generales desterrados para Canarias, y con qué soberano desprecio pintó la actitud cobarde de las masas populares.

Y claro es que, cuanto más elocuente estaba, mayor era la indignación; la verdad es que la Cámara no estaba para retóricas.

Muchos hombres políticos, sobre todo de los partidos avanzados, se acercaron al banco azul, y con gran calor y en tonos violentos hicieron saber al duque de la Torre que si en el acto no desautorizaba al ministro, la conciliación estaba rota y la lucha sería implacable.

A todo esto, Ayala continuaba impasible, diciendo en sustancia, aunque en formas épicas, que las masas populares y los partidos avanzados ni servían para nada, ni para nada tenían fuerza, y que no estarían allí, seguramente, si los generales, la marina y la Unión liberal no los hubieran traído.

Y terminó arrogante y magnífico.

Y se levantó el duque de la Torre, y en pocas palabras y enérgicas le desautorizó por completo.

No era hombre que se inmutase Ayala: apenas mostró sorpresa, aunque el duque de la Torre era gran amigo suyo; pero al fin se hizo cargo de las circunstancias, y en el acto presentó su dimisión.

De manera que un discurso admirablemente artístico, y con cuyo fondo estaban conformes todos los de la Unión liberal, le costó la vida ministerial a un ministro simpático y prestigioso.

¿Por qué?

Sólo por falta de oportunidad.

Cada cosa en la vida, y sobre todo cada discurso, tiene su momento oportuno.

LXXV

Dediqué el último artículo a mi discurso de «la trenza del quemadero», que este nombre se le daba.

Eran recuerdos personales y que a mi persona se referían de preferencia, lo cual no es de extrañar, puesto que soy yo quien recuerdo y quien va dictando los recuerdos.

Y, sin embargo, con ser tan personales, tienen un sentido general, y dan a conocer el estado de los espíritus y de la opinión en aquellos días de las Constituyentes de 1869.

Si el discurso tuvo tanta resonancia, es porque respondía a un estado general de los espíritus.

El 80 por 100 del éxito debióse, sin duda alguna, a la oportunidad, a que yo sentía lo que sentían todos, y a que lo expresé en forma más o menos dramática, que en armonía estaba con el romanticismo de aquella política.

Y ya ven mis lectores que generosamente cedo el 80 por 100, y que con el 20 por 100 me quedo para mí, que en esto de méritos propios todos somos un tanto usureros.

Claro es que el efecto del discurso duró lo bastante para hacerme ministro; si fué un bien, Dios se lo pague al discurso, al quemadero de la Cruz, a los inquisidores que lo aprovecharon y a mi amigo don José Morer, que

me dió la noticia que yo supe aprovechar con algún acierto.

Pero todo se gasta, y, naturalmente, se gastó el discurso; y algunos meses más tarde, cuando ya era yo ministro de Fomento, que lo fuí casi dos años seguidos, precisamente hasta la venida de don Amadeo, el discurso se fué poco a poco gastando, y ya le hincaban el diente al hierro, a la trenza y al drama inquisitorial.

Y le hincaban el diente los que debían y los que no debían, los amigos y los adversarios.

Dejemos a los amigos en el olvido, que es en mí acto de generosidad, y vamos a los adversarios.

*
* *

Un literato eminente, que luego fué gran apasionado mío, a quien debí verdadera simpatía y grandes favores en el orden de la Literatura, escribió por entonces un formidable folleto contra los hombres de la revolución, haciéndome el honor de colocarme entre ellos, que era honor inmerecido por mi poca importancia política; pero allá fuí a los versos del poema, porque era un poema casi, a la par que Serrano, Prim, Topete, Sagasta y Zorrilla.

¡Dios del cielo! ¡Cómo podía yo imaginarme verme tan en alto!

Pues en el poema estaba, y de mí decía el admirable literato a quien me refiero, que admirable fué y lo será siempre en la historia de la Literatura patria:

> ... Echegaray, el de la ciencia y lira,
> el que los hierros funde,
> y no el cabello en la abrasada pira.

La acusación era injusta, y yo me consolé pensando que lo era, y que al pretender darme una lección de Física, se había cogido los dedos, como vulgarmente se dice, mi futuro amigo y gran maestro.

Porque es lo cierto que, por mucho que yo me hu-

biera empeñado, o por mucho que se empeñasen los inquisidores, no hubiéramos podido encontrar la manera, ni ellos ni yo, de fundir una trenza de cabello.

Es operación física que nadie ha podido realizar, por grandes que sean sus aptitudes para encender piras.

El cabello se chamusca, se quema, se reduce a gas, pero no hay manera de fundirlo.

De suerte que, si no lo fundí en el discurso, obré con prudencia.

Además, tampoco fundía el hierro.

Y esto de encontrar objetos medio quemados junto a metales que el fuego oxidó o cambió de estructura, es un ejemplo que se ha repetido centenares de veces. En el museo de Kensington, en una vitrina que contiene restos del gran incendio de Londres, hay metales deformados, y telas y cuerdas y materias análogas a medio quemar.

Porque una hoguera es cosa muy complicada, por más que en aquellos tiempo (a los de la Inquisición me refiero) fuera cosa sencilla y corriente.

Con esto, es decir, con esta defensa, queda mi conciencia tranquila y cumplidos los más elementales deberes de gratitud para con aquel discurso, que a tan larga distancia lo veo, que ya casi no me parece mío, y que si lo leyese, que no he de leerlo, podría juzgarlo casi con absoluta imparcialidad.

Y sigamos adelante.

***

Y adelante siguió el debate sobre el proyecto de Constitución.

La forma de gobierno, los derechos individuales, la base religiosa y el sufragio universal fueron, naturalmente, los problemas más discutidos, y en que la Cámara se mostró a mayor altura; altura no superada ni antes ni después.

Algo se discutió sobre la existencia de las dos Cámaras, el Congreso y el Senado; pero, aunque de im-

portancia, este debate fué oscurecido por los que antes he señalado.

Sobre el sufragio universal pronunció Cánovas del Castillo un soberbio discurso. Admirable por la forma, por la enérgica entonación, por la profundidad del pensamiento, y hasta por cierto espíritu profético.

Todo esto desde el punto de vista conservador, que es y será siempre respetable, y con el cual habrá que contar siempre. Que la misma locomotora, que está hecha para marchar, si lleva vapor hirviente, lleva también frenos y regulador.

Entre otros muchos puntos de vista, dominaba éste: establecer el sufragio universal es entregar en lo futuro al socialismo la gobernación del Estado.

Los demócratas ya lo sabían, y sin embargo, el sufragio universal estaba en su credo, porque tenían fe en el derecho y fe en las energías vitales de la sociedad.

Se encargó de contestar a Cánovas del Castillo el gran tribuno Ríos Rosas: *a todo señor*, *todo honor*, como dicen en Francia; y además, las ideas democráticas, defendidas por un individuo de la Unión liberal, tenían más fuerza política que defendidas por un demócrata, aunque el demócrata se llamase Martos o Rivero.

Realmente, era un nuevo triunfo del grupo democrático.

Ríos Rosas era un gran tribuno; pero era, sobre todo, un orador de combate.

Aunque era hombre de cultura, la defensa doctrinal de las ideas no era su fuerte.

El necesitaba la lucha, el ataque, el golpe recibido, el golpe devuelto, la espada que choca con la espada, la chispa que salta al golpe violento de los hierros.

Esto de la chispa no suele ocurrir con frecuencia; pero en Retórica suena bien.

En suma: Ríos Rosas era un admirable batallador parlamentario.

Sus frases quedaban siempre esculpidas.

Cuando se levantaba y apoyaba las dos manos en el

banco de delante y empezaba a oscilar su cuerpo, como el de león que se prepara para dar el salto; y entre párrafo y párrafo respiraba fuerte, con respiración que unas veces era el ronquido andaluz de la Serranía, y otras veces semejaba el rugido de la fiera; y de este modo interrumpía a trozos el discurso para dar paseos a lo largo del banco, los diputados se iban retirando poco a poco haciéndole espacio, y al fin se quedaba solo, rugiendo, perorando con voz poderosa, y cuando era preciso, lanzando un latín de Tácito, que la mayor parte de los oyentes no entendía, pero que a todos les aterraba.

Porque, realmente, una cita de Tácito es siempre formidable.

Y así empezó su contestación a Cánovas.

Pero la materia era doctrinal: no era el terreno predilecto de don Antonio el de los Ríos y las Rosas; para rebatir al otro Antonio, era preciso saber mucho y pensar mucho, tener mucha erudición y mucha lectura moderna, y era preciso, sobre todo, sentir hondamente lo que se defiende, combatir por una Dulcinea, y no creo yo que la idea democrática pudiera ser la Dulcinea de los hombres de la Unión liberal.

Ello fué que el discurso avanzaba, y el orador no conseguía los aplausos a que estaba acostumbrado: la oración resultaba lánguida, pesada y fría.

Se le oía con respeto, porque a Ríos Rosas se le respetaba siempre.

Los demócratas le oíamos con gratitud; pero ni en unos ni en otros había entusiasmo.

Y él lo comprendió; hizo un cuarto de conversión, varió de tono, se dejó de defensas doctrinales de las nuevas ideas, enardeció la voz, y arremetió contra Cánovas del Castillo, diciéndole, con algo semejante a un rugido, que era «¡inicuo!»

— «Su señoría es inicuo —; y en un grito terrible, más bien que pronunció, rugió la palabra *inicuo*, haciendo vibrar todas las letras.

Realmente, ni nadie comprendió, ni nadie pudo comprender, por qué era inicuo Cánovas del Castillo al combatir desde su punto de vista el sufragio universal.

Y sin embargo, todo el mundo le aplaudió a Ríos Rosas, porque llamar inicuo al adversario, con razón o sin ella, siempre suena bien.

Yo, por lo bajo, y con mi desdichado espíritu de justicia, le preguntaba a Martos:

—¿Por qué dice que es inicuo?

Y él me decía:

—Es usted nuevo en política; Ríos Rosas tiene razón; el adversario es siempre inicuo.

Y continuó su discurso Ríos Rosas, y le aplaudieron.

Y contestó Cánovas con la valentía y la superioridad de siempre, y aquel duelo entre dos gigantes del Parlamento fué verdaderamente interesante.

Claro es que el sufragio universal triunfó, y algunos años más tarde, el mismo Cánovas del Castillo tuvo que aceptarlo, acomodándose a las circunstancias.

En la política siempre habrá un tanto por ciento muy elevado de oportunismo.

El pasado tiene fuerza: la tradición es un fuerza viva, que adquirió la sociedad durante siglos, y que no puede anularse de golpe, sin choque y sin catástrofe.

El porvenir reclama cambios, y evoluciones, y sacrificios; pero entre la tradición y el porvenir, el presente se impone.

¿Por qué decía yo esto, que me parece que he perdido el hilo del pensamiento?

Ya lo recuerdo: para explicar cómo Cánovas, habiendo combatido el sufragio universal, al fin lo aceptó.

***

Y acabó de discutirse en discusión noble y amplia la Constitución del 69, que fué, quizá, la más amplia de Europa, porque en sí llevaba hasta reglas y preceptos para su propia modificación legal.

Fué como un pacto de todos los partidos: la aspiración de sus autores era que fuese una legalidad común, y que cerrase para siempre el camino al pronunciamiento y a la revolución.

¿Hasta qué punto lo consiguió?

Como yo no soy historiador, no tengo para qué decirlo.

Hecha la Constitución del 69, había que organizar los poderes públicos.

Al duque de la Torre se le nombró Regente del Reino: era el jefe del Estado, era una especie de rey constitucional mientras se elegía monarca.

Y así, los términos del problema cambiaron.

Antes, el problema supremo era tener una Constitución; ahora, el problema era buscar un monarca para el trono vacante.

Entretanto, el duque de la Torre era Regente, y era presidente del Consejo y ministro de la Guerra el general Prim.

Un Regente, una Constitución, un presidente de Consejo de gran fuerza: la revolución se detuvo un instante y pudo respirar; su obra se iba realizando.

Pero había que buscar rey.

Esto a mucha gente le parecerá cosa fácil.

No hay más que salir a la calle y al primero con quien se tropiece preguntarle cortésmente: —¿Quiere usted ser rey?

Y es probable que conteste: —Con mucho gusto. ¿Adónde hay que ir y cuándo ha de ser la coronación?

Pues esto, que en los cuentos de *Las mil y una noches* parece cosa fácil, en la realidad resultó dificilísimo.

Al principio se creyó que no lo era; había una candidatura patrocinada por don Salustiano Olózaga, aceptada por casi todos los progresistas, aceptada también por los demócratas, y a la cual no podían oponerse de una manera ostensible la mayor parte de los unionistas; candidatura que aun a muchos republicanos federales, allá en el fondo de sus patrióticas conciencias, no les resultaba repulsiva.

Me refiero a la candidatura de don Fernando de Portugal.

Esta candidatura era por entonces la que parecía sumar más voluntades y la que aminoraba, por decirlo de este modo, la hostilidad de los montpensieristas y la de los republicanos.

Iba enlazada con la cuestión ibérica; parecía para el porvenir un lazo sólido con Portugal, y halagaba las esperanzas, según unos, las ilusiones, según otros, del gran problema de la Unión Ibérica.

Problema es éste en que había fijado principalmente don Juan Prim su voluntad y sus anhelos; problema que acariciaba Ruiz Zorrilla, y problema, en suma, que preocupaba a todos.

Y estando conformes Prim y Zorrilla; no pudiendo oponerse abiertamente ni aun los que tenían compromisos anteriores con el duque de Montpensier, y viéndose obligados, aun los republicanos, a poner sordina a sus odios monárquicos ante el problema supremo de la unión de España y Portugal, claro es que la candidatura de don Fernando fué, en general, aceptada con regocijo y con entusiasmo.

Nos reunieron por grupos a los diputados monárquicos; yo recuerdo perfectamente haber asistido al de los demócratas, y todos aceptamos la candidatura propuesta.

Sólo un pequeño grupo acariciaba otra candidatura, a que daba el nombre de candidatura nacional, que era la del ilustre Espartero, el héroe de Luchana, el invicto duque de la Victoria.

Pero esta candidatura fué siempre platónica: todos respetaban al candidato por su historia gloriosísima; pero, si he de decir la verdad, ninguno la tomaba en serio.

Espartero no tenía hijos, y aun afirmaban sus íntimos que, aunque se le ofreciese, jamás querría ocupar el trono vacante de doña Isabel.

Durante algunas días, no creo que llegase a un mes,

la candidatura de don Fernando fué vencedora, y, al parecer, definitiva.

¿Qué sucedió después? ¿Qué sucedió cuando se le empezaron a hacer insinuaciones?

Se contaron muchas historias dramáticas, cómicas, misteriosas.

Yo de esto sólo sé lo que se contaba en los pasillos del Congreso y en los círculos políticos; y como todavía no era más que director de Obras públicas, no tuve ocasión de penetrar en el fondo de aquel problema.

Y como sólo refiero mis recuerdos y sólo afirmo lo que personalmente me consta, soy ante la Historia testigo que nada sabe de este asunto, sino lo que públicamente se contaba, y esto no vale la pena de que yo lo repita.

En resumen: don Fernando no aceptó, y fracasó la candidatura.

Le oí en la intimidad tronar a Ruiz Zorrilla, dando rienda a su carácter violento, cuando contraridades políticas cerraban el paso a sus ideales; le oí tronar, digo, contra el eterno femenino, que desde los tiempos de Eva se mezcla y toma parte, a veces decisiva, en los problemas humanos.

*
* *

Y nos quedamos sin candidato.

¡Y qué difícil era buscar otro, o, mejor dicho, encontrar otro!

Contra otro cualquier candidato recobraban sus furores antimonárquicos los federales; ante ningún otro candidato cedían los montpensieristas.

Se murmuraba por lo bajo que éste iba ganando terreno; que entre los progresistas había quien con el duque había adquirido compromisos recientes, y aun más tarde se habló de algún demócrata, y de los más ardientes, como nuevo partidario de la candidatura de Montpensier.

Y todo esto contribuyó a dividir la mayoría de la Cá-

mara, a agrandar las distancias entre los tres grupos, demócratas, progresistas y unionistas, y a sembrar desconfianzas y recelos entre todos.

Y volvieron las luchas entre demócratas y unionistas.

Y trascendieron hasta el mismo Gabinete, y, por último, vino una cuestión batallona, que no recuerdo cuál fué, y no quiero tomarme el trabajo de averiguarlo, contra don Martín Herrera.

Creo no equivocarme, pero si me equivoco da lo mismo; subsiste siempre el hecho de que los demócratas le pusieron la proa al Ministerio; mejor dicho, a uno de los ministros procedentes de la Unión liberal.

Estalló el conflicto en el Parlamento; los demás ministros, incluyendo a Ruiz Zorrilla, salieron a la defensa de su compañero, unos con todo el ardor de sus ideas políticas, otros por lealtad, todos por compañerismo y por evitar divisiones.

Generosidad inútil: el grupo democrático no cedió.

Los demócratas habían dictado, puede decirse que habían impuesto, esta es la palabra, la mejor parte de la Constitución.

La Constitución era, casi toda ella, suya, y sin embargo, no tenían ningún ministro que los representase en el banco azul.

Esta situación humillante no podía tolerarse, porque la exclusión del elemento democrático en el Gobierno era algo así como un principio de traición a la Revolución de Septiembre.

Y cuenta que no hablo por la mía; me limito a repetir lo que se dijo públicamente, aunque es claro que en la discusión la idea fundamental se tradujera de otro modo.

Ello fué que, a pesar de los esfuerzos del Gobierno, hubo de recaer una votación que traía consigo, o la derrota de Martín Herrera, o la ruptura entre el Gobierno y los demócratas, o las dos cosas al mismo tiempo si no se llegaba a una componenda.

¡Qué cosa tan extraña!

La componenda fuí yo. Es decir, yo fuí *uno de los elementos* de la componenda.

***

Y a propósito de la frase que acabo de dictar, recuerdo el discurso de un diputado progresista que, enumerando sus sacrificios y trabajos revolucionarios, decía con soberano arranque y voz poderosa: —El primer tiro que se disparó en la provincia de Gerona fuí yo.

Y me decía Martos por lo bajo: —Siempre sospeché que ese hombre era un tiro.

Pues bien: la frase no es tan desatinada como gramaticalmente parece; porque en aquella crisis ministerial, tan necesitada de una componenda para evitar la ruptura de los elementos revolucionarios, en parte la componenda fuí yo.

Y voy a explicar cómo.

Entiéndase que entré en la componenda, pero inconscientemente, sin hacer nada por mi parte, contemplando el espectáculo, y nada más, y descansando todavía tranquilo y satisfecho sobre la trenza del quemadero.

***

Como decía antes, estalló la tormenta parlamentaria, y los demócratas pidieron votación nominal.

Primer conflicto parlamentario para mí; para mí, que odio estos conflictos, que no me gusta votar contra nadie; para mí, que quisiera siempre votar en favor de todo el mundo.

¿Qué necesidad hay de dar disgustos a personas buenas y simpáticas, manifestando ante el país que encuentra uno mal lo que hacen, cuando la ley matemática de probabilidades demuestra que casi todos los demás ciudadanos lo harían mucho peor?

Pues no hay más remedio: hay que levantarse del asiento, poner la cara severa, dar notas graves a la voz y decir:

Fulano, sí, o Fulano, no.

Las votaciones nominales me han disgustado siempre sobremanera.

Y en aquel caso me disgustaba aun más, porque era la primera vez que ejercitaba en público el monosílabo parlamentario; personalmente me era simpático Martín Herrera, o el que fuese; y, además, como Zorrilla había de votar sosteniendo a su compañero, y yo había de votar con la sana intención de derribarlo, porque así lo exigía la política, resultaba fatalmente que yo tenía que votar contra Zorrilla.

¡Votar contra Zorrilla, a quien yo le debía todo en el orden político, que tan cariñoso era conmigo, con quien pasaba seis o siete horas al día departiendo amistosamente!

De mí no se podía exigir este sacrificio: era una proclamación de ingratitud; a mí me parecía una indignidad.

¡Un director de Obras públicas votando contra el ministro, contra él!

¡Imposible, absolutamente imposible!

En aquellos malditos escaños rojos pasé un rato cruel.

¿No sería lo mejor marcharme?

Estoy seguro que esta idea de la fuga se le habrá ocurrido muchas veces a muchos diputados en circunstancias análogas a las mías.

En fin: no sabiendo qué hacer ni qué resolución tomar, cambié de sitio; me fuí a buscar a Gabriel Rodríguez y a Cristino Martos, y les expuse con toda ingenuidad, con ingenuidad algo infantil, mi situación.

En suma: yo no quería dar aquel disgusto a don Manuel, porque les aseguraba que Zorrilla iba a tener un verdadero disgusto.

¿Cómo terminó mi primer conflicto parlamentario?

Lo explicaré en el próximo artículo, y ahora déjenme mis lectores tomar aliento, que, sólo el recordar aquel trance, me acorta la respiración y me sacude un tanto los nervios.

LXXVI

Había quedado, si la memoria no me es infiel, al terminar el precedente artículo, consultando con ansiedad suma a Gabriel Rodríguez, en cuyo criterio tenía yo confianza absoluta, y a Cristino Martos, a quien ya reconocía como jefe o como uno de los dos jefes del grupo democrático, sobre mi situación política y el conflicto en que me encontraba, o en que iba a encontrarme, al llegar la votación próxima, que había de decidir de la suerte ministerial de Martín Herrera.

Y mi conflicto, puramente del orden moral, pero grande, era éste:

Votaba contra el Gobierno: pues era votar contra Ruiz Zorrilla; porque todos los ministros votaban, como era natural, en pro de su compañero.

Votaba en pro: pues me separaba de todos los demócratas.

Me abstenía: pues era un acto cobarde, y que, para mí, tampoco resolvía nada.

Martos, calándose los quevedos, en tono amistoso, pero en que vibraba cierto acento de autoridad, me dijo, poco más o menos, lo siguiente:

—Querido Echegaray: yo comprendo su situación de usted; pero si sigue usted en la política, en muchas ocasiones como ésta ha de verse, y, para el hombre político, aunque usted lo sabe, permítame que se lo diga, sus

deberes están antes que sus afecciones, sus amistades o sus gratitudes: afectos todos que pueden tener cumplida satisfación en otra esfera; pero que, en la esfera política, deben subordinarse a más altas obligaciones. Si usted no vota con nosotros, será como si de nosotros se separase, y será para todos un disgusto, y para usted no creo que sea una satisfacción.

— Pero el disgusto, y grande — le repliqué yo —, se lo voy a dar a don Manuel, a quien estoy muy obligado, como usted sabe, y de quien soy verdadero amigo.

Y Martos sonrió, y mirándome entre burlón y compasivo, me dijo:

— Pero ¿usted cree que va a ser muy grande el disgusto de Zorrilla si vota usted contra Martín Herrera? ¿No pudiera ser que, al contrario de lo que usted supone, le proporcionase usted, sin saberlo, una satisfacción? ¿Tan encariñados supone usted a los progresistas con los ministros procedentes de la Unión liberal, que derramen lágrimas de pena porque se malogre uno de estos últimos?

Yo no me daba por convencido, y batallaban en mí fieramente, y angustiosamente pudiera decir, mis afectos con mis deberes, según Martos les llamaba, y según eran, que, como deberes, y deberes imperiosos, yo los reconocía.

Y en esto intervino Gabriel Rodríguez, que, como tenía más confianza conmigo de la que por entonces tenía Martos, y como su carácter franco y enérgico no le permitía velar su pensamiento ni endulzar sus frases, me disparó esta andanada:

— Pues yo le digo a usted como Martos, pero más en seco, que debe usted votar con nosotros, piense lo que quiera Zorrilla. Que, de lo contrario, nos hace usted traición, y se pasa usted, por lo menos, a los progresistas, y que todo el mundo pensará y dirá que ha votado usted con Zorrilla por miedo de perder la Dirección de Obras públicas; y no se haga usted la ilusión de imaginar, que nadie ha de creer ni en sus amistades ni en

sus gratitudes: conque ahí tiene usted mi opinión en términos claros y concretos.

Yo me encabrité, y perdóneseme la frase, aunque el único que tendrá que perdonarla, en todo caso, seré yo.

Me encabrité, digo, al sentir el espolazo de Rodríguez, y, sin decirles palabra, bajé al hemiciclo, lo crucé, me acerqué al banco azul y le dije a Zorrilla:

— Tengo un sentimiento muy grande; pero pertenezco al grupo democrático, y voy a votar contra ustedes: sé lo que a usted le debo, mi gratitud es muy grande; pero usted comprenderá lo que dirían de mí si hiciera otra cosa. Sólo ante la duda, ya lo dicen.

»Pero yo no puedo votar en contra y conservar la Dirección; de suerte que, suceda lo que quiera, dé usted por presentada mi dimisión, que me proporciona una pena muy honda, no por mí, sino por usted, y que es irrevocable.»

Yo quería seguir, pero él me interrumpió:

— Bueno, bueno; de eso más tarde hablaremos, y de la dimisión no hablaremos nunca, y a saber cómo concluirá todo esto. Conque usted vote lo que quiera.

— Y tan amigos como siempre — le dije dándole la mano.

Él me dió la suya riendo, y agregó:

— Tan amigos como siempre, y no sea usted romántico, que en política no aprovecha.

Subí agitadísimo a mis bancos. Llegó la votación, voté con los demócratas, vino una crisis, y cayó Martín Herrera.

*
* *

Ya expliqué antes que la crisis era más honda de lo que parecía.

En suma: se trataba de si los demócratas habían de tener o no representación en el Gobierno; y empezaron las conferencias, los cabildeos, las luchas de siempre, y para mí nuevos conflictos.

Por eso he dicho muchas veces que la política me molesta, me aburre y me pone nervioso.

Por eso huyo de ella siempre que puedo, y me doy a todos los diablos cuando el cilindro laminador me coge y me lamina.

Y no es que yo crea, como algunos, que la política es funesta y nefanda, y que a todo trance debía suprimirse.

Ni es posible suprimirla, ni podría suprimirse aunque se quisiera; y, además, con todas sus impurezas y corrupciones, la considero grandemente fecunda.

Más corrupción tiene el abono, y gracias a él hay cosechas.

Y, después de todo, la política es la acción activa, y a los cuatro vientos, y a la luz del sol, de todas las energías nacionales, que toman parte directa o indirectamente en la marcha de los negocios.

Con todas sus corrupciones, es motor, y es freno, y es látigo, y es elemento de regeneración.

Todo lo cual no impide que a mí me moleste grandemente y que huya de ella siempre que pueda.

En la faena universal hay para todos los gustos, y el principio de división del trabajo, ese sí que es grandemente fecundo; de suerte que, los que tengan afición a la vida política, pueden y deben ser hombres políticos, dejándome a mí en paz con mis gustos tranquilos y pacíficos.

***

Aquella crisis resultó en mi provecho, y, sin embargo, yo de ella renegaba porque volvió a ponerme en situación bien crítica.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, cuya influencia era ya muy grande, planteó el problema de este modo:

— Yo paso a Gracia y Justicia: queda vacante el Ministerio de Fomento, y en el Ministerio de Fomento entra Echegaray.

Y así me lo dijo riendo.

— Me presentó usted la otra tarde su dimisión de di-

rector, y yo, enojadísimo con su conducta de usted, se la acepto; pero, en cambio, me voy de Fomento y entra usted en mi lugar.

Era imposible demostrarme más cariño ni hacer más por mí; que un padre no hiciera tanto por su hijo.

Todo esto debía ser para mí motivo de regocijo y de nueva gratitud para con don Manuel; y a tanta bondad debía yo corresponder en términos cariñosos: más que agradecidos, sumisos.

— Haga usted de mí lo que quiera — debí decirle —, que hace usted por mí mucho más de lo que merezco.

Pues véase lo que es la política, y qué agria y qué áspera es de puro severa, cuando le da por mostrarse severa y recta. La oferta de Zorrilla, porque sus compañeros habían aceptado la combinación, fué para mí un nuevo conflicto y motivo de un gravísimo disgusto; vamos a ver cómo y por qué.

La combinación propuesta por Zorrilla, no sólo no fué aceptada por el grupo democrático, sino que fué rechazada en seco y por razones poderosas; hay que reconocerlo. Martos las explicaba con su claridad acostumbrada: aquella solución, según él, no era solución para la crisis política que se había planteado. Era un cambio de personas: si el nuevo ministro no lo proponía el grupo democrático, sino un ministro progresista como Zorrilla, por simpático que el candidato fuese, debía considerarse como un ministro progresista más en el Gabinete. Y yo tenía el deber de rechazar el ofrecimiento de don Manuel Zorrilla.

Eran tan claras las razones, que yo no dudé un solo momento y decliné la honra que se me dispensaba.

Pero no por la honra en sí, ni por interés bastardo de ninguna clase, ni por ambiciones mortificadas que yo no sentía, sino por verme obligado a mostrar despego, siquiera aparente, a quien me había colmado de favores, renuncié con profundo dolor.

Porque yo me ponía en el caso de Zorrilla ante mi negativa, y pensaba yo que pensaría don Manuel:

«¡Qué pronto empieza la ingratitud! He hecho por él lo que no ha hecho nadie: le he sacado de la oscuridad; he sido para él más un amigo que un jefe; le he buscado turno en la discusión; le hago ministro a los seis meses de figurar en la política, y todavía se muestra desdeñoso y altivo si por mi influencia le dan el ministerio.»

Yo, para los efectos personales, tengo una sensibilidad exquisita tan exagerada, que a veces es morbosa, y, revolviendo todas estas ideas mientras duró la crisis, pasé momentos muy amargos.

Hubiera dado cualquier cosa por continuar en mi Escuela de Caminos entre mis discípulos y mis compañeros, sin tropezar a cada paso, en este árido e ingrato campo de la política, con un conflicto entre mis amistades y mis deberes.

Cumplía mis deberes siempre, pero de mala gana, sin satisfacción íntima ni contentamiento.

*
* *

¿Por qué contaré yo todas estas cosas al lector? Ni son dramáticas, ni, por lo tanto, interesan; ni son cómicas y, al menos, hacen reír.

Son pura y simplemente insustanciales.

Insustanciales para los demás; para mí no lo eran.

Y la verdad es que todos estos estados interiores de un hombre político no está de más que se conozcan, se sepan y se estudien, porque a veces tienen más trascendencia de la que parece.

En un granillo que ruede, está toda la gravitación universal.

En el sentimiento de un hombre, por modesto que sea, si es sincero, acaso está la humanidad entera.

De suerte que, en estos casos, es inútil hablar de lo pequeño y lo grande, de lo insustancial o de lo jugoso, de lo que entretiene o de lo que aburre.

Hay que tomar el hecho, por diminuto que sea, y estudiarlo.

Digo esto con cierta malicia, para imponerme de buena manera al lector y que no proteste más de lo justo.

Todas estas son cosas pequeñas, si se quiere, mas ya vendrán cosas grandes, que para todo hay hueco en el espacio y el tiempo.

Por fin la crisis se resolvió imponiéndose los demócratas.

Nos propusieron a Becerra y a mí, y los dos entramos en el Ministerio: él en el de Ultramar, yo en el de Fomento, en representación ambos del grupo democrático.

*
* *

Zorrilla quedó, no diré enojado conmigo, pero quedó tristón, si vale la palabra.

Aunque nada me dijo en este sentido, y hasta el último instante extremó sus pruebas de afecto, algo de amargura debió quedarle en el alma; si no un desengaño, la sombra de un desengaño al menos.

Y no tenía razón: yo seguí fielmente a su lado, sin pedirle nada, sin molestarle nunca, defendiéndole siempre, ayudándole en su política hasta que, después de muchos años, que al menos a mí muchos me parecieron, cuando él, en los ardores de la lucha, tomó derroteros que yo en conciencia no pude seguir, me retiré del campo de la política y volví a mi casa, a mis trabajos y a mis aficiones: a la literatura, y a la ciencia, y al estudio.

Y fuí ministro, y me sorprendió grandemente el serlo, porque yo jamás había aspirado a tan alto puesto.

Me acuerdo, sí, la primera vez que bajé de mi casa, en la calle del Barquillo, y entré en el coche ministerial.

Es una ráfaga de recuerdo, por decirlo así.

Y recuerdo que los caballos del coche ministerial me parecieron muy feos, muy desgarbados, muy poco artísticos; para llevar caballos tales en el coche, casi no valía la pena de ser ministro.

Con ellos seguí, sin embargo, durante los dos años que estuve en Fomento, y al salir los dejé tan desgarbados y tan feos como cuando se pusieron a mis órdenes.

El arte domina en mí, y no debe extrañar el lector que el sentimiento artístico pudiera aún más que la vanidad satisfecha, ni es maravilla que así fuese, porque vanidad no sentía ninguna.

***

Votada ya la Constitución, organizados los Poderes públicos con un regente y un Gobierno responsable, y la representación en ese Gobierno de los tres partidos que habían hecho la revolución, unionistas, progresistas y demócratas, la cosa pública había llegado a adquirir cierta normalidad relativa.

El problema político había cambiado.

Antes se necesitaba una Constitución: Constitución ya la teníamos.

Ahora para esa Constitución se necesitaba un rey: había que buscarlo.

Y aun antes de que la Constitución se votase, habían empezado los trabajos, según explicaba yo en otro artículo.

Pero la candidatura de don Fernando de Portugal había fracasado, y el problema se planteaba de nuevo.

Así estuvimos año y medio o más, y en aquel período nuestro Ministerio de conciliación vaciló varias veces, y fué preciso toda la energía, toda la habilidad, toda la constancia invencible y todo el prestigio del general Prim, para que llegásemos al término, con rozamientos, con dificultades, con algunas crisis parciales; pero sin descomposición total.

Así seguí yo en el Ministerio de Fomento durante todo aquel período, hasta los primeros días del 71, en que llegó a España don Amadeo, y en que se constituyó el Ministerio de prohombres como Ministerio de amplia conciliación y de eminencias.

De estos dos años mucho tengo que decir, porque muchos recuerdos conservo, aunque revueltos y a veces confusos.

Pero no importa; diré lo que recuerde, y si me equivoco, que rectifique la Historia, dado que se digne rectificar mis enmarañadas impresiones.

***

La figura, la gran figura que en este período se destaca, es la de don Juan Prim.

¡Qué labor la suya, qué calma, qué paciencia, qué tenacidad, qué buen sentido, qué energía, qué constancia!

Antes de conocerle personalmente, me lo había figurado de modo muy distinto del verdadero.

Me lo habían pintado como un hombre enérgico, pero excesivamente enérgico, arrebatado y violento. Valeroso hasta la temeridad y el delirio, pero dejándose arrebatar de sus ímpetu casi siempre; con grandes condiciones de mando, pero a lo militar.

En suma: un impulsivo con genio y con valor, pero sobre todo impulsivo; pues encontré, si no todo lo contrario, algo muy distinto de lo que yo había imaginado.

Tenía todas las cualidades que le habían concedido; pero tenía todas las cualidades que tenazmente le negaban.

Casi dos años estuve a su lado, y jamás le vi arrebatado por la cólera.

Sólo dos veces, por motivos que explicaré más adelante, le vi apretar los dientes, apretar los puños y palidecer con palidez verdosa, como si estuviera a punto de estallar. Pero no estalló: con prodigioso esfuerzo se contuvo; su voluntad fué más poderosa que sus iras, y todo aquéllo, que había sido un relámpago, terminó por una sonrisa fría y desdeñosa.

Más adelante explicaré los motivos de aquellos dos conatos de tempestad, y agrego que la razón estaba

toda de su parte, y que cualquier hombre de carácter pacífico no hubiera podido contenerse como se contuvo el general.

En las cuestiones, y en los incidentes políticos, y en las crisis era siempre contemporizador. Nunca pretendía imponerse, ni hacía alarde de autoridad en cosas pequeñas o relativamente pequeñas; para las cosas graves, para los conflictos serios, reservaba sus energías, y entonces sus fuerzas eran incontrastables.

En lo pequeño, ¿para qué?

Recuerdo una crisis en que tuvo que ver a Ríos Rosas, y en que fué a verle a su casa, solo y modesto.

Vivía el gran tribuno en un cuarto tercero de la calle de la Magdalena, en una de dos casas iguales que llevaban el mismo número: uno de ellos era el duplicado.

Se equivocó de casa don Juan, y subió al cuarto tercero, en que no vivía don Antonio; tocó la campanilla, y salió una vieja, grosera y malhumorada, que se irritó sobremanera cuando le preguntó el general:

— ¿Don Antonio de los Ríos Rosas?

— Todo el día están con lo mismo; todo el día están colgados a la campanilla para preguntar si vive aquí ese señor de los Ríos o de las Rosas.

— Señora, no se moleste usted — le contestó don Juan —; sin duda me he equivocado, y vive en la casa próxima.

— Vivirá donde a mí no me importa — replicó la vieja —, y a mí no me moleste usted más, y márchese usted. ¡Vaya con el hombre! Todo el día preguntando si viven aquí los Ríos o las Rosas — y dió un descomunal portazo.

Cuando don Juan nos refería la escena, se reía de buena gana, diciendo:

— Vean ustedes a lo que ha venido a parar un presidente del Consejo de ministros: a que una vieja malhumorada le dé con la puerta en los hocicos.

Y bajó con mucha calma, y volvió a subir al otro cuarto tercero, frío, tranquilo, a su objeto.

¿Es éste el don Juan que pintaba la leyenda?

Yo no sé si el de la leyenda, el verdadero, era exacto o no era más que un aspecto, o si la voluntad llegó a imperar por completo en su naturaleza.

Porque como este ejemplo pudiera citar muchísimos, y citaré algunos.

He conocido a muchos hombres políticos; he tratado algunos con intimidad; he estudiado sus caracteres y sus pasiones, porque soy aficionado a los estudios psicológicos; pero no he encontrado ningún carácter más digno de estudio ni en que la voluntad dominase en todos los momentos sobre todas las demás pasiones y tendencias con más imperio que en Prim, sobre todo cuando había gente delante que le observase.

Yo creo que el talento y la voluntad llegaron a crear en él una segunda naturaleza: ya lo iré demostrando todo esto en otros artículos, porque, como antes decía, la figura de don Juan Prim llena todo este período.

LXXVII

Cuando empiezo a dictar cada uno de estos artículos, casi siempre sucede que he olvidado el punto o momento histórico (démosle este nombre) en que terminé el artículo anterior.

Y no es extraño que así suceda, porque entre artículo y artículo media un mes entero, y la memoria de los viejos suele ser débil para las cosas próximas, así como puede ser fiel y exacta para los sucesos lejanos.

Un hombre de setenta y seis años, pongo por caso, y por caso me pongo, recuerda con claridad perfecta, con viveza de imágenes, con seguridad de contornos, los sucesos de su niñez; en cambio, o no recuerda, o recuerda mal, lo que le sucedió la semana anterior o el mes precedente.

Dijérase que las imágenes de sesenta años antes han quedado en las fotografías de sus celdillas cerebrales grabadas firmemente como en cartulina apergaminada, y allá están y en cada momento pueden consultarse.

En cambio, las placas sensibles del protoplasma cerebral han perdido con los años la fuerza de reproducción, y recogen difícilmente las impresiones: no pueden recordar porque no han podido recoger.

Podría decírseme que no es tan grande el trabajo

de echar una mirada al último artículo; pero es que aun este trabajo quiero yo evitarme, y, además, esto indicaría ciertas pretensiones de orden, y en estos recuerdos, lo encantador y lo atractivo para mí, es el desorden.

Puedo en cualquier instante hablar de mis impresiones como jefe de la clase de latín a los doce años, examinando a los chicos de una quisicosa formidable, que llamábamos copia de verbos; o puedo hablar de ese mismo instante de mis altas funciones como ministro de Fomento de la Regencia durante los dos años del período revolucionario.

Jefatura por jefatura, la primera era más efectiva, más tranquila, y casi pudiera decir que halagaba más mis instintos vanidosos. El profesor era el regente de aquel pequeño reino; yo era su primer ministro. ¡Ay del chico que se equivocaba en aquella formidable copia de verbos!

Y creo que, sin esfuerzo alguno, he venido a enlazar este artículo con el artículo anterior.

En él quedamos, ahora creo recordarlo, en aquél momento histórico de mi pequeña historia en que llegué a ser dueño titular de la cartera de Fomento.

Los primero que hice fué nombrar a Eduardo Saavedra, uno de los hombre más sabios que ha tenido España en el pasado siglo, y uno de los hombres más buenos que ha fabricado la humanidad en sus revueltos senos.

Ya estaba completa la máquina del ministerio de Fomento: director de Instrucción pública, Manuel Melero; director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, Eduardo Saavedra; ministro del ramo, mi propia persona, el que seis meses antes era modesto profesor de Cálculo, Mecánica y no sé qué más de la Escuela de Caminos.

Había que trabajar; pero una gran parte de la obra posible en aquellos momentos, estaba ya hecha: había bastado convertir en leyes nuestros decretos del período provisional.

Algo se hizo depués, y aun yo creo que se hizo bastante: a su tiempo enumeraré algunas de las leyes que llevé al Parlamento.

***

Pero en este período en que vamos a entrar, o en que van a entrar mis dispersos recuerdos, la política lo dominaba todo, y en la política, un problema supremo: la elección del rey.

Ya teníamos Constitución, a la que no me cansaré en llamar la Gloriosa del 69; pero era necesario buscar un monarca, y la empresa no era tan hacedera. Los hechos, los conflictos, las luchas, demostraron que no es tan fácil encontrar un rey como parece, y para las huestes revolucionarias resultó inmensamente difícil; y así vivimos casi dos años en perpetua, agitada y peligrosísima *interinidad.*

La interinidad nos mata: esta era ya frase corriente.

Con la interinidad no hay orden, ni paz, ni hacienda, ni marcha regular y ordenada de las fuerzas del país en sus progresivo desarrollo.

Esto se decía a diario: hay que salir de la interinidad; pero una cosa es decir, y otra cosa es hacer.

Decía don Lucio del Valle, un eminente ingeniero, hombre de mucho talento y eminentemente práctico: «Lo que hay que hacer en este mundo es conjugar el verbo *hacer*. Para mí—continuaba diciendo—el que se haga una cosa, aunque sea mal, tiene gran mérito; y si se hace bien, se llega a lo supremo.»

Pues bien: el Gobierno, los hombres políticos y la prensa y las Cámaras, todos querían salir de la interinidad; sólo que no estaban conformes al escoger la puerta de salida.

Los republicanos querían salir por la República federal, y a los demás la federal nos horrorizaba; era la destrucción de la unidad de la patria, era un retroceso insensato. De la federación se pasa a la unidad; de la federación de las grandes unidades, a otra unidad más

alta: ésta era, en nuestro concepto, la marcha de la civilización. Sin que estas grandes unidades destruyeran la variedad; que la variedad más rica y más espléndida está en dos cosas: primero, en una más amplia libertad para el individuo; segundo, en una amplísima asociación, pero asociación libre.

Lo contrario es retroceder estúpidamente a la Edad Media. Bien está haber salido de ella a costa de años, de luchas, de sangre y de sacrificios, para dar ahora media vuelta, como bestia remolona, presentar al porvenir las ancas y volver a los siglos medioevales el frente, con querencias de animalidad, y perdóneseme la imagen, que me he esforzado en hacer todo lo modernista posible.

Salir de la interinidad, volvemos a repetir, por las puertas de la República, era ir à parar a la federación orgánica, contractual o lo que fuere, para caer bien pronto en el cantonalismo, y al fin en el caos, en la disolución y en la muerte.

Los partidos que habían constituído la mayoría anhelaban coronar la Constitución eligiendo un monarca; pero esto, que fácilmente se dice, era un problema enorme.

La mayor parte de los unionistas tenían ya preparada una solución: el duque de Montpensier; pero ni los progresistas ni los demócratas, exceptuando contadísimas personalidades, aunque importantes, que al fin transigieron con ella, la aceptaban.

Hubo un momento, bien me acuerdo, en que el conflicto llegó a su período álgido.

Los republicanos, para ir inutilizando, cómo era natural en ellos, soluciones monárquicas, y algunos demócratas también, plantearon el problema en una forma cruda y descarnada, y violenta, y humillante para los montpensieristas, que, a poco más, da al traste con la *conciliación interina* de los tres partidos, conciliación ya muy quebrantada desde que hubo una Constitución.

La forma en que se planteó el problema era ésta: el Gobierno ha de declarar ante la Asamblea que en ningún caso amparará ni aceptará la candidatura del duque de Montpensier.

El conflicto en el seno del Gabinete fué enorme, porque no era un misterio para nadie que Topete y el duque de la Torre y los ministros de procedencia unionista, defendían la candidatura del duque de Montpensier.

Desde el momento que se planteó la cuestión, Topete anunció que si el Gobierno, desde el banco azul, declaraba inaceptable la candidatura de Montpensier; si daba a entender siquiera que se inclinaba a conside rarla imposible, él en el acto, y con él los ministros unionistas, en pleno Parlamento, abandonaban el banco azul, anunciando su dimisión; la conciliación quedaba rota.

En cambio, la mayor parte de los demócratas, y gran número de progresistas, contando con los votos de la falange formidable de los federales, amenazaban con que si el Gobierno, sin inclinarse siquiera a la candidatura del duque, daba a entender en la sesión en que se discutiese este asunto que tal candidatura era posible, es decir, que Montpensier podía estar en la lista de candidatos al trono, en el acto presentarían un voto de censura al Gobierno, y la conciliación quedaba rota también.

Gabriel Rodríguez, que, por su talento, su palabra severa, su tremenda energía y su rectitud, por todos reconocida, venía ejerciendo una gran influencia en el grupo democrático y en la Cámara, me anunció que, si no declarábamos terminantemente la exclusión del duque de Montpensier, él y los suyos se declaraban incompatibles con el Gobierno.

El conflicto era tremendo; la solución parecía imposible; la contradicción evidente, y toda componenda, todo arreglo, imposible también.

¿Qué término medio hay entre estas dos proposiciones?

El duque queda excluído de la candidatura al trono.

El duque podrá no ser elegido; pero es un candidato.

El término medio no existe.

Hay que declarar lo uno o lo otro.

Porque si no se declara lo primero, rompen la conciliación los demócratas y gran número de progresistas.

Si no se declara lo segundo, hacen una crisis Topete y sus compañeros.

En varios Consejos de ministros tratamos el problema, sin encontrar la solución, y con verdadera angustia, y al Parlamento llegamos sin saber qué decir, sin ninguna idea, a la gracia de Dios, a lo que resultase.

Y en el Parlamento los ánimos se enconaron aún más; las exigencias fueron mayores; asaltaban el banco azul unos y otros, presentando el *ultimátum;* ya no se oían los discursos; se hablaba por hablar; no era un escándalo, porque en aquellas Cortes tan ardientes, escándalos hubo pocos, pero era un hervidero.

Cuando hablaba un ministro, le gritaba algún demócrata, o se lo venía a decir al mismo banco azul: «¡No basta, no basta! Es preciso una declaración terminante; si no, el voto de censura.»

Y le decía Topete por lo bajo: «Va bien; pero ni una palabra más; porque ya lo he dicho: ¡me levanto y hago la crisis.»

En esta situación, tuvo al fin que levantarse y tomar la palabra el general Prim.

Expectación y silencio solemne.

La autoridad del general Prim en aquella época era inmensa; su poder incontrastable.

No gritaba, no se imponía nunca. Su frase era siempre sencilla, clara y precisa; pero bajo aquella tranquilidad se sentía latir la fuerza. Era el más fuerte de todos; se le respetaba y se le tenía miedo. Eran a su lado perros de presa sus amigos íntimos, dispuestos a lanzarse sobre el enemigo a una señal del amo. Le admiraban, reconociendo en él un hombre de Estado, un verdadero hombre de Estado, aun los que no eran sus íntimos. Y sus adversarios le tenían miedo: bajo el guante veían la

zarpa del león, y no se atrevían a hostigarle mucho, no rompiesen las uñas las puntas del guante, y la fina mano aristocrática se convirtiera en garra.

Y el general habló en términos sencillos, nobles y espontáneos.

¿Qué dijo? No lo sé, no lo recuerdo. Cómo salvó la dificultad, cómo desató el nudo, tampoco lo recuerdo. Fué ingenuidad suprema, fué habilidad italiana, fué acento de mando.

¿Convenció, o se impuso? Tampoco lo sé; pero todo el mundo se dió por convencido, o porque lo estuviera realmente, o porque no se atreviera a no estarlo.

No fué un triunfo de la oratoria retórica; no hubo aplausos apenas; tan sólo alguna señal de asentimiento, y, sin embargo, el triunfo fué inmenso, porque allí terminó la cuestión, y ni los mismos republicanos se atrevieron a extremar las cosas.

Topete le dió la enhorabuena: «Así habla un hombre de Estado, y así habla un hombre leal», le dijo.

Y los antimontpensieristas quedaron satisfechos. «Esto es otra cosa — decían —; con las declaraciones del general, la candidatura del duque queda excluída.»

— ¿Está usted tranquilo? — le pregunté a Gabriel Rodríguez.

— Completamente — me contestó —. El general ha dicho lo que podía decir y todo lo que debía decir, dado el puesto que ocupa; y, para mí, la candidatura de Montpensier ha muerto.

En suma: que todos quedaron satisfechos; que la nube tempestuosa se deshizo, o, por lo menos, rugió a la sordina, y no hubo crisis. La interinidad siguió tan peligrosa como antes, pero a modo de enfermedad crónica, sin la amenaza de una catástrofe inminente.

— De la interinidad ya nos sacará el general Prim — decíamos los que teníamos fe en su talento, confianza en su lealtad y tranquilidad en su fuerza.

*
* *

Y, en efecto, el general Prim, a pesar de la suspicacia, de las dudas y de las murmuraciones de algunos, seguía trabajando con toda lealtad y con la tenacidad propia de su carácter para salir de la interinidad y para dar solución al problema magno, y cada vez más difícil, de la candidatura real.

La de don Fernando de Portugal había fracasado por completo, y el general, sin perder nunca de vista el problema ibérico, que era, me atreveré a decirlo, su mayor ambición, buscaba el otro problema, el de un candidato para el trono, solución pronta, y que, a ser posible, armonizase todas las tendencias y todos los compromisos de los diferentes caudillos de la Revolución.

Y aquí viene la solución número dos, la llamaré de este modo, que fué la del duque de Génova.

Esta solución, en rigor, fué doble; quiero decir que, con la candidatura del duque de Génova como factor constante, había dos soluciones: de la solución sencilla, valga la palabra, todo el mundo está enterado, o estaba enterado por aquella época; que hoy todo esto pertenece a la Historia, o, mejor dicho, a aquellos rincones de la Historia en que el olvido impera.

Pero de la segunda solución, entonces se supo muy poco, y en ella voy a ocuparme.

Respecto a los preliminares, nada diré, porque casi los ignoro por completo, y en estos recuerdos sólo he de consignar los hechos en que yo he intervenido directamente, y en que lo que afirme, lo afirme resueltamente, bajo la salvaguardia de mi veracidad.

***

La candidatura del duque de Génova estaba ya planteada; pero el general Prim y algunos otros, como el mismo Zorrilla, intentaron un esfuerzo para ganar el asentimiento y el apoyo de los hombres más importantes de la Unión liberal, satisfaciendo en cierto modo, los

compromisos de Topete, del duque de la Torre y otros prohombres del partido unionista.

Mas quisieron proceder con cautela, sin lanzar la solución al público; porque solución que al público se lanzaba, era solución muerta.

Por este afán de guardar el mayor secreto, y por circunstancias especiales que explicaré en seguida, el general Prim, y luego Zorrilla, hablaron conmigo reservadamente.

¿Cuáles eran estas circunstancias, y por qué había de ser yo preferido a los demás ministros, más antiguos que yo y de mucha más importancia política?

¡Son combinaciones caprichosas de la vida!

Yo no conocía personalmente al duque de Montpensier. Una vez le había visto de paso, durante veinte minutos, en el desierto de Las Palmas, cuando el eclipse solar de 1860; pero ni me presentaron a él, ni crucé con él la palabra, ni él sabía por entonces que yo existiese en el mundo.

Cuando pronuncié el discurso del quemadero y de la trenza, vino a felicitarme, en su nombre, su secretario particular, que había llegado a ser casi su amigo, don Bruno Moreno.

Este, en nombre del duque, me manifestó su entusiasmo, su simpatía y su adhesión a las ideas democráticas que el discurso reflejaba.

Y no más.

Ya nunca vi al duque, ni tuve con él más relaciones que las relaciones indirectas y rápidas que voy a explicar.

Es el caso, que Bruno Moreno había sido discípulo mío en la Escuela de Caminos; era un joven de muchísimo talento, de gran cultura, no sólo científica, sino literaria.

Era poeta; hacía versos muy hermosos, y hasta en años posteriores escribió un drama caballeresco, que probablemente se hubiera aplaudido si hubiera llegado a representarse; pero no se representó.

Bruno Moreno era de los íntimos de don Pedro Alarcón, y para Alarcón la opinión literaria de Bruno Moreno yo sé que era de mucho peso.

Agregaré a lo dicho que Bruno Moreno hablaba admirablemente el francés; que, sin refinamientos cortesanos, era hombre de sociedad, y con ser modestos sus gustos, eran aristocráticos.

Bruno Moreno, algún tiempo después de salir de la Escuela, con notas brillantes y reputación de talento, entró en casa del duque de Montpensier como profesor del hijo mayor.

Aun recuerdo que Bruno Moreno me contaba las instrucciones que le había dado el duque: «Quiero, vino a decirle, que mi hijo sea un buen católico, un buen español, un caballero, y después, si es posible, un hombre de ciencia; por lo menos, que adquiera la cultura propia del siglo en que vivimos.»

Pasando algunos años, el duque de Montpensier demostró gran afecto y gran confianza a mi discípulo Bruno Moreno.

Cuando murió el hijo del duque, Bruno Moreno quedó de secretario de Montpensier, y era uno de los agentes más activos para la propaganda de la candidatura de su protector y amigo.

Mis relaciones con Bruno Moreno eran conocidas de Zorrilla y de Prim, porque yo les había referido la visita que mi discípulo me había hecho, en nombre del duque, para felicitarme por el chamuscón de la trenza.

Y ya ven mis lectores por qué razón Prim y Zorrilla se dirigieron a mí a fin de que sirviese de intermediario, por medio de Bruno Moreno, en aquellos preliminares de una negociación, a que daban importancia, para salir de una vez de la interinidad.

En términos claros y concretos: el duque de Génova sería elegido rey de España, y era compromiso previo y solemne que había de casarse con la hija mayor de Montpensier.

De este modo, Montpensier no sería rey, pero sería

padre de la reina, y serían reyes los hijos del duque.

No era una ambición satisfecha por completo; pero no era una solución despreciable para la familia de Orleans.

A esta solución no podían oponerse los unionistas, ni era de creer que se opusieran los demócratas, porque al fin el rey sería el duque de Génova.

Yo admití el encargo con una sola condición: que había de dar noticia del nuevo proyecto a Martos, a quien yo consideraba en el grupo democrático como mi jefe natural.

En ello convinieron, y aquí empezaron mis negociaciones.

Pero vamos despacio, y dejemos lo que sigue para otro artículo; porque aunque todo esto de nada sirvió, a título de curiosidad, y a manera de recuerdo, no está de más que se conozcan estas interioridades de uno de los períodos más interesantes de nuestra Historia.

Hasta el artículo próximo.

LXXVIII

Recuerdo sin esfuerzo, capricho inexplicable de la memoria, y a pesar de que han transcurrido casi dos meses, el punto en que dejé mi último artículo.

Se trataba de la candidatura al trono de España del duque de Génova, o mejor dicho, de la primera combinación que hubo para sacar adelante dicha candidatura.

Y ahora caigo en la cuenta de por qué mi memoria, que es tan rebelde, se muestra mansa en esta ocasión, y acude cuando yo la llamo a tocar los viejos registros de mis celdillas cerebrales en el punto y ocasión precisos que el caso requiere.

Es que en esta primera combinación yo voy a jugar un papel importante.

¡Ahí es nada!

Yo, que pocos meses antes me limitaba a explicar cálculo infinitesimal a una docena de alumnos, veíame, por los caprichos extravagantes de la suerte, negociando nada menos que la adjudicación de la corona de España a determinado príncipe extranjero.

Así como suena. Yo intervenía de una manera importante, en la obra difícil y grandiosa de fabricar un monarca para el trono vacante de San Fernando.

***

Un día me llamaron Prim y Zorrilla.

No puedo jurar si los dos a la vez, o si las conferencias que con ellos tuve fueron distintas.

En el fondo, la comisión, encargo o negociación era el mismo.

Me dijo mi jefe, es decir, don Juan Prim, lo siguiente, en sustancia:

—Ya sabemos que tiene usted manera de entenderse con el duque de Montpensier, por medio de su secretario particular, de quien usted nos hablaba el otro día.

»Pues bien; se trata de una comisión reservadísima: es preciso que nadie la sospeche, porque cuando el público se entera de estas cosas, todas ellas se deshacen.

»Se trata—continuó diciendo—de la candidatura del duque de Génova; mas para congraciarnos con el duque de Montpensier y atraernos a sus partidarios, puede concertarse previamente, con todas las garantías y compromisos de honor que sea preciso, el matrimonio del duque de Génova con la hija mayor de Montpensier.»

Y me explicó todo lo que sobre esta solución tenía yo que repetir a Bruno Moreno, para que éste a su vez, en nombre del Gobierno, pero con toda reserva, lo trasmitiera al duque.

Y heme aquí convertido en embajador para concertar bodas reales y para distribuir tronos augustos.

Avisé a Bruno Moreno, y concertamos una conferencia, que, bien lo recuerdo, se celebró paseando los dos en coche cerrado por el Prado y la Castellana, entre una y cuatro de la tarde, porque más de una hora duró esta primera entrevista.

Yo le presenté la cuestión con arreglo a las instrucciones que había recibido de Prim, ampliadas y adornadas lo mejor que pude.

Bruno Moreno me escuchó atentamente, pero con el ceño fruncido, y no tuvo dificultad en decirme con toda franqueza, dada la confianza que había entre los dos,

que le parecía mal la combinación propuesta, y que, a su entender, el duque la rechazaría.

El duque creía tener ganada la partida, y por una cosa eventual, insegura y artificiosa, no iba a renunciar a la corona de España.

Yo le hice notar, y en este punto le hablaba con toda sinceridad, que la candidatura del duque de Montpensier estaba completamente perdida.

—Los republicanos—le dije—la rechazan.

—Naturalmente—me interrumpió—; y, sin embargo—continuó en tono bromista—, yo sé de algún republicano que la acepta: por ejemplo, nuestro amigo Manuel Pastor.

Y yo agregué:

—La rechazan todos los progresistas—. Y él me corrigió en tono serio:

—Progresistas muy importantes la defienden, o la defenderán cuando llegue el caso, y para otros que hasta ahora la habían rechazado, va siendo la única candidatura posible y la única solución seria para salir de la interinidad.

—No serán muchos esos progresistas.

—Pero son de gran importancia.

—No se atreverán a sostener en público la candidatura de Montpensier.

—Algunos, no; pero aun éstos trabajarán en secreto.

—Pero la masa está contra el duque.

—Hasta ahora, es verdad; pero en cambio tiene toda la Unión liberal, y sin la Unión liberal no hay rey posible.

—Y sin los progresistas y los demócratas, tampoco.

—Algún demócrata hay de importancia que está con nosotros.

—Pues hasta ahora ninguno se ha atrevido a decirlo.

—Ya se atreverán cuando llegue el caso.

Y así seguimos discutiendo tres horas.

—¿Le parece a usted poco—le decía yo—ser padre de la reina de España?

—Me parece mucho más ser rey padre.

—Pero como no puede serlo, la prudencia le aconseja al duque, y hasta la ambición, acercarse todo lo posible a las gradas del trono, y si no se pueden subir todas, subir algunas.

—No necesita subirlas el duque, porque bien cerca del trono ha estado.

»Desengáñese usted—me decía—, es una combinación puramente fantástica. Aun cuando el duque acceda, que yo creo que no accederá, ¿qué notario extiende el acta de compromiso?»

—Es compromiso de honor para todo el Gobierno.

—Pero ¿es que usted cree que cuando llegara el caso serían ustedes Gobierno?

—Lo sería don Juan Prim.

—O no lo sería.

Y continuamos discutiendo, disputando a veces, en ocasiones bromeando, y con seriedad y aun con solemnidad casi siempre.

Al fin, me dijo:

—Yo, de todas maneras, transmitiré la proposición del Gobierno al duque de Montpensier, tal como usted la ha formulado.

—Pero sin prejuzgarla usted.

—¡Cómo había de atreverme! Pero si el duque me pregunta mi opinión, se la diré con franqueza.

»Pero no tema usted; que no creo que me la pregunte, porque en asuntos de esta índole, no es natural que yo pese, ni poco ni mucho. Le diré lo que usted me dice por encargo de don Juan Prim, y nada más.»

—Claro es—acabé yo diciendo—que por ahora sólo se trata de una indicación, de explorar el ánimo de Montpensier; que, en todo caso, ya se le daría a la negociación otras formas; pero si después de explorado su ánimo se ve que él considera imposible la solución de que se trata, no hay para qué insistir en ella.

»Este acto es una exploración confidencial, y no más que una exploración.»

—Así lo entiendo yo, y así lo entenderá el duque.

Y nos despedimos, quedando en que él me citaría para una segunda conferencia, que se verificó algunos días después.

*
* *

Y si la Historia, como perteneciendo al sexo femenino, es curiosa y aficionada a averiguarlo todo, lo grande y lo pequeño, chismes y cuentos, pudo vernos desde su región invisible pasear por segunda vez a lo largo del Prado y de la Castellana a Bruno Moreno y a mi persona ministerial, tratando mano a mano de la coronación del duque de Génova y de su boda con la hija mayor de Montpensier, que al fin ni resultó coronación ni resultó boda.

La contestación del duque, dada por Bruno Moreno al primer avance de don Juan Prim, iniciado por el ministro de Fomento, fué, como era natural, cortés, afectuosa, pero absolutamente negativa.

No repitió los argumentos de Bruno Moreno, ni entró a discutir las probabilidades de su candidatura: esto es claro.

Se limitó a manifestar que él, en manera alguna y en ningún caso, por grandes que fuesen las ventajas políticas y sus ventajas personales, había de forzar las inclinaciones y la voluntad de su hija.

Consideraba el matrimonio como algo sagrado, como prenda de felicidad o causa de desdicha, y que jamás, ni por su conveniencia, ni por la conveniencia de su familia y de su nombre, había de sacrificar a un hijo suyo.

Y no presentó otra razón: fué la única y decisiva que me transmitió Bruno Moreno para que yo se lo transmitiese a don Juan Prim.

Claro es que rechazaba de una vez, y sin esperanza de arreglo, la proposición que se le había hecho.

Envolviendo la repulsa, como antes dije, en frases corteses: que agradecía y aplaudía el espíritu conciliador

del Gobierno; que apreciaba su buen deseo; que estaba reconocidísimo por sí y por su hija a la honra que se le dispensaba, y así sucesivamente.

Y al final, una negativa tan grande como el palacio de San Pedro, con sus parques y jardines.

Y Bruno Moreno agregó, riendo con cierta burla:

— Si era natural; si no sé cómo se les pudo ocurrir a ustedes semejante idea. Si en las demás negociaciones que emprendan no afinan más su habilidad, y la combinación que busquen no es más feliz, me figuro que por mucho tiempo va a estar vacante el trono de San Fernando.

— Está bien—le repliqué yo—; pero le advierto sin pasión, sin hostilidad, que el duque de Montpensier es persona de altas condiciones; pero le anuncio — repito — que no será él quien ocupe la vacante a que usted irónicamente alude.

»Y digo esto, porque conozco algo de la política actual, de sus hombres, de sus deseos, hasta de sus pasiones, y aprecio a sangre fría las fuerzas que hoy están jugando en la política. ¿No hay boda? Pues no hay duque en el trono, mi querido discípulo.»

— Allá veremos.

— Pues al porvenir.

Y, en efecto, ni hubo boda ni hubo duque.

Y yo quedé en el fondo algo humillado; intentar por vez primera y única en mi vida una boda real, y cortarme tan en seco y con tan poco lucimiento la negociación, era para mortificarme y aun para ponerme en ridículo ante mis propios ojos.

Yo había soñado con una boda espléndida: carrozas, cortesanos, músicas, aparato y pompa, y todo se reducía a que Bruno Moreno y yo hubiéramos dado unos cuantos paseos por la Castellana en un coche, que hasta la vez segunda creo que fué coche de alquiler.

Transmití la contestación del duque al general, que en nada se alteró, contentándose con decir: «¡Bueno! No lo quiere; está bien.»

***

Y no acabó aquí: la candidatura del duque de Génova tuvo una segunda parte, en que yo también intervine, aunque no de una manera tan directa, y que terminó como la primera, y aun para mí más rápidamente que la primera.

Pasaron bastantes días, y continuó trabajando el general la expresada candidatura.

¿Cuáles fueron sus trabajos y gestiones?

No lo sé; de esto no sé una palabra, y tampoco he de inventarlo.

Lo que yo refiera en estos recuerdos áridos, desabridos, antiartísticos, en forma de conversación dictada, si vale la palabra, no será entretenido, pero será la expresión exacta de los hechos, algunos insípidos e insignificantes, otros que se relacionarán íntimamente con los acontecimientos más dramáticos de aquella época tan dramática y a veces tan trágica.

Pasemos, pues, a la segunda etapa, como he dicho, de la candidatura del duque de Génova.

Un día me llamó el general Prim, y me dijo:

— Téngalo usted todo dispuesto, porque, de un momento a otro, va usted a tener que ir a Italia. Se trata todavía de la candidatura del duque de Génova, pero sin la complicación de la familia de Montpensier.

»Celebraremos una conferencia, en que se enterará usted minuciosamente del estado de la cuestión y del objeto de su viaje.

»Estoy esperando noticias y cartas muy importantes, y, en vista de ellas, resolveremos lo que deba resolverse.

»Usted esté preparado, porque es posible que por la mañana hablemos, y que por la tarde tenga usted que tomar el tren.»

Y de este modo me encontré con una segunda embajada en perspectiva, y de mucha más importancia que la primera.

Lo confieso humildemente: todas estas cosas me aturdían, me llenaban de zozobra, porque entraba en un terreno completamente nuevo para mí.

Yo había buscado muchas integrales, pero hasta entonces no había buscado ningún rey. Este era un problema intrincado, difícil, solemne, y casi me atrevería a decir pavoroso.

Y tenía que hacer los preparativos.

Y me preguntaba con angustia: «¿Qué preparativos deberán hacerse para ir en busca de un monarca?»

Traje de etiqueta, ya lo tenía.

No tenía uniforme; pero no lo he tenido nunca, hasta que hace dos años, mis queridos compañeros los ingenieros de Caminos, me regalaron uno de inspector del Cuerpo, espléndido y riquísimo, y con un sombrero de tres picos, festoneado de plumas blancas, que lo echo a reñir con el de más aparato y gallardía.

Una vez me lo he puesto; no sé si me lo pondré la segunda.

Pero en aquella época no tenía uniforme, ni tiempo para mandar hacerlo.

Había de contentarme con el frac, que es uno de los pocos lujos aristocráticos que le son permitidos a un ministro demócrata.

Pero, ¿qué más, qué más? Don Juan había dicho: «Haga usted sus preparativos»; y yo me volvía loco discurriendo algo que justificase este plural formidable. Preparativos para ir en busca de un rey.

Después de pensarlo mucho, como al fin y al cabo tenía que pasar los Alpes, porque estaba dispuesto a pasarlos como los habían pasado Aníbal y Napoleón, resolví comprarme una manta de viaje de mucho abrigo.

Todavía en aquella época no gastaba yo gabanes de pieles.

Conque hube de contentarme con buscar la manta de viaje más afelpada, y con esto me di por satisfecho, y di por terminados mis preparativos.

***

Todo esto me parece interesante, por más que un lec-

tor anónimo me ha escrito estos días diciéndome que mis recuerdos son soporíferos.

Supongo que el lector anónimo será algún imbécil, puesto que no se entretiene con mis recuerdos, que tantas enseñanzas encierran y que tan provechosas pueden ser para las personas de pocos alcances.

Sea de ello lo que fuere, en conciencia no puedo decir sino lo que recuerdo: grande o pequeño, entretenido o soñoliento, cómico o trágico, según las circunstancias y los sucesos.

De esta segunda embajada tras un candidato real, ¿qué es lo que más se ha fijado en mi memoria?, ¿qué es lo que veo ante mí como si ante mí estuviera presente?

Pues la manta de viaje.

Sí, la veo, con su forma cuadrada, peluda como un oso, con intenso color negro y dibujos color de escarlata.

Sólo el verla quitaba el frío, y la he conservado muchos años.

Para grandes fines nació: para cruzar las nieves de los Alpes; para bajar a las llanuras de Italia; para volver vencedora, trayendo entre sus afelpados pliegues la promesa del futuro soberano.

Si esta pintura no le satisface a mi lector anónimo, declaro que es un necio sin esperanzas de redención intelectual.

Pero el viaje quedó en proyecto.

Dos o tres días después me dijo Zorrilla que no me apresurara mucho en prepararme, porque la negociación se iba torciendo, y había malas noticias de Italia.

Y se torció del todo, y el general Prim me anunció que había fracasado por completo.

De las interioridades de esta candidatura nunca supe nada. Sólo supe lo que de público se refería, y esto, como ha quedado escrito, no tengo para qué repetirlo; y, por otra parte, no son recuerdos personales.

La segunda embajada fué aún menos lucida que la

primera; de ella no me quedó como residuo más que la manta de viaje, que durante muchos años viajó conmigo de Madrid a París, de Madrid a San Sebastián, de Madrid a Santa Agueda, hasta que poco a poco fué perdiendo pelo, fué gastando su trama, manchas diversas la profanaron, perdió su brillo, se hizo vieja antes de tiempo, y concluyó sirviendo de cama a una perrita que era mi cariño y mi diversión.

*
* *

La interinidad iba prolongándose; íbanse gastando las Cortes Constituyentes; se revolvían los federales; conspiraban los carlistas; los elementos de la Revolución se desunían cada vez más, y si algunos de ellos nunca se habían querido mucho, empezaban a odiarse. Todos los resortes de la Administración se debilitaban; la Hacienda, a pesar de los grandes esfuerzos, del talento y de la energía de don Laureano Figueroa, iba cayendo hacia el abismo.

Era un proceso fatal. No permita Dios que nos veamos otra vez en él.

El desnivel entre gastos e ingresos; el déficit; la deuda flotante para cubrirlo; la deuda flotante, que se hace abrumadora, despiadada, cruel, que pesa sobre el ministro de Hacienda todos los meses y todas las horas con amenazas de bancarrota y ruina. El empréstito para consolidar la deuda flotante, que da breves momentos de respiro, pero que aumenta la masa de los intereses de la Deuda y aumenta en otro tanto el déficit próximo.

Y otra vez un vencimiento mayor, un mayor déficit; nueva deuda flotante, nuevo empréstito para consolidarla; y así, en círculo fatal y maldito, que con él comparados, los círculos del Dante son lugares plácidos de recreo y bienandanza.

Y así hasta las dos últimas candidaturas: la del príncipe alemán y la de don Amadeo.

Mas para llegar a ellas nos falta todavía bastante.

LXXIX

La vida de las Cortes, hasta que se votó la Constitución, fué una vida ardiente, apasionada, de luchas, de conflictos; pero fué una vida noble y fecunda.

Pugnaban las ideas unas contra otras, los hombres y los partidos eran los instrumentos que unos y otros ideales manejaban en aquel hermoso combate.

Lo pequeño se achicaba, lo grande crecía, y se respiraba atmósfera ardiente; pero atmósfera purificada por el fuego del pensamiento.

Cuando pasó este primer período, cuando hubo Constitución y poderes organizados, provisionalmente organizados, pero organizados al fin, cuando se planteó el problema de la candidatura real y se tocaron prácticamente las dificultades de este problema, entró la asamblea en su segundo período, y a las ideas se sustituyeron los hombres, y los partidos, y los intereses, y todas las malas pasiones que agitan a la raza humana en todas las esferas, y con caracteres especialísimos en la esfera política.

Las luchas, mejor dicho, los enconos entre progresistas, unionistas y demócratas se hicieron más vivos, si no en la superficie, en los oscuros cauces de las intrigas subterráneas.

Entonces fué cuando, según frase que se hizo corriente, los unionistas en general, y algunos progresistas,

pusieron en estudio a los ministros demócratas, es decir, a Becerra y a mí, empezando por Becerra.

No atacaban de frente, pero aprovechaban las circunstancias.

Un incidente, insignificante en el fondo, pero que tomó ciertas proporciones, por desdicha inevitable o acaso por ligereza que pudo evitarse, pusieron frente a frente en el Parlamento a Becerra y a Ayala.

Y ello fué que, por consecuencia de aquel pequeño conflicto, que los enemigos de los demócratas agrandaron, al fin y al cabo Becerra abandonó el Ministerio.

Le sustituyó, si mal no recuerdo, porque ya he dicho que cito de memoria, Moret.

Representábamos, pues, al grupo democrático Moret y yo.

Un nuevo conflicto, que no revistió forma parlamentaria, pero que tomó caracteres bastante graves, determinó algún tiempo después un nuevo cambio ministerial.

Don Nicolás María Rivero ocupaba la Presidencia de la Cámara, en rigor el puesto más elevado de aquella situación, y dado el espíritu democrático de aquella época, puesto más importante que el de Regente.

Mas ya lo dijo algunos años después Cánovas del Castillo en sus conversaciones íntimas: que quiera o no quiera, el Presidente de una Cámara, es probable que de diez veces, nueve concluya por ser el enemigo natural del Ministerio.

No es regla absoluta, pero es regla muy práctica, y podrían citarse muchísimos ejemplos.

En suma: don Nicolás María Rivero no simpatizaba con el Ministerio.

Respetaba a don Juan Prim, reconociendo que era inconmovible e insustituíble, sin contar con que tampoco él se hubiera dejado ni sustituir ni conmover.

Nos aceptaba a los ministros demócratas, como era natural; pero le puso la proa, según vulgarmente se dice, a Sagasta.

Decía don Nicolás, a todo el que le quería oír, que los demócratas habían llevado a la Constitución los derechos individuales, y que para practicarlos, para infundirlos en la masa pública, para que pasasen de la región de los ideales a la realidad y a la costumbre, era preciso que estuviera un demócrata en el ministerio de la Gobernación.

Pero, según Rivero, Sagasta, por ser de procedencia progresista, y por haber tenido que acentuar el principio de autoridad en sus recientes luchas con los federales, no era el más a propósito para implantar la gran reforma, que los demócratas habían hecho triunfar en el Código glorioso que llevaba el nombre de Constitución del 1869.

En suma: que don Nicolás quería ser, y estaba resuelto a ser, ministro de la Gobernación.

Sus amigos más íntimos no aprobaban esta idea; pasar en aquellas circunstancias de la Presidencia de la Cámara a un ministerio, no era subir, sino bajar; comprometer su reputación y su prestigio, comprometerse en la lucha diaria, ir dejando pedazos de su elocuencia, y casi me atrevería a decir de su grandeza épica, entre preguntas, interpelaciones y sucesos menudos, sin contar con las intemperancias de tal o cual diputado; en vez de dominarlos a todos desde el sillón presidencial, imponerse a todos si llegaba el caso, y mirar de frente y en el mismo nivel al propio Regente del reino.

Todas estas reflexiones fueron inútiles. Don Nicolás estaba resuelto a ser ministro de la Gobernación para completar prácticamente, según decía, la obra democrática.

Al fin celebramos una noche Consejo de ministros para resolver el conflicto.

Aquel Consejo y sus diversos incidentes han quedado profundamente grabados en mi memoria; hasta veo, como en una prueba fotográfica, el sitio en que estaba sentado don Juan Prim, y el sillón que ocupaba don Práxedes.

***

El general planteó el problema con entera franqueza, sin retóricas y sin violencias, tranquila y reposadamente.

En el fondo vino a decir lo que yo antes he dicho, puesto que había celebrado varias conferencias con don Nicolás María Rivero, y reproducía los argumentos del gran tribuno.

Hay que advertir que don Juan Prim tenía puestas todas sus predilecciones en Sagasta.

Reconocía su talento, sus grandes condiciones parlamentarias; admiraba su vigorosa campaña contra los federales; y además de todo esto, tenía en él absoluta confianza y le profesaba verdadero cariño. Por nada de este mundo se hubiera separado de Sagasta.

Y sin embargo, como ante todo era hombre político, desde el punto de vista político planteó el problema con toda claridad y precisión y con algo de energía militar.

—Don Nicolás María Rivero quiere ser ministro de la Gobernación, porque dice que sólo desde ese ministerio pueden plantearse práctica y eficazmente las reformas democráticas. Pues hay que darle gusto. Yo creo que se equivoca; que ni le conviene al país, ni le conviene a él este cambio de la Presidencia de la Cámara por un ministerio.

»De todas maneras, no podemos oponernos a su voluntad. Ha sido una de las grandes fuerzas de la Revolución; ha prestado eminentes servicios; puede prestarlos todavía, *y es preciso estar bien con él.*»

Sagasta tomó la palabra, y brevemente manifestó que estaba conforme con cuanto había dicho el general; que él no había de ser un obstáculo para la nueva combinación, y que en el acto dimitía su cargo.

Sus palabras fueron nobles y levantadas; pero yo, que me precio de observador, notaba en el fondo cierta amargura, y a veces cierta ironía, respecto a los servicios que a la democracia podría prestar don Nicolás en el ministerio de la Gobernación.

Se convino, pues, en la propuesta del general Prim, con asentimiento de todos.

Se convino además en que don Manuel Ruiz Zorrilla, pasaría a la Presidencia de la Cámara, lo cual ensanchaba algo la combinación ministerial.

Pero Prim agregó, levantándose para dar unos paseos por el salón:

—Está bien, está bien; pero usted, Sagasta, no sale del Ministerio: pasa usted al ministerio de Estado.

Sagasta protestó con energía: —Yo puedo dejar Gobernación, porque así convenga a la política; pero yo no puedo estar a merced de Rivero para ir de un ministerio a otro, porque mi dignidad no consiente humillaciones.

El general protestó a su vez: — Ni Rivero le echa a usted del ministerio, ni yo lo consentiría, ni en un cambio de carteras hay humillación de ninguna clase.

Y siguió protestando Sagasta con energía, y siguió convenciéndole don Juan Prim con dulzura y cariño.

—Le digo a usted—decía el general—que esta combinación me satisface, y me satisface mucho, porque, fíjese usted, Sagasta: las circunstancias políticas hacen que en cada momento un ministerio sea el más importante. Antes de la reunión de Cortes, no cabe duda, el ministerio de Fomento ha sido el de más importancia, y el que, por sus reformas, ha ganado más popularidad; precisamente por eso va ahora a la Presidencia de la Cámara Zorrilla, y por eso está entre nosotros Echegaray. Desde que empezaron los trastornos republicanos, y durante las elecciones y en las primeras luchas parlamentarias con los federales, el ministerio de la Gobernación ha sido el más importante. Y yo le digo a usted que, en este momento, el más importante de todos es el ministerio de Estado; porque ¿cuál es, por ahora, el problema capital? El de elección de monarca. Pues ese problema lo tenemos que resolver principalmente usted y yo; usted en el ministerio de Estado; por eso necesito, y me viene muy bien, que pase usted a Estado; y

de ninguna manera, haga usted lo que quiera y diga usted lo que diga, me separo de usted.

Y Sagasta se hundía cada vez más en el sillón, y cambiaba el tono enérgico por el tono quejumbroso; pero seguía oponiéndose a encargarse de la cartera de Estado.

Don Juan seguía sus paseos, acercándose de cuando en cuando a Sagasta, y esforzando cada vez más sus argumentos en tono cada vez más dulce y paternal.

Y ya Sagasta no discutía, sino que cada vez tomaba una entonación más triste, repitiendo: —No puede ser, don Juan, no puede ser; es una humillación, y hasta quién sabe si será un motivo de disidencia entre progresistas y demócratas. No puede ser, don Juan, no puede ser.

Y don Juan se detuvo otra vez más; y poniéndole la mano sobre la cabeza a Sagasta, le hizo casi una caricia paternal, repitiendo: —No sea usted así; sí puede usted; y dado que sea sacrificio, sacrifíquese usted por mí y por la causa de la Revolución.

Ya no luchó Sagasta.

—Haga usted lo que quiera, mi general.

Y la combinación quedó resuelta.

En Gobernación entraría Rivero; Zorrilla pasaría a la Presidencia de la Cámara; Sagasta se encargaría de la cartera de Estado.

Del resto de la combinación no me acuerdo; sólo sé que yo continuaba en Fomento, y me parece que ya Moret estaba en el ministerio de Ultramar.

Si no era Moret, era Becerra; pero, en suma, éramos tres los ministros demócratas en el Gabinete, contando con el refuerzo, que ya era refuerzo, de don Nicolás María Rivero.

*
* *

Cuanto más se acentuaba la nota democrática del Gabinete, tanto más crecía la oposición sorda de los antiguos unionistas contra el Gobierno. Y no todos los pro-

gresistas miraban con buenos ojos esta invasión de los elementos democráticos.

Hoy todo el mundo es demócrata y alardea de democracia; en aquella época el ser demócrata era algo sospechoso para los partidos monárquicos históricos, por sus ideas, por sus aficiones y hasta por su pasado.

Los compañeros, los amigos, los que durante muchos años habían sido correligionarios de Rivero, de Martos y de Becerra, se habían hecho republicanos federales.

En cambio, Martos y Rivero creyeron siempre que la federación era la ruina, el despedazamiento de la patria.

Hoy no se tiene tanto miedo a la federación.

Pero de lo que hoy se piensa, ya hablaremos cuando al día de hoy le toque su turno, y el presente se convierta en recuerdo, y tenga yo que hablar en estos artículos, si ese día llega, que mucho lo celebraré, de las cosas y de los hombres de fines del siglo anterior y del principio de éste, en que por obra del tiempo estamos metidos.

Decía que Martos y Rivero eran monárquicos por motivos políticos, y hasta por patriotismo; sobre todo, para conservar la unidad de la nación española.

Pero, a pesar de todo, como no erigían la Monarquía en dogma, como eran monárquicos circunstanciales, la mayor parte de los demócratas infundían sospechas y temores a los partidos monárquicos de abolengo, y, sobre todo, a los unionistas.

Unase a esto que los derechos individuales, aquel principio fundamental de una democracia que era, o totalmente individualista, o grandemente individualista, por lo menos; cosas y principios que, tomados en su sentido casi absoluto, eran para muchos gérmenes, no solamente peligrosos, sino disolventes, convertían los recelos de la Unión liberal contra los demócratas en hostilidad apenas disimulada.

Y no hay que decir si la hostilidad aumentaría al ver cómo iba creciendo la influencia y el personal democráticos en el seno del Gabinete.

Algunos meses antes no había ningún ministro demócrata; pocos meses después de promulgada la Constitución, ya éramos tres.

Por eso, como antes dije, nos habían puesto en estudio, para ir poco a poco desgastando la influencia democrática.

Consiguieron deshacerse de Becerra; pero le sustituyó Moret.

Y para deshacerse del eminente orador, era demasiado pronto.

Con don Nicolás María Rivero no se atrevían; conservaba demasiada fuerza, tenía demasiado prestigio: combatirle abiertamente hubiera sido una torpeza y un escándalo.

No se atrevieron, pues, los unionistas, y aunque algunos individuos del partido progresista le tenían ganas, y perdóneseme lo vulgar de la frase, sobre todo desde que había sustituído a Sagasta en el ministerio de la Gobernación, no les quedaba más recurso que tascar el freno, y de mala gana lo tascaron.

Pero quedaba yo, y a mí me pusieron en estudio, esperando una coyuntura, una ocasión, deseando que yo diese un mal paso para hacer conmigo lo que habían hecho con Becerra.

Yo lo sabía, porque tenía muchos amigos en la Cámara, en todos los lados de la Cámara. Por de contado, todos los demócratas lo eran, o porque lo eran realmente, o porque sabían mi intimidad con Martos, que iba siendo cada día mayor; también entre los progresistas contaba yo con simpatías, porque había intimado con muchos de ellos, con los más allegados a don Manuel Ruiz Zorrilla, con los que algún tiempo después, al separarse Zorrilla y Sagasta, fueron zorrillistas resueltos.

Aun entre los mismos federales tenía buenos amigos; por ejemplo: Castelar, el marqués de Albaida, que en su lucha con Sagasta me ponía como ejemplo de buen demócrata.

Aun me sostenía el recuerdo de mis trabajos en Fo-

mento con don Manuel; aun no se había acabado de chamuscar la trenza del quemadero, ni se habían acabado de oxidar los hierros inquisitoriales.

Y, aun después de ser ministro, había yo realizado un trabajo de extraordinaria importancia en una cuestión dificilísima y peligrosa, y en que había obtenido un verdadero triunfo del orden administrativo.

De este problema ya hablaré más adelante: han pasado cuarenta años, y todavía dura aquella ley, como dura la ley de Minas, que representó un progreso trascendental; como dura el Instituto Geográfico, cuya creación fué mía.

Y digo todo esto, porque en los tiempos que corren, si no se alaba uno, corre el peligro de que le olvide la gente, y, además, bueno es de cuando en cuando aligerar la monotonía de la modestia, salpimentando mis recuerdos con sus granitos de vanidad.

Ya que todo el mundo truena contra los convencionalismos, bueno será que yo también prescinda de ellos, para modernizarme en lo posible.

***

Decía, pues, que me habían puesto en estudio, y que esto me tenía sin cuidado, no sólo por tener bien guardadas las espaldas, tan bien guardadas, que, a pesar de todo, seguí en el Ministerio casi dos años, sino porque me importaba poco ser o no ministro; habiéndolo sido, casi prefería no serlo; de suerte que no me esforzaba ni poco ni mucho en deshacer la conjura, ni me ocupaba en ella.

Dejaba correr los acontecimientos. Sin embargo, había una cosa en aquellos nubarrones que sobre mí cruzaban, que no dejaba de entristecerme.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, a quien yo tanto quería, a quien debía tanto, para quien mi gratitud era tan profunda y mi amistad tan sólida, se iba alejando de mí.

La gente del pueblo ha inventado una frase muy ex-

presiva, por más que sea chulesca, o, por el contrario, porque es chulesca es expresiva.

Y esta frase es:

«Tener cutis.»

Pues bien: yo tengo mucho cutis; es decir, mucha sensibilidad para apreciar cosas al parecer insensibles.

Y yo sentía que don Manuel Ruiz Zorrilla no era para mí el de antes.

Al parecer, el mismo; nuestras relaciones eran cordiales; no habíamos tenido el más pequeño choque, ni el más insignificante rozamiento, y, sin embargo, no era el mismo.

¡Ah! La política es cruel; sobre todo, es traidora.

Yo no había variado; don Manuel, sí.

Más tarde volvió a ser el que había sido, porque comprendió que yo era leal, y que en mí la gratitud no era palabra vana.

Mas por estos tiempos a que voy refiriéndome, la frialdad de su afecto para mí era evidente, y se puso a prueba, en forma pasiva, y me convencí de que mis sospechas eran fundadísimas.

Cosas de la política.

Habíanme puesto en estudio, vuelvo a repetir, y creyeron unos y otros — ya diré quiénes eran los otros y los unos — que habían encontrado ocasión oportuna.

Y se equivocaron como unos pobres diablos.

Pero esto lo explicaré en el artículo próximo. Y minuciosamente, porque se enlaza con una cuestión de extraordinaria importancia, aun hoy mismo.

LXXX

Ya lo contaba en mi artículo anterior.

Quisieron derribarme, no diré los elementos reaccionarios de la Cámara, pero sí los menos avanzados, los que miraban al grupo democrático con recelo, más que con rècelo, con hostilidad; los que tenían a nuestras doctrinas por disolventes, los que consideraban a los derechos individuales como un peligro para el orden social, y a nosotros como perturbadores de la política.

Quisieron derribarme, repito, y no pudieron; y a mí, que me importaba poquísimo ser o no ministro, que hubiera abandonado el banco azul sin el menor sentimiento, me regocijó, sin embargo, el triunfo.

Regocijo malsano, porque no era debido a la victoria misma, sino al placer que me proporcionaba la humillación de mis adversarios.

Una mala pasión, lo confieso; pero yo nunca he pensado hacer oposiciones a santo; con ser un hombre honrado me contento.

He de convenir, sin embargo, que mi satisfacción interna estaba en gran parte justificada, porque el ataque era soberanamente injusto.

Acusarme de haber querido prohibir la enseñanza de la doctrina cristiana en España, cuando jamás había pensado en tal cosa, cuando había rechazado el avance

de los que me llevaron el desatinado proyecto, cuando espontáneamente lo había calificado de brutal en la forma, de mezquino y sectario en el fondo, porque empequeñecía una cuestión mucho más grande; de impolítico a todas luces, y de imprudente, porque ya alboreaba la guerra civil con aurora de sangre; y de inoportuno a todas luces, y aun de imposible, porque la situación no era radical, sino de conciliación hasta que se hubiera elegido un rey: atacarme a mí por lo que no había pensado hacer, era una injusticia monumental.

Pues bien: todo el mundo lo creyó, y siguieron creyéndolo hasta cuando publiqué un decreto, que aceptaron mis compañeros de Gabinete sin discusión, que aplaudieron demócratas y republicanos, y que los mismos conservadores, la misma *Época*, confesaron que, dadas las circunstancias, y teniendo que respetar el precepto constitucional, la solución que yo había dado era prudente, y nadie podía protestar contra ella.

Porque yo me limité a decir, que cuando los padres, los tutores, la familia de un niño, no quisieran que se le enseñase el Catecismo, o porque se reservaban esta facultad, o por otro motivo cualquiera, su voluntad fuese respetada, y la enseñanza del Catecismo no fuera obligatoria para el niño.

Pues cuando dicté esta disposición, repito, todo el mundo creyó que yo había retrocedido en mis propósitos, aunque de mala gana, y cediendo a la presión de mis compañeros de Gabinete.

Yo nada dije entonces, ni nada he dicho después, porque jamás me humillo por ningún género de conveniencias propias.

La tranquilidad interna me basta, y el vocerío externo, cuando es injusto, sólo me inspira desprecio.

¡Que griten, que griten los imbéciles!

A sus voces no he de negar el derecho que concedo a los ladridos de los perros.

Y, sin embargo, tal creencia, en el orden político algo me perjudicaba, y así, cuando a la llegada de don Ama-

deo hubo elecciones generales, en tres distritos fuí derrotado, y no pude conseguir un acta.

Distrito hubo en que iban a votar contra mí con un Catecismo en la mano en son de protesta.

Y fué preciso, para que yo saliese diputado, que Cristino Martos me cediese su distrito de Quintanar de la Orden.

Aun allí mismo, cuando por las noches me reunía con los jefes de la localidad en tertulia amistosa, acudían muchas señoras y señoritas, y me aseguraban que iban a hacer propaganda contra mí, para que aprendiera a no meterme con el Catecismo y a respetarlo.

Pero yo les dí una soberana lección, asegurándoles que conocía el Catecismo mejor que ellas, y, en efecto, varias noches duró el examen, quedando avergonzadas y corridas, porque ni una sola pudo ser aprobada.

Resultó que lo único que sabían de corrido eran los pecados capitales; en lo demás, su ignorancia era lastimosa; ni siquiera los mandamientos de la ley de Dios podían decir sin equivocarse, o, por lo menos, sin alterar el orden.

¡Y qué venganza tan sabrosa tomé!

Claro es que por Quintanar de la Orden salí diputado, esta y otras muchas veces, y siempre, al despedirme de mis electores, era mi grito de guerra: Fe, Esperanza y nada de Caridad con los adversarios.

***

Pues aun la célebre cuestión del Catecismo pudo tener consecuencias, poco tiempo después de la sesión del voto de censura.

Voy a decir cómo, porque me he propuesto contar en estos artículos todo cuanto recuerde, bueno o malo, interesante o insustancial. Y si el lector se aburre, que tenga paciencia, o que no lea lo que escribo, o, mejor dicho, lo que dicto; que para mi propio entendimiento lo voy dictando, y para el de aquellos que se interesen

por una época que ya pasó, pero que fué muy interesante, y con sus grandezas y pequeñeces, grandemente trascendental para la política española.

Pero vamos al caso.

Algún tiempo antes de la sesión parlamentaria que he referido, concedí yo un crédito que había obtenido de la Cámara, crédito de bastante importancia, para obras de reparación en la Alhambra.

La gloriosa y desdichada Alhambra siempre se está cayendo y siempre se está reparando, y aquella fué una de tantas ocasiones de ruina y reparación del admirable monumento.

Los diputados por Granada habían conseguido de mí la promesa de ir a inaugurar las nuevas obras, y todo estaba dispuesto para el viaje, y aun avisado estaba el gobernador civil de aquella provincia, que lo era por entonces, si mal no recuerdo, el señor León y Castillo.

Mas ocurre lo que ocurrió y he referido; y, al punto, noté en los diputados que habían de acompañarme, menos interés por el viaje, frialdad, recelos, y, por decirlo con una palabra, miedo.

Miedo de acompañar a un ministro descreído, hereje y casi endemoniado.

Alguno de dichos diputados, que eran excelentes personas y amigos leales, me plantearon la cuestión con toda claridad.

De este modo me dijeron:

—Granada es una ciudad muy levítica; los retrógrados, en general, y los carlistas, en particular, tienen mucha fuerza. La sesión en que quisieron darle a usted un voto de censura, las acusaciones de antirreligioso que se le dirigieron, el propósito que se le ha atribuído de suprimir la enseñanza del Catecismo, todas estas cosas han tenido gran resonancia en Granada, han excitado a mucha gente contra usted, y como todos estos hechos están muy recientes, si usted se presentase ahora en Granada, serían de temer manifestaciones y aun escándalos que usted no debe provocar. Creemos, pues, como

amigos que somos de usted, que debe renunciar al viaje proyectado, y empezar modestamente las obras de reparación de la Alhambra sin la solemnidad que habíamos pensado.

»Se da un pretexto cualquiera, y nada de viaje.»

Yo les oí con calma, y con más calma les contesté lo siguiente:

—He prometido ir a Granada, y estoy resuelto a ir.

«Empeñé mi palabra, no la retiro, y si ustedes me la devuelven, no la tomo.

»Se ha dicho que voy, y el no ir sería una cosa muy parecida al miedo, cuando es lo cierto que me importan poquísimo todas esas manifestaciones hostiles que ustedes me anuncian y que tienen por ciertas.

»En suma: yo voy, estoy completamente resuelto a ir; pero no les comprometo a que me acompañen, sobre todo si ustedes temen que sus electores tomen a mal el que acompañen a un ministro tachado de hereje.»

Ellos protestaron, asegurando que si yo iba, irían conmigo; y yo les dije que prepararan el viaje.

Sospecho que mi determinación no les hizo mucha gracia, ni al gobernador ni al capitán general; pero, de todas maneras, yo fuí, y el viaje resultó agradabilísimo.

Empezó por una expedición en tren especial, que me ofreció el marqués de Loring, una de las personas más amables, más simpáticas y más entendidas en asuntos financieros que he conocido; expedición, digo, al Tajo de los Gaytanes y al precioso valle de Alora.

Y terminó el viaje visitando las fábricas de azúcar de la costa.

Entre el principio y el fin, estuve en Granada durante toda la semana y algunos días más, que, en conjunto, serían unos quince.

Y no sucedió nada, absolutamente nada; ni la menor manifestación de desagrado, a pesar de tantos temores y amenazas.

En honor a la verdad, confieso que la llegada no fué

muy brillante, porque el recibimiento fué puramente oficial: las autoridades y los que, por obligación, tenían que salir a recibirme, y nadie más.

Verdad es que llegué de noche, en carruaje, y más tarde de lo que había anunciado, porque en Loja, donde el comité del partido radical me dió un banquete, me detuve más de lo que pensaba.

De todas maneras, mi entrada en la poética ciudad fué silenciosa, triste y con cierta nota siniestra, que más tarde me recordó nuestra entrada en Cartagena cuando fuimos a recibir a don Amadeo.

En resumen: no me recibieron mal, porque tampoco podía recibirme mal quien no fué a recibirme.

Entré en la fonda en que me habían dispuesto alojamiento, a hora muy avanzada de la noche; se hicieron las presentaciones de ordenanza, las del elemento oficial y las de los comités radicales, y me dejaron descansar.

A eso de las doce entró a verme Merelo, que era director de Instrucción pública, y me dijo que había una comisión de republicanos federales que deseaban saludarme.

Hay que advertir que, en la Cámara y fuera de la Cámara, yo estaba en buenas relaciones con los republicanos federales, y no seguramente porque participase de sus ideas, ni porque sintiese la menor inclinación hacia la federal.

Bien sabían ellos que rechazaba yo la federación en absoluto, considerándola como un atentado a la unidad de la patria, como una regresión en el orden histórico, y como una negación brutal del verdadero progreso, que es ir cada vez a unidades más altas y más comprensivas, concediendo dentro de esa unidad cada vez más sumas de libertades y más perfectas al individuo, lo cual trae consigo la máxima asociación, pero asociación libre, no forzada por unidades orgánicas interiores, amenazadoras para la unidad de la patria.

En suma: unidad del Estado español, máxima liber-

tad para los individuos y máxima asociación libre bajo el tipo, pudiéramos decir, de la sociedad anónima.

Estas eran y son mis creencias y mis ideales, y los republicanos federales lo sabían, y, sin embargo, más de una vez me mostraron por aquella época su simpatía y su adhesión.

***

Conque volvamos a Granada.

Merelo me presentó una comisión numerosísima de federales, gente enérgica, resuelta, de aspecto batallador, y cada uno con su respectivo revólver.

Me saludaron con mucho entusiasmo, advirtiéndome que probablemente vendrían aquella noche los carlistas a darme una cencerrada; pero que ellos y numerosos amigos velarían alrededor de la fonda, y que si se presentaba algún reaccionario lo pasaría mal. En suma: que la cencerrada acabaría a tiros.

Yo les agradecí sus buenos propósitos, rogándoles que se retiraran, evitando cualquier conflicto; porque dado caso que hubiera cencerrada, me serviría de diversión.

Después de todo, peor habían de estar los de la cencerrada en la calle y en su faena, que yo en mi cama descansando.

Nos despedimos afectuosamente, y ellos se fueron, a pesar de mis consejos, a continuar la ronda y la vigilancia.

Pero ni aquella noche sucedió nada, ni en los días sucesivos; se fué derritiendo el hielo, y todos me trataron o con afecto o con respeto.

***

Verdad es, porque a cada uno hay que darle su mérito, y yo no puedo negarme el que me corresponde, que en los días que estuve en Granada, me conduje con mucha prudencia y mucho acierto, y citaré algunos ejemplos que di de moderación y prudencia.

Me preguntaron, de parte del fondista, si quería comida especial de carne, porque eran días de Semana Santa, y la comida que generalmente se hacía en la fonda era de vigilia.

Yo me negué a ello, y todos aquellos días comí de vigilia, y de vigilia obligué a comer a todos los radicales que me acompañaban a la mesa.

Porque era un establecimiento público, y obligar a que pusieran comida de carne para mí, era una especie de alarde y provocación de mal gusto; ni esto tiene nada que ver con mis ideas liberales; es, en todo caso, una muestra de respeto a la mayoría.

Sin que esto implicara tampoco el más insignificante sacrificio, porque a mí me gusta más la comida de vigilia que la de carne, y me hubiera parecido un fanatismo sandio comer a disgusto sólo para ofender las creencias ajenas.

Otro ejemplo más de prudencia.

Muchos de mis amigos querían que inmediatamente se hiciera la inauguración de las obras con los banquetes, discursos y agitación política que a este acto habían de acompañar.

Yo me opuse resueltamente.

— Hasta que no acabe la Semana Santa — les dije — no se hace nada; si siempre deben respetarse los sentimientos de todos, sean pocos o muchos, no hay motivo para faltar al respeto a las creencias generales.

Proceder de otra suerte, sería algo así como una provocación a las creencias de la mayoría de los granadinos; valdría tanto como decirles, si no con las palabras, con los hechos: «A lo que vengo, vengo, y no me preocupo ni poco ni mucho, ni me importan vuestras creencias religiosas, vuestras costumbres y tradiciones.» En estos casos, y mucho más un representante del Gobierno, si peca de algo, debe pecar por exceso de prudencia, porque no se compromete él solo, sino que compromete al Gobierno de que forma parte.

Hay que reconocer, digan lo que quieran, que casi siempre he sido un hombre muy prudente, y que jamás he comprometido a mis compañeros, ni por vanidad ni por llamar la atención sobre mi persona.

Y como lo dispuse, se hizo; es decir, que no se hizo nada hasta los días de Pascua.

Por delante de la fonda en que yo paraba, pasó la procesión de la Virgen de las Angustias, que yo presencié desde el balcón, y frente a mi balcón detuvieron la imagen, rodeada por gran número de caballeros de la población, entre ellos muchos correligionarios míos.

Y detenida la imagen, y levantando los brazos en alto, todos gritaban: «¡Viva la Virgen de las Angustias!» Y la inmensa muchedumbre que llenaba, mejor dijera que macizaba la explanada, miles y miles de personas de todas las clases sociales, repetía en coro: «¡Viva la Virgen de las Angustias!»

Este fué el único desahogo que se permitió el pueblo de Granada; desahogo inofensivo, y que yo no tomé como alusión a mi persona, porque yo jamás había dicho nada contra Señora tan alta. Más aún: yo recordaba que, cuando niño, presencié muchas veces en Murcia el entierro del Santo Sepulcro, que, realmente, es una nota muy poética.

Sólo se compone de dos pasos: delante, el Santo Sepulcro, de cristal todo él, con multitud de faroles y flores.

Detrás, una sola imagen, la Dolorosa, vestida toda de negro, con la cara muy pálida y llena de lágrimas, y siguiendo el cadáver de su Hijo.

Y sentía gran lástima, lástima infantil, por la pobre Madre, que iba tras el cadáver de su Hijo. De suerte que yo, que siendo niño había sentido aquellas emociones por la Dolorosa, no había de ofenderme porque el pueblo de Granada vitorease a la Virgen de las Angustias, que en el fondo era la Dolorosa de mi niñez.

*
* *

Pasó la procesión tranquila, majestuosa, sin el menor incidente desagradable, y el capitán general, señor Rey, y yo, solos, completamente solos, bajamos a la explanada y estuvimos paseando largo rato entre la muchedumbre, que se apartaba respetuosamente y nos saludaba al pasar.

Y llegó el domingo, y se inauguraron las obras, y me dieron un gran banquete, muy hermoso, muy poético, muy entusiasta, en uno de los salones de la Alhambra, entre flores y arabescos y pedazos de cielo azul, recortados por ventanas arábigas.

Y hubo brindis políticos y artísticos, y yo pronuncié mi correspondiente discurso, en que me declaré entusiasta de los árabes y de los moros y de todos sus afines. Esto no hubiera estado bien en una Catedral; pero en el palacio de la Alhambra era pie forzado.

En suma: que si tras las puertas y los tapices, y por los huecos en herradura de las ventanas, se asomaron las sombras de los reyes granadinos y de sus esposas, debieron quedar satisfechos de mi discurso.

***

Todavía estuve algunos días más visitando la Universidad, las escuelas y los alrededores de la ciudad bendita, como dice Zorrilla; las cuevas de los gitanos inclusive.

Y terminó mi expedición con un banquete que me dieron en el Sacro Monte, y debo declarar, para que se vea que no soy fanático y que sé apreciar lo bueno, que pocas veces he comido mejor ni con vistas más admirables, ni entre personas de educación más correcta.

Era cosa resuelta: el haber comido de vigilia, el haber suspendido todo acto oficial durante la Semana Santa, y el haber presenciado desde el balcón el paso de la Virgen de las Angustias, saludándolo respetuoso, había borrado la mala impresión de mis adversarios, y hasta en el Sacro Monte me daban un banquete aquellos respetables religiosos.

¡Señor, si en este mundo, sólo con tener buena educación, se ganan muchos amigos, y para pensar cada uno lo que quiera pensar, y sentir lo que quiera sentir, y creer lo que quiera creer, no es preciso ofender a nadie!

Sí; la conciencia de cada persona es un santuario, al cual no hay que acercarse, o hay que acercarse respetuoso, para no profanarlo.

Ya ven mis lectores que no soy fanático, ni por la izquierda ni por la derecha.

Por algo escribí algunos años más tarde el drama titulado *Los dos fanatismos*.

LXXXI

Quedamos en el último artículo en un momento de crisis para mi existencia ministerial.

Los elementos de la Cámara, no diré más reaccionarios, pero sí menos avanzados, por ejemplo, los de la Unión liberal, algunos progresistas y el grupo que sólo aceptaba la Revolución como un hecho, pero no como el ejercicio de un derecho democrático, habían resuelto expulsar del Ministerio a todos los ministros demócratas a medida que fueran ocupando el banco azul.

Habían provocado la salida de Manuel Becerra; me habían puesto a mí en estudio, y esperaban la primera ocasión.

La cuestión religiosa, en una de sus manifestaciones, la de la enseñanza, les proporcionó la ocasión que apetecían.

Se presentaron un día en mi despacho tres o cuatro demócratas de segunda fila, amparados, en cierto modo, por mi director de Instrucción pública, mi amigo particular y ardiente demócrata don Manuel Merelo, y me presentaron, rogándome que lo prohijase, un proyecto de decreto que hubiera sido una verdadera bomba explosiva en aquellas circunstancias.

El proyecto era muy breve, y podía sintetizarse en esta fórmula casi textual: «Para que la libertad religiosa establecida por la Constitución del Estado tenga su apli-

cación práctica a la enseñanza pública, se prohibe en todas las escuelas del Reino que del Estado dependan, la enseñanza del Catecismo.»

Ni más ni menos, en dos o tres líneas.

Me quedé mirándoles, y les pregunté si habían pensado bien el proyecto que me traían.

Ellos me dijeron que lo habían pensado maduramente.

—Pero ¿lo han consultado ustedes, al menos, con los jefes del grupo democrático, con don Nicolás María Rivero o con don Cristino Martos?

— Ni con uno ni con otro — me replicaron —; es de nuestra exclusiva iniciativa.

— Pues este proyecto — les dije — es absolutamente imposible.

»Prescindo del fondo de la cuestión, que es un fondo muy profundo, y se enlaza con otros problemas más amplios, por ejemplo, el de la enseñanza laica.

»Prescindo de su forma, que, más bien que científica, o filosófica, o administrativa, es, en los momentos actuales, un grito de guerra y una provocación para una gran parte del país, y para los carlistas, que andan revueltos y queriendo lanzarse al campo, un pretexto, un hallazgo, y hasta les da una bandera.

»De todo esto prescindo, y me fijo tan sólo en la cuestión política.

»El Ministerio de que formo parte, aunque en él está Rivero, y está Moret, y estoy yo, no es un Ministerio de demócratas, sino un Ministerio de conciliación, que hay un interés superior en que subsista hasta la elección de rey.

»Pero este decreto, si yo lo llevase a Consejo, como ustedes pretenden (porque esto pretendían), sin consultar antes con don Nicolás y Moret, sería una especie de traición a mis compañeros; sería darme la importancia de plantear cuestiones de esta trascendencia prescindiendo de ellos, lo cual, además de traición, sería soberbia intolerable, y, en todo caso, provocaría una gran agitación entre los tres elementos que hoy están conci-

liados, enconaría más las pasiones, y, quién sabe, porque en política se sabe cómo se empieza, y no se sabe cómo se concluye, quizá fuera causa de que se rompiera en absoluto la conciliación en que hoy vivimos, y que todo el mundo desea que continúe hasta la elección de monarca.

»En suma: sería crearle un conflicto enorme a don Juan Prim.

»Yo creo que, llevar este proyecto al Consejo, es faltar a todos mis deberes políticos, y, si ustedes prefieren otra fórmula más franca y más propia de nuestra amistad, les diré que este proyecto me parece, en los actuales momentos, y llevado por mí, un soberano desatino.»

Y cogiendo el proyecto, lo hice pedazos y lo arrojé al cesto de los papeles viejos con cierto malhumor; porque, con haberles dicho mucho, no les dije ni la mitad de lo que pensaba.

Ellos quisieron insistir; pero yo les repliqué, en tono algo levantisco, que ni Zorrilla, ni Rivero, ni Martos, ni sobre todo don Juan Prim, y no se diga del Regente del Reino, podían estar conformes con el proyecto que ellos me habían traído.

Y no quise hablar más del asunto, y ellos se marcharon un tanto mohinos.

Es la primera vez que cuento estas cosas en público, y las cuento como fueron, con exactitud matemática.

Pasaron algunos días, y casi me había olvidado yo de tal incidente, cuando brotó de nuevo en el Congreso.

Yo no sé cómo se supo; yo a nadie se lo referí; pero transpiró aquella conferencia, aunque transformada, y sin que se supiera el desenlace, y dió motivo a una pregunta de mi amigo Bugallal.

Habíamos sido amigos en el Ateneo; pero ¿qué es la amistad ante las exigencias de la política?

Creyeron la ocasión oportuna para derribarme los que me tenían en estudio, y, mal enterados, o enterados a medias, o fingiendo lo que no creían, para ponerme en un aprieto, ello fué que una tarde se levantó Bugallal, y

con su elocuencia apasionada y agresiva, me dirigió, en son de batalla, una pregunta que, en suma, se reducía a lo siguiente:

«La opinión pública está alarmadísima; la conciencia católica, alarmadísima y escandalizada, porque ha corrido la noticia, que se da por segura, de que el señor ministro de Fomento va a publicar en breve un decreto prohibiendo la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas, y yo pregunto: ¿es esto cierto? Deseo una contestación categórica del ministro.»

Yo le contesté en términos breves y concretos:

«La noticia no es cierta; en Fomento no existe el decreto a que se refiere el señor Bugallal.»

Tan no existía; como que yo había hecho pedazos el que me trajeron, según queda referido.

Pero no querían soltar su presa los que en mi cartera ministerial habían clavado los dientes, y Bugallal insistió en su pregunta, manifestando que mi contestación no le satisfacía.

Y vino a preguntarme lo mismo que me había preguntado; pero con alguna ampliación:

«Podrá no estar redactado el decreto y a punto de aparecer en la *Gaceta;* pero estará preparándose, y, para tranquilidad de las conciencias, es preciso que el señor ministro declare que ni está en preparación el decreto, ni piensa publicarlo.»

Yo, irritado con lo apremiante de las preguntas, y con mi conciencia tranquila, confieso que le contesté con cierta sequedad, asegurándole que el decreto no estaba en preparación.

Sujetándome a estricta verdad, hubiera podido acentuar más mi negativa y cortar de una vez con las malintencionadas preguntas; pero yo jamás me someto a una humillación, y, como en mí los recuerdos se enlazan por manera caprichosa, recordaré y citaré a este propósito el célebre desafío entre don Antonio Ríos Rosas y don Luis González Brabo.

En no sé qué discusión parlamentaria, usó el primero

ciertas reticencias que indignaron al segundo, y en el acto exigió González Brabo que Ríos Rosas declarase que en tales reticencias no se refería a su persona.

Negóse el célebre tribuno a dar explicación de ninguna clase, y la escaramuza parlamentaria terminó por un duelo, en que Ríos Rosas le metió una bala en el cuerpo a don Luis González Brabo. Cuando le vió tendido y desangrándose, se acercó al grupo que formaban su adversario y los padrinos, y cuentan que, con voz grave, declaró lo siguiente:

—Aquellas frases no las dije por él.

Las dijo cuando vió a su adversario en tierra; no las dijo antes, porque no se creyera que quería evitar un lance.

Pues yo, en más modesta y en menos trágica escena, hice una cosa parecida: ni en el Parlamento, ni en el Consejo de ministros que celebramos más tarde, ni en parte alguna, referí lo que había ocurrido. Han pasado cuarenta años, y lo digo ahora; pero no acudiré jamás a este medio para evitar conflictos.

Me limité, como queda dicho, a negar que existiese tal decreto; pero estaban resueltos a derribarme aquel día, y Bugallal convirtió la pregunta en interpelación.

En ésta se empeñó en que yo había de declarar, no sólo que no existía el decreto, sino que no le publicaría nunca.

Esta era realmente la sustancia de su peroración.

Contra esto yo protesté con frase y tono breve y desabrido:

«Su señoría—vine a decirle—puede juzgarme por mis actos. Voy más allá, y le concedo el derecho de interpelarme, porque soy generoso en este punto, sobre proyectos que tenga en preparación; pero yo no puedo hipotecar mi pensamiento en beneficio de su señoría, ni sobre mis pensamientos y propósitos puede interpelarme.»

Y como él insistiese, extremando sus ataques y manifestando a la Cámara que mi nombramiento como

ministro había sido una improvisación injustificada, y que mi falta de experiencia se traducía en actos tan imprudentes como el que él estaba combatiendo, yo le contesté en el mismo tono, y le dije que bien se conocía que había sido fiscal de imprenta, en su afán de matar todo pensamiento, aun antes de convertirse en acto.

Este ataque al ex fiscal de imprenta me valió un aplauso de los demócratas y de los republicanos, con lo cual él se enardeció más, y tras un tiroteo de frases, de un escarceo filosófico sobre las religiones positivas, el espiritualismo, el ateísmo y otras diversas menudencias, creyendo él que la fruta estaba madura, convirtió la interpelación en voto de censura.

Yo, desde este punto, no quise defenderme más; entregué la cuestión a la Cámara, y con cierto desprecio en el fondo de mi alma, abandoné el banco azul, declarando que había dicho cuanto tenía que decir, y que no creía decoroso defender mi cartera.

Al marcharme, subí a la Presidencia, y cambié unas cuantas frases con don Manuel Ruiz Zorrilla.

¡Qué cambiado le encontré! No era el de otros tiempos.

Fríamente, y con cierta indiferencia, me entregaba a mis enemigos, y cuenta que en la conjura estaban bastantes progresistas.

Yo nada le dije, y me despedí de él cariñosamente, manifestando mi propósito de ir a pasear al Retiro, donde esperaría el resultado del voto de censura.

¿Por qué este cambio en don Manuel?

Ya lo explicaré en otra ocasión.

Yo continué siendo siempre el mismo para él: determinadas personas quisieron ponerle mal conmigo. Miserias y pequeñeces de la política.

Y me fuí a paseo, tan indiferente y tan frío como estoy ahora, importándome poquísimo el resultado de la votación.

Cuando volví a casa, vinieron a referirme lo ocurrido.

El voto de censura se puso a votación nominal, y fué

rechazado por una gran mayoría; pero yo pedí la lista para ver los nombres, e inmediatamente me fuí a ver a don Juan Prim para presentarle mi dimisión.

Don Juan estaba enfermo, y sin poder moverse, porque en una cacería le habían dado, días antes, una perdigonada en una pierna.

Con la perdigonada y el escopetazo que en forma de crisis yo le disparaba, no hay que decir de qué humor se pondría, aunque siempre cortés y atento.

Se citó a Consejo, y a Consejo llevé yo mi dimisión por escrito.

Todos se empeñaron en que no había motivo para presentarla; pero yo les demostré que la dimisión estaba fundadísima. Era cierto que yo había obtenido gran mayoría, pero era porque había votado a mi favor casi toda la minoría republicana.

Mas si se contaban los votos de la mayoría, demostraba yo, con números y nombres, que eran más los que habían votado contra mí que los que habían rechazado el voto de censura. Que, por lo tanto, la mayoría, a la cual yo representaba, había votado contra mí, y que no podía aceptar, en buenos principios parlamentarios, y como ministro, un triunfo debido a las oposiciones republicanas.

El argumento era irrebatible, y no podían rebatirlo.

Insistí en mi dimisión, presentada con carácter irrevocable; y planteada así la crisis, Rivero y Moret anunciaron que, si yo mantenía la dimisión, ellos dimitían también.

Era un conflicto, un verdadero conflicto, para el general Prim; era la ruptura de la conciliación, o poco menos. Era hacer imposible toda candidatura regia, y de este modo, como sucede muchas veces en política, se enlazaba lo más pequeño con lo más grande, y porque faltaba un granillo se derrumbaba una montaña.

¿Qué le importaba a nadie, ni a mí tampoco, el que yo fuera o dejara de ser ministro?

Mi significación política era escasísima por entonces,

y, sin embargo, al caer yo, se derrumbaba casi toda la máquina política.

Comprendiéndolo así, me rogó el general que le buscase una solución y una salida.

Me lo rogó en nombre de la idea liberal y con imperios de su amistad.

Y yo le presenté una solución que ya tenía pensada, pero a la que no quise acudir hasta el último extremo.

Porque, ¿quién, aunque no sea vanidoso, y yo no lo soy, no siente los estímulos del amor propio en las luchas apasionadas de la política?

—He aquí mi solución—le dije al general Prim:

»Un gran número de progresistas se han abstenido de votar; pues bien: usted les llama y les obliga a que mañana, al leerse el acta, *uno* por *uno* pidan la palabra, para que conste que unen su voto al de la mayoría en la votación sobre el voto de censura.

»Si sumando este número de votos favorables al de los que votaron en mi favor, resulta que tengo mayoría, no sólo en la votación total, sino entre los ministeriales, me resignaré a retirar la dimisión y a no insistir en ella, contando con que en la *Gaceta* conste la no admisión de la misma.»

Antes de concluir yo, había aceptado la idea don Juan Prim, y aquella misma noche llamó, uno por uno, a todos los progresistas que se habían abstenido, y al otro día fueron mansamente, resignados y vencidos algunos; otros, que no se habían enterado del suceso, de buena gana; y todos juntos, formaron una votación de progresistas y demócratas muy superior a la de los votos favorables al de la censura.

Mi triunfo se completó, publicándose en la *Gaceta* un decreto en que no se admitía la dimisión.

La conjura quedaba vencida y humillada, y yo satisfecho, con esa satisfacción egoísta, y acaso malsana, con que se ve la derrota del adversario.

Pero la política es así, y aun los menos aficionados sentimos en la lucha el ardor de la sangre.

Seguí siendo ministro, sin que ya volvieran más a hostilizarme en el Parlamento, hasta la llegada de don Amadeo, en que, muerto Prim, se formó un nuevo ministerio.

Pero fuera del Parlamento, todavía la dichosa cuestión del Catecismo me dió que sentir, suponiendo que yo sienta estas cosas, que, a decir verdad, no consiguen ni arañarme la epidermis.

LXXXII

Empiezo por una rectificación, y esta es una novedad en esta serie, tan insustancial como interminable, de mis recuerdos.

Hasta ahora nada he rectificado, con lo cual he venido a ser una honrosa excepción entre oradores y escritores; porque, ¿qué orador no rectifica?, ¿qué escritor no debiera rectificar?

Sólo que mi rectificación es de las más modestas.

Al empezar el verano, y comenzar mis vacaciones, dejé escritos dos artículos, uno sobre el voto de censura que quisieron darme en las Cortes Constituyentes los elementos reaccionarios de la Cámara, en el supuesto falso de que yo pretendía prohibir la enseñanza de la doctrina cristiana en las escuelas públicas, y otro segundo artículo sobre las consecuencias que tuvo para mí aquella escaramuza parlamentaria, y sobre mi viaje a Granada.

Dejé, como digo, escritos ambos artículos; mas, al ir a la imprenta, se alteró el orden, y fué antes el segundo que el primero, con lo cual expliqué a mis lectores antes las consecuencias que las premisas, y ellos, según fórmula clásica, antes sufrieron el golpe que el amago.

Con estas explicaciones que doy, quedan las cosas en su punto, rectificado el pensamiento, y el desorden sin

rectificar, cosa propia de España y muy de mi gusto en estos desordenados recuerdos.

Y con ellos continúo.

*
* *

Ello es que, a pesar de la enemiga de ciertos elementos de la Cámara, y de su afán de ir devorando ministros demócratas, yo continué en mi puesto casi dos años, hasta que vino don Amadeo y se constituyó aquel Ministerio de notables, que duró hasta la división de las huestes revolucionarias en dos partidos de gobierno: uno, representando el elemento avanzado, que al fin tuvo por jefe a Ruiz Zorrilla; otro, representando el elemento conservador, a cuyo frente colocaron al general Serrano.

Pero todo el año 69 y todo el año 70, yo seguí en el ministerio de Fomento, sin que ya nadie se metiera conmigo.

¿Hice algo en el ministerio de Fomento en este tiempo?

Yo creo que sí; y como mi abuela se murió hace muchos años, y no tengo por la presente amigos políticos que trompeteen mi gestión ministerial, será forzoso que yo haga la crítica de mí mismo, y que, durante una o dos crónicas, me ocupe en asuntos serios, prescindiendo de menudencias y de chismes políticos.

Prepárese, pues, el lector, a aburrirse más que de costumbre; pero yo estoy resuelto a que todo conste, como dice el famoso personaje de una famosa zarzuela.

Digo famosa, porque no recuerdo cuál es, y a todo trance necesito un adjetivo que la acompañe.

Una de las leyes más importantes que presenté, que aprobó la Cámara, y que todavía rige, es la de quiebras y convenios de ferrocarriles.

El estado de nuestras empresas ferroviarias era verdaderamente desastroso en el año 69.

La mayor parte de ellas, incluyendo la gran línea del Norte, hallábanse en estado de quiebra.

Si en quiebra no se declaraban, o las declaraban, es porque era materialmente imposible, no en derecho y por ley sustantiva, sino por mezquindad e impotencia de una ley adjetiva o de procedimiento.

Regíanse todas por el Código de Comercio, que no se había hecho para ellas, en que ellas no cabían, y cuyos preceptos les eran inaplicables en gran parte.

Era un molde que no se había hecho para empresas de tanta magnitud. Meterlas en el molde, aun con violencia, era físicamente imposible.

Cuando me hice cargo de la dirección de Obras públicas, se me presentaron los representantes de gran número de compañías, y al frente de ellos el ilustre don Manuel Alonso Martínez, uno de los hombres más competentes en la materia, y aun tengo para mí, que el más competente en aquella época; inteligencia clarísima, espíritu fino y sutil, palabra persuasiva y gran maestro en todas aquellas complicadas cuestiones.

Me manifestaron cuál era el estado de las compañías de ferrocarriles en España; su vida, más que angustiosa, agonizante, y la necesidad de una ley, o por el pronto, de un decreto, dado que estábamos en período dictatorial, que pusiera a salvo tantos y tantos intereses gravísimamente comprometidos.

Yo les dije que por mi parte no había dificultad alguna; pero que tenía que consultar con el ministro; y, en efecto, con don Manuel consulté aquel formidable problema.

Don Manuel se opuso, por el pronto, a emprender la obra magna y comprometida de su resolución. «Se trata—dijo—de miles y miles de millones, de una masa inmensa de intereses, a veces contradictorios, a veces oscuros, casi siempre en lucha, y una cuestión de esa clase no podemos resolverla sin el concurso de las Cortes.

»No tardarán mucho en reunirse, y entonces veremos.»

Don Manuel tenía razón, y así lo reconocieron los interesados, y tuvieron paciencia por algunos meses.

Constituídas las Cortes, volvieron a la carga; pero Ruiz Zorrilla se negó de nuevo, al menos por aquellos días.

Pero vino la crisis ministerial; pasó Ruiz Zorrilla al ministerio de Gracia y Justicia, entré yo en Fomento, y don Manuel Alonso Martínez volvió de nuevo a verme. El conocía mis opiniones en la materia, y sabía que no me arredraban las dificultades, sobre todo contando con un consejero como él.

Yo acometí, pues, la magna empresa, resuelto a salvar aquella riqueza que tan en peligro encontraba.

Tuvimos largas discusiones, haciendo yo, sobre todo, el papel de crítico, acumulando objeciones y dificultades a las bases que de primera intención convinimos, modificándolas, aclarándolas y procurando armonizar todos los intereses: accionistas obligacionistas, de 1.ª, 2.ª y 3.ª hipoteca, acreedores refraccionarios, todo un ejército de interesados, por uno u otro concepto, en aquella inmensa liquidación; cosas que entonces sabía yo al dedillo, y que hoy he olvidado casi.

¡Qué talento el de don Manuel! ¡Qué sutileza! ¡Cómo vencía dificultades que parecían invencibles! ¡Cómo armonizaba los principios de derecho con las realidades prácticas del problema! Uno de los conflictos para mí, porque en aquellos tiempos el afán de los economistas era armonizar el derecho con la conveniencia, era el siguiente, al cual daba también mucha importancia el señor Alonso Martínez. Y valga un ejemplo, y para simplificar, supongamos que determinada Compañía de ferrocarriles de aquella época, sólo hubiera tenido una clase de acreedores.

Declarada la quiebra, la totalidad de dichos acreedores constituye una entidad, una persona jurídica; pero como en el fondo es una colectividad, la ley de la mayoría se impone, y toda resolución votada por mayoría, se comprende que puede llegar a ser valedera; y que por la unidad que la masa de acreedores ha adquirido, la minoría, salvo casos particulares, estará sujeta a la mayoría.

Pero antes de declararse la quiebra, entre la suspensión de pagos y la quiebra propiamente dicha, cada acreedor conserva su derecho íntegro; no está sometido a los demás, y todo convenio supone la unanimidad absoluta; pero en la práctica, esta unanimidad es imposible, absolutamente imposible, materialmente imposible. Bastaba un incendio, un naufragio, la pérdida de un solo título, para hacer imposible, en derecho, el convenio más beneficioso para todos los interesados.

En este caso se encontraba, por ejemplo, el ferrocarril del Norte, que tenía preparado un convenio, no con los cuatro quintos de los acreedores ni con los cinco sextos, sino con la casi totalidad, y, sin embargo, el convenio no podía prevalecer sin el estado previo de quiebra, que era la catástrofe para todos, para los accionistas y para los obligacionistas.

Era preciso una ley que facilitara los convenios sin pasar por el estado de quiebra.

Tal era la clave del proyecto que presenté, y en que había que salvar, en términos racionales, los principios y la conveniencia.

Se redactó, pues, el proyecto en que tanta parte tuvo don Manuel Alonso Martínez, y lo presenté á la Cámara.

La cuestión era inmensa: de las que en otras circunstancias, y procediendo con menos acierto—¿por qué no he de decirlo?—del que tuve, hubiera dado origen a grandes escándalos, a grandes protestas, a sesiones violentísimas, porque, al fin y al cabo, se trataba de muchos miles de millones, y en aquel naufragio de aquella gran industria luchaban intereses poderosos y contrarios, con la desesperación del que agoniza entre las olas.

Pues no sucedió nada: presenté, como digo, el proyecto a la Cámara; se nombró, mejor dicho, hice nombrar una Comisión respetable, y al mismo tiempo entendida en tales materias, y ajena, en lo posible, a todos aquellos intereses palpitantes, y se abrió una amplia información, que puedo decir que duró meses, y a que asistieron representantes de todos los interesados.

Allí se discutió con calma; allí se estudiaron los conflictos, se aquilataron los derechos, se transigió cuando era preciso transigir, y todos, absolutamente todos, llegaron a una concordia que, *a priori*, hubiera parecido imposible; de tal suerte, que cuando el dictamen de la Comisión se presentó a la Cámara, hubo menos discusión que para la más modesta carretera. Yo hice el resumen en un discurso que duró dos sesiones; todo el mundo quedó convencido, y apenas si algún diputado que otro hizo alguna observación de menor cuantía.

¿Qué había de decir nadie, ni qué argumento podía presentar ningún diputado, que no hubiéramos estudiado nosotros?

Se aprobó la ley, que ha regido años y años, y que todavía rige, y creo que presté un señaladísimo servicio salvando de la ruina a una industria en que se cifraba el porvenir de España.

*
* *

Aunque no he vuelto a leer lo que voy dictando, me parece que en este artículo me doy un bombo más que regular, y que por esta vez he prescindido de mi tradicional modestia.

Pero es preciso ponerse en la corriente de las nuevas ideas y de los nuevos procedimientos. El que da en vivir más allá de su tiempo natural, no puede prolongar su existencia sin acostumbrar sus pulmones a la nueva atmósfera, ni puede hablar al público sin poner su voz al tono de las demás voces, ni puede quedarse corto cuando todos los demás se afanan por ser largos.

En suma: hay que vivir a la moderna y en pleno modernismo; y como lo más moderno es la moderna filosofía de Federico Nietzsche, al célebre, nebuloso y embrolladísimo filósofo acudo para justificar los aplausos que voy tributándome, y que seguiré tributándome por este proyecto a que me he referido y por otros de que hablaré más adelante.

No faltará quien diga que tales aplausos son fruto de una soberbia intolerable o de una vanidad senil, digna, cuando más, de compasión.

Esto hubiera pensado yo en otro tiempo; pero hoy pienso lo contrario, porque mientras pueda marchar, he de marchar con el siglo.

Más aún: todos los aplausos que, liándome la manta a la cabeza, dedique a las cosas que haya podido hacer en cualquiera esfera de la actividad humana, son en mí acto de humildad y acto de sacrificio.

Cuando yo diga que una cosa que he hecho ha sido buena, esto significará, por mi parte, un sacrificio que nunca comprenderán bastante mis lectores, aunque yo procuraré explicárselo con la mayor claridad posible.

Mas para ello necesito darles una idea de la filosofía de Nietzsche, y ponerme bajo el amparo de su nombre ilustre.

Bien comprendido que hablar de Nietzsche, a propósito de una ley de convenios y quiebras del año 69, es una verdadera extravagancia; pues, precisamente porque es una extravagancia, en ella me recreo, porque me parece que es entrar en una nueva vida, respirando nuevo ambiente.

Y después de todo, todo se enlaza en este mundo; y con la vanidad humana, con los arranques de orgullo, con los manoteos de la soberbia, con los extravíos de la imaginación, con el desate del cerebro y con la rotura de toda fibra inhibitoria de ideas estrafalarias y de todo freno de sensatez, tienen íntima relación muchas cosas que andan hoy por el mundo y muchas ideas que flotan en la atmósfera.

En suma: que estoy resuelto a escribir uno o dos artículos de filosofía novísima, aunque en rigor no es tan nueva como digo; pero nueva y novísima será para la mayor parte de mis lectores, la del célebre Nietzsche.

*
* *

Realmente, las lucubraciones, delirantes, según unos, profundísimas, según otros, del célebre filósofo, no pueden formar parte de mis recuerdos, porque en la época a que voy refiriéndome, Nietzsche no estaba de moda; pero estaban de moda ciertas ideas, de las cuales han partido las modernas escuelas pesimistas, y hablar de aquéllas, y recordarlas, es una tentación irresistible para hablar de éstas.

En aquellos tiempos, y en la época que precedió a la Revolución de Septiembre, la agitación de las ideas era grande; los nuevos hombres políticos, la juventud toda, abominaban, mejor dicho, despreciaban profundamente toda política empírica. La política había de fundarse en la ciencia, había de ser determinación práctica de las ideas, había de arrancar, más o menos directamente, de la filosofía y de la ciencia.

Por eso, todos éramos más o menos filósofos, hasta los economistas.

No nos contentábamos, como dije antes, con demostrar que tal o cual ley económica era ley de realidad en los fenómenos sociales.

Buscando la armonía, una armonía filosófica, una armonía idealista, demostrábamos, siguiendo a Bastiat, que dicha ley económica era conveniente, y que, prescindiendo de perturbaciones transitorias, procuraba un mayor progreso, una mayor riqueza, un mejoramiento de la masa humana.

Pero no nos contentábamos con esto, según decía antes y según he dicho en otras ocasiones, sino que, después de demostrar que las libertades económicas eran convenientes, nos esforzábamos por demostrar también que en el fondo se armonizaban con las leyes morales y con los principios de derecho; de suerte que para nosotros todo problema político tenía estos varios aspectos: el económico, el moral, el jurídico.

Hoy domina en todas estas cuestiones el criterio positivista; se huye de lo absoluto, se niega fijeza a las leyes del orden natural, se supone que puede haber una

economía política para Alemania y otra para España, una moral para la India y otra para Europa, un derecho en los tiempos feudales y otro en la época moderna. En suma: en mi tiempo el criterio histórico y experimental quedaba subordinado al criterio científico y filosófico.

Éramos eminentemente idealistas; no negábamos que existiese gran variedad en las prácticas económicas, en la interpretación de las ideas morales y en las leyes escritas de una u otra época, de este o de aquel siglo; pero esta variedad la considerábamos como una peregrinación de la humanidad hacia ideas fijas y absolutas; eran tanteos, ensayos seculares o geográficos, mediante los que el hombre se iba aproximando a la verdad absoluta. Y valga un ejemplo: la serie numérica $1 + \frac{1}{2} + \frac{1}{4} + \frac{1}{8}$ prolongada hasta lo infinito, se sabe y se demuestra que tiende hacia el número 2.

Si un pueblo, o una raza, o toda una época dijera que vale 1, se equivocaría de medio a medio; pero se equivocaría menos que si dijese que vale 100.

Pues esto, este ejemplo, digo, simboliza en cierto modo, los tanteos, los errores, los aciertos a medias de la humanidad.

Si en otra época más adelantada afirma el hombre que la serie en cuestión vale 1 y $\frac{1}{2}$, ya se aproximará más que el hombre de la época precedente; su error sólo será de $\frac{1}{2}$.

Y así sucesivamente, en épocas posteriores, llegará a comprender o creerá comprender el que estudie la serie en cuestión, que vale, no 1, no $\frac{3}{2}$, no $\frac{7}{4}$, sino algo más; y corrigiendo su error, aunque sin llegar a la exactitud absoluta, que en nuestro caso está representada por el número 2, se irá aproximando a él indefinidamente.

El número 2 simboliza aquí lo absoluto; las sumas parciales de la serie, la evolución hacia ese absoluto.

El 1 no es la verdad, el $1\frac{1}{2}$ no es la verdad tampoco,

el 1 y $\frac{1}{2}$ y $\frac{1}{4}$ no alcanza a la verdad matemática; pero el error va siendo cada vez menor.

Pues, nosotros, el razonamiento que precede lo aplicábamos a la economía, al derecho, a la moral.

No hay muchas morales históricas o geográficas; hay una sola como verdad absoluta; las morales históricas son términos de la serie.

Los diversos códigos de derecho son asimismo aproximaciones al Derecho único.

El hombre confunde su ignorancia o su torpeza con la verdad en sí, y se cree dueño de fabricar leyes económicas, y leyes morales, y leyes jurídicas, como si en el ejemplo anterior hubiera alguien tan insensato que quisiera igualar en exactitud el número 2 a cualquiera de las sumas parciales.

Estas eran entonces las ideas dominantes; y como hoy dominan otras ideas, no ha de parecer a nadie extraño que, por contraste natural, al recordar lo que fué nuestra creencia, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra pasión, pudiera decir, me encuentre de frente con muchas ideas modernas, que son la negación brutal de todo lo que entonces pensábamos y creíamos, de todo lo que en el orden del pensamiento representaba aquella época revolucionaria.

No diré todos; pero muchos demócratas de hoy, no son lo que éramos los de entonces; son precisamente lo contrario en casi todas las esferas sociales. No digo que nosotros acertásemos en absoluto, ni que en absoluto sean falsas las corrientes modernas; me limito a recordar y a señalar contrastes. Y ya irá comprendiendo el lector, y lo comprenderá mejor en el artículo próximo, por qué no es tan desatinada, como a primera vista parece, la cita de Nietzsche y de sus doctrinas, que procuraré explicar, si es que acierto en empresa tan temeraria.

Conque hasta el artículo próximo.

LXXXIII

Los dos años de las Constituyentes fueron dos años de gran actividad, no sólo para los problemas políticos, sino para los problemas económicos y administrativos.

Empecé yo en el último artículo a enumerar algunos de los proyectos de ley que presenté y que fueron aprobados. Y con este motivo, y al encarecer la importancia de tales proyectos, algunos de los cuales, convertidos en ley, aun hoy subsisten, me adjudiqué, con cierto desembarazo modernista, los elogios y los aplausos de que me consideraba merecedor; pero como, a pesar de todo lo que dije para salvar mi inmodestia, colocándome al amparo de ciertas filosofías modernas, es procedimiento que, aun en burla, me es antipático, suspendo la enumeración cariñosa de mi labor administrativa, y suspendo la faena laudatoria, dejando aquélla y ésta para mejor ocasión; quiero decir, para cuando me asalten nuevas tentaciones; y paso, como se dice en los Cuerpos legislativos, a otro asunto, dando por terminado el incidente personal.

***

Tantas cosas sucedieron por aquellos tiempos, tantos problemas se plantearon, tantas sesiones ardientes agitaron a la Asamblea, tantos conflictos surgieron en

provincias, y aun en la misma capital de la ex monarquía, que no es lo difícil escoger temas interesantes, sino resistir al torrente de mis recuerdos, tan vivos hoy como tales recuerdos después de cerca de cuarenta años, como eran vivos y palpitantes cuando fueron realidades en aquella trascendental y fecunda agitación revolucionaria.

Entre todos ellos escogeré uno de los que se refieren a la cuestión más trascendental y que más conflictos creó, no sólo en España, sino en Europa.

Me refiero a la candidatura del príncipe alemán.

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, que provocó la guerra francoalemana, y que inundó de sangre y de ruinas la vecina Francia.

Mucho se ha dicho y se ha escrito, y muchos errores se han cometido al juzgar aquellos sucesos.

Y muchas responsabilidades se han querido arrojar sobre el general Prim, responsabilidades de todo punto injustas, y que como injustas las proclamo, a fuer de hombre honrado y de conciencia; porque así lo siento y así lo creo, y hasta pudiera decir que así lo vi en la realidad de los hechos, como ahora lo veo en el recuerdo de aquella época memorable.

No he de lanzarme ni a consideraciones abstractas, ni a teorías históricas, ni a hipótesis y suposiciones, sino que he de atenerme a hechos que presencié, a palabras que oí, a actitudes que observé, y que procuraré trasladar con fría exactitud.

Ni retóricas ni literaturas.

¿Cómo surgió la candidatura del príncipe alemán, cuál fué su historia, ya que el tristísimo desenlace todo el mundo lo conoce?

Sobre esto voy a decir lo que entonces supe, y nada más que lo que supe como ministro, y no lo que oí contar o he podido leer como ciudadano independiente y lector aficionado a la Prensa y a los libros.

Soy, pues, un testigo que declara en forma escueta los hechos, y nada más que los hechos que presenció.

Y cuenta que no oculto nada, porque en rigor nada tengo que ocultar, y aun sin faltar a la discreción ni al secreto profesional, pude decir en el año 70 esto que voy dictando en el año 8 del siglo XX.

***

Para comprender bien lo que voy a referir, es forzoso que explique el estado de la Cámara, las pasiones que en ella se agitaban, los intereses en ardiente lucha que hacían del problema regio, llamémosle así, el eje alrededor del cual giraban los partidos y las fracciones de la Asamblea constituyente.

Y sobre todo, es necesario que explique la situación especialísima, difícil y comprometida en que se encontraba el general Prim ante la Asamblea constituyente y ante los partidos monárquicos.

Y cuenta que no me refiero a nada que el general Prim me confiase; ni él era hombre que fácilmente se espontaneara, ni era natural que tuviese espontaneidades conmigo, que, al fin y al cabo, era nuevo en la política.

Cito hechos y situaciones que eran de toda publicidad en aquella época, y que resultan evidentes con sólo recordar la composición de la Cámara.

Podía dividirse ésta en dos partes opuestas, irreconciliables y enemigas a muerte.

Por una parte, los republicanos, casi todos federales, sin más que dos excepciones: el señor Ruano y el señor García Ruiz, que eran republicanos unitarios.

Este gran grupo combatía a muerte, y por todos los medios, el de la fuerza inclusive, cualquier candidatura monárquica.

Tan luego como se anunciaba el nombre de un candidato posible al trono, caían sobre él, con toda la ferocidad de los partidos extremos, analizándolo, triturándolo, poniéndolo en ridículo, a él y a toda su familia, hasta arrastrarlo por el lodo.

El segundo grupo era el de los monárquicos.

En éste se encontraba un pequeño grupo, dirigido por Cánovas del Castillo, cuyo candidato era don Alfonso; los demás monárquicos, como hemos indicado varias veces, se dividían en tres fracciones, que, unidas, habían realizado la Revolución de Septiembre.

Que unidas, aunque con mucho trabajo y a fuerza de transacciones, habían elaborado la Constitución democrática de 1869; pero que, al llegar al magno problema de la elección de rey, se dividían profundamente y se hacían la guerra con más encono que el de los republicanos contra los monárquicos.

Casi toda la unión liberal, que es una de las tres fracciones a que antes nos referíamos, tenía ya su candidato, lo tuvo aun antes de que la revolución estallase; su candidato era el duque de Montpensier. Montpensierista era, como se decía entonces, el regente del reino. Montpensierista era Topete, y aun entre los progresistas y los demócratas, afirmaba la murmuración que había algún montpensierista de fuerza y de valer.

El resto de los progresistas, casi en su totalidad, no tenía ningún candidato determinado; pero estaban dispuestos a recibir, con disciplina inquebrantable, al que don Juan Prim señalase.

Y otro tanto puedo repetir del grupo democrático y economista, que era la tercera de las tres fracciones a que antes me referí.

El general Prim era, pues, el árbitro de aquella situación.

Arbitro indiscutible por su talento, por su energía, por sus grandes condiciones de hombre de Estado, y porque, además, era el dueño absoluto del Ejército y ocupaba el ministerio de la Guerra.

Por convenio tácito, puede decirse, el general Prim estaba encargado, por ser presidente del Consejo de ministros, y, sobre todo, por ser quien era, de buscar un rey para el trono vacante.

—Yo me encargo de este difícil problema—había di-

cho—; pero estoy aleccionado por la experiencia, y ni soy tan inocente ni soy tan torpe que entregue mis trabajos a la publicidad, ni que, de antemano, arroje al candidato que escoja a los ataques envenenados, a las violencias sin límite, al escarnio y a la burla de los republicanos federales, y a la enemiga sistemática de los partidarios del duque de Montpensier.

»Yo no me duermo, yo trabajaré sin descanso; yo soy el primero en reconocer que la interinidad en que vivimos es la muerte por aniquilamiento de la Revolución de Septiembre; pero, en adelante, mi candidato o mis candidatos, y mis esfuerzos diplomáticos o de otro orden para buscar un rey que ocupe el trono de España, serán absolutamente secretos.

»Nadie sabrá cuál es el candidato que yo escoja, hasta la víspera, por decirlo así, de la elección; cuando los federales y los montpensieristas no puedan ya destruir mi obra.»

Esto dijo una y muchas veces; esto repetía de continuo, no con las palabras que acabo de dictar—claro es que mi memoria fonográfica no puede llegar a tanto—, pero sí con palabras equivalentes.

En suma, la idea fundamental era ésta: el secreto y el silencio, y la candidatura presentada de pronto, para que la rapidez del golpe sorprendiese e inutilizase a los adversarios.

Las tres candidaturas anteriores, la de don Fernando de Portugal, la primera; la del duque de Génova, aquella que se fundaba en el matrimonio del duque con la hija de Montpensier, la segunda; y la tercera, es decir, la del duque de Génova, sin compromiso de ningún género; las tres, repito, habían fracasado.

Don Juan Prim se encargó personalmente de la cuarta, que también fracasó en medio de una gran catástrofe, y luego se encargó de la quinta, que dió por resultado la elección de don Amadeo.

*
* *

Pero detengámonos en la cuarta candidatura: la del príncipe alemán.

De ésta nadie supo nada; quiero decir que, en el público, ni aun los hombres políticos de mayor altura, tuvieron noticia ni sospecha de los trabajos del general Prim.

En Consejo de ministros, jamás, ni directa ni indirectamente, se habló de la candidatura del príncipe alemán.

Cuando le preguntábamos: —¿Cómo van esos trabajos para la solución del gran problema? ¿Tenemos ya rey?—contestaba sonriendo: «No falta mucho; ya saben ustedes que yo soy terco; que no abandono las empresas, por difíciles que sean, y el día menos pensado les doy a ustedes la gran sorpresa.»

De todos los ministros, ninguno sabía una palabra, exceptuando Sagasta, para quien las gestiones de don Juan Prim no podían quedar ocultas, porque en aquella época Sagasta era ministro de Estado.

Además, lo he dicho varias veces: Sagasta era el hombre de confianza de don Juan Prim, y era el ministro que le inspiraba más cariño; como era Moret el ministro que le encantaba con sus discursos sobre Hacienda.

«Moret—decía—me consuela y me ensancha el corazón, que los demás hacendistas me meten en un puño. Además, a Moret lo entiendo perfectamente y me convence, porque lo que dice es de sentido común, al paso que no entiendo una palabra de todo lo que me cuentan los demás.» En suma: que le inspiraba grandísima simpatía y era su mentor en materias de Hacienda.

Volviendo ahora a mi asunto, afirmo una vez más que, exceptuando Sagasta, los demás ministros nada supimos de la candidatura Hohenzollern, que él estaba trabajando por aquel entonces.

Po ejemplo: tengo la seguridad que don Nicolás María Rivero, que por su alta personalidad y por su significación revolucionaria, y por su gloriosa historia parla-

mentaria, era el ministro más caracterizado y de más importancia, la ignoraba por completo.

De igual ignorancia participaba Martos; si Martos hubiera sabido algo, lo hubiera sabido yo, porque no tenía secretos para mí.

Es más, y este ejemplo baste: de las gestiones de don Juan Prim en pro de la candidatura alemana, no supo nada, hasta el último momento, el presidente de la Cámara, don Manuel Ruiz Zorrilla.

Tanto es así, que la opinión dominante en la Cámara era la de que don Juan Prim se había fatigado de buscar candidatos inútilmente, y daba treguas y descanso por algún tiempo al magno y difícil problema.

Claro es que las imaginaciones volaban, que las invenciones eran muchas y que la murmuración no se daba punto de reposo.

Todos los días, en los pasillos del Congreso, circulaban multitud de candidaturas: un candidato en Inglaterra, otro en Alemania, otro en Italia.

Algunos afirmaban que don Juan Prim no rechazaba en absoluto la candidatura de Montpensier, y no faltaba quien asegurase que había hecho gestiones para traer al trono a don Alfonso.

¿Qué más? Llegando al absurdo, hasta se sostenía que andaba en tratos con don Carlos.

En suma: todas las candidaturas posibles e imposibles, incluyendo la del general Espartero.

Y esto mismo prueba el secreto absoluto que en sus trabajos en pro de la candidatura alemana, guardó siempre el general Prim.

Esta reserva absoluta le facilitaba la maniobra diplomática, en la que sólo intervenían Sagasta, como ministro de Estado, y nuestro representante diplomático en Alemania, que, si no recuerdo mal, porque mi memoria en punto a nombres propios flaquea, era el señor Salazar y Mazarredo.

Pero si el secreto en que se envolvía el general Prim era prudente y hasta cómodo, este mismo secreto hacía

su posición falsa ante la Cámara, y le creaba, como antes dije, muy serias dificultades.

***

Don Juan Prim, en aquella época, era todopoderoso, hablando en términos humanos; quiero decir, que era el amo de España, y, por de contado, el candidato que él presentase tenía asegurada la elección, exceptuando candidaturas absurdas ante la Cámara revolucionaria, como la del pretendiente don Carlos.

Pero, ¡ay!, que los poderes humanos, por firmes que parezcan, tienen su carcoma, que poco a poco les roe los cimientos, y don Juan Prim tenía muchos enemigos, que estaban en acecho, y que explotaban bajo todas las formas su aparente inacción.

Decían los montpensieristas: «El juego está visto; don Juan Prim no se propone traer un rey, no busca candidato, quiere fatigar al país, dar tiempo al tiempo, y hacer imposible toda candidatura monárquica, para decirnos dentro de un año: «Ya ven ustedes; no encuentro »candidato; nadie quiere venir al trono de España; estoy »harto de sufrir repulsas y humillaciones; la monarquía »es imposible: una triste experiencia nos lo prueba; no »queda más recurso que proclamar la república.» Y, proclamada la república, ¡es claro!, don Juan Prim sería el presidente. Esta es su ambición, y esta es su labor artificiosa y traidora; y por eso, aunque nos asegura que busca candidato, nosotros tenemos la seguridad de que su afirmación es de todo punto falsa.»

Y no es extraño que así pensasen y que esto propalaran en todas las formas los montpensieristas, creyendo lo que decían, o no creyéndolo, que en política la calumnia es un arma que las pasiones no desdeñan, o creyéndolo quizás, por aquello que dijo un gran poeta:

Persuade tanto un deseo.

No es extraño, repito, que los enemigos natos de

Prim, quiero decir, los partidarios del duque de Montpensier, le acusasen en esta forma; singular es que sus calumnias tuvieran eco en otros grupos de la mayoría, sobre todo en el grupo democrático.

Dudaban de la lealtad del general Prim muchos demócratas; acaso dudaban, no lo afirmo, pero no era imposible, el mismo Rivero, y hasta don Manuel Ruiz Zorrilla, cuyos lazos con el general se iban aflojando, como lo demostró más tarde en su brindis de la fragata *Zaragoza*, en aquella alusión a los puntos negros.

Y, sin embargo, todas estas dudas eran infundadas, todas estas acusaciones eran calumniosas: el general Prim procedió con absoluta lealtad; podría tener otras ambiciones más nobles: no tenía la ambición que se le atribuía.

Quizás su exceso de lealtad fué contraproducente; si hubiera acariciado el pensamiento que en él suponían sus adversarios, lo más cómodo, lo más práctico y hasta lo más hábil hubiera sido ir presentando candidatos a la luz del día para que entre republicanos y montpensieristas los fueran inutilizando.

Pues, qué: en los pocos días que estuvo sobre el tapete la candidatura alemana, ¿no se desencadenó contra ella el elemento popular avanzado, poniendo en ridículo hasta el nombre del príncipe, al que ya en los *clubs*, en los periódicos republicanos y hasta en las plazuelas, llamaban el rey *Hole-hole*, *sin narices*, como habían llamado en otro tiempo a José Bonaparte «Pepe Botellas»?

No, lo repito; el general Prim no era el ambicioso vulgar que se suponía; de buena fe buscaba candidato, y lo encontró y lo hubiera presentado, como más adelante explicaré, en el momento que él creía oportuno y con las seguridades y garantías que él esperaba obtener, seguridades y garantías absolutamente necesarias, como lo demostraron tristes acontecimientos.

La fatalidad, o la ligereza, o la precipitación, o lo que fuese, dispusieron las cosas de otro modo y destru-

yeron el plan meditado y justo de aquel insigne hombre político.

Pero, ¿qué más? Aun, anulada y hundida con estrépito trágico la candidatura alemana, don Juan Prim no cedió en su empeño, y siguió buscando candidato y cumpliendo su compromiso, hasta que obtuvo de la casa real de Italia el consentimiento en favor de don Amadeo de Saboya.

La desconfianza en política, como en la vida ordinaria, puede ser un arma defensiva; pero llevada al exceso, puede provocar daños mayores que los que se pretenden evitar, imaginando en todas partes y en todos los hombres traiciones y añagazas.

Ciertos filósofos dirían que la idea del mal crea el mal.

Pero sigamos haciendo la historia de la candidatura de Alemania, y demostremos con hechos, por lo menos con los hechos que yo presencié, que el general Prim no pecó de imprudente, ni puede ser responsable ante jueces imparciales de la tempestad que más tarde se desencadenó sobre la nación vecina.

Quede, pues, para el artículo siguiente la continuación de mi relato.

LXXXIV

La misma duda de siempre sobre el punto en que quedé en el artículo anterior; el mismo esfuerzo para recordar recuerdos; la misma inseguridad sobre el resultado del esfuerzo, y la misma resistencia de siempre para consultar lo ya escrito.

Método perezoso, que a veces me conduce a repetir lo ya dicho; que otras veces me obliga a dar saltos y a dejar en claro períodos más o menos grandes de mi vida pasada.

Me parece que hablaba de la solución llamada del príncipe alemán, de las acusaciones que con este motivo han dirigido, sobre todo algunos escritores franceses, a don Juan Prim, y de la defensa que emprendí, por creerla justa y fundada, del general ilustre que por aquellos años del 69 y 70 representó la fuerza política más eficaz y más poderosa de la Revolución de Septiembre.

Dudaban muchos de la lealtad del general Prim, cuando afirmaba a todo el mundo, y en todos los instantes necesarios, que sin cesar se ocupaba en buscar candidato para el trono de España.

Se le atribuían ambiciones que no tuvo, y planes maquiavélicos para hacer imposible toda solución monárquica, llegando a imponer con el cansancio, y por una serie de fracasos, la solución republicana, en cuyo caso,

decían sus adversarios políticos, él, y no otro, sería el presidente de la nueva república.

La experiencia, los hechos, hechos que, por desgracia, tuvieron resonancia en toda Europa, demostraron prácticamente lo infundado de semejante acusación.

Cuando le creían descansando tranquilamente de la difícil empresa, dejando correr el tiempo y haciendo que la solución republicana madurase a fuerza de cansancio, el general estaba preparando la candidatura alemana, aunque observando el silencio y la prudencia que se había impuesto.

Yo recuerdo perfectamente una escena, que he de referir, y que en rigor era repetición de otras muchas análogas.

Se trataba de un proyecto de ley, insignificante por sí, pero que estaba enlazado con cuestiones más graves, y cuya aprobación, por este motivo, importaba mucho al Gobierno.

La Comisión de la Cámara, compuesta de diputados de segunda o tercera fila, y sin importancia política de ningún género, quiso hacerse valer, quiso hacerse rogar, y puso grandes dificultades para la presentación del dictamen, hasta tal punto, que fué preciso jugar la última carta, y el general les reunió en el Ministerio de la Guerra, celebrando con ellos una larguísima conferencia, en la cual agotó todos sus recursos persuasivos.

Fué cariñoso, dulce, insinuante, y, al fin, prometieron presentar el dictamen que el Gobierno deseaba.

Pero otros muchos diputados, que estaban esperando el resultado de la conferencia, y, sobre todo, los íntimos del general, entraron en el salón en que el general descansaba de discusión tan larga, y entraron indignados, coléricos y en son de guerra.

— Esto es intolerable — decían en todas las formas imaginables —. Que unos cuantos diputados sin importancia, ni elocuencia, ni prestigio, sólo por darse tono y hombrearse con el Gobierno, resistan un día y otro día los ruegos y hasta las súplicas del general Prim, some-

tiéndole a esta humillación, que casi hemos presenciado, esto no pueden tolerarlo los que son verdaderos patriotas, verdaderos liberales y verdaderos revolucionarios.

Y otros agregaban, forzando algo más la nota:

— Desengáñese usted, general; la Cámara se ha hecho vieja, la Cámara está gastada, y si al principio la gobernaban hombres de verdadero valer, hoy está entregada a medianías ambiciosas, que ni le quieren a usted ni le respetan. Las Constituyentes deben concluir, porque si no se convertirían en un cadáver putrefacto.

Y los más exaltados levantaban el tono, repitiendo a su vez:

— Mi general, disuelva usted las Constituyentes, que de nada sirven, y que para usted y sus proyectos, que los buenos liberales no necesitamos conocer para aprobar, son un obstáculo en que no debe reparar un hombre de las energías de usted: el país liberal está con el general Prim; basta de Constituyentes.

Y los que querían demostrar aún mayor entusiasmo por el general, le rodeaban con ademanes coléricos.

— Mi general — gritaban —, la dictadura del general Prim es lo que todos deseamos; una dictadura revolucionaria, que es la verdadera libertad, sin tiranuelos con pretensiones de legisladores.

Algunos de los más tímidos apuntaban, pero sin convicción:

— Pero si no hay Constituyentes, no hay rey.

Y los demás le contestaban en coro:

— Ya no es posible rey; de esto debemos estar convencidos; nada de rey: la república, una república de orden, fuerte e implacable, con el general Prim de presidente.

Yo presenciaba la escena, y recordaba la escena de las brujas de *Macbeth*.

La tentación, sí; era la tentación.

Y el general Prim, tendido en un sofá, les oía impasible, y, al fin, dijo cosas muy parecidas a las que voy

a repetir: de las palabras no respondo, ni puedo responder después de cuarenta años; pero del sentido de la réplica del general, de sus ideas y conceptos, y, sobre todo, de su actitud, en que se revelaba la verdad, no la comedia, respondo con seguridad absoluta, porque para estas cosas mi memoria es buena, y de ella me fío y me he fiado siempre, y sé que no ha de inducirme a error.

Dijo, pues, el general con acento enérgico:

— Todos esos son disparates, locuras, aventuras insensatas, que comprometerían mi nombre ante la Europa, y que me conducirían al abismo, y quién sabe si al ridículo.

»Nosotros no tenemos más que una legalidad ante la Historia: las Cortes Constituyentes; si yo la destruyo, soy un aventurero como tantos otros de las Repúblicas hispano-americanas en sus períodos más turbulentos y más desastrosos.

»Con las Cortes Constituyentes, digan lo que quieran nuestros enemigos, representamos la voluntad de la nación; sin ellas, ¿a qué quedaría yo reducido? A un turbulento más, a un ambicioso vulgarísimo.

»No me asusta la palabra ambición; pero es cuando la victoria es probable, y, sobre todo, cuando conduce a algo grande.»

Y le interrumpió uno de los aduladores:

— Mi general, con usted la victoria es segura.

— No diga usted desatinos; el resultado, yo sé cuál sería.

»Por el momento, podría yo establecer la república y hacerme presidente; pero ¿y después?

»Hoy, como ministro de la Guerra, y con los amigos con que cuento, tengo el ejército en mi poder, es mío, lo puedo manejar como quiera; si llegara a presidente de la república, ese ejército, no sólo no me respetaría, sino que, a la vuelta de dos años, se sublevaría contra mí.

»Muchos que hoy me obedecen y son leales, en cuan-

to vieran que un general podía llegar a presidente de la república, dejarían de serme leales y se convertirían en mis competidores. Yo conozco a los hombres, y todo eso que ustedes me cuentan me parecen delirios.

»No soy un santo; tendré ambiciones, las tengo, pero mis ambiciones son de otra clase.

»He subido hasta donde se puede subir; tengo un nombre que suena mucho; tengo honores de sobra; soy rico; los destinos de España están en mi poder; pues ¿qué gano con ser unos cuantos meses o unos cuantos años presidente de una república, que al fin se me desharía entre las manos?

»No hablemos, pues, de cosas fantásticas; lo que yo quiero hacer, ya lo verán ustedes a su tiempo.»

—Pero esas Cortes...—empezó a decir uno de sus íntimos.

—Esas Cortes Constituyentes—le interrumpió el general—no son tan malas ni tan intratables como ustedes suponen, y el que, entre trescientos o cuatrocientos hombres, tropecemos con una docena de díscolos o de impertinentes, nada supone.

»Hay que tener paciencia. Yo sé manejar soldados; estoy ahora aprendiendo a manejar otra clase de tropa—agregó sonriendo.»

—¡Pero si no es posible traer un rey!—insinuó uno de los más recalcitrantes.

—¿Y usted qué sabe?

—Pero ¿usted lo busca, mi general?

—¿No he repetido cien veces que sí? ¿Qué quiere usted—agregó irritándose algo—, que suelte un nombre, para que entre todos, y ustedes los primeros, me lo conviertan en un guiñapo?

»Cuando yo diga: «este es el candidato», será *que todas las dificultades están vencidas»;* y acentuó particularmente estas últimas palabras.

—¿Y si no se vencen esas dificultades?

—Buscaré otro candidato que no las tenga; y basta ya, y no me mareen ustedes con proyectos de locos o

de insensatos. Yo, gracias a Dios, conservo mi juicio, y voy adonde voy.

Y aquí concluyó la escena que he descrito, y algunos meses después, cuando brotó de repente la candidutura del príncipe alemán, recordé en todos sus pormenores, y fijé en mi memoria para siempre, hasta sus más insignificantes pormenores.

*
* *

La situación política, ya he dicho cuál era. Dudas, desconfianzas y temores, cuando no hostilidades, respecto al general Prim.

Los republicanos alentaban, con la esperanza de que no se encontrara candidato para el trono.

Los montpensieristas acusaban al general de no querer buscarlo, y le suponían ambiciones, que, como hemos visto y demostrado, y como demostraron hasta la evidencia hechos posteriores, eran ambiciones falsas y supuestas.

Otros muchos elementos de la mayoría, y entre ellos algunos muy valiosos del grupo democrático, tampoco tenían mucha confianza en la sinceridad del general Prim.

Sus amigos andaban desconcertados, y no sabían cómo defenderle.

Y el general, impasible, frío, y trabajando con ahinco, como luego se vió, cerca del Rey de Prusia y de Bismarck, la candidatura Hohenzollern.

Y esta candidatura continuaba en el misterio y en el secreto más absoluto.

Y de pronto, de una manera inesperada, cuando todos los elementos políticos se preparaban a descansar, según costumbre en la tregua del verano, la candidatura hizo explosión.

Esta es la palabra propia; hizo explosión en sólo un día; dijera mejor en unas cuantas horas.

¿Cómo fué ello?

¿Reveló el nombre del nuevo candidato el general Prim a alguno de sus íntimos?

No, seguramente.

El general fué el más sorprendido entre todos los habitantes de Madrid.

Sorprendido y profundamente apesadumbrado, como indicaré luego.

Para él fué un verdadero golpe de maza.

Pues ¿cómo se descubrió negociación tan secreta y tan trascendental?

Yo sólo refiero en estos desordenados recuerdos lo que he visto, lo que he llegado a conocer personalmente, lo que me consta que es cierto.

Lo que he sabido por referencias, por conversaciones particulares, por el murmullo de un mentidero, por los salones del Congreso o por las revelaciones de los periódicos en todo caso, nada digo, nada afirmo.

Allá que el historiador de aquella época estudie documentos, recoja datos y memorias, y concentre ecos perdidos.

Yo, ni soy historiador, ni mis pretensiones llegan a tanto.

Soy testigo presencial de aquellos años que siguieron a la Revolución de Septiembre; cuento buenamente y a la buena de Dios lo que recuerdo de mis impresiones personales.

Mis aficiones matemáticas no me permiten dar por cierto sino lo que en conciencia creo que lo es.

Y, por lo tanto, cuando ignoro una cosa, digo sencillamente que la ignoro.

Y en este acontecimiento de que voy tratando, con toda sinceridad declaro que ignoro en absoluto cómo estalló la bomba, que, en rigor, bomba incendiaria fué; y en estos tiempos que corren se diría que fué bomba inmensa de dinamita que provocó destrucción y muerte.

Sí; más tarde, destrucción y muerte, y por el pronto, inmenso regocijo entre muchos elementos de la Cámara y entre todos los elementos monárquicos, que a todo trance querían salir de la interinidad, y que andaban

confusos y avergonzados de su impotencia para llenar aquel trono vacante.

Pocos fueron, aun entre estos últimos, los que en el primer instante pudieron medir las consecuencias del suceso y los efectos desastrosos de aquella candidatura.

Somos raza impresionable y nerviosa; nos entusiasmamos de pronto, y no siempre medimos las consecuencias del entusiasmo.

La mayor parte de los monárquicos, exceptuando, naturalmente, los partidarios del duque de Montpensier, acogieron con aplauso la candidatura alemana.

Era el desquite de una serie de fracasos y humillaciones; era la Revolución de Septiembre aceptada, sancionada por el reino de Prusia, por la nación más poderosa de toda Alemania, por los vencedores de Sadowa, por los que comenzaban a hombrearse, valga la palabra, ante el emperador Napoleón.

Los destellos de aquella corona se convertían en fuego en las venas de nuestros organismos meridionales.

Prusia nos daba una de sus familias más gloriosas para ceñir nuestra corona, que durante dos años se bamboleaba en el vacío.

Esto se decía, y esto se pensaba en una u otra forma.

El orgullo se mezclaba con la alegría, y arrojaba a un lado toda duda y toda angustia.

Esta candidatura, además, mataba para siempre la candidatura del duque de Montpensier.

Y, cosa extraña, los elementos más democráticos encontraban muy de su gusto, temiendo las turbulencias de los federales, la férrea autoridad de un príncipe alemán.

—Ya tenemos libertad y democracia—decían—; ahora hace falta mucho orden. Con un príncipe alemán en el trono y con el general Prim en el ministerio de la Guerra, la Revolución corona su obra, y esta situación provisional se convierte en definitiva. Ni tememos las turbulencias de los federales, ni las ambiciones de los montpensieristas, ni la restauración tampoco, ni siquiera la guerra civil de los carlistas.

Así discurrían: no digo que discurriesen bien o discurriesen mal; recojo y evoco los sentimientos de una gran masa de los revolucionarios de mi tiempo.

Y de los amigos del general Prim, no se hable; su entusiasmo rayaba en el delirio.

— Este es el general Prim — decían —, el héroe de siempre, el vencedor de Africa, el caudillo de la Revolución de Septiembre, que, cuando se lanza a la diplomacia, es más diplomático que todos los diplomáticos de Europa. Y, además, ¡qué carácter y qué lealtad!

¡Cómo sabe guardar un secreto!

¡Cómo sabe resistir impasible las murmuraciones, las calumnias, los insultos, sin defenderse, sin pronunciar una palabra que pueda comprender su difícil negociación!

Todos estaban entusiasmados con el general Prim.

Sólo el general Prim estaba triste, más que triste, desesperado.

*
* *

Pero ¿cómo se supo la noticia?, vuelvo a preguntar.

Yo no lo sé.

Es decir, sé lo que se dijo.

Se habló de ligerezas de lenguaje de uno de los diplomáticos que habían mediado en la negociación.

Había llegado a Madrid, y, en confianza, dió cuenta de la candidatura y de la aceptación del rey de Prusia y de la familia del príncipe, a un eminente hombre político.

Y éste, en el acto, y con el mayor secreto, le refirió el suceso inesperado a otro eminente hombre político.

El cual, ardiendo en entusiasmo, comunicó la buena nueva, en secreto, por de contado, a varios personajes.

Los que, de buena fe, o por darse tono y demostrar que estaban en el secreto de los grandes misterios de la política, murmuraron a cada uno de sus amigos, con la mayor reserva: «Ya tenemos rey, un rey de cuenta y de prestigio; familia reinante de Alemania; solución admirable; triunfo del general Prim, y es seguro, seguro; esta mañana no lo sabía nadie; pero yo lo sé.»

Y, en pocas horas, la noticia era del dominio público; circulaba, entre los monárquicos, con el calor del entusiasmo; entre los montpensieristas, con estremecimientos del despecho, y entre los republicanos, con el fuego de la ira

Y aun en las masas neutras produjo buena impresión.

Todo el mundo estaba cansado de la interinidad.

Y todo el mundo repetía: «El general Prim se ha portado bien: por lo visto, lo que de él contaban era mentira; no pensaba en traernos la república.»

—¡Buen cambiazo!—decían muchos.

»Juraban que iba a traernos la federal, y nos trae un rey del Norte.»

Y agregaba alguno, picado de republicanismo, de los que mandan a latigazos: «¡Ya verán, ya verán los señores demócratas!»

A lo cual le oponía otro:

— Para evitar eso, está el general Prim.

***

Y no fué esta la única versión con que pretendió explicarse aquel inesperado suceso.

Algunos dijeron que, enterado cierto personaje de los adictos al duque de Montpensier del buen camino en que marchaba la candidatura del príncipe alemán, quiso entorpecerla, entregándola al público antes de tiempo, para que los enemigos la maltrataran y escarneciesen, dificultando las negociaciones, y acaso haciéndolas imposibles.

No tengo ningún dato positivo para asegurar que esto fuese cierto, y me limito a referir una de tantas historias de las que circularon, con más o menos crédito, en aquellos días.

Y todavía los inventores, ayudados por los crédulos, propalaron combinaciones aún más sutiles, con sus puntas y ribetes de maquiavélicas.

Se dijo, aunque esto en verdad no se creía, o sólo lo creían los que estaban dispuestos a creerlo todo, que se había dado al público en forma tan inesperada la candidatura del príncipe alemán, por la misma corte de Prusia, que, temiendo que el mismo general Prim retrocediese en el camino de las negociaciones, quiso cortarle la retirada dándoles pública sanción; o acaso para evitar a Napoleón...

Todo esto se decía y se contaba, y aun se daban nuevas explicaciones del hecho, a cual más rebuscadas e inverosímiles.

Sea de ello lo que fuere, ya se admita una ligereza o indiscreción, acaso por exceso de entusiasmo de tal o cual diplomático; ya se suponga que fué una contramina de los montpensieristas; ya un maquiavelismo de los alemanes, ello fué, como antes referíamos, que en breves horas el secreto fué público: el príncipe alemán fué entregado al entusiasmo de unos, a la enemiga de otros y a la voracidad de todos.

Porque es lo cierto, que la curiosidad de las gentes es voraz, y mucho más, tratándose de noticia de tanta magnitud y tan apetitoso sabor.

Dije antes que entre los monárquicos, y, sobre todo, entre progresistas y demócratas, el entusiasmo fué extraordinario, y apenas pudiera anotar contadísimas excepciones.

Si alguien apuntaba tímidamente que la candidatura del príncipe alemán pudiera traer complicaciones por parte de Francia, los incondicionales de entusiasmo se burlaban de tal hipótesis.

Recuerdo a este propósito una opinión curiosa, la del diputado de procedencia unionista, pero adicto, hasta cierto punto, al general Prim, y que fué de los que, después de la noche de San José, en que dió el general aquel grito de combate: «¡Radicales, a defenderse!», cayó, como vulgarmente se dice, del lado del Gobierno.

Me refiero a don José Luis Albareda, andaluz, ocu-

rrente, hombre de sociedad, buen mozo en su tiempo, elegante de primera, jinete sin segundo, con mucho talento natural y voz poderosa; todo lo cual hacía que la Cámara le oyese con agrado y le aplaudiese con frecuencia.

Pues, José Luis, que así le llamaban sus amigos, en cuanto supo la noticia, acogió, si no con entusiasmo, con gran benevolencia, la candidatura del príncipe alemán.

— Me parece buena candidatura — decía —, y yo la votaré con mucho gusto si prospera; pero no creo que prospere, o, mejor dicho, temo que no prospere.

— Pero, ¿por qué?—le preguntaban.

»¿Tiene usted alguna noticia particular que justifique esas dudas que manifiesta?»

— Ninguna.

— ¿No la ha preparado y no la presenta el general Prim?

— Bien presentada está, y buen padrino tiene.

— ¿No la aceptan el rey de Prusia y Bismarck?

— ¡Qué más quisieran!

— ¿No están terminadas las negociaciones?

— Eso dicen.

— Pues, entonces, ¿de qué nacen sus preocupaciones de usted?

— Del agente diplomático que ha mediado en el asunto.

— Pues, ¿qué tacha le pone usted, querido Albareda?

— Ninguna. Yo no pongo tachas a nadie, y menos a una persona digna como él, y de sus condiciones. Lo que yo digo es que ese mismo fué el que nos metió, no por falta suya, sino por mala suerte, en aquella funesta complicación con las repúblicas hispano-americanas. Yo pienso, mejor dicho, yo siento, que la suerte y ese buen señor no se ven con buenos ojos. En una palabra, y a estilo de mi tierra, ese hombre tiene *jetattura*, o mala sombra, como ustedes quieran. Y la candidatura del príncipe alemán, gestionada por él, *va a traer algo gordo*, yo no sé qué, pero algo muy gordo; y ya verán ustedes como no prospera.

— Cosas de Albareda—dijeron todos.

Y resultó que Albareda, con sus presentimientos de imaginación andaluza, o con los atisbos de su buen talento, tenía razón. No prosperó la candidatura, y trajo una catástrofe.

A todo esto, ¿cuál era la actitud del general Prim?

Esto lo explicaré en el artículo próximo, acudiendo a recuerdos personales, a observaciones propias, a palabras que oí al general Prim, cuando, pocas horas después de conocida la noticia, fuí a darle la enhorabuena.

LXXXV

Ni quiero pintarme como una excepción, ni quiero alardear de previsiones, que ni sentí ni tuve, ni *a posteriori* me daré por profeta.

El que vive en el seno de una masa humana y en contacto con ella, con ella se entusiasma y apasiona, participa de sus latidos, comparte sus amores y sus odios, y funde, por decirlo de este modo, su personalidad en el ambiente que las demás personalidades forman.

Quiero decir con esto, que si el partido a que yo pertenecía y la mayoría parlamentaria de que formaba parte se entusiasmó incondicionalmente con la candidatura del príncipe alemán, yo me entusiasmé otro tanto.

Ya comprendía que tal candidatura podría ofrecer dificultades por parte de Francia; para no verlas, hubiera sido preciso tener ojos de topo y cerebro de guardacantón.

Pero, cuando la idea de tales complicaciones pasaba por mi pensamiento, la rechazaba, sin darle gran importancia y como idea molesta, porque yo discurría de este modo: Estas dificultades ya las tendrá pensadas el general Prim; y cuando plantea la candidatura del príncipe alemán, las tendrá vencidas de antemano.

Y así, me fuí a ver al general Prim y a darle la enhorabuena por su triunfo diplomático, que era un triunfo inmenso, a mi entender, ante enemigos y descreídos.

—Aquí vengo—le dije—, y traigo en mi compañía tres enhorabuenas: la del ministro (porque yo continuaba siéndolo, y continué hasta la muerte del general), la del diputado y la del amigo.

Lo dije con entusiasmo y con sinceridad, pecando en aquel momento de inocente.

El entusiasmo de don Juan Prim no correspondió al mío; le encontré nervioso y agitado como nunca, a aquel hombre dueño de sí mismo, y que sabía dominar sus pasiones.

—Pues malas enhorabuenas me trae usted; y más acertaría si me trajera tres pésames; aunque esto, usted comprende que, en el punto a que hemos llegado, no se lo diría a todo el mundo.

Yo me quedé, como vulgarmente se dice, de una pieza, y, desconcertado y aturdido, le pregunté:

—Pero ¿por qué, mi general?

—Si no lo comprende usted, es que no se ha parado a discurrir lo que se nos viene encima.

—Pero ¿no es usted el que ha gestionado esta candidatura?

—Y ¡quién había de ser!

—¿No ha conseguido usted el asentimiento del rey de Prusia y de Bismarck?

—Evidentemente.

—¿No cuenta usted con el asentimiento unánime del partido y con una mayoría brillante en la Cámara?

—¡Quién dudará que la Asamblea ha de darme sus votos!

—¿Teme usted, acaso—pregunté con cierto misterio—, que el Regente, por compromiso con Montpensier, se oponga al nuevo candidato, creándonos un grave conflicto? Porque, si esto sucediese, reconozco que el conflicto sería grave.

—El general Serrano es un hombre leal y que sabe cumplir sus deberes; de ese lado nada temo.

—Pues, entonces, mis enhorabuenas están en su punto, porque su triunfo de usted es indiscutible.

—¡Mi derrota, mi conflicto, mi responsabilidad, éstas sí que son indiscutibles!

Yo no quiero decir que el diálogo entre el general Prim y yo fuese exactamente, palabra por palabra, el que acabo de dictar al ir evocando mis recuerdos.

He sido autor dramático, y me queda la afición de dialogar las escenas.

Pero, aun sin dialogarlas, afirmo que la contrariedad del general Prim era grande, sin que me explicara todavía el motivo.

El motivo yo lo solicité en la forma discreta que correspondía al caso; y el motivo me lo explicó don Juan Prim en términos claros y precisos, que yo procuraré recordar con toda exactitud.

—Mire usted—me dijo—; lo que ha sucedido hoy, no sé o no quiero saber por culpa de quién, me desconcierta en absoluto, me crea una situación dificilísima, y destruye por completo todos mis planes.

»Yo quería conservar en secreto la candidatura. ¿Hasta cuándo? Ahora se lo diré a usted, y comprenderá la gravedad de mi situación.

»La candidatura—continuó diciendo—, que a mí me parece excelente, y por eso la he gestionado, está aceptada por Prusia y por la familia del príncipe; por lo tanto, es un hecho, como usted decía; pero ¿la aceptará el emperador Napoleón?»

—¿No lo sabe usted todavía, mi general?—le pregunté, interrumpiéndole.

—No lo sé—me contestó—. Y ahora comprenderá usted mi ansiedad, y por qué todas estas enhorabuenas que recibo me enojan, me excitan y me ponen nervioso.

»En suma, yo no quería, en manera alguna, lanzar la candidatura al público hasta no haber obtenido el asentimiento del emperador Napoleón; y yo no puedo pedir ese asentimiento, cuando hoy mismo se ha pregonado a los cuatro vientos la candidatura alemana.»

Y continuó tristemente, como sintiéndose abrumado:

—Mi plan era este: En primer lugar, secreto absoluto;

ni se arroja el candidato al público para que lo destroce, ni de buenas a primeras se le dice a Francia que hemos resuelto traer un rey de familia prusiana:

Y ya con más calor, siguió expresando ideas de este orden:

—Decir al mundo que España ha elegido un rey, y pedir ante el mundo públicamente el asentimiento de Francia, es una humillación a que no estoy dispuesto a someter a mi patria y a que yo no me someto tampoco. Y proclamar este candidato sin el asentimiento del emperador Napoleón, es algo así como un reto que le lanzamos; y es, en suma, una temeridad, porque si el emperador se opone, la candidatura no prospera.

»Estoy entre la humillación y la temeridad, y mis enemigos me acusarán, por lo menos, de una incomprensible imprevisión.

»Y ahora, vea usted si hay motivo para darme nada menos que tres enhorabuenas.»

Y el general empezó a dar paseos por la sala.

Yo comprendía que todo cuanto estaba oyendo era de una exactitud matemática.

Sin embargo, apunté esta observación:

—Pero si no empezaba usted por tratar con Napoleón el asunto, ¿no pudo usted temer lo que ha sucedido, que sus negociaciones se divulgasen? Porque, al fin y al cabo, estas cosas no pueden permanecer mucho tiempo en secreto.

—Sí—me dijo—, eso parece natural; pero no era práctico, porque yo no podía dejar pasar los meses sin trabajar la candidatura, y al emperador no le tengo a la mano, ni puedo salir cualquier día del ministerio de la Guerra para hacerle una visita en las Tullerías; y, por lo demás, el asunto es de tal naturaleza, y mis relaciones con el emperador se han enfriado tanto desde la cuestión de Méjico, que nadie puede tratar con el emperador Napoleón III, con probabilidades de éxito, asunto tan delicado, más que yo en persona.

»Por otra parte, si el rey de Prusia hubiera sabido que

yo comenzaba por pedirle permiso al emperador para solicitar un candidato alemán, no me hubiera recibido como me ha recibido ahora, y aun dudo que me hubiera recibido de ninguna manera.

»Además, yo creía poder conservar el secreto en absoluto hasta avistarme con el emperador Napoleón.

»En lo demás, tiene usted razón; pero lo último me parece difícil.

»No ha sido difícil hasta hoy, hasta que la imprudencia inverosímil e inesperada de no sé quién lo echó todo a rodar.

»Suprima usted esa imprudencia, con la cual yo no podía contar, y mi plan se cumple en todas sus partes.

»En estas cosas, como en las batallas, una pequeñez, un incidente, la cobardía de un coronel o la ligereza de un diplomático, inutilizan una negociación o hacen perder una batalla.

»Además, a mí no me importaba gran cosa, es decir, me importaba mucho, pero no como catástrofe definitiva, el que la candidatura alemana empezase a transpirar; que se supiera algo, que se dudase, que se comentara por unos, que se afirmara por otros. Tales rumores y hablillas políticas no se me hubieran impuesto, y yo hubiera seguido mi camino.

»Pero no es esto lo que ha sucedido; ha sido un verdadero estallido. Esta mañana todo el mundo lo ignoraba; a esta fecha lo sabe toda España, y se sabe como cosa absolutamente cierta, y el mundo entero se me viene encima, y en este instante yo no soy dueño de la candidatura; la candidatura se ha hecho dueña de mí, cortándome toda retirada.

»No sirven evasivas ni medias palabras; o niego, y quedo en situación tristísima, ante el rey de Prusia y Bismarck, como hombre, más que tímido, cobarde, y ante mis enemigos como el que quiere y no quiere candidato, o afirmo, y entonces, créame usted, la suerte está echada, y será lo que Dios quiera.

»Usted conoce el estado de la política española; usted

sabe cómo vengo trampeando dificultades desde hace un año. ¿Cree usted que ante mis compromisos en España y fuera de España, y ante el clamor que hoy me asalta con voces de mando, puedo yo achicarme, retroceder y decir cobardemente al público, y a mis amigos y a la Alemania entera: No, si todavía no hay nada seguro; si esa candidatura es un proyecto, y nada más; si todo es una broma que no puede convertirse en nada serio hasta que el emperador Napoleón III nos dé su permiso?

»¿Cree usted que don Juan Prim puede hacer todo eso, sin convertirse en un muñeco despreciable?»

— No, mi general, no lo creo; en conciencia, no lo creo.

— Pue ahí tiene usted cómo estoy cogido en el lazo; cómo tengo que hacer de tripas corazón; cómo han desbaratado mis planes.

— Pero, dado que el secreto de la negociación no se hubiera descubierto, ¿contaba usted con haber convencido al emperador? ¿Tenía usted esperanzas? ¿Tenía usted medios?

»Y si la pregunta es indiscreta, no me conteste usted.»

— No lo es, y puedo contestarle concretamente. Mi plan era este.

Y si en estos diálogos que voy reconstituyendo en sus líneas generales, la copia no es trasunto exacto de la realidad, porque claro es que no había ningún taquígrafo que los tomase, aunque las ideas son todas exactísimas, y yo nada invento por mi cuenta, en cambio, el plan que voy a referir, y que el general me explicó, es verdadero hasta en sus permenores; porque yo le escuché con grandísima atención, y lo recogí en mi memoria con sumo cuidado y gran energía intelectual.

— Mi plan — decía el general — era este: «El verano se echa encima; yo padezco del hígado, como todo el mundo sabe, voy a Vichy, como he ido muchas veces, y este viaje a nadie le llama la atención; mis proyectos continúan secretos, y yo puedo maniobrar libremente.

»Desde Vichy preparo una entrevista secreta con Napoleón III, sin que nadie la sospeche y sin que nadie adivine la escapatoria que proyecto. De este modo tratamos el asunto el emperador y yo.

»En otro tiempo fuimos buenos amigos, y puedo asegurar que el emperador tenía gran confianza en mí. Desde la expedición de Méjico, claro es que nuestras relaciones se enfriaron mucho, y yo sé que el *entourage* del emperador le pintó los sucesos de manera que yo resultase odioso para él.

»Pero el desenlace de aquella insensata aventura, que ha sido el primer tropiezo del Imperio, ha debido convencerle que la razón estaba de mi parte, y que, en último análisis, Francia debió hacer lo que hizo España o lo que hice yo por España, librándola de un grave conflicto y de grandes odios para el presente y para el porvenir.

»Como el emperador es hombre de talento, creo que podré borrar toda esta historia pasada, y recobrar, al menos en parte, su benevolencia para conmigo de otros tiempos.

»Y vengamos a la candidatura alemana.»

— ¿También en este punto — le pregunté — trataría usted de convencer al emperador?

— Confiaba también, y mucho; aunque la cuestión es tan delicada, que no podía tener una seguridad absoluta.

»Yo me decía a mí mismo: Le haré observar que si pasa mucho tiempo sin resolverse en España este problema, mejor dicho, si no prospera la candidatura alemana, o triunfará la República, o se impondrá por la fuerza de los hechos la candidatura de Montpensier.

»¿Y le conviene al emperador tener una República en la Península? ¿No sabe que queda en Francia una gran levadura republicana, y que un incendio tan próximo y tan violento puede invadir la casa propia?

»Y si, por otra parte, ocupase el trono Montpensier, ¿sería cosa grata para la dinastía de Napoleón que reinase en España la familia de Orleans?

»Yo procuraré convencerle que estas dos soluciones son muchísimo más peligrosas para el imperio napoleónico que la solución alemana.»

Al llegar a este punto, el general desarrolló una serie de razonamientos que hoy no tienen fuerza alguna, después de la guerra franco-prusiana, la derrota de la Francia, el sitio de París, la tremenda batalla de Sedán y la constitución del Imperio alemán.

Pero en aquella época, los argumentos del general tenían gran fuerza lógica, y gran fuerza humana, podemos decir, porque halagaban el orgullo de Napoleón.

Prim pensaba decirle, insistiendo en la misma idea:

— «Los Orleans o la República en España son vecinos peligrosos para el Imperio, porque tienen fuerzas en el interior de la misma Francia.

»En cambio, un príncipe alemán en España es mucho menos que el rey Guillermo en Prusia, y cuando más, podría ser un peligro exterior, no interior.

Pero esto tampoco puede admitirse, porque España es verdadera amiga de Francia, y en este punto yo puedo dar toda clase de seguridades al Imperio; ¿ni qué puede temer de Prusia, ni aun de Alemania el emperador Napoleón, que es el árbitro de los destinos de Europa, y cuyos ejércitos son invencibles, vencedores de Rusia, vencedores de Austria?

»¡Desgraciada de Prusia el día en que locamente se precipitara ante la bayoneta de la infantería francesa!»

Hoy, todo esto suena a hueco, mejor dicho, parece una fanfarronada ridícula, porque los hechos, con su brutalidad, se impusieron pocos meses después; pero el general Prim, al decir todo esto al emperador Napoleón, se lo hubiera dicho, no como artificio diplomático, sino creyéndolo profundamente.

Se hubiera equivocado, pero no como traidor desleal o engañador, sino como un hombre que se equivoca; que los hombres, aun los de más talento, no son infalibles.

***

Porque no he conocido a nadie más entusiasta de la Francia y de su ejército que al general Prim.

Aun más tarde, pocos meses después de desarrollarse la guerra entre Francia y Alemania, el general Prim creía firmísimamente en el triunfo de los ejércitos franceses.

Presencié muchas discusiones entre Prim y Sagasta.

Sagasta sostenía que triunfarían los alemanes.

Prim, derritiendo su frialdad de costumbre con el recuerdo de sus ardores marciales, aseguraba con entusiasmo que Francia vencería.

— Yo he pasado mi vida — le decía a Sagasta — haciendo la guerra o viéndola hacer; he visto batirse a los españoles, a los franceses, a los rusos, a los italianos, a todos los ejércitos del mundo pudiera decir, porque a todos los conozco.

»Pues yo afirmo que los alemanes no resisten el empuje de la infantería francesa. Que una carga a la bayoneta de los zuavos arrolla cuanto tengan por delante.»

Y le replicaba Sagasta, rascándose la barba, según su costumbre:

— Está bien, mi general, está bien; y si llegan a los prusianos, los prusianos no resistirán; pero, ¿y si no llega ningún zuavo?

— ¿Y quién les ha de detener?

— Las balas, mi general; que el armamento ha variado mucho desde que usted vió batirse a los franceses.

Y Prim, con supremo desprecio, le contestaba:

— Ya sé todo eso; pero esas cosas, para creerlas hay que verlas, y las balas no matan tanto como parece. Yo no niego los hechos, pero no los niego después de verlos.

Recuerdo todo esto, para que se vea que el general Prim pensaba discutir con el emperador, de buena fe; que cuando daba importancia, como un peligro para el Imperio, al establecimiento de la República en España o al de la casa de Orleans en el trono, señalaba males para el Imperio, que consideraba graves.

Y que cuando achicaba el poder de Prusia, y aun de Alemania, ante la fuerza, para él incontrastable, del ejército francés, expresaba lo que lealmente sentía.

Pues estas y otras armas que no puntualizó, y que yo tampoco puedo puntualizar, pero que, en conjunto, eran armas de gran eficacia, eran las que él pensaba esgrimir ante el emperador Napoleón III para obtener su asentimiento en favor de la candidatura alemana.

Por eso repetía una y muchas veces, con profunda tristeza, al ver desbaratados sus planes:

— Sí, yo hubiera convencido al emperador; tengo medios para haber llevado a su ánimo el convencimiento; tenía fe en mí mismo; tenía confianza en el talento del emperador. Y todo inútil; ya todo imposible ante el escándalo que hoy resuena en Madrid; ante esos escándalos insensatos; ante la opinión, que se me viene encima; ante esa aceptación prematura de la candidatura alemana; ante el amor propio del emperador, que se sentirá profundamente herido al oírme proclamar, sin contar con él, una candidatura alemana.

»Porque él creerá que yo soy quien la proclamo, arrojándosela al rostro, y no sabe que la proclaman a pesar mío, porque él no conoce nuestra vida interna ni la situación difícil en que me encuentro, y ha de imaginar que esta candidatura es el resultado de mi enemiga contra Francia; ecos, acaso, del asunto de Méjico.

»Ahora sí que no encontraría manera de convencerle.»

Y yo, aun me atreví a hacerle otra pregunta:

— Dígame usted, mi general, ya que ha sido usted tan bueno que ha querido usted desarrollarme su plan: y si no hubiera usted logrado convencer al emperador, ¿cuál hubiera sido su actitud?

Yo, en aquella conferencia, era algo así como un *reporter* a la moderna.

Preguntaba y volvía a preguntar, y ahondaba cada vez más en el asunto, y con toda la impertinencia de la curiosidad insaciable, o con ciertas adivinaciones del re-

porterismo moderno, acosaba al general Prim hasta llegar a lo más íntimo de su pensamiento.

Ni él se resistía mucho, a decir verdad. Deseaba espontanearse, sincerarse acaso; hacer que sus amigos se hicieran cargo de lo difícil de su situación; dolerse, en suma, de aquel estallido de un secreto que él cuidadosamente guardaba, y cuyas consecuencias fueron tan dolorosas.

— ¡Pensar — decía él — que la ligereza de un hombre, y la estúpida curiosidad de muchos, pueda crear situaciones tan graves como ésta en que nos encontramos!

»Porque yo pregunto: ¿qué hará el emperador?

»Y pregunto: ¿cuál será la actitud de Prusia?

»Y, sobre todo, me pregunto con angustia: en este conflicto, ¿cuál debe ser, cuál será nuestra actitud?

»Amigo mío — continuaba diciendo —, no creo que insista usted en sus enhorabuenas, porque yo, que no soy hombre pesimista, le juro a usted que todo lo veo muy negro.

»Francia, Prusia, acaso Alemania, dispuestas a chocar, y nosotros, como quien dice, en medio.»

— Tiene usted razón, mi general; pero ¿me permite usted que repita mi pregunta?

— Ya lo creo. Si hoy estoy haciendo confesión general.

Y repetí mi pregunta.

La contestación merece capítulo aparte.

LXXXVI

Y yo seguí acosando al general Prim a preguntas, porque comprendía que mis preguntas no le causaban molestia; que, por el contrario, deseaba que su pensamiento y su situación fuesen conocidos de todo el mundo, porque deseaba descargar la responsabilidad de lo ocurrido en quienes, en justicia, debieran recoger esta responsabilidad.

Y, en efecto, todo lo que a mí me dijo lo repitió varias veces a diferentes personas, aunque no con la extensión ni con el orden que a mí; pues el orden yo cuidaba de establecerlo con mis ordenadas preguntas.

Y seguí preguntando, como indiqué al final del artículo precedente.

— Diga usted, general, y perdone si le molesto: si al emperador no le convencen sus razones de usted; si en absoluto rechaza la candidatura, y se muestra decidido a oponerse a ella, ¿usted qué actitud toma? ¿A qué se resuelve?

Y me contestó Prim sin vacilar, y este es un punto que afirmo en absoluto, y en que mis recuerdos no vacilan:

— Si el emperador se niega a aceptar la candidatura, *no la presento*, y rompo resueltamente todo compromiso. Ya veré cómo. Procuraré que la ruptura sea lo más suave y lo más amistosa posible; y si las negociaciones

diplomáticas no se hubieran divulgado, esto no me hubiera sido difícil.

»En el secreto, mientras la dignidad de mi patria no peligre, prefiero romper con Prusia a romper con Francia.

»Los alemanes están lejos; Francia es nuestra vecina, y por nada del mundo quisiera yo estar en hostilidad con ella.»

Respondo de estas afirmaciones del general Prim.

Claro es que en estas resoluciones del general entraría por algo, y aun pudiera decir que entraría por mucho, su creencia firmísima de que el emperador Napoleón III representaba la primera potencia militar de Europa.

Pero en todo caso, prescindiendo de las contingencias de una lucha entre Francia y los Estados alemanes, yo le oí afirmar al general Prim que, no sólo con Francia vencedora, pero ni siquiera con Francia vencida, consideraba él de buena política para el porvenir estar en relaciones de hostilidad manifiesta o latente.

Y seguí preguntando:

— Y dado que la candidatura ya es pública, puesto que la opinión se ha impuesto, y sobre todo la mayoría de la Cámara, que, como estamos viendo, *ha hecho suya* la solución alemana preparada por usted; si Francia se opone resueltamente, ¿cuál considera usted que debe ser la actitud de España?

— El problema es muy agrio; el conflicto sería o, mejor dicho, será gravísimo, porque tenemos en juego un nuevo factor con el cual yo no contaba, que es la dignidad de la nación, dueña de sus destinos, libre para elegir un jefe de Estado, y que no puede admitir imposiciones extranjeras.

»En las negociaciones secretas su dignidad no padece, porque precisamente las negociaciones diplomáticas tienen por objeto salvar el honor y el amor propio.

»En el momento actual, yo no sé qué decir a usted,

porque nada tengo pensado, y porque las circunstancias decidirán mi voluntad y la del partido que represento.

»Por el pronto, no puedo retroceder; la candidatura ya es pública; por lo que estamos viendo, la mayoría monárquica del Parlamento y sus hombres más importantes, Rivero, Martos, Zorrilla, y aun muchos individuos de primera línea de la Unión liberal, la han hecho suya, y con tal entusiasmo, que más bien parece que me la imponen que no que la aceptan de mi mano.

»De suerte que muy en breve celebraremos un Consejo en La Granja, y en él presentaré la candidatura del príncipe Hohenzollern, contando con el asentimiento, que ya tengo, del rey de Prusia, de Bismarck y de la familia del príncipe.

»El regente y el Consejo aceptarán esta candidatura.

»Y después, será lo que Dios quiera.

»Pero yo preveo, como le he dicho a usted, gravísimas complicaciones, de las que yo en mi conciencia no soy responsable; pero que unos y otros, y los mismos que me empujan, querrán arrojar sobre mí.

»Paciencia.»

Y el general sonrió con aquella sonrisa fría y de buen tono que vi siempre en sus labios en los momentos más difíciles.

*
* *

He referido minuciosamente, y hasta dándole, para más amenidad, cierta forma dramática, quiero decir, cierta forma dialogada; porque, si no de las palabras, de las *ideas todas* tengo recuerdo vivo y presente, como si en este momento viera ante mí la figura marcial, pero casi aristocrática, del ilustre general, y oyera su voz, siempre severa y contenida, pero con ciertos tonos de naturalidad y franqueza.

Estas ideas las repitió en aquellos días a muchos amigos y hombres políticos, como deseando que fueran públicamente conocidas.

Yo le di gran importancia a la conversación con el

general, que he procurado transcribir fielmente en estos últimos artículos, y aun creó en mí una gran preocupación.

Lo que en un principio parecióme fácil, comprendí que podía ser dificilísimo, y aun ocasionado a grandes peligros.

No todos los que oyeron al general se preocuparon tanto como yo. La mayor parte no dió importancia a sus recelos ni a sus temores, y era frecuente oír a muchos hombres políticos expresarse de este modo:

— No hagan ustedes caso de las preocupaciones del general: ha obtenido una gran victoria diplomática; ha aplastado a sus detractores y enemigos, y todo eso que nos cuenta son coqueterías del vencedor para hacer valer más su triunfo. El emperador Napoleón no se opone. ¡Verán ustedes cómo no se opone! ¡No faltaba más sino que, no contento con ser emperador en Francia, quisiera imponernos su ley en España!

— Pues que tenga cuidado — decían los más entusiastas, y los que, a toda prudencia, ponían la sordina del patriotismo—. Que tenga cuidado con la raza española; ya ha visto lo que le ha pasado en Méjico, y bien presente tendrá lo que le pasó a su tío, con ser todo lo que era.

Y, de este modo, cerrando los ojos a la evidencia, y desconociendo la realidad, que la realidad no es patriótica ni antipatriótica, es implacable y brutal, como las grandes leyes de la Naturaleza, empujaban al general Prim, y le hostigaban, para que, sin más vacilaciones, que, al entender de los exaltados, eran pruebas lastimosas de debilidad y de miedo ante Napoleón III, llevase de una vez la candidatura del príncipe alemán al Consejo de ministros.

Y así fué: lo que estaba escrito había de ser, como dicen los árabes, nuestros parientes próximos.

En breve nos citaron para Consejo de ministros, que había de celebrarse en La Granja con toda solemnidad y ante el Regente.

*
* *

Bien me acuerdo.

Bien me acuerdo de aquel día, o, mejor dicho, de aquella tarde.

Es decir, me acuerdo de lo fundamental: todo el ambiente, todo lo que me rodeaba lo veo envuelto en una neblina.

Veo la fachada del palacio que el Regente ocupaba.

En esa fachada, una puerta muy grande.

En esa puerta, un grupo, de que yo formaba parte: ministros, diputados, hombres políticos; pero no podría decir quiénes eran.

Estábamos esperando al general Prim, que en aquel momento llegaba.

A lo lejos, veo edificios, arboledas y las nieblas del recuerdo borrado, que lo confunde todo.

En primer término, carruajes que iban llegando con gente que venía de Madrid; diputados de las Constituyentes, hombres políticos, periodistas; pero todo esto, vuelvo a repetirlo, muy confuso.

De un coche bajó el general.

Cosa extraña: bajó algo encorvado, como si algo le abrumase.

El, que, a pesar de sus campañas, de sus años, porque ya no era un joven, de sus innumerables cicatrices y de las fatigas políticas de sus últimos tiempos, se mostraba siempre erguido, aunque sin afectación, no con la tiesura del desplante, sino con la dignidad de la fuerza.

El, al bajar del coche, bajó encorvado, como si una carga inmensa le obligara a doblarse.

No lo noté yo solo; lo notaron algunos de los que nos rodeaban, y nos acercamos, dispuestos a preguntarle: «¿Viene usted malo?»

Pero no nos dió tiempo; antes de llegar a él, ya estaba erguido como siempre, y recibiéndonos con su sonrisa de costumbre.

Así es que no nos atrevimos a formular la pregunta que teníamos pensada.

Subimos todos los ministros, y, como estaba anunciado, celebramos Consejo, presidido por el Regente.

Consejo breve, severo, en que se habló poco, contra la tradicional costumbre de los españoles.

Con frase reposada, concreta, casi fría, presentó el general Prim la candidatura alemana.

La aceptó el Regente, sin ninguna reserva.

La aceptamos todos, sin ninguna vacilación.

Y el problema quedó resuelto, al menos por entonces.

El más insignificante asunto, el más vulgar conflicto de política interior, da lugar a mayor discusión y ocupa más tiempo.

Y, sin embargo, como el general Prim preveía, como temían algunos, muy pocos, yo entre ellos, desde mi conversación con el general, aquel problema era gravísimo, y gravísima la resolución que habíamos tomado en pocos minutos.

¡Ah! ¡Si tratándose de cosas humanas se pudiera leer en lo porvenir!

Pero, como dice una frase muy vulgar de Asturias, yo, por lo menos, a gente asturiana se la he oído: «Para Don Sabido, que esté en gloria.»

¡Quién había de pensar que aquel suceso, tan pequeño al parecer, había de ser origen de una horrible lucha entre Francia y toda Alemania!

¡Aquel cuadro tan prosaico y tan pacífico: unos coches que paran, unos diputados que descienden de los coches, unos periodistas que vienen buscando noticias, y luego, en el salón del Regente, un cuarto de hora de discurso y un asentimiento unánime; estas insustanciales escenas, repetimos, sin animación ni vida, y, al parecer, sin interés, habían de ser el preludio de una lucha titánica; de cuadros de horror y muerte; ejércitos que se deshacen, un Imperio que se derrumba, el Imperio alemán que brota en aquella inmensa conflagración, y luego los incendios y los horrores de la *Commune*, el centro de gravedad de multitud de Estados que pasa brus-

camente de Francia a Alemania, un nuevo equilibrio europeo sin la seguridad de la paz; en suma, todo lo que mis lectores conocen, y yo no he de repetir!

Pues la inmensa tragedia tiene como prólogo el que yo acabo de ponerle, con sólo evocar mis recuerdos.

***

¿Significa esto que la candidatura del príncipe alemán, aceptada por el general Prim, y luego por el Consejo de ministros, fuese la causa, la verdadera causa, que es la que entraña en sí los efectos que origina?

Sería ridículo sostenerlo.

El conflicto entre Francia y Prusia, mejor dicho, entre Francia y Alemania, era inevitable, se encontraba en estado latente; como dicen los matemáticos, en estado potencial.

El Imperio napoleónico, por una parte; por otra, las aspiraciones de Alemania, y el pensamiento y la voluntad incontrastables de Bismarck, estaban frente a frente.

El Imperio que parecía poderoso, y que lo fué un día, cuando venció en Crimea, cuando venció en Italia, era débil, llevaba en sí gérmenes de muerte, como llevaba en su organismo germen de muerte el emperador Napoleón III.

En cambio, Prusia se sentía poderosa; y el ser fuerte, por ley de su naturaleza, por impulsos internos de sus energías, necesita poner en acción su fuerza, y, al fin y al cabo, la ejercitará.

Francia y Prusia eran como los componentes de un polvorín, como el ácido nítrico y la glicerina.

Basta una chispa para que la dinamita estalle.

Esa chispa no ha creado el polvorín, no ha creado los elementos explosivos a la moderna, ni ha forjado el equilibrio inestable, ni encierra en su pequeñez la explosión: pero esa chispa puede ser la *causa ocasional*, la causa determinante.

A falta de otra causa determinante, que los mil acci-

dentes de la vida hubieran provocado, la candidatura alemana para el trono de España fué el pequeño fulminante de aquella inmensa explosión.

Y la prueba de esto que decimos, dado que cosa tan evidente necesite prueba, es que el rey de Prusia retiró la candidatura, que España ya no pudo insistir en ella, que la causa aparente del conflicto había desaparecido, y que, sin embargo, el conflicto dió sus frutos, y la guerra estalló con todos sus horrores, y que el año maldito, como dicen los franceses, continuó manchando todas sus horas con humo de batallas y sangre de infelices soldados.

Estaba escrito, no en el libro de la fatalidad, pero sí en el libro de las grandes ambiciones.

*
* *

Cuando se conoció la actitud de Francia, y el telégrafo empezó a transmitir palpitaciones siniestras, como preludios de una gran convulsión, entonces los políticos de aquel tiempo, apagados los primeros entusiasmos, empezaron a darse cueta de que aquellos entusiasmos traían consigo grandes peligros.

Al general Prim nada de esto le cogió de nuevo; porque desde que fueron públicas sus negociaciones secretas, temió lo que vino a suceder, y aun para España mucho menos de lo que sucedió, que fué, en suma, una candidatura más en la fosa común de las candidaturas muertas en flor.

Y nada más.

Retirada por Alemania la candidatura de su príncipe, España quedó en franquía y fuera de juego, y pudo salvar las complicaciones que, de haber sostenido Prusia la candidatura en cuestión, hubieran podido caer sobre nuestro país.

Seguimos sin candidato, y Prim siguió buscándolo con la tenacidad propia de su carácter, y al fin planteó una nueva candidatura: la de don Amadeo.

Yo recuerdo, con recuerdo no debilitado por los años, aquellos últimos meses de la vida de don Juan Prim.

En la sala del Consejo tenía un gran mapa sobre una mesa, y el mapa estaba claveteado de pequeñas banderas, que representaban las posiciones de los franceses y las posiciones de los alemanes.

Todos los días, al llegar Sagasta al Consejo, había una discusión entre él y el general.

El general no cedía; tenía fe inquebrantable en el triunfo del ejército francés.

Y Sagasta traía unos cuantos periódicos con noticias del teatro de la guerra, y variaba la posición de las pequeñas banderas, y un día y otro día le acosaban cariñosamente al general Prim, como los alemanes acosaban a los franceses.

— Mal va, mal va el ejército francés, mi general.

— Son azares de la guerra—respondía don Juan—; ya verá usted cómo los franceses se rehacen. Francia es muy poderosa; hay en ella mucho patriotismo, hay en ella mucha unidad. Y en Alemania esa unidad no existe: son muchos Estados con intereses distintos, con soberanos casi independientes; esa variedad enorme no podrá fundirse en una gran unidad, sino al calor de una inmensa victoria, mediante la cual Prusia se impusiera a los demás Estados.

Y Sagasta replicaba: —Es que yo creo que esa inmensa victoria se prepara.

— Podrá ser—le contestaba Prim, con su terquedad siempre simpática a la victoria de Francia, o, por lo menos, creyendo en ella; porque en estas cuestiones hablaba, no como político, sino como hombre de guerra—; podrá ser, pero yo no la veo todavía.

— Pues yo la veo venir—insistía Sagasta.

Y volvían los dos al mapa, y cambiaban uno y otro la posición de las pequeñas banderas, y la discusión sólo se interrumpía para dar principio al Consejo y para continuar al día siguiente.

En el público las opiniones estaban también divididas.

¡Quién consideraba al Imperio napoleónico como invencible! «No; a los vencedores de Alma, de Sebastopol, de Magenta, de Solferino, no pueden vencerles los ejércitos alemanes, sin unidad ni cohesión, porque pertenecen a Estados diferentes, sin más lazo común que el de un idioma.»

Y replicaban los que creían en el triunfo de Alemania: —Están ustedes en un error; en el ejército alemán hay más cohesión que en el ejército francés, mal preparado, sin medios de lucha, mal dirigido y sin los grandes adelantos de que Alemania ha sabido aprovecharse.

Y aquí unos y otros desarrollaban sus conocimientos o su pedantería en materia de arte militar.

Y me asalta un recuerdo, que he de consignar en estas líneas, porque es verdaderamente curioso.

Recuerdo que no es sólo mío, sino de muchas otras personas que por aquellos tiempos leían en *El Imparcial* la marcha de la formidable guerra.

Me refiero a hechos públicos, que están escritos, como se dice vulgarmente, en letras de molde, y que en la colección de aquel periódico puede comprobar, cuando guste, el que sea amante de la estrategia, y de la táctica, y de las funciones guerreras en general.

Al efectuar los primeros movimientos estratégicos el ejército francés y el ejército alemán, y antes de que se pusieran en contacto y se recibieran noticias de los primeros combates, comenzaron a publicarse en *El Imparcial* una serie de artículos, sin firma conocida, sobre la guerra que se preparaba y sobre los movimientos estratégicos de ambos ejércitos.

El autor, que por entonces era desconocido, y que nunca firmó con su nombre, juzgaba con gran severidad al general Moltke, asegurando que los primeros movimientos del ejército alemán eran viciosos y ocasionados

a un desastre, casi inevitable, si hubieran tenido que luchar los ejércitos alemanes con un general de genio como Napoleón I.

Pero trataba mucho peor a los generales franceses, asegurando que, a pesar de la mala estrategia de los alemanes, la derrota del ejército francés era segura e inevitable.

Yo no diré por qué; entre otras razones, por la razón sencillísima de que no entiendo una palabra de estrategia.

Pero el autor de los artículos a que me refiero lo demostraba con tanta evidencia como dos y dos son cuatro, al decir de los inteligentes.

Anunciaba todos los movimientos estratégicos de uno y otro ejército, a partir de las posiciones que ya habían tomado.

Anunciaba también dónde tendrían lugar los primeros combates, afirmando, con afirmaciones de maestro, que los franceses serían vencidos; y, en suma, profetizaba la marcha de la guerra y sus resultados con una seguridad tal, que a sí mismo se cortaba la retirada.

O acertaba, y acertaba de lleno, o se ponía en evidencia su ignorancia en materia de arte militar.

Al principio, sólo los hombres del oficio se fijaron en tales artículos; pero cuando se desarrollaron las operaciones militares y se vió que los franceses eran vencidos donde el autor del artículo había dicho, y como él había dicho y por las razones que él había anticipado; cuando sus numerosas y sucesivas profecías se convirtieron en otras tantas realidades, aun los menos inteligentes en estas materias sintieron respeto y admiración por el autor anónimo, reconociendo, por unanimidad, su competencia, verdaderamente extraordinaria en asuntos estratégicos.

Entonces, todo el mundo se echó a investigar quién podría ser el autor de tan magistrales artículos, y empezaron a salir nombres y nombres de entre los generales más distinguidos y de más competencia.

Unos decían: es el general Concha (don Manuel); otros afirmaban que era el general Arteche; no faltaba quien los atribuyera al mismo general Prim, ni quien asegurase que eran del general Córdova.

Y así sucesivamente.

La milicia hizo recuento de sus críticos en arte militar, y, sin embargo, el autor no parecía.

Al fin se supo, es decir, lo supo el público, porque yo lo sabía de antemano; es más, tales artículos los había oído leer antes de que se publicasen, aunque sin entenderlos del todo y sin comprender su importancia; porque entre las muchísimas cosas que ignoro, una de las que ocupan lugar más distinguido en la lista de mis ignorancias es la estrategia.

Al fin desapareció, como digo, el anónimo, averiguándose que el autor de aquellos notabilísimos trabajos no era el general A, ni el general X, sino don Pedro Pérez de la Sala, asturiano de nacimiento, hombre de gran inteligencia y de gran cultura, ingeniero de caminos, canales y puertos, y profesor, por entonces, de la Escuela especial de este ramo.

Y puesto que ya mis lectores han satisfecho su curiosidad, si la tuvieron, dejemos lo que sigue para el artículo próximo.

LXXXVII

Yo no sé si los ciudadanos de otros países civilizados se parecen o no, en lo esencial, a los ciudadanos de nuestro país, que, digan lo que quieran los pesimistas, es tan civilizado como otro cualquiera, aunque lo sea, en ocasiones, a su modo.

Lo que yo digo es que los españoles tenemos una condición especial, especialísima, de que voy a dar cuenta a mis lectores, y que he tenido ocasión de comprobar a lo largo de mi vida, que ya no es muy corta.

Esta condición a que me refiero, no sé si buena o mala, no sé si significa grandes energías internas, que buscan expansión, idealismos, tras de los cuales todos caminamos, ansias ardientes que no siempre podemos satisfacer, exuberancia de vida, en suma; o si, por el contrario, es una mala cualidad, cualidad enfermiza, cualidad en cierto modo nerviosa, vanidad y orgullo desmedido, falta de resignación y carencia de instinto práctico.

No lo sé; quizá sean unas y otras cosas mezcladas.

La cualidad a que me refiero es ésta, que yo no sé si es universal para toda la raza humana, o si en grado más alto es propia de mis compatriotas los españoles.

Es muy frecuente en España encontrar individuos que se interesan vivamente por lo que al parecer no les importa, y ponen en olvido aquello que más debiera interesarles.

Más claro:

Hay muchos que tienen una profesión, que se han dedicado a una carrera, que ejercitan un modo de vivir, y que con él viven: en la ciencia, en la industria, en el arte, en la ingeniería, en la medicina, en la abogacía, y así sucesivamente; y pongamos aquí todas las profesiones, artes y oficios imaginables.

Pues el individuo a que me refiero odia lo que es, desdeña la profesión que ejerce, que es, como antes decía, lo que más debía interesarle, y, en cambio, ama y desea lo más opuesto a aquella labor humana a que consagró su existencia.

Esto parece algo abstracto; pero voy a poner algunos ejemplos.

Yo tuve, cuando joven, un profesor de matemáticas, el señor R., que era un profesor excelente; quizá a él le debo una buena parte de mi afición inextinguible a esta ciencia.

Era en aquellos tiempos el mejor profesor de Madrid en dicho ramo de las ciencias exactas.

Era el preparador predilecto para las escuelas especiales, y además ganaba en el ejercicio de esta intelectual profesión muchos miles de duros, quizá diez o doce mil duros al año, que en aquellos tiempos eran muchísimo; no el desahogo, no el porvenir asegurado, sino, casi me atrevo a decir, la riqueza, porque esta racha le duró, no un año ni dos, sino muchos más.

El señor R. debía tener cariño a la ciencia matemática, y, además, debía estarle agradecido, porque le hacía vivir espléndidamente.

Hubiera sido legítimo que sintiera orgullo por ser tan buen matemático y sacar tan buenos discípulos.

Porque discípulos suyos eran casi todos los números uno de todas las promociones, empezando por don José Morer, el alumno más brillante que en aquellos tiempos se conocía.

Un cariño, por grande que hubiera sido, consagrado al álgebra, a la geometría, a las dos analíticas, no hubiera chocado a nadie.

Y tampoco hubiera chocado su orgullo de profesor.

Pues nada de eso.

Su cariño a las matemáticas, nunca llegó a la pasión.

Y su vanidad de profesor eminente, nunca pasó de los límites racionales y prácticos.

En cambio, su pasión, su delirio, su vanidad, que en gran parte contribuyeron a su ruina, era por la música.

Más que por la música, por su habilidad de instrumentista.

Toda su vida se dedicó a tocar la flauta.

Advirtiendo que la tocaba de una manera detestable.

Jamás le llegó a tomar la embocadura.

Un ideal acústico, llamémoslo así, que persiguió toda su vida con ansias ardientes, y que jamás alcanzó.

Han pasado cerca de sesenta años, y todavía llevo grabadas en mi pupila aquellas escenas.

El querido profesor a quien me refiero no se contentaba con un amor platónico por la música, o con ensayar a sus solas, con su flauta ingrata y rebelde, melodías de Donizzeti o Bellini, que entonces estaban de moda.

Los ideales de un hombre como él no se resignan con tan humildes empresas.

El señor R. desdeñaba la música italiana; y cuando nadie hablaba en Madrid de música alemana, él convocaba, una vez por semana, en su casa, a los primeros instrumentistas de Madrid; entre otros, si no recuerdo mal, al clarinete Romero, a Casella, el del violoncello, y daba conciertos para la familia, unos pocos amigos y algunos de sus discípulos predilectos: José Morer, Gabriel Rodríguez y yo.

Y en aquellos conciertos me enteré, por primera vez, que existían cuartetos y sextetos clásicos de grandes maestros alemanes.

Al terminar el concierto, nos daba una buena cena en la intimidad de la familia, que a mí, modesto estudiante, parecíame mucho más armoniosa y sublime que todos los sextetos y cuartetos de los grandes compositores.

Y digo que llevo en las pupilas grabados aquellos cuadros musicales.

Yo le veo a mi querido profesor tocando la flauta, en compañía de los demás profesores, que casi todos lo eran de la orquesta del Real.

Le veo grueso, jadeante de fatiga, inclinado sobre el pupitre en que estaban los papeles de música, y haciendo esfuerzos heroicos por que entrase por el agujero de la flauta una columna de aire, que a todas partes iba menos al hueco cilíndrico del instrumento sonoro.

Pues bien: muchos miles de duros de los que ganaba enseñando matemáticas, se fueron en aquellos conciertos y cenas y en honorarios de los primeros maestros de Madrid, que se convertían en profesores de los diversos miembros de aquella dilatada familia: profesor de piano, profesora de arpa, profesor de flauta, profesor de violoncello, y así sucesivamente.

En resumen: el señor R., que tenía grandes aptitudes para las matemáticas, que había llegado a ser un profesor de primer orden, y que enseñando matemáticas ganaba una fortuna, fortuna que se deshizo entre música, flores, libros, que él jamás leía, e instrumentos de ebanistería, que jamás supo manejar; el señor R., repito, se apasionaba por todo, principalmente por la música, y trataba la ciencia matemática, si no con desvío, con marcada frialdad.

*
* *

Y este es un caso; pero como éste pudiera citar muchos.

Cuando vine a Madrid a estudiar oí decir, como cosa cierta, que el primer teólogo que había en la villa y corte, por aquellos años del 49, era un capitán de caballería, y que el primer tirador de sable era el sacristán de no sé qué parroquia.

Siempre buscando lo que no tenemos, y desdeñando lo que se nos viene a la mano.

Gabriel Rodríguez era ingeniero; pues sus grandes entusiasmos eran por la economía política.

Yo era ingeniero también; pues me hice dramaturgo.

Don Pedro Pérez de la Sala era profesor de Canales y Puertos; pues sus entusiasmos, sus aficiones, su especialidad, pudiéramos decir, fué la estrategia, aunque también era aficionado a la teología, y no era caso extraño verle entrar en el Café Suizo, llevando en un bolsillo del gabán una de las obras de Santo Tomás, y en bolsillo opuesto, otro libro sobre las campañas de Napoleón.

Y aquí enlazo este artículo con el artículo precedente.

***

Decía en él, que vieron la luz pública en el periódico *El Imparcial* varios artículos de alta estrategia sobre la guerra franco-prusiana.

Artículos que llamaron poderosamente la atención, no sólo de los militares y de los especialistas en el arte de la guerra, sino de las personas indiferentes, porque resultaron artículos proféticos, pero con exactitud matemática.

Decía un artículo de estos a que voy refiriéndome: «Los alemanes ejecutarán tal movimiento»; y a los pocos días había ejecutado el ejército alemán el movimiento previsto por don Pedro Pérez de la Sala.

Decía otro artículo: «Los alemanes derrotarán a los franceses, en tal parte y de tal modo»; y no pasaban muchos días sin recibirse noticias de la derrota profetizada.

Pues estas cosas entran por los ojos, aun de los más ignorantes.

Con lo cual se echó todo el mundo en averiguación de quién pudiera ser el general ilustre que, desde las columnas de *El Imparcial*, daba lecciones a franceses y alemanes.

Y, por cierto, que no trataba muy bien ni al mismí-

simo Moltke, a quien acusaba de seguir un plan falso y vicioso, resultado de la tradición prusiana.

No sé si don Pedro tenía razón o no la tenía, porque yo no entiendo una palabra de estrategia, a pesar de haberme dado lecciones en su tiempo el mismo don Pedro Pérez de la Sala, el gran maestro, y en tiempos recientes, mi querido amigo don Amós Salvador, y, a pesar, repito, de haber pasado mi niñez poniendo ejércitos de pajaritas de papel unos enfrente de otros, y de obligarles a batirse hasta que todas quedaban en tierra.

Pues con todo eso, yo nunca acabé de entender las explicaciones de mi amigo La Sala.

Sin embargo, creo que tendría razón al afirmar que Moltke lo hacía lastimosamente, y que si hubiera tenido que habérselas con Napoleón I, la derrota del ejército alemán hubiera sido segura, a pesar de su armamento perfeccionado y de su gran disciplina.

Y aquí agregaba don Pedro Pérez de la Sala, en sus artículos de *El Imparcial* y en sus conversaciones con nosotros en la *Revista de Obras públicas:* «Moltke lo hace mal; la estrategia de los alemanes está mandada recoger; pero los franceses lo hacen mucho peor; sus movimientos son absurdos; su desorganización, lastimosa, y como en estos casos el valor no basta, los franceses serán batidos indefectiblemente, y los alemanes vencerán, aunque no lo merecen.»

Todo esto le oí decir muchas veces, y en estas cuestiones, como vulgarmente se dice, ni entro ni salgo, y, siguiendo la corriente del vulgo, a los hechos me atengo.

Ello es que todo el mundo se empeñó en averiguar el nombre del ilustre autor de los artículos mencionados, creyendo encontrar algún veterano de los campos de batalla o algún sabio en ciencia militar, que hubiera consagrado su existencia al estudio de las grandes batallas y de los grandes generales desde Alejandro a Napoleón.

Y al fin de estas investigaciones se encontraron con un profesor de la Escuela de Caminos, dedicado a ense-

ñar a diario Canales y Puertos; de gran cultura intelectual, ciertamente, y de cultura muy variada, pacífico por naturaleza, humanitario por instinto y por convencimiento, y que en sus ratos de ocio, con el mismo interés estudiaba sobre los planos las maravillosas campañas de Napoleón, que estudiaba con fe cristiana y espíritu filosófico a la par las obras de los Santos Padres de la Iglesia.

Averiguado el caso y descubierta la persona, muchos militares, entre los más aficionados a la alta estrategia, rogaron al señor La Sala que diese unas cuantas lecciones en no sé qué círculo de la milicia, y aun indicaron su deseo de oír su opinión sobre las campañas de la primera guerra civil, la de los siete años.

Don Pedro, que no tenía nada de diplomático, y que hasta pasaba por áspero y desabrido para los que no le trataban íntimamente, no se excusó con buenas palabras, sino que se negó en redondo, explicando claramente los motivos de su negativa.

— Si yo diera esas lecciones que ustedes quieren sobre la guerra civil de los siete años, tendría que maltratar, en nombre de la ciencia, a casi todos los generales que en ella intervinieron en uno y otro bando, empezando por Espartero y Zumalacárregui. Me parece que en aquella guerra, cristinos y carlistas no hicieron más que desatinos.

Don Pedro, ni se mordía la lengua, ni afinaba las palabras, ni hacía caso de la popularidad de este o aquel caudillo.

Recuerdo perfectamente haberle oído decir:

— En toda aquella guerra, no recuerdo más que un movimiento estratégico hecho como Dios manda.

Supongo que se referiría al dios de las batallas, porque al Dios del amor y de la mansedumbre no sería.

— El único movimiento estratégico — continuaba diciendo — fué uno que dirigió el Infante don Sebastián, no sé si por cálculo o por casualidad.

Y y yo no sé a qué pudo referirse, porque ni conoz-

co los lances de aquella guerra, ni, dado que los conociese, podría juzgarlos técnicamente, porque para ello carezco en absoluto de competencia.

Yo era entonces muy niño, y mis únicos recuerdos de aquella lucha sangrienta de los siete años son estos:

Que la facción Forcadell amenazó a Murcia; que salieron los milicianos nacionales; que siete jóvenes de las mejores familias avanzaron imprudentemente, cayeron en poder de los carlistas, y fueron fusilados sin piedad.

Algunos días después vino en nuestro auxilio la división Oraa, si mal no recuerdo, y Murcia les hizo un recibimiento delirante.

Señoras y caballeros de la clase más acomodada salieron a la calle, llevándose en triunfo a sus casas, para darles alojamiento espontáneo, a los soldados, que llegaban cubiertos de sudor y de polvo.

La familia que conseguía llevarse un par de oficiales, volvía loca de orgullo al hogar doméstico, y luego hubo fiestas y bailes en honor de la oficialidad libertadora: y no recuerdo más.

¡Ah, sí! Recuerdo que unas señoras de Cartagena, llamadas las señoras de Gámez, tenían en el ejército cristino un hermano de veinticinco años, que, perseguido por los carlistas en no sé qué refriega, trepó a un cerro, y antes que caer en manos de sus enemigos, se dió muerte, atravesándose con la espada y gritando: ¡Viva la libertad!

Mi amigo don Pedro Pérez de la Sala tendría razón; en aquella guerra habría poca estrategia, pero, en cambio, hubo mucho entusiasmo.

*
* *

El señor La Sala, cediendo a los ruegos de sus admiradores, al fin dió unas conferencias, que no sé si llegaron a publicarse, pero no sobre la guerra civil de los siete años, sino sobre no sé cuál de las campañas de Napoleón.

Aquí que no peco, pensaría él.

***

Y con este pequeño episodio terminan mis recuerdos acerca de la candidatura del príncipe alemán y de sus consecuencias, tan desastrosas para Francia.

Y desde este momento, hasta la muerte del general Prim, traidoramente asesinado en la calle del Turco, mis recuerdos sufren un eclipse casi total.

De aquellos meses no recuerdo nada importante; pero no quiero faltar a sabiendas a la verdad, ni quiero dejar de tributarme, ya que los encuentro al paso, los aplausos que por cualquier concepto merezca.

No me voy a aplaudir como autor dramático, porque todavía no se había representado ninguna de mis obras, y al juzgarme como dramaturgo, como se verá cuando llegue el momento propio, soy más severo conmigo mismo que mis más encarnizados críticos.

No me aplaudo como aficionado a las matemáticas y a las ciencias exactas, porque, comparado lo que sé con lo que ignoro, el aplauso me pareciera una profanación y un arranque ridículo de orgullo senil.

No me aplaudo por hoy como ministro, porque en uno de los artículos anteriores fuí el jefe de mi propia *claque*, y estos actos, por justos que sean, no son para repetidos a diario.

He resuelto aplaudirme.... ¡asómbrese el lector!... como caballista, como centauro, según decía, con su gracejo habitual, don Nicolás María Rivero.

Y concluyo este artículo como empecé: en España nos interesamos por lo que menos nos importa, y ponemos nuestros cinco sentidos en lo que menos nos interesa.

Decía al principio, que D. A. R., mi queridísimo profesor de matemáticas, en lo que cifraba su vanidad, no era en enseñar bien la ciencia que le hacía vivir, sino en tocar mal la flauta en aquellas verdaderas orgías de cuartetos y sextetos alemanes.

Pues yo me acuso ante la historia, seguro de que ni se enterará de la acusación, y ante mis lectores, si los tengo, y ante el universo mundo, yo me acuso, repito, de una debilidad semejante a la que antes señalaba.

Yo no he tenido más que una debilidad, una ambición, un ideal, que jamás he podido realizar: ser un gran jinete.

Como no he sido rico, nunca he tenido caballo propio; de suerte que no he podido desarrollar mis aptitudes, ni he podido realizar mis anhelos montando un noble bruto; puesto que hemos convenido en que un buen caballo es un noble bruto, ya que no por todos cuatro costados, por todas sus cuatro pezuñas.

He montado en caballos de alquiler, casi siempre muy malos; el mejor fué un caballo español, blanco y de buena estampa, pero que estaba tísico.

He montado, mejor dicho, monté, porque de esto hace ya más de medio siglo, una yegua inglesa, de un alquilador llamado Lamb, de la calle de la Reina, si la memoria no me es infiel.

¡Bravo animal!

Era un enorme esqueleto; era una yegua fantástica; pero con la resistencia del acero, y con un trote cronométrico que para sí lo quisiera el mejor péndulo de cualquier observatorio.

En esta yegua salía yo por las mañanas de los domingos, en el último año de mi carrera, y me iba a visitar a Morer, que estaba dirigiendo las obras del Canal, con residencia en El Molar.

En tres horas, y casi de una trotada, recorría las siete leguas que median entre Madrid y dicho pueblo, y a la caída de la tarde, en otras tres horas, regresaba triunfante y sin el menor cansancio.

Me parece que esto es algo, como hubiera dicho mi profesor de matemáticas, al interpretar un pasaje de Beethoven, soplando afanoso por el agujerillo de su flauta.

Monté por aquel tiempo un caballo bastante bueno, de un amigo, caballo que se llamaba *Capellán*, y que por poco se lo mato; de tal modo le hice trotar y galopar todo un día.

En rigor, me anticipaba a los tiempos del «Quemadero de la Cruz»; porque hay que advertir que, mi amigo, que tenía muchos más años que yo, había servido, cuando era casi un niño, en el ejército carlista, como edecán de su padre.

Monté posteriormente un soberbio caballo de Córdoba; pero por muy poco tiempo, porque el caballo y yo no nos entendíamos, y temí que se repitiera la escena de la calle Mayor, de que dí cuenta a mis lectores en otro artículo.

Los demás caballos que he podido montar han sido detestables, ramplones, verdaderos jamelgos, que alquilaba a bajo precio para hacer mis visitas a las carreteras en el tiempo que estuve al servicio del Estado, o al ferrocarril de Malpartida en la época de su construcción.

Y es claro, con tales cabalgaduras, no pude hacer ninguna hombrada.

La hice en el año 69 con un caballo de Aranjuez, que había pertenecido a la familia real, y que por entonces estaba en las caballerizas del Regente.

Yo no sé si era de raza árabe, aunque me convendría que lo fuese para mayor realce de mi hazaña.

Y como no nos cuesta trabajo ninguno, bien podemos suponer que lo era.

Y como la hazaña es de las mayores que he realizado, a lomos de un caballo árabe, no es para descrita de paso, y a ella consagraré el artículo próximo, dando tiempo al tiempo, y a manera de entreacto, en los meses que median entre la candidatura alemana y la candidatura italiana de don Amadeo.

LXXXVII

Me precipité en mi última crónica desde las mayores alturas a los niveles más modestos. Desde la candidatura alemana, el conflicto entre Francia y Prusia, la guerra formidable entre el Imperio francés de Napoleón III, por una parte, y los Estados alemanes, por otra, salvo el Imperio austriaco; desde aquella serie de tragedias en que se derrumban imperios y se crean imperios, hasta mis modestas aficiones por la equitación.

Y si aquella crónica hubiera continuado, no se libra el lector de que yo le relatase, con toda minuciosidad, mi gran proeza, de ir a caballo de Villalba a La Granja, y siempre al trote, porque ésta era la condición que me había impuesto don Nicolás María Rivero, en dos horas a lo más.

Gané la apuesta, y entre triunfante, cubierto de laureles imaginarios y de polvo real y efectivo, en La Granja, con un postillón maltrecho, al que vencí en resistencia en el plazo improrrogable de las dos horas.

Y no hay que decir si gocé viéndole al pobre hombre, que ningún mal me había hecho, cubierto de sudor y abrumado de fatiga.

Así es la naturaleza humana; la vanidad más estúpida jamás cuenta con el sufrimiento de los demás seres humanos, como le sirvan para subirse a un pedestal, si-

quiera el pedestal sea, como fué en aquel caso, una silla inglesa sobre los lomos de un caballo de Aranjuez, de raza árabe o de raza inglesa, que esto no lo sé a punto fijo.

Pero como temo que el lector proteste, renuncio, a pesar de las tentaciones que me asaltan, a dar cuenta exacta de mi triunfo ecuestre, y paso a relatar sucesos de más importancia.

Paso de la candidatura alemana a la candidatura de don Amadeo.

Pormenores, no los recuerdo; mas para que no decaiga el relato, salto de cumbre a cumbre, de una candidatura real a otra cadidatura real; de la casa Hohenzollern a la casa de Saboya.

Sin duda, el problema estaba maduro, porque don Juan Prim no encontró grandes dificultades para que aceptase el de Italia el ofrecimiento del Gobierno español.

En el período que media desde el ofrecimiento a la llegada de don Amadeo a Cartagena, sólo hay un acontecimiento de importancia; y al decir de importancia, no empleo la palabra propia; mejor dijera trascendental y trágico.

Este tristísimo y funesto acontecimiento está tocando casi, como luego diré, a la llegada de don Amadeo a España.

Los demás sucesos son en corto número, y he de referirlos a paso de carga.

*
* *

El primero fué la elección del rey, en plenas Cortes Constituyentes, convertidas en un verdadero volcán.

Don Manuel Ruiz Zorrilla presidía, campanilla en mano, porque durante la votación, la Asamblea era un verdadero infierno.

Los republicanos federales protestaban en masa; la votación no se oía; los furores de la minoría republicana se mezclaban a los apóstrofes de la mayoría monárquica.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, con su brazo formidable, más que golpear, machacaba con lo campanilla la mesa de la presidencia.

Y una campanilla saltaba en pedazos, y empuñaba otra que tenía el mismo fin, y voces, y gritos, y apóstrofes, y el rugido formidable de Zorrilla, de cuando en cuando, y por algún resquicio de aquella nube tempestuosa, la voz del diputado que votaba.

Los republicanos no conseguían interrumpir la votación: la votación continuaba, lenta, pero vencedora.

Y así una hora tras otra hora.

Y como todo acaba en este mundo, las convulsiones geológicas, por formidables que sean; los volcanes, por mucha lava que vomiten y muchos penachos que inflamen; las batallas, así sean las de Moscowa o las de Waterloo, y los escándalos parlamentarios, por fuertes que sean los pulmones de los diputados, llegó un momento en que terminó la votación, y quedó elegido don Amadeo de Saboya rey de España, por la Constituyente de 1869.

Y se nombró una comisión que fuese a buscarle; y antes de salir la comisión de España, ya resonaron dos notas desagradables, mejor dicho, tres.

Fué la primera, que al llegar la comisión a Cartagena, se negó el Ayuntamiento a salir a recibirla, negándole respetos y honores, y aun todo acto de cortesía.

Por de contado que el Ayuntamiento era federal; que ya en Cartagena por entonces, la federal, mejor dicho, la cantonal, se agitaba y era dueña de la población.

Claro es, que al Ayuntamiento se le suspendió, se le formó expediente, y aun creo que causa por desacato, y sin Ayuntamiento se quedó Cartagena; situación tristísima de que yo recogí las consecuencias poco tiempo después, como he de referir más adelante.

La segunda nota fué un brindis de Zorrilla, en un banquete que dieron a la comisión parlamentaria, a bordo, si no recuerdo mal, de la fragata *Zaragoza*.

El brindis tuvo gran resonancia: primero, por ser de Zorrilla, una de las primeras figuras en aquel período político; en segundo lugar, por tratarse del presidente de la Cámara; en tercer lugar, por el carácter de que iba investido don Manuel; nada menos que presidente de la comisión que marchaba a ofrecer la corona de España a don Amadeo de Saboya.

¿Fué el brindis lo que se dijo? ¿O los enemigos de la situación lo transformaron, aguzaron y envenenaron en la prensa a fuerza de malévolos comentarios?

Yo no lo sé, porque el brindis no pude oírlo, toda vez que no estuve en Cartagena.

Pero corrió, como cosa segura, que fué un ataque durísimo, no contra don Juan Prim, al que siempre mostró mucho respeto Zorrilla, pero sí contra la gente que a Prim rodeaba, y contra algunos otros.

Habló, o dicen que habló, *de puntos negros*, que giraban alrededor del ilustre caudillo, y la frase circuló, y el discurso tuvo ya su nombre: se le llamó el brindis de los puntos negros.

Lo que sí creo seguro, es que el brindis, o los comentarios, o la resonancia que tuvo, o el partido que de él sacaron sus enemigos, le causó a don Juan una verdadera molestia, una contrariedad que difícilmente disimulaba cuando oía hablar del banquete de la fragata.

¡Quién sabe! Acaso eran chispazos que anunciaban fuegos mayores para el porvenir.

***

El segundo suceso a que antes me refería, me tocó de cerca, porque yo seguía en el ministerio de Fomento.

La causa fué la elección de don Amadeo. Y el suceso en sí, una gran agitación en la Universidad, y una serie de escándalos y motines en los días que siguieron a la elección del nuevo rey.

¿Por qué tendrá todo el mundo afán en molestar a los ministros que están a su alcance, cuando los ministros no quieren meterse con nadie, y sólo piden una cosa, a que tienen derecho todos los ciudadanos, a saber: que les dejen en paz?

Pues no, señor; nadie ha de estar en paz.

Los republicanos hicieron grandes trabajos, excitando a los estudiantes para que protestasen, ante todo, del nombramiento de un rey, y, además, del nombramiento de un rey extranjero.

Y no hay que decir si la masa escolar es inflamable de suyo.

Sus iras se desataron contra unos cuantos profesores; si no recuerdo mal, contra Moreno Nieto, porque no era republicano, y sobre todo, contra don Pedro Mata, que suponían que lo había sido, y que, cediendo a la influencia y a la amistad de don Juan Prim, había votado la candidatura de don Amadeo de Saboya.

Tuvieron la atención de no ir a visitarme, como tenían por costumbre, ni al ministerio de Fomento, ni a mi casa de la calle del Barquillo, de la que el camino les era familiar.

Pero desde lejos, y en la Universidad y sus alrededores, dieron tales escándalos y tan continuados, que yo no tuve más remedio que intervenir, y al fin y al cabo, y aunque a mi modestia le cueste esta declaración, con éxito completo: las algaradas de la clase escolar terminaron, sin que, por fortuna, hubiera que acudir a la fuerza, ni siquiera al más inofensivo consejo de disciplina.

Vamos a ver cómo.

La manera de manifestar los escolares su disgusto, era el más sencillo y el más natural, el que la tradición les inspiraba. No dejar explicar a los profesores en las clases, a fuerza de ruidos y protestas, sobre todo a profesores determinados, y luego seguirles por la calle Ancha de San Bernardo, prolongando por largo espacio la manifestación.

Uno de los profesores a quien en forma tumultuosa manifestaron su desagrado con más violencia, fué a don Pedro Mata, y fueron sus propios discípulos.

Y, sin embargo, don Pedro Mata había sido profesor predilecto, el más popular, el más querido y el más respetado hasta entonces.

Vinieron a darme noticia de lo ocurrido al ministerio de Fomento, diciéndome que le había afectado a don Pedro extraordinariamente el suceso, y que estaba en cama, y que se temía que le diese un ataque a la cabeza.

Yo, que era amigo particular de Mata, fuí inmediatamente a su casa, y le encontré en estado tristísimo.

Aquel hombre tan fuerte, tan robusto, el luchador más vigoroso en las discusiones del Ateneo, el de voz vibrante y energía inagotable, estaba rendido y aplanado; apenas sacaba la cabeza de entre las sábanas, y me habló con voz quejumbrosa.

— Querido Echegaray — me dijo casi con lágrimas en la voz —, esto acabó; soy hombre muerto; ¡qué desengaño tan cruel! Yo, que toda mi vida me he sacrificado por mis alumnos; yo, que he sido su constante defensor, ¡sufrir sus denuestos y sus escarnios! Pues ¿no comprenden que soy hombre político; que, como hombre político, cumplo mis deberes, y que era deber mío votar la candidatura que nos presentaba don Juan Prim? ¿No comprenden esto?

— Pero, don Pedro—le repliqué—, no se afecte usted de ese modo; es un hecho desagrable, ciertamente; pero son cosas de muchachos, a quienes unos cuantos han excitado. Ni ha perdido usted su popularidad ni su prestigio; en el fondo, le quieren a usted como siempre; hoy le han silbado, pues mañana le aplaudirán, como le han aplaudido tantas veces. Una pasajera nube de verano. Los amigos verdaderos, al día siguiente de reñir son más amigos que nunca.

En fin, yo procuré calmarle con todo el arsenal de vulgaridades y frases hechas que encontré a mano, y después de todo, diciéndole la verdad.

Pero no conseguía mi objeto, ni levantaba su espíritu.

— No puedo, no puedo — repetía —; esto ha sido más fuerte que yo: el desengaño ha sido cruel. Créame usted, Echegaray, créame usted: mis ilusiones de toda la vida han muerto.

Y hundía su soberbia cabeza entre las sábanas.

Le anegué con otro chaparrón de consuelos, de fácil acopio, y le dejé esperando que el tiempo calmara aquella aflicción, que, por tener algo de infantil, en un hombre de su edad y de su experiencia, tenía mucho de conmovedora.

***

Y ya que me he encontrado en el camino de mis recuerdos el de don Pedro Mata, algo he de decir todavía sobre persona tan simpática, y que fué un buen amigo mío en aquellos tiempos, hoy tan lejanos.

Don Pedro Mata, si mal no recuerdo, era catalán, de constitución robusta, como ya he dicho; muy respetable en su profesión y en su cátedra; autor de una obra de Medicina legal, que por aquellos tiempos era muy alabada por los inteligentes; que yo en esta materia, como en otras muchas, no puedo hablar de ciencia propia.

Además, su cultura era muy extensa; se preciaba de literato y aun de crítico; recuerdo una de sus críticas contra *Jugar con fuego*, en que, recordando que era médico, se indignaba de que Ventura de la Vega hubiera sacado a escena los locos para hacerles cantar el coro más aplaudido de aquella primorosa zarzuela.

La verdad es que nunca fué muy amigo de don Ventura de la Vega, a pesar de haber sido vecinos; quizá por serlo.

Durante una temporada, vivieron en el mismo piso, frente a frente, podemos decir.

Y cuentan que cuando Ventura de la Vega fué nombrado profesor de la reina Isabel, entre las muchas per-

sonas que acudían a visitarle, algunas se equivocaban de puerta, y todo el día estaba resonando la campanilla en la habitación de don Pedro Mata, con lo que el ilustre profesor de Medicina legal montó en cólera, y puso un cartelón con esta advertencia: «El excelentísimo señor don Ventura de la Vega, profesor de la reina Isabel II, no vive en este cuarto, sino en el cuarto de enfrente.» Y agregan que el célebre autor de *El hombre de mundo* tomó desquite, haciendo que circulase entre sus amigos y en los saloncillos de los teatros, esta picante redondilla:

Cierto médico poeta
que vive en mi vecindad,
al pie de cada receta
Mata dice, y es verdad.

En fin, que no era grande la simpatía entre aquellos dos hombres, respetables cada uno en su tanto y en su esfera.

Don Pedro Mata había sido siempre progresista, y de los más ardientes, y gran amigo de don Juan Prim por ideas, y aun creo que por paisanaje.

Era uno de los oradores más ardientes, más infatigables y más aplaudidos en las discusiones del Ateneo.

En ellas era infatigable; yo le he oído, no una, sino muchas veces, discursos de dos y tres horas, y al concluir estaba tan tranquilio y tan dueño de sí como al empezar.

Su voz era poderosa; su facilidad de palabra, grandísima; su dicción, correcta.

Era hombre de lógica, y llevaba a estas discusiones sociales y políticas algo de su carácter de profesor y de hombre de ciencia.

Violento siempre, pero siempre cortés, le gustaban frases como ésta, de pura literatura progresista:

«Yo, contendiendo con S. S., al fin caeré vencido, no por culpa de mis ideas, sino por deficiencias de mi oratoria; pero si caigo vencido ante S. S., caeré vencido a la sobra de laureles.»

Y no se crea que preparaba sus discursos; era verdadero improvisador, y podía estar improvisando una noche entera.

Con los reaccionarios no transigía, y aun extremaba con ellos la parte irónica de su oratoria.

Había un señor, que se llamaba el señor Malo, y siempre que don Pedro discutía con él, empezaba con voz muy gruesa:

«Nos ha dicho el bueno del señor Malo...»

Juego de palabras que siempre celebrábamos con risas y aplausos.

Bien puede decirse que don Pedro Mata fué el escudo de muchos profesores en los primeros meses que siguieron a la Revolución de Septiembre. Fué escudo inconsciente, dado que los escudos tengan conciencia, y el caso fué el que voy a referir.

En aquellos primeros meses le acosaban a don Manuel Zorrilla para que purificase el personal de la enseñanza, como entonces se decía, empleando este argumento:

Muchos profesores ocupan sus cátedras por la arbitrariedad, por el favoritismo, por las malas artes de los ministros moderados; pues es preciso que en este período dictatorial los eche a la calle, de donde vinieron, y el medio es sencillísimo, toda vez que esos profesores ocupan hoy sus cátedras, no por oposición, sino porque el ministro A o el ministro B quiso dárselas.

La presión sobre don Manuel Zorrilla era enorme; pero surgió una dificultad: que don Pedro Mata tampoco tenía su cátedra por oposición; la tenía por su valer como hombre de ciencia, por sus trabajos científicos, por su notoriedad y por el respeto de todos, pero no por oposición.

Y ¿cómo se salvaba esta dificultad? ¿Cómo se le privaba de su cátedra a hombre tan eminente en su ramo, y además tan revolucionario, y además tan progresista, y además tan amigo de don Juan Prim?

Hubiera sido un escándalo; por eso digo que, a la

sombra de don Pedro Mata, se salvaron otros muchos en aquella tempestad que sobre todo el personal de la enseñanza pública se cernía.

*
* *

Pero este ha sido un episodio, uno de tantos paréntesis que voy abriendo y cerrando en esta interminable serie de mis recuerdos.

Había dejado, cuando comencé, una a modo de semblanza de don Pedro Mata; había dejado a todos los estudiantes de Madrid en plena conflagración, y aun mejor dijera en revolución contra el acuerdo soberano de la Cámara, que eligió rey de España a don Amadeo de Saboya.

No era un motín; era un movimiento de carácter político en el seno, siempre hirviente o siempre propenso a la ebullición, de la clase escolar.

No porque todos los estudiantes fueran enemigos de la candidatura triunfante; pero ya que unos gritaban, gritaban todos, porque el grito y la protesta escolar son contagiosos.

Todos los profesores que vinieron a verme, y todos los que no vinieron, y, principalmente, los de ideas republicanas, convenían en que el movimiento era grave, y la opinión era casi unánime, y hasta compartía esta opinión el director de Instrucción pública, mi amigo particular y correligionario ardiente, y amigo íntimo de Cristino Martos: me refiero a don Manuel Merelo.

Todos convenían, repito, en que no había más medio de contener aquella gran manifestación, que de todo tenía, verdadera o fingida, pero formidable en la apariencia, que cerrar la Universidad por algún tiempo.

El único que no convenía en ello era yo, que estaba resuelto a no seguir consejo, a mi entender tan peligroso y tan humillante, sino, antes bien, a que la Universidad continuase abierta a todo trance, y fueran las que quisieran las consecuencias.

Claro es que lo más cómodo para mí hubiera sido adoptar tal acuerdo; pero yo, ni en política ni en ninguna parte, no he buscado mi comodidad, sino el cumplimiento de mi deber, dulce o amargo, amargo casi siempre.

Digo que cerrar la Universidad hubiera sido una humillación política, toda vez que a la revolución escolar se le daba el sentido de una protesta contra la resolución de las Cortes Constituyentes. La autoridad de la Cámara soberana hubiera quedado por los suelos de la calle Ancha de San Bernardo y de la calle de Atocha.

Hubiera bastado esto para que yo no me resignase a sufrir imposiciones tumultuosas.

Pero había, además, un interés político.

Los tumultos de los estudiantes, que se repetían un día y otro día, no eran espontáneos; estaban provocados artificialmente, precisamente para conseguir que por orden ministerial se cerrase la Universidad de Madrid.

Y luego se hubiera procurado continuar con la misma faena de escándalo y protesta en las demás Universidades de España.

Y luego se hubiera proclamado, en todos los tonos y por todos los periódicos enemigos de la situación, que la elección de don Amadeo había provocado una protesta unánime en toda la juventud intelectual, hasta tal punto, que el Gobierno se había visto obligado a cerrar todas las Universidades y todos los centros oficiales de enseñanza.

El telégrafo hubiera transmitido, exagerándolos, todos estos sucesos a Italia, y ya que no hubieran hecho imposible la aceptación de don Amadeo, hubieran creado dificultades, y hubieran colocado a la Comisión que fué a ofrecer la corona al príncipe italiano, en una situación desairadísima.

«¿Conque la juventud — les hubieran dicho — protesta contra don Amadeo?

¿Conque la clase intelectual no le quiere?

¿Conque en España todos los que piensan algo son republicanos?

Poderoso ha debido ser el movimiento de protesta, cuando el Gobierno se ha visto obligado a cerrar todos los establecimientos de enseñanza.»

Todo esto lo vi yo claro como la luz. Ni vacilé un momento, ni siquiera consulté mi resolución inquebrantable con el Consejo de ministros.

—La Universidad no se cierra—me dije a mí mismo y dije a todo el mundo.

Y, en efecto, la Universidad no se cerró.

Y al cabo de algunos días, las aguas volvieron a su cauce natural, y aquel movimiento, que tenía mucho de artificioso, se calmó, y las clases se abrieron, es decir, continuaron abiertas con toda calma y todo decoro.

Pero la historia de aquellos sucesos, de los que ya nadie se acordaba a los ocho días, y de los que ya nadie se acuerda más que yo, merece contarse, y en el artículo próximo acabaré de contarlo, porque hay en ella notas curiosas y acaso motivos de enseñanza.

Conque dejemos a los estudiantes que se desahoguen, mientras yo me olvido de todo aquello para volver a recordarlo en el mes próximo.

LXXXIX

Luchar contra el fuerte es lucha peligrosa, pero es lucha digna; da gloria si se vence, y aun siendo vencido, da honra.

Pero la lucha contra el débil es mucho peor, porque no siempre la victoria es fácil, y aun venciendo, aun la victoria toma forma de crueldad.

Por eso, para los gobernantes son tan difíciles las rebeliones de las mujeres y de los chicos.

En su debilidad tienen su fortaleza, y su debilidad embota las armas de la autoridad.

Crueles son los que, al fin y al cabo, restablecen la calma empleando medios violentos, y si no la restablecen quedan en ridículo.

En este caso se encuentran los motines, algaradas y violencias de los estudiantes.

Y ante esta dificultad me encontraba, según refería en la crónica anterior, por el motín de los estudiantes madrileños, con motivo de la elección de don Amadeo para el trono de España.

Claro es que la actitud de los estudiantes no era tan espontánea como parecía; que elementos ajenos a la clase escolar provocaban el escándalo y atizaban el fuego de la rebelión estudiantil.

Pero fueren las que fueren las causas, el hecho es que varios profesores habían sido escarnecidos en las calles

próximas a los centros escolares, entre otros, don Pedro Mata; que las clases no podían darse, porque el escándalo ahogaba la voz de los catedráticos, y que el claustro y el rector, don Fernando de Castro, me aconsejaban con insistencia que cerrase la Universidad.

Pero tanto empeño como mostraban en llegar a este caso extremo, sobre todo las personas de ideas republicanas, mostraba yo en que la Universidad no se cerrase.

Don Fernando de Castro y algunos otros profesores, cediendo a mis instancias, quisieron hacer un último esfuerzo, rogándome que no empleara medios de fuerza, que no se presentaran en la Universidad ni los agentes de orden público ni la Guardia civil, como en otras ocasiones, y prometiéndome que emplearían toda su fuerza moral y toda su autoridad para calmar los ánimos y restablecer el orden.

De buen grado accedí, porque los medios de fuerza siempre me han repugnado, aunque comprendo que hay casos extremos en que son ineludibles; y en el cumplimiento de mi deber, nunca he temido nada, ni siquiera la impopularidad, que es de las cosas que más espantan a los hombres políticos, sobre todo cuando pertenecen a los partidos avanzados.

Los cortesanos temen al monarca y, a veces, por adulación y por terrores palaciegos, faltan a deberes sagrados.

Pues hay cortesanos de varias clases, y también los hay que, temblando ante el enojo de las masas, sacrifican su conciencia ante la violencia de las multitudes.

Ante los tronos y ante las plazuelas no hay más que una línea de conducta: cumplir con el deber, y vengan rayos de arriba o motines de abajo.

Así les dije yo a los profesores de la Universidad: que, gustosísimo, les dejaba esta última apelación a la prudencia; pero que si la prudencia no bastaba, entraría yo en campaña, dispuesto a imponer la autoridad universitaria por los medios que creyera convenientes.

***

Los profesores, casi todos amigos míos, cumplieron su palabra, se portaron leal y honradamente; pero el resultado fué poco satisfactorio, por no decir que fué lastimosísimo.

Amaneció Dios; el rector y los profesores acudieron a la Universidad, y acudió gran masa de alumnos, y entre ellos muchos que no lo eran, y empezaron, como los días anteriores, los gritos, la violencia, las protestas y el escándalo.

Cumpliendo las órdenes del rector, o del decano, o de quien fuese, entre porteros y bedeles, según se me contó después, porque es claro que esta escena no la presencié, se apoderaron de tres o cuatro de los más alborotadores, o sea de los que capitaneaban el motín escolar, y a la rectoral los llevaron en calidad de prisioneros, encerrándolos en un cuarto inmediato al salón de actos.

Tras los detenidos subió la gran masa de los estudiantes, armando un enorme escándalo y pidiendo la libertad de sus compañeros.

En el salón se sentaron los profesores, y quisieron hacer un esfuerzo para vencer el motín sin emplear otros medios que su autoridad moral.

Para ello, mandaron abrir la puerta del encierro, y ante el improvisado claustro salieron los delincuentes, encontrándose cara a cara con sus profesores en la actitud solemne que el caso requería.

Repito que yo no presencié la escena; pero me la refirió, como yo la voy refiriendo mi amigo muy cariñoso don Manuel Merelo, a quien yo había nombrado director de Instrucción pública, y el cual se había enterado minuciosamente de cuanto en la Universidad había ocurrido.

Y lo que ocurrió fué lo siguiente: algo muy natural, muy humano y muy estudiantil; pero poco edificante, si la palabra vale, para los que tienen en mucho la autoridad universitaria.

La escena era esta: en el salón, los profesores, cada uno en su sillón.

Ante ellos, y en pie, los tres o cuatro estudiantes rebeldes, encogidos y temerosos.

La puerta que daba a los pasillos o galerías, abierta de par en par, para excluir toda idea de medios materiales de represión; y del otro lado, los estudiantes y los que no eran estudiantes, gritando desaforadamente y pidiendo que se les entregara a sus compañeros para continuar todos juntos el escándalo, al cual le habían tomado cariño y afición en los días anteriores, aparte de toda opinión política.

En toda masa humana, mujeres, chicos, obreros o burgueses, el escándalo, la gritería, tienen vida propia, prescindiendo de las causas. Es casi un efecto fisiológico gritar cuando se grita, alborotar cuando se alborota.

En este punto, no sé si el rector, o uno de los decanos, o alguno de los profesores, dirigió la palabra a los reos, diciéndoles, poco más o menos, según Merelo me explicaba, lo siguiente.

No había taquígrafo; por lo tanto, de las palabras no respondo; pero las ideas eran estas:

En la Universidad, en los centros docentes, la ley de la razón es la que debe imperar.

La represión material queda excluída.

Los alumnos obedecen, no por la fuerza material, sino por la autoridad moral que sobre ellos ejercen sus profesores.

—Ante nosotros estáis—les decían—oyendo nuestro consejo y esperando la corrección que habéis merecido.

Y nada os retiene aquí, más que la idea de vuestro deber.

Esa puerta la tenéis abierta de par en par; podéis desatender nuestra voz y nuestro mandato; más allá de esa puerta, vuestros compañeros os llaman, pero vuestros profesores os dicen que debéis quedaros.

Podéis salir; ningún obstáculo material os lo impide; pero al salir, saldréis pisoteando el respeto que debéis a la Universidad, el que debéis a vuestros profesores, y saldréis escarneciendo vuestro propio deber.

»Conque sois libres. ¡Escoged!»

Los chicos se miraron unos a otros; procuraron disculparse; se empujaron suavemente, acercándose poco a poco a la puerta, tras de la cual veían a sus compañeros, y tímidos y, acobardados y vacilantes, entre dos tendencias opuestas, iban llegando, sin embargo, a la puerta de salida, que se comprende que fuese para ellos una tentación formidable.

Y cuando estuvieron cerca, por instinto natural, por atracción invencible, volvieron la espalda a sus profesores, y de golpe se escaparon, siendo recibidos por sus compañeros con escandalosos gritos de regocijo y de triunfo.

Y la puerta quedó abierta de par en par, y los profesores se quedaron solos.

En estos términos, o en términos parecidos, me refería la escena Merelo, que era hombre muy enérgico, con grandes muestras de contrariedad.

*
* *

Aquella misma tarde me presentaba su dimisión don Fernando de Castro, y una comisión de profesores me rogaba, por tercera o cuarta vez, que cerrase la Universidad, para evitar nuevos y lastimosos conflictos.

Y yo, por tercera o cuarta vez, me negué a seguir este consejo, que me hubiera dejado en una situación humillante, y que hubiera tenido las consecuencias políticas que ya en otro artículo he explicado.

Yo apreciaba verdaderamente a don Fernando de Castro, que era persona de grandes merecimientos, y que había prestado grandes servicios a la cultura española.

Yo era amigo particular suyo, como era amigo de la mayor parte de los krausistas, empezando por don Francisco Canalejas.

Me dolía en el alma, y consideraba como una desgracia, tener que prescindir en aquella ocasión de hombre de tanto valer.

Pero, así y todo, le admití la dimisión. Claro es, tras muchas súplicas, y muchos ruegos, y muchas reflexiones, y mucho discutir.

Pero él ponía como condición ineludible, para continuar en su cargo, el que se cerrase la Universidad, a fin de evitar escándalos como los pasados, y yo estaba resuelto a que la Universidad no se cerrase, ni por aquellos escándalos ni por otros muchos. Era una cuestión política en que yo no podía ceder.

En suma: que, como antes dije, le admití la dimisión, y me quedé sin rector, y sin un rector de tanto prestigio y de tantas simpatías.

Además, la mayor parte de los profesores opinaban como el rector dimisionario.

El único voto en contra, era el mío.

A todo esto, era la caída de la tarde, y había que resolver el conflicto para el día siguiente.

Mi primera providencia fué marcharme a comer. En aquella época yo no tenía nervios. Nada me alteraba.

Cumplía mi deber como lo entendía, teniéndome sin cuidado lo que sucediese.

Comí con toda tranquilidad, y volví al ministerio a las nueve de la noche, y en el ministerio encontré a Merelo, que me estaba esperando.

—¿Qué hacemos?—me preguntó con cierta ansiedad, porque él también consideraba la cuestión gravísima.

—Por lo pronto—le dije—, nombrar rector.

—Pero ¿a quién?

—Ahora lo veremos. Ahora pasaremos lista a los profesores.

—Ninguno aceptará.

—¡Quién sabe! Empecemos por pasar lista.

Y empezamos nuestra tarea.

Y repasando nombres, le dije de pronto:

—Ya creo que encontré uno.

—¿Quién?

—Don Lázaro Bardón.

El señor Bardón era un profesor de griego, de mucha

ciencia, y de mucho prestigio, y de mucho carácter. Hombre un poco extraño, pero al que todos concedían dotes especiales para imponerse. Energías físicas y energías morales, y, cuando llegaba el caso, muy mal genio.

De él se contaban anécdotas muy curiosas.

Riñó una vez con un compañero, y la emprendió a puñetazos, obligándole a meterse bajo una mesa.

Y la víctima asomaba, de cuando en cuando, la cabeza, como el galápago saca la suya de la concha, y gritaba con voz dolorida: —¡Hombre brutal, mal clérigo!—Pero veía enarbolado el puño de don Lázaro, y el galápago se encogía y metía la cabeza bajo la concha, quiero decir, bajo la mesa.

Con don Lázaro estaba yo en excelentes relaciones, porque meses antes le había nombrado en comisión para la apertura del Canal de Suez.

Con ese motivo escribió un libro, que todavía andará por el mundo. Libro curiosísimo, en que pinta las sensaciones que experimentó al sentarse en el mismo sillón en que momentos antes se había sentado la emperatriz Eugenia.

Mi elección estaba hecha; el nuevo rector había de ser don Lázaro Bardón.

E inmediatamente le llamé al ministerio, tuve una conferencia con él, le expuse mi programa, y estuvo conforme conmigo en que no debía cerrarse la Universidad. En resumen: aceptó incondicionalmente el cargo, y me aseguró que desde el día siguiente, a las siete de la mañana, estaría en la Universidad.

Aquella misma noche se hizo el nombramiento; a las doce tenía yo la firma del Regente, y a las doce y cuarto fueron a la *Gaceta* la dimisión aceptada del antiguo rector y el nombramiento de don Lázaro.

Al otro día, muy temprano, estábamos en el ministerio Merelo y yo, y de media en media hora me traían noticias del estado de la Universidad; en ella estaba don Lázaro Bardón paseando tranquila y majestuosamente por todas las galerías, cruzando por entre los grupos de

los estudiantes, que le saludaban con el mayor respeto, y ni un tumulto, ni un grito, ni una voz.

Él había dirigido a los estudiantes una alocución, que se fijó en los sitios de costumbre, y que era curiosísima.

Su estilo era bíblico, y la mayor parte de los estudiantes es probable que no la entendiesen.

Se hablaba de la sal de la tierra, y de que si la sal se acababa, quién salaria, y de otra porción de cosas que él creyó pertinentes, que lo eran en efecto, pero que eran de difícil interpretación.

Circunstancia importantísima y feliz oscuridad para aquellos momentos.

Ello es que, por encanto, se restableció la calma; que ni aquel día ni en los días siguientes hubo el menor alboroto, y que don Lázaro Bardón siguió siendo rector de la Universidad hasta mucho tiempo después.

La Universidad continuó abierta en paz y en gracia de Dios.

Este que acabo de referir es el segundo suceso de los que recuerdo en los meses que precedieron a la venida de don Amadeo.

*
* *

Otro recuerdo más.

Algo así como el preludio de aquel crimen de la calle del Turco.

A medida que se aproximaba la llegada de don Amadeo, ciertos periódicos republicanos arreciaban en sus ataques contra el general Prim.

Ataques infames, brutales, groseros: eran el preludio del asesinato.

Un día, en Consejo, leyendo uno de aquellos papeluchos, en cuya lectura yo creo que había ya reflejos de sangre, el general no pudo contenerse, y estalló su ira:

En un arranque de pasión, bien natural y bien justificada, se levantó, estrujando el periódico.

—¡Oh! ¡Esto no lo sufro, esto es ya demasiado; de

mí, que digan lo que quieran, que me insulten, que me escarnezcan; pero que con mi familia no se atreva esa canalla, porque les haré pedazos!

«¡Se acabó, ea, se acabó todo!»

Gran trabajo nos costó calmarle, porque es lo cierto que tenía razón de sobra, y que en un hombre de sus energías, lo que más hubo que admirar en aquel período fué la prudencia y la fuerza de voluntad.

Faltaba poco, muy poco: unos cuantos días. Don Amadeo llegaba a Cartagena, y era de creer que todo entrase en cierta normalidad.

Pero antes de asesinarle materialmente, sus enemigos le hostigaban de una manera cruel y despiadada.

Sus enemigos, los que habían de asesinarle en la calle del Turco, y los que eran incapaces del asesinato, pero que, cegados por la pasión política, llegaban a las mayores violencias de palabras.

Yo recuerdo una sesión que precedió a la noche del asesinato, y que fué la última prueba a que se vió sometido en el Parlamento el ilustre general.

Fué una prueba ruda, y que demostró hasta qué punto había llegado la voluntad de hierro de aquel hombre excepcional.

No sé con qué motivo, un diputado republicano de los de más prestigio, de los de más autoridad, pronunció un discurso contra el general Prim, verdaderamente feroz; un discurso feroz, no encuentro otro adjetivo más propio.

Y así es la política, y por eso huyo de ella siempre que puedo.

El diputado republicano a que me refiero era un hombre de gran mérito intelectual, un pensador profundo, un orador severo y correcto, y, además de todo esto, hombre de conciencia intachable.

No era de aquellos a quienes arrastra la pasión.

Y, sin embargo, en el discurso a que me refiero la injusticia rebosaba, y rebosaba la pasión, tanto más cruel, cuanto la forma era más fría.

Si se me permite la imagen, diré que era el ramalazo de un volcán corriendo entre hielo.

Dijo cosas tremendas, caldeadas por el encono político; aguzó frases envenenadas, descargó insultos en forma clásica: una de esas catilinarias que es imposible oírlas con paciencia, por mucha que la paciencia sea.

Prim no era paciente; pero su voluntad era de acero, y procuró contenerse.

Y, sin embargo, poco a poco, los que estábamos a su lado, le vimos ponerse más pálido que de costumbre y oprimir y retorcer entre sus manos crispadas el puño de su bastón.

Y es que el orador republicano no cesaba.

Recuerdo, no la frase, pero sí la idea de una de sus frases.

Comparó al general con una de esas desdichadas mujeres que desde jóvenes pierden todo pudor, y que ya no hay, en el resto de su existencia, ni valla ni límite para sus deshonestidades, de las cuales ni siquiera se dan cuenta.

Imagen insolente, y aun, desde el punto de vista del arte, de mal gusto y sin aplicación a la política.

Pero era un insulto, y de insultos estaba cuajada la peroración.

Don Juan Prim necesitó en aquel momento de toda su fuerza de voluntad; los que le rodeábamos, adivinando las tempestades que se desataban en su interior, procurábamos calmarle. —No le haga usted caso, general—decíamos—; esas son palabras, desahogos de la impotencia. El Rey va a llegar dentro de poco; las Constituyentes acaban; es el último sacrificio; ¡calma, general, mucha calma!

Y Prim se levantó a contestar al diputado republicano.

Con voz un tanto conmovida, pero digna y severa, pronunció unas cuantas frases; pero ¡qué dignas, qué bien dichas!

No contestó a ningún insulto, no rechazó ningún ataque; se limitó a expresar esta idea:

—Lo que no se puede decir a ningún hombre, ¿se me puede decir a mí, sólo porque soy Presidente del Consejo de ministros?

»Y por ser Presidente del Consejo de ministros, ¿tengo obligación de sufrir lo que no sufriría si no ocupara este puesto?

»Yo no lo sé, lo dudo; pero no me encuentro en estado de resolver esta duda, porque si obedeciese a los impulsos de mi dignidad, ya sé cómo la resolvería.

»Pero acaso me equivoque; quizá tenga obligación sagrada de oír todo eso, y lo he oído con calma, y no contesto, y es el mayor sacrificio que puedo hacer a mi partido, a la libertad parlamentaria y a mi deber.»

No dijo estas palabras; pero dijo otras parecidas, y el concepto es el que acabo de expresar.

La Cámara le aplaudió; todas las personas imparciales le dieron la razón; la catilinaria quedó deshecha; la arrojó de sí, como de un manotazo se separa algo molesto, y el incidente terminó, demostrando una vez más el general Prim sus dotes de parlamentario y el inmenso dominio qne sobre sus pasiones había logrado adquirir aquel hombre.

Y nos íbamos acercando, sin saberlo, al desenlace y a la catástrofe.

Había no sé qué en la atmósfera de triste y de pesado.

El frío, el viento, la nieve, el cielo gris, un ambiente de tristeza.

Y no es que ahora me ocurra esto; es que en aquellos días éramos muchos los que sentíamos estas impresiones desconsoladoras, y algo así como el presagio de sucesos trágicos.

XC

Eran los últimos días de diciembre del año 1870.

Días desagradables de invierno: lluvia, viento, frío y nieve.

Nevadas generales: de un manto blanco y helado estaba cubierta la Mancha, que yo pocos días después atravesaba para recibir al nuevo rey don Amadeo, elegido por las Cortes Constituyentes.

Sobre todos nosotros pesaba algo así como un triste presentimiento.

¡Un presentimiento!

Yo creo que no he sido sincero al dictar esta palabra.

Si estuviera escribiendo artículos literarios en que dominase la nota romántica, no me arrepentiría de haberla escrito, o, mejor dicho, de haberla dictado.

Pero como estos artículos ni son de Literatura ni son de Historia; como no son otra cosa, y su título lo dice, que «recuerdos» de sensaciones recibidas hace cuarenta años; como no reflejan, ni quiero que reflejen, otra cosa que la verdad del recuerdo que hoy despierta, yo debo declarar que no sé si pesaron sobre mí los tristes presentimientos que antes expresaba.

Tristeza, sí; pero presagios, no.

Esto de los presagios, me parece que ha sido pura retórica.

Hay muchos presagios *a posteriori*, y éstos hubieran sido unos de ellos.

La tristeza estaba justificada, porque el mes de diciembre, por lo regular, no es muy alegre.

Lo era para mí cuando niño, porque llegaba el mes de las grandes vacaciones, que casi empezaban el 15, y que duraban hasta después de Reyes.

Y ¿qué mayor alegría para un chico que veinte o veinticinco días de vacaciones?

Y era el mes de los nacimientos; yo fabriqué muchos en aquella época, en casa de uno de mis compañeros que se llamaba Cuenca.

¿Por qué recuerdo con claridad perfecta nombres de aquella época, y me cuesta trabajo recordar los nombres de personas a quienes hoy trato con bastante intimidad?

Vaya usted a preguntárselo a las celdillas cerebrales en general, y a las neuronas de Cajal más particularmente.

Sí; en compañía de Vicente Cuenca y de su hermano, yo construía nacimientos que llenaban toda una sala; he construído montañas con más altos y bajos, más barrancadas y picos, que las que ha construído nuestro planeta en las épocas geológicas.

Y con menos recursos; que ahí está el mérito.

Con banquetas de las que se empleaban para sostener los cofres, con taburetes, con tablones, con sillas de paja de las que sirven para los niños y con otras primeras materias de esta clase; así fabricábamos el armazón, el esqueleto de la montaña, mejor dicho, de la cordillera, que de un extremo a otro del amplio salón se extendía.

Todo cubierto con *papel de estraza*, que estaba entonces muy en boga, y, además, era muy barato, y que tenía un tinte montañoso que, a veces, no logran ni las montañas verdaderas.

Además, lo jaspeábamos con tinta de escribir y con almazarrón, resultando con todo ello un terreno montañoso, que los Alpes y el Himalaya nos hubieran envidiado.

¡Y con qué sencillez de medios!

¡Vaya un mérito, que la Naturaleza fabrique los Alpes, y los Pirineos, y los Andes; que me dé sus terrenos y sus rocas, y allá veremos quién alcanza mayor grandeza, si ella en siglos y siglos, o un par de chicos como nosotros en los breves días que preceden a la poética noche del Nacimiento!

Y, después de la montaña, venían los ríos y los lagos de cristal, y las fuentes de hilillos de plata, y los árboles y el ramaje, que a contribución poníamos todo el de la Sierra de la Fuensanta, y, al fin, la estrella que había de guiar a los Reyes Magos y había de posarse sobre el portal de Belén.

No hay en todo el cielo estrellado estrella de picos más gallardos que la que recortábamos nosotros en un pedazo de hoja de lata.

¡Sí; el mes de diciembre era entonces para mí un gran mes, de alegría artística, religiosa, y hasta geológica; y alegría inacabable, si no hubieran venido a darle fin y rematarla con su intempestiva llegada los Reyes Magos.

*
* *

Pero todo aquello estaba ya muy lejano; el mes de las vacaciones y de la Navidad, que fué mi encanto cuando chico, perdió toda su poesía para mí desde mucho antes de ser ministro de Fomento, y mucho más después de serlo, que el único personaje de toda la familia bíblica que yo comprendía y envidiaba, sobre todo cuando se me revolvían los estudiantes de la Universidad central, era Herodes con su Degollación de Inocentes.

— ¡Señor! — pensaba yo —; no hay que juzgar de ligero los actos de los gobernantes y de los hombres políticos.

Una degollina de inocentes no se justifica; pero acaso pueda explicarse.

De todas maneras, y dejando a un lado aquello de los presagios, presentimientos y demás adornos de la retó-

rica romántica, el mes de diciembre del año 70 fué un mes muy triste, aun antes de la tragedia. .

Triste físicamente, por el cielo nebuloso, por el suelo nevado, por el viento de hielo.

Y triste moralmente, porque lo es el fin de toda gran empresa, aunque en la empresa se triunfe. Es triste todo lo que acaba; como es alegre todo lo que empieza, si empieza en compañía de la esperanza.

Los dos años de la Revolución, mejor dicho, los dos años y meses de la Revolución de Septiembre y de Cortes Constituyentes, fueron revueltos, agitadísimos, sangrientos más de una vez.

Luchas, sublevaciones, guerras, amenazas de desquiciamiento social, ideas que se agitan, grandes pasiones, grandes problemas; la democracia individualista, triunfante en toda la línea; la federal, bregando por despedazarnos y por sembrar los pedazos a granel, con la esperanza de que brotaran Estados poderosos; el carlismo, rechinando los dientes y preparando una guerra más.

Todo esto era la fiebre, pero no era la tristeza, la tristeza helada y deprimente; no era el abatimiento; el abatimiento y el frío se sentían en el mes de diciembre, en el mes de la tragedia y de la muerte del general Prim.

La Revolución había triunfado, había realizado una buena parte de la democracia, había sembrado muchas ideas, había dado a España la célebre Constitución del 69, traía como rey al hijo del rey de Italia; por eso digo que la Revolución de Septiembre había triunfado.

Pero, tras un gran esfuerzo, viene un gran cansancio; y ese cansancio sentíamos todos los políticos, y yo creo que hasta el mismo general Prim, desde que salió de la Península la Comisión parlamentaria que iba a Italia a ofrecer la corona al príncipe don Amadeo.

Hasta las sesiones que por aquellos días se celebraron eran descoloridas, frías, sin grandeza, siniestras acaso.

No se discutían grandes ideales: la libertad religiosa, la libertad de la Prensa, el sufragio universal; se discutía la lista civil, el cómo había de terminar sus funciones la

ámara, o se atacaba cruel e injustamente al general rim.

Y todo esto, bajo un cielo plomizo, que apenas tenía z para penetrar en el Congreso; y, al salir del Congre-, mucha nieve, poca gente y noches de diciembre.

*
* *

Si hubiera un ser que, por arte de magia, le dijese a o: «Dentro de dos o tres días va a ocurrir un suceso uy trascendental, muy grave, muy trágico, que va a fluir poderosamente en los destinos de tu patria; con- e prepárate, y pon a prueba todas tus facultades de observador.

»Ni te digo cuál es ese suceso, ni aunque te lo dijera podrías evitarlo, porque la fatalidad se impone, y contra la fatalidad tú no podrías luchar; pero ya puedes estar sobre aviso, y abrir bien los ojos y los oídos, y anotar todo lo que pueda ser precedente de esa catástrofe, porque de una catástrofe se trata.»

Si a uno le dijeran con autoridad profética lo que precede, podría uno hacer lo que hacen los novelistas, y aun los historiadores: describir minuciosamente los antecedentes, los presagios y el escenario en que el drama ha de llegar a desarrollarse.

Pero como yo en estas crónicas no funciono ni como novelista, ni como poeta, ni como historiador, tengo que declarar lealmente que el trágico suceso me cogió de sorpresa.

Y no porque no se hablase en Madrid de que algo se preparaba que podría influir en la marcha de la política.

Y aun es más: muchos anunciaban, o temían, que se atentase contra la vida de don Juan Prim.

Pero estas cosas se dicen, y casi siempre resultan falsas. El vulgo está constantemente fabricando dramas, que casi nunca llegan al escenario de la realidad.

Por eso, yo, dicho sea lealmente, ni daba importancia a tales rumores, ni jamás llegué a creer en ellos.

Y, sin embargo, otros eran más perspicaces que yo, o estaban mejor enterados, o acaso tenían hilos secretos y misteriosos que les transmitían amenazas o vibraciones de muerte.

Y valga un ejemplo.

*
* *

El día antes, o dos o tres días antes, esto no puedo precisarlo, del trágico suceso, estaba yo en el banco azul con don Juan Prim, y Manuel Merelo vino a sentarse en el banco de detrás, en el que suelen sentarse las Comisiones cuando se discute algún proyecto de ley.

Se inclinó hacia nosotros y nos saludó, y don Juan Prim volvió un poco el cuerpo y le tendió la mano.

Me parece que en este instante veo el movimiento del general, porque en mis recuerdos no hay término medio. O bien olvido en absoluto los sucesos y las cosas, o las recuerdo con tanta claridad y firmeza como si de presente estuvieran ante mí.

— Buenas tardes, mi general — le dijo Merelo —. Ya poco falta; esto se acaba.

— A Dios gracias — le replicó don Juan.

Aquí una pequeña pausa.

Y Merelo, inclinándose hacia Prim, bajando la voz, y un tanto indeciso y vacilante, cosa extraña en él, que en sus actos y en sus palabras era enérgico, le dijo:

— Mi general, quisiera decirle a usted una cosa.

— ¿De qué se trata? — le dijo don Juan, volviendo un poco la cabeza y con su afabilidad acostumbrada.

Nueva pausa.

Don Juan repitió la pregunta.

— Si no me atrevo a decirle a usted lo que quisiera decirle.

— ¿Tan desagradable es el asunto?

— Es que tengo miedo de que se enfade usted.

— ¿Miedo? — replicó el general sonriendo —. ¿Es que han conseguido ya que hasta mis amigos me tengan miedo?

Y continuó Merelo diciendo; pero ya con aire resuelto:

— Es que positivamente va usted a incomodarse; pero yo se lo digo, aunque se incomode usted.

— Vamos a ver si realmente me incomodo.

— Mi general, lo que usted hace no es prudente; ¿usten no ha oído lo que por ahí dicen?

Don Juan adivinó hacia dónde se dirigía el diálogo, y empezó a fruncir el entrecejo.

— Dicen tantas cosas, tantos desatinos, que no sé a cuál de ellos puede usted referirse.

— Pues dicen — continuó Merelo en voz aun más baja, pero más enérgica —, que quieren matarle a usted.

El general sonrió, y acentuó su sonrisa diciendo:

— Sí; ya me han comunicado esa noticia varias veces en cartas, en anónimos, en la Prensa y de palabra. Pero hasta ahora no han acabado conmigo.

—Y eso que usted les deja el campo libre a los asesinos, y les brinda con ocasiones que Dios quiera que no aprovechen.

— Pero ¿qué quieren ustedes que yo haga? — replicó Prim empezando a incomodarse—. ¿Que me meta en mi casa? ¿Que me rodee ridículamente de policía? ¿Quieren ustedes que don Juan Prim proclame a gritos que tiene miedo a unos cuantos vocingleros o a unos cuantos borrachos? ¿No ven ustedes que me están poniendo en ridículo?

— Mire usted, don Juan — insistió Merelo —, entre esos vocingleros y esos borrachos hay gente muy atravesada.

— ¿A que no se acercan a mí? — murmuró don Juan Prim en voz reconcentrada y apretando los dientes —. ¡A que no se acercan — repitió apretando el bastón que llevaba en la mano — mientras tenga esto! — refiriéndose, sin duda, al pequeño puñal, más bien que estoque, que en el bastón llevaba.

— No necesitan acercarse a usted, pero pueden mandarle una bala.

— Bah, amigo Merelo, las balas pocas veces aciertan.

Yo apenas tomaba parte en este diálogo, que si no en las palabras, en el sentido general y en muchas de sus réplicas, respondo de que es rigurosamente exacto. Y cuando tomaba parte, era para apoyar a Merelo, aunque me parecía que exageraba y que insistía demasiado.

Pero él insistía; que si don Juan era terco, Merelo, con formas corteses y respetuosas, no lo era menos.

— Mire usted, don Juan—continuó, explanando su pensamiento—, yo no quiero que se ponga usted en ridículo rodeándose de todas esas precauciones que usted rechaza, y que yo, en su caso de usted, rechazaría también; pero hay una cosa que usted hace, y perdóneme usted que se lo diga, que es una grandísima imprudencia.

— ¿Cuál es? Porque imprudencias he cometido muchas en este mundo; ahora es precisamente cuando me voy volviendo más juicioso.

— Usted, cuando sale del Congreso, va siempre al ministerio de la Guerra por el mismo camino, por la calle del Turco y la calle de Alcalá. Siempre el mismo camino.

— Naturalmente, el camino más corto y más directo. ¿Por dónde quiere usted que vaya?

— Quiero, y queremos todos, que cambie usted de camino con frecuencia. Unas veces puede usted ir por la calle del Turco, otras veces por el Prado, por la calle ancha, o por la calle de Trajineros. De cuando en cuando, por la Carrera de San Jerónimo, la calle de Cedaceros y la calle de Alcalá; pero de ningún modo siempre por el mismo itinerario, porque eso es aleccionar a los asesinos.

— Pero ¿usted cree que existen asesinos? En la intención ya sé que existen; pero para matar a don Juan Prim se necesita mucho corazón.

— Pero ¿qué le cuesta a usted, mi general, esta sencillísima precaución que le indico?

— Me cuesta tardar veinte minutos en llegar a casa, cuando puedo llegar en diez minutos; y me cuesta tener que decirle todas las noches al cochero: «Vamos a ir por tal parte, porque si voy por tal otra, tengo miedo de que me maten», y me cuesta, sobre todo, oírles a ustedes con paciencia; yo voy por donde voy, y por donde debo ir, y sea lo que Dios quiera, y me he jugado tantas veces la vida, que no he de regatearla como un pobre diablo al cabo de mis años.

Y volviéndose un poco, y ya de mal talante, dió por terminada la conferencia.

—Ya sabía yo que iba usted a enfadarse—dijo Merelo.

— Eso no—replicó el general, y volviéndose de nuevo le tendió la mano—, y le agradezco su interés; pero el interés y el cariño les hacen a ustedes ver visiones.

Este diálogo, vuelvo a repetirlo, en su forma general, es auténtico, como si el fonógrafo hubiera existido entonces y lo hubiera recogido.

Mi memoria para estos casos es un buen aparato receptor.

***

Las advertencias de Merelo, declaro que no me hicieron gran impresión: a tal punto llegaba mi ceguedad o mi estupidez.

Jamás me ocurrió en aquellos días ni que mataran al general Prim, ni que intentaran matarlo.

Y como yo no sospechaba que el día del asesinato iba a ser un día memorable en la historia política de España, el día del suceso fué para mí como otro día cualquiera.

Ni me fijé en nada, ni almacené en mi memoria recuerdos especiales, sino que me dejé llevar por la monotonía de la costumbre.

Fuí al Congreso, pero ni siquiera sé de qué se trató; seguramente vi al general Prim, pero no recuerdo haberle visto. Estaríamos juntos probablemente en el banco azul algún rato, pero yo no lo recuerdo.

Todo lo que precede al crimen se ha borrado en absoluto de mi memoria.

Cuando obligo al pensamiento a volver la vista a lo pasado y a reconcentrarse en las horas que precedieron al asesinato del general, veo un cuadro negro nada más, y si acaso, manchas blancas de nieve, manchas rojas de sangre.

Acabó la sesión, tomé el coche, y me fuí a mi casa por el camino de siempre; era el mismo que seguía el general Prim, porque yo vivía en la calle del Barquillo, y, por lo tanto, iba siempre por la calle del Turco; pero yo no observé nada; verdad es que tampoco me fijé.

Probablemente, pasaría por el sitio del crimen momentos antes que el general, pero pasé completamente distraído.

Si me preguntan: —¿No vió usted un carro dispuesto a entorpecer la salida de la calle del Turco? ¿No reparó usted si había hombres en la puerta de la taberna situada al extremo de la calle?

Yo diría: —No me acuerdo; ni vi nada ni observé nada.

Y llegué a mi casa, y un rato después me sentaba a la mesa y empezaba a comer con mi familia.

Antes de concluir llamaron a la puerta, y un portero, ordenanza, o no sé quién, en fin, alguien del ministerio de la Guerra, preguntaba por mí, revelando tales ansias y apresuramiento, que tuve que salir yo mismo, interrumpiendo mi comida, a preguntarle qué ocurría.

— Que vaya ahora mismo—me dijo—al ministerio de la Guerra, que se reúnen los ministros, que han querido matar al general Prim, y que está malamente herido.

Y sin darme más explicaciones, y sin casi pedírselas yo, tan aturdido me dejó la noticia y tan de pronto cayó sobre mí, se fué el ordenanza a toda prisa.

Dejándolo todo, cogí el sombrero, me fuí a la calle, y a pie, porque el coche ya lo había despedido, estuve, en cinco minutos, en los salones del ministerio de la Guerra, que ya estaban llenos de gente.

Militares, diputados, algunos ministros, no todos, porque como yo era el que vivía más cerca, fuí de los que primero llegaron, y los familiares e íntimos de la casa, se agitaban y hablaban en voz baja y con gran emoción.

Un cuadro confuso, del cual no recuerdo más que el aspecto general, porque también mi confusión y mi ansiedad eran grandes.

Yo no entré ya en la alcoba del general.

Me dijeron que estaba la condesa, los médicos, el duque de la Torre y Topete.

Al general ya no le vi nunca.

¡Qué tristeza! Había estado, durante dos años, casi en intimidad diaria; ya, para siempre, nos separaba toda una eternidad.

En el mundo, las cosas más enormes suceden de pronto de la manera más sencilla.

Cada vez acudía más gente a los salones.

Oyendo a unos y a otros, conocí los pormenores del crimen.

Fué en la calle del Turco, según contaban, al desembocar en la calle de Alcalá.

Un carro, atravesado seguramente de intento, detuvo el coche.

Los asesinos hicieron fuego.

Y preguntaban: —Y cuando llegó el general, ¿tuvieron que subirle?

Y contestaba otro de los que parecían bien informados: —No; ha subido él por su pie, firme como siempre, impasible como siempre; y a la condesa, que salió a su encuentro, le dijo, antes de entrar en la alcoba: —Mira, mira, cómo han puesto a tu marido.

Y todos preguntábamos con ansia: —Pero ¿dónde le han herido? La herida, ¿es grave? —Y todo el mundo daba contestaciones según sus noticias.

— No, no es grave; algunas heridas en el brazo; pero a la caja del cuerpo no ha llegado ninguna bala.

Y replicaba otro: —Por desgracia, eso no es cierto; las

heridas son gravísimas; el brazo está destrozado, y la amputación será imposible, porque tiene destrozado también el hombro.

— No será tanto—suponía algún optimista que, según parece, vió llegar al general—, porque traía el bastón en la mano; por cierto, que venía hecho astillas.

Yo me acordé de aquel bastón que el general apretaba días antes en el banco azul, medio sacando la hoja del puñal, y diciéndole a Merelo: —¿Quién se acerca a mí mientras yo tenga esto?

Así pasamos no sé cuanto tiempo, ni si fueron minutos, ni si fueron horas, oyendo noticias del enfermo y comentarios del crimen.

— Han sido los republicanos.

Y alguno decía: «No; han sido los de *El Combate*»; y alguien, con tono sombría, agregaba: «Los de *El Combate* habrán sido el instrumento, pero los verdaderos criminales hay que buscarlos más arriba.»

Contra cuya insinuación protestaban muchos:

— No digan ustedes disparates ni forjen ustedes novelas; los de *El Combate* se bastan y se sobran para cometer cualquier crimen; pero si era cosa sabida, si es público.

Y así se hablaba y se discutía, sin orden ni concierto, interrumpiendo los relatos, trayendo nuevas noticias del enfermo, acentuándose cada vez más la nota pesimista, y salpicándolo todo con protestas de pena, ira e indignación.

En esto vinieron a avisarme:

— Que pase usted allá dentro, que están reunidos los ministros.

XCI

Terminé el artículo anterior en el momento de recibir este aviso:

Que pasase a una habitación próxima donde iba a reunirse el Consejo de ministros.

Y a ella me dirigía, cuando oí algunas frases en un grupo próximo, que me detuvieron breves instantes.

Decía uno, que no sé si era diputado, o militar, o alguno de los íntimos de la familia de Prim; creo recordar esto último. Decía, pues:

— ¡Sí; el general ha conocido a los asesinos!

— ¿Cómo es eso? — pregunté con gran interés.

Y me respondieron:

— El general ha contado que al detenerse el coche vió unos cuantos hombres, y que uno de ellos se echó un trabuco a la cara, resueltamente y *hasta con gallardía.*

¡Pobre general Prim! Ni aun en aquel momento supremo desmintió su carácter. Un hombre le apuntaba con un trabuco, y él notaba que el asesino se había echado el trabuco a la cara *hasta con gallardía.*

Después, según decía Prim, hubo un instante brevísimo en que, al parecer, vacilaron los asesinos, y entonces «oí una *voz*, *que conozco*, que, soltando un terno, decía: ¡Fuego!... fuego!»

Y sonó la descarga.

Cuando esto refirió Prim, cuentan los que le oyeron, que todos preguntaron con ansia:

— ¿Y de quién era la voz que usted conoció?

El general no contestó a esta pregunta.

— ¿Y nada más?, ¿no saben ustedes más — dije yo.

— Nada más.

El general quedó en silencio, y ya no volvió a hablar del terrible suceso.

Yo me separé del grupo, y me fuí a la habitación en que me estaban esperando los demás ministros, y con ellos el general Topete.

Según parece, en aquellos momentos de angustia, Topete se ofreció noblemente al general Prim, diciéndole:

— Yo no era partidario de la candidatura de don Amadeo; mi candidato era el duque de Montpensier; pero las Cortes Constituyentes han votado a don Amadeo por rey de España, y yo acato su fallo. Usted, mi general, no puede ir a buscar al nuevo rey a Cartagena... Pues yo iré en lugar de usted.

Y agregaban que la gratitud del general Prim y los elogios del Regente ante la resolución gallarda de don Juan Topete, fueron grandes y expresivos.

Como yo no estaba delante de dichos personajes en aquel momento solemne, sólo supe lo que me contaron.

***

Y de aquel brevísimo Consejo recuerdo muy poco.

Sólo hago memoria de que en él se decidió que fuéramos a Cartagena a recibir a don Amadeo: Topete, en representación del general Prim; el general Beranger, ministro de Marina, y yo, como ministro de Fomento. El resto del Ministerio quedaba en Madrid, donde se esperaban graves acontecimientos al morir el general Prim, cuya muerte parecía segura, según la opinión de lós médicos.

Y aquí mis ideas se oscurecen, mis recuerdos se bo-

rran, y no vuelven a despertar hasta el momento en que me veo en el tren, camino de Cartagena, con Topete y Beranger y con algunos generales. Estoy seguro que el general don Manuel de la Concha nos acompañó en aquella expedición, triste y angustiosa, porque todos íbamos bajo el peso de una catástrofe.

Todos llevábamos el profundo convencimiento de que el general Prim moriría en breves horas, quizás antes de que llegásemos a Cartagena.

De tal modo se confunden en mi cerebro aquellas lúgubres memorias, que no podría decir si salimos por la noche o por la mañana, aunque debió de ser por la mañana muy temprano, porque a Cartagena llegamos al anochecer.

*
* *

Las llanuras de la Mancha estaban cubiertas de nieve.

El tren se detuvo en muchas estaciones.

En todas ellas nos esperaba numeroso público.

Todos los comités del partido radical, que era entonces extenso y poderoso, acudían en masa a las estaciones, dando vivas al general Prim y a la libertad, y execrando a los infames asesinos.

El general Topete se encerró en el más absoluto silencio.

— Cumplo un deber—nos dijo—, un deber de conciencia, un deber de patriotismo, un altísimo deber como hombre de la Revolución, y un deber de cariño fraternal con el general Prim.

»Sí, voy a recibir a don Amadeo; si hubiera peligro, le cubriría con mi cuerpo; procuraré llevarle sano y salvo a presencia de don Juan Prim, si todavía vive, y ante su cadáver, si ha muerto.

»Pero nada más. Aquí empieza y allí acaba mi compromiso. Yo no soy del partido radical, y estoy resuelto a no realizar ningún acto como ministro radical. Todo eso les corresponde a ustedes — nos decía a Beranger y a mí.

»Yo les acompaño; si hubiera peligros, que no lo creo, con ustedes y con el nuevo rey los comparto, y con el nuevo rey vuelvo a Madrid.»

Esta era la actitud de don Juan Topete, y éstas eran próximamente sus palabras.

El general Beranger, que jamás había alardeado de orador, echó sobre mí la faena oratoria, y yo tuve que pronunciar un discurso en cada una de las estaciones en que nos deteníamos; discursos destinados a los comités radicales, a los alcaldes y Ayuntamientos, a toda clase de autoridades y al público en masa, que, entre gritos, vivas a la libertad y mueras a los asesinos, asaltaban materialmente el tren.

Fué una serie no interrumpida de discursos, naturalmente muy breves, de unos cuantos minutos, todos cortados por el mismo patrón, y que, a medida que íbamos pasando estaciones, se iban perfeccionando, si se me permite la palabra.

Los temas de los discursos eran siempre los mismos.

Tantas veces los repetí entre Madrid y Cartagena, que yo creo que hoy mismo podría reproducirlos.

Que las heridas del general Prim no tenían importancia; que en breve estaría repuesto el heroico campeón de la libertad, el valeroso soldado de los Castillejos. Que íbamos a recibir a Cartagena al rey demócrata, al que habían elegido las Cortes Constituyentes; al hijo de Víctor Manuel, el rey caballero. Que yo les invitaba a que salieran a recibir, a nuestro regreso, al nuevo rey de España, al que representaba el triunfo de la Revolución y el triunfo de la libertad. Y así sucesivamente.

Y al llegar a otra estación, si era de más importancia, eran más los minutos de parada, estos mismos temas se amplificaban, y, aunque con palabras distintas, siempre venía a decir lo mismo: la seguridad de que se salvaría el general Prim; la invitación a todos para que acudiesen a nuestro regreso; los elogios a Víctor Manuel, el rey caballero, el de la unidad de Italia; y hasta otra estación y otro discurso.

Y Topete, silencioso, en un rincón del coche.

Y Beranger, silencioso, diciendo:—A mí no me corresponde la oratoria.

Y los generales que nos acompañaban, silenciosos también, pensando sin duda: «Cuántas palabras, y cuántos discursos, y en cuántas estaciones nos detenemos, entorpeciendo el viaje.»

***

¡Y cómo se transforman las cosas y los sucesos con los años!

Nuestras lágrimas y nuestras aflicciones, cuando niños, nos hacen reír cuando llegamos a ser personas mayores.

Las tragedias infantiles, al cabo de cuarenta años, son sainetes. Lo que es grave y trascendental a los seis años, es puro juego de niños a los sesenta.

Y aquella serie de discursos políticos que yo pronuncié en mi viaje a Cartagena, al empezar el año 70 del siglo pasado, hoy, que cuento más de setenta y siete años, casi me hacen sonreír.

Y, sin embargo, aquel viaje era trágico y siniestro, y todos los discursos que pronuncié, ante una y otra multitud, eran sinceros.

Lo que iba diciendo lo sentía. No era el político que representaba una comedia; era un hombre leal, que transmite sus sentimientos a la muchedumbre popular que le rodea.

Mi entusiasmo por el general Prim, por aquel hombre tan valeroso, tan enérgico, y en que durante dos años se desarrollaron grandes dotes de hombre de Estado, no era ciertamente un entusiasmo fingido; yo no he fingido nunca, y eso que he sido cerca de cuarenta años autor dramático. Habré acertado o no con la verdad, pero jamás he puesto careta a la mentira.

Y al asegurar a la multitud que la herida del general Prim no era grave, no mentía tampoco; procuraba consuelos, en que yo no creía.

Consolar no es mentir.

Y al hablar de las Cortes Constituyentes y del rey demócrata que habían elegido, y de la libertad y de los triunfos democráticos, tampoco representaba un papel, sino que expresaba sentimientos hondos y verdaderos. Y verdaderas eran mis frases de simpatía por Víctor Manuel y la nación italiana.

A Castelar le había dado, años antes, y a petición suya, más de un artículo sobre los mismos temas para sus periódicos

Y todavía recuerdo que en tiempos de la Exposición Universal de Londres, cuando invitado por un gran industrial, dueño de fábricas importantísimas de acero, a un banquete, al terminar éste y retirarse las señoras, nos quedamos bebiendo y fumando en un gran salón que daba a un parque regio; todavía recuerdo que después de largo silencio, casi religioso, brindaron los ingleses, y brindé yo, por la unidad de Italia y por Víctor Manuel.

En suma: que todos aquellos discursos o pedazos de discursos, que iba yo sembrando por los andenes de las estaciones desde Madrid a Cartagena, expresaban afectos, creencias y entusiasmos que arrancaban de lo más profundo de mi alma.

Y hoy, sin embargo, vuelvo la vista a aquellos tiempos, me veo de pie en la plataforma del coche-salón o en el andén mismo, de levita y con la cabeza descubierta, perorando a más y mejor, y sonrío, y me ocurre esta idea: ¿Cómo pude resistir tanto discurso y tanto frío sin constiparme?

¿Cómo era yo tan imprudente, que no usaba en momentos tales un gabán de pieles como el de tiempos posteriores?

Y vuelvo a sonreír y vuelvo a pensar: La democracia individualista de entonces, hoy también necesitaría gabán de pieles.

En aquellos tiempos le bastaba el fuego de su entusiasmo, que no podían templar todos los mantos de nie-

ve que se extendían a perder de vista por las llanuras de la Mancha.

Pero sigamos nuestro viaje, que del mismo modo siguió hasta llegar a Cartagena.

***

Sí; a no llevar los presentimientos de una desgracia, porque todos creíamos que era segura la muerte del general Prim; a no envolvernos las sombras de la tragedia que en Madrid dejábamos, aquel viaje hubiera sido un viaje triunfal: así a la ida como a la vuelta, porque nuestro partido hizo alarde de su fuerza y de su organización, y triunfalmente llegamos a Cartagena.

Pero hasta Cartagena no más; y al llegar a Cartagena, la decoración cambió por completo.

En todas partes teníamos masas populares, clase media sobre todo, y comités organizados.

En Cartagena no teníamos ni elemento popular, ni organización, ni fuerza política que nos apoyase.

Cartagena no pertenecía al partido radical.

En Cartagena no había más que federales; cantonales, dijera mejor.

Aun quedaban algunos restos del viejo y tradicional partido progresista, pero en dispersión y aislamiento.

Individualidades respetables, leales a la vieja bandera, pero sin cohesión, sin elementos organizados, sin fuerza y sin aliento; acobardados muchos de ellos y perdidos entre las olas, cada vez más encrespadas, del cantonalismo.

Así es que si nuestro viaje fué hasta entonces, no diré alegre, porque la imagen del general Prim moribundo nos venía persiguiendo desde Madrid, al menos animado, entusiasta, salpicado por el vocerío de las muchedumbres; en cambio, al llegar a Cartagena todo fué oscuridad, soledad y silencio, y algo amenazador que flotaba en el ambiente.

Nadie salió a recibirnos, más que las autoridades mi-

litares y algún empleado administrativo que otro; era un recibimiento helado y fúnebre.

Esta es la impresión que yo recuerdo.

Ni el Ayuntamiento salió a recibirnos, porque en aquel momento Cartagena no tenía Ayuntamiento.

Por actos de desatención y desacato a la Comisión parlamentaria, que fué a embarcarse a Cartagena para ofrecer la corona a don Amadeo, el Ayuntamiento había sido suspendido y encausado.

Cartagena estaba, pues, privada de autoridades municipales.

Así es que llegamos a la estación, en donde yo no tuve que pronunciar ningún discurso, como no se lo hubiera pronunciado a la soledad y al silencio, y a nuestro alojamiento nos fuimos cada cual.

A descansar nos fuimos, pero no descansamos mucho.

Como Topete había resuelto no tomar parte en ningún acto político, me encargaron a mí, por representar el elemento civil y por traer ya este cargo y esta autorización, que aquella misma noche formase un Ayuntamiento, que al día siguiente, al llegar don Amadeo se presentara a saludarle en nombre de Cartagena.

Tan luego como llegué a mi alojamiento, que, si no recuerdo mal, fué en casa del señor Spottorno, empecé mis gestiones, que duraron muchas horas y que no dieron resultado grandemente satisfactorio.

Yo llamé y celebré larguísimas conferencias con todos los personajes más notables de la población que pudieran representar a nuestro partido, por ser, como antes dije, restos, tradiciones del glorioso partido progresista.

Pero cuantos esfuerzos hice se estrellaron en el desaliento de unos, y en la tristeza y en los presentimientos de otros.

— Es inútil—me decían en diferentes tonos—; no puede aquí formarse un Ayuntamiento que represente al partido radical, ni a demócratas, ni a progresistas, ni a unionistas siquiera.

»Ese Ayuntamiento viviría mientras estuvieran ustedes aquí. En cuanto ustedes se marchasen, no solamente quedaríamos sin autoridad y sin fuerzas, sino que peligraríamos, y peligrarían nuestras familias y nuestras haciendas.

»Porque, no hay que hacerse ilusiones: el Gobierno mandará en España, pero en Cartagena sólo manda en los Castillos, gracias a la guarnición y mientras la guarnición sea fiel.

»Al llegar ustedes esta noche a Cartagena, si no fuera por los batallones de que disponen para la revista de mañana, si hubieran ustedes venido confiados en las autoridades y corporaciones civiles, acaso a estas horas estarían en el fondo del mar.»

Y de este modo siguieron aquellos señores haciéndome una pintura pavorosa de la situación política y social de Cartagena.

Yo creí que exageraban, para evitar el compromiso de formar Ayuntamiento. Los tristes acontecimientos de dos años después, demostraron que veían con claridad el estado de la población, y que aquellas que a mí me parecieron exageraciones, inspiradas acaso por el cansancio, el egoísmo o el miedo, eran verdaderas profecías, que la Cantonal y el sitio de Cartagena confirmaron el año 73.

Yo insistí, sin embargo: rogué, me puse cariñoso, me puse serio, empleé toda clase de recursos; pero no conseguí que se resignaran a formar un Ayuntamiento.

Conseguí, sin embargo, que constituyeran todos ellos una Junta, a que di el nombre de Junta de notables, la cual debería, tan luego como llegase don Amadeo, presentarse a saludar, en nombre de la población, al nuevo rey.

No iría el Ayuntamiento, pero irían en corporación muchos señores muy respetables, de lo más respetable de Cartagena, a dar la bienvenida, en nombre de la población, al monarca.

Fué todo lo que pude conseguir, y fué algo, aunque no todo.

A decir verdad, no era fácil que don Amadeo distinguiese en aquellos momentos una Junta de notables de un Ayuntamiento, y habíamos salvado la dignidad, el decoro, el buen parecer.

Aun así, me aseguraron que se comprometían grandemente, y que acaso quisieran los federales ejercitar contra ellos alguna venganza.

Sólo realizaban aquel acto, según dijeron, por patriotismo, por deberes de partido, por consideración al Gobierno y por no crear nuevos conflictos.

Les di las gracias con toda sinceridad, y me disponía a descansar; pero aquella noche no era noche de descanso: recibimos un telegrama que confirmaba nuestros tristes presentimientos.

El telegrama decía: «El general Prim ha muerto.»

Y poco después, o acaso al mismo tiempo, esto no lo recuerdo bien, otro telegrama de Gobernación, diciendo: «Se sabe, por referencias dignas de crédito, que Antoñete Gálvez, con unos cuantos tiradores de la federación de Murcia, llegarán, o habrán llegado, a Cartagena; se supone y se teme que preparen algún atentado contra el rey; tomen ustedes toda clase de precauciones.»

Y nos reunimos Topete, Beranger y yo, el general Concha y algún otro, para meditar sobre aquellos dos telegramas.

La noche era admirable para el descanso.

¡El general Prim ha muerto!

¡Antoñete Gálvez va a Cartagena a matar al rey!

Cartagena no tiene Ayuntamiento.

La población se envuelve en el silencio y la hostilidad.

El rey debía llegar al despuntar la mañana.

El cuadro era bien negro.

La muerte de Prim no había más que sentirla, llorarla por el amigo, por el hombre de corazón, por el gran

luchador de la política, y deplorarla por la libertad y por la patria; pero no había nada que hacer más que esperar a que llegara don Amadeo, para que nuestra primera frase de recibimiento fuera comunicarle el asesinato del general Prim.

Recibimiento consolador y alegre para la llegada de un rey.

En fin, estos hechos son inevitables; consumada la muerte, inevitable la noticia, y una posición bien triste para nosotros, los mensajeros de la desgracia.

Pero el telegrama que nos ponía en situación bien angustiosa, era el segundo: la llegada a Cartagena, según el telegrama decía, de Antoñete Gálvez y los tiradores federales.

A decir lo cierto, algunos años después, ni el telegrama nos hubiera preocupado como entonces nos preocupó, ni siquiera lo hubiéramos considerado como probable.

Acontecimientos políticos de años posteriores demostraron que Antoñete Gálvez era un hombre de pasión, de energía, de arrojo; pero que no era un anarquista ni un asesino.

Más aún: que, aparte de sus pasiones políticas, no era un hombre sanguinario; de él he oído referir rasgos que le honran, y me los ha referido persona digna de crédito.

Pero como entonces no se había dibujado del todo esta figura, que tanto relieve tomó en la Cantonal de Cartagena; como no sabíamos lo que era Antoñete Gálvez, y su nombre nos sonaba tan sólo como algo amenazador, dimos crédito al telegrama, y discutimos las medidas que convendría tomar a la llegada del rey don Amadeo.

Ya lo he dicho: la situación de Cartagena era gravísima; sólo podíamos contar en plena confianza con el apoyo de las fuerzas militares, y nada más; ni policía, ni vigilancia, ni nada en que pudiéramos tener confianza absoluta.

Al menos, este era el estado de nuestro ánimo.

Y después de pensarlo mucho, resolvimos lo siguiente:

Que al otro día, después de llegar el rey, de presentarnos a él, y de comunicarle, como Dios nos diera a entender, la noticia del asesinato de Prim, el rey bajaría al arsenal; que en el arsenal estarían preparadas las tropas para la revista, y que en el arsenal no se dejaría entrar a nadie, no siendo de absoluta confianza.

Que, terminada la revista, sin entrar en la población, medida que justificaríamos como pudiéramos, volvería a la fragata don Amadeo, y en la fragata celebraríamos el banquete, que en la población hubiera sido una imprudencia celebrar.

En la fragata dormiría el rey, y a la otra mañana, desde la fragata a la estación, entre dos filas muy espesas de tropa, y de la estación a Madrid a todo vapor, y ahí te quedas, Cartagena, con tus federales de hoy, tus cantonales de mañana, con la enemiga de la clase popular, el miedo de las clases acomodadas, y con tu silencio y tu siniestra hostilidad.

Este era nuestro programa, que lo aceptó con desconfianza el general Topete, pareciéndole pocas todas las precauciones, y recordándonos a cada momento que se había comprometido a llevar vivo a Madrid a don Amadeo.

— ¿Podemos hacer más? — le preguntábamos.—¿No lo sacrificamos todo, hasta el decoro, hasta la dignidad del Gobierno, a la seguridad del monarca?

»Si usted quiere más precauciones, dígalas.»

—Está bien, está bien — repetía, agitándose nervioso, y rogando a Dios que le sacara con bien de aquellos apuros.

No en verdad apuros personales, que don Juan Topete sabía jugarse la vida como el hombre más valeroso; pero la idea de que pudiera ocurrir una desgracia a don Amadeo, le ponía fuera de sí, y hasta había momentos

en que se arrepentía de haberse comprometido en aquella empresa.

—Ese Antoñete, ese Antoñete—, murmuraba paseándose con agitación.

Y ya muy avanzada la noche nos separamos, buscando cada cual unas cuantas horas de descanso.

FIN DEL TOMO TERCERO

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU